

ALTERNATIVAS 3

ENFOQUES PARA EL CAMBIO SOCIAL

Mateo-Aguado

Diana Calvo

Candela Dessal

Jorge Riechmann

José A. González

Carlos Montes

Lucía del Moral

Teresa Torns

Vicent Borrás

Sara Moreno

Carolina Recio

Mauro Bonaiuti

Armando Fernández Steinko

José Luis Fernández Casadevante

Nerea Morán

Daniel Jover

Tica Font

Pere Ortega

Thomas Ruttig

PACO FERNÁNDEZ BUEY, *IN MEMORIAM*

Salvador López Arnal

Jordi Mir

Miguel Candel



Director - Santiago Álvarez Cantalapiedra

Jefa de redacción - Olga Abasolo Pozas

Consejo de redacción

Tanja Bastia (Universidad de Manchester)
Óscar Carpintero (Universidad de Valladolid)
Francisco Fernández Buey (Universidad Pompeu Fabra)
Javier Gutiérrez Hurtado (Universidad de Valladolid)
Yayo Herrero (Centro Complutense de Estudios e
Información Medioambiental)
Carlos Montes (Universidad Autónoma de Madrid)
José Manuel Naredo (Cuerpo Superior de Estadísticos
del Estado)
Gaby Oré (Centro por los Derechos Económicos y
Sociales)
Helena Villarejo (Universidad de Valladolid)
Nieves Zúñiga (Universidad de Essex)

Comité asesor

Daniele Archibugi (Universidad de Londres)
Pedro Ibarra (Universidad del País Vasco)
Isabell Kempf (Oficina del Alto Comisionado
para los Derechos Humanos)
Bichara Khader (Universidad de Lovaina)
Michael T. Klare (Hampshire College)
Saul Landau (California State University)
Maxine Molyneux (Universidad de Londres)

Papeles de relaciones ecosociales y cambio global es una revista trimestral publicada desde 1985 por FUHEM. Con una mirada transdisciplinar, la revista aborda temas relacionados con la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia, con la paz como eje transversal del análisis.

La revista está recogida sistemáticamente por las bases de datos: LATINDEX, DIALNET, DICE, ISOC-Ciencias Sociales y Humanidades, RESH, ARCE

© FUHEM. Todos los derechos reservados

FUHEM - Ecosocial

Duque de Sesto 40, 28009 Madrid

Teléf.: (+34) 91 576 32 99 – Fax: (+34) 91 577 47 26

fuhem@fuhem.es

www.revistapapeles.fuhem.es

I.S.S.N. - 1888-0576

Depósito legal - M-30281-1993

© de las ilustraciones: Javier Muñoz

Imagen de portada: Javier Muñoz

Para solicitar autorización para la reproducción de artículos publicados, escribir a FUHEM Ecosocial.
Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las de FUHEM Ecosocial y son responsabilidad de los autores.

Esta revista recibió una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en 2012

Impreso en papel ecológico como parte de la política de buenas prácticas en materia de sostenibilidad de FUHEM.

INTRODUCCIÓN 5

IN MEMORIAM

Vértices y caras de un marxista lascasiano y leopordiano que amó a Antonio Gramsci y a John Berger 13

Salvador López Arnal y Jordi Mir García

Entrevista a Miguel Candel sobre Francisco Fernández Buey 39

Salvador López Arnal

ESPECIAL

ALTERNATIVAS III.

ENFOQUES PARA EL CAMBIO SOCIAL

La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante 49

Mateo Aguado, Diana Calvo, Candela Dessal, Jorge Riechmann, José A. González, Carlos Montes

Sobre la necesaria reorganización social de los tiempos: políticas de tiempo, espacios económicos alternativos y bienestar 77

Lucía del Moral

El trabajo de cuidados: un camino para repensar el bienestar 93

Teresa Torns, Vicent Borrás, Sara Moreno, Carolina Recio

La edad de los rendimientos decrecientes ¿Qué escenarios se presentan en el futuro? 103

Mauro Bonaiuti

La democracia económica: núcleo de una estrategia antineoliberal 119

Armando Fernández Steinko

Cultivar la resiliencia. Los aportes de la agricultura urbana a las ciudades en transición 131

José Luis Fernández Casadevante y Nerea Morán Alonso

SUMARIO

Territorios socialmente responsables: el trabajo comunitario como estrategia de desarrollo local	145
<i>Daniel Jover</i>	
Seguridad nacional, seguridad multidimensional, seguridad humana	161
<i>Tica Font y Pere Ortega</i>	

ENTREVISTA

Entrevista a Jorge Riechmann. «El socialismo puede llegar sólo en bicicleta»	175
<i>Salvador López Arnal</i>	

PANORAMA

Cómo empezó todo. Un breve repaso a los orígenes de los conflictos en Afganistán anteriores a 1979	193
<i>Thomas Ruttig</i>	

LIBROS

The limits to growth revisited , Ugo Bardi	209
<i>Jorge Riechmann</i>	
La convivencialidad , Ivan Illich	211
<i>Luis Rico García-Amado</i>	
El socialismo puede llegar sólo en bicicleta , Jorge Riechmann	213
<i>José Luis Fernández Casadevante</i>	

Sobre políticas alternativas, cambio de agujas y frenos de emergencia

Los momentos de crisis ponen de manifiesto los defectos y contradicciones del sistema social y propician la búsqueda de alternativas. Sólo en este sentido puede pensarse la crisis como una oportunidad, como una buena ocasión que se nos presenta para tomar conciencia de la necesidad de revisar a fondo los principios que organizan la sociedad.

La crisis ha puesto al descubierto dos modalidades de defectos. El primer tipo es de orden económico; el segundo, de orden moral. Por un lado, ha revelado los perniciosos efectos económicos del funcionamiento de un capitalismo globalizado, financiarizado y regulado por la ideología neoliberal. Por otro, ha vuelto a mostrar que los vicios privados raramente se traducen en virtudes públicas.

Empecemos por los defectos económicos. Este capitalismo no sólo ha dado lugar a la lamentable situación social que ahora padecemos, sino que también está conduciendo a la economía mundial a un callejón sin salida. La economía capitalista puede funcionar bien sin llegar a resolver las contradicciones sociales que ocasiona, y puede funcionar mal agravando además las consecuencias sociales y ambientales que su *modus operandi* provoca habitualmente. Nos encontramos en el segundo caso.

Entre las muchas enseñanzas de la crisis, hay tres que conviene no olvidar. La primera contradice la “mercadolatría” en la que incurre la teología política neoliberal: los mercados por sí solos no son eficientes ni estables y lejos de promover la competencia tienden a acumular las riquezas en pocas manos. No es una enseñanza nueva. Es algo que cualquier economista no abducido por la realidad sabía ya

INTRODUCCIÓN

Introducción

con anterioridad, y que el funcionamiento de los mercados financieros no ha hecho más que remarcar.

Una segunda enseñanza muestra hasta qué punto el capitalismo puede ser ineficiente y derrochador. Además de generar inseguridad, desigualdad y explotación, es también un sistema altamente despilfarrador porque esquilma los recursos naturales al generar una abundancia de mercancías que, sin embargo, no satisface las necesidades de buena parte de la población ni logra emplear al elevado número de personas que se ven abocadas a permanecer paradas de manera involuntaria. Esta dinámica despilfarradora, manifestación de la irracionalidad social en la que se asienta el capitalismo, sirve de justificación para aplicar permanentemente políticas de ajuste que, en nombre de la austeridad, no son sino una nueva vuelta de tuerca en la transferencia de riqueza y poder de los de abajo hacia los de arriba a través de mecanismos de socialización de pérdidas y privatización de beneficios.

Ahora bien, la distribución desigual de beneficios, costes y riesgos no sólo es fruto de una política injusta en la gestión de la crisis, es también –como señalara K. W. Kapp en los años cincuenta–¹ un rasgo fundamental del funcionamiento del capitalismo como sistema basado en la empresa privada: la tendencia a trasladar sobre la sociedad parte de los riesgos y costes de producción –“externalizando” lo que son procesos endógenos de la empresa– conduce a que los capitales privados obtengan unas tasas de beneficios que no serían tales de evitarse esa traslación de costes sociales y ecológicos a terceras personas o a la comunidad entera.

Aquí nos encontramos con la tercera enseñanza de esta crisis. Un estatus que brinda a quien controla los resortes del poder económico y político la posibilidad de socializar las pérdidas y privatizar las ganancias está impelido a estimular comportamientos irresponsables y, con ello, a multiplicar y gestionar mal el riesgo y a poner en jaque permanente las condiciones sociales y naturales que garantizan el bienestar de la gente.

El segundo tipo de defectos que saca a la luz la crisis es de orden moral. Si la actitud de trasladar a un tercero la consecuencia negativa de una acción no parece ser algo muy edificante desde el punto de vista de la virtud, un defecto no menor del capitalismo en el plano moral es haber construido su edificio sobre la motivación de la codicia. Bien es cierto que no únicamente sobre la codicia, pues el temor y la envidia son también móviles del comportamiento individualista, competitivo y posesivo típico del capitalismo. En cualquier caso, la codicia es una fuente de corrupción de primer orden, como muestran los innumerables casos de malversación, prevaricación y cohecho, y que unida a la envidia y al temor son, por más que nos hayamos habituado a ello, formas horribles de motivar nuestras relaciones

¹ K. W. Kapp, *Los costes sociales de la empresa privada* [Antología de F. Aguilera], Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006.

con los demás. El empobrecimiento de las relaciones sociales a que da lugar el capitalismo encuentra un correlato en la inanidad imaginativa del *establishment* a la hora de buscar respuestas en los tiempos de crisis, particularmente entre el grupo de economistas convencionales que equiparan el comportamiento humano al de una “bestia de carga” que puede ser gobernada sin mayores estímulos que el de un palo y una zanahoria.

Propiciar alternativas

Las crisis son también momentos propicios para la búsqueda de alternativas. Este debate exige precisar a qué ámbitos e intervalos temporales nos estamos refiriendo, pues bajo la misma etiqueta podemos estar hablando de cosas muy distintas: desde propuestas de contenidos concretos para políticas que en sus aspectos generales no son cuestionadas, hasta formulaciones alternativas de carácter sistémico a las formaciones sociales capitalistas. No es lo mismo pensar en términos de plazos inmediatos que en términos de *longue durée*, como diferentes tienen que ser las propuestas según el plano espacial al que nos refiramos (local, nacional, internacional o específicamente mundial).

Este es el tercer número consecutivo de la revista *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* que dedicamos a esta temática, y en los tres hemos buscado suscitar reflexiones acerca de aspectos centrales de la organización social que vayan más allá de la coyuntura. La razón principal que justifica un planteamiento de este tipo es la constatación de que la crisis actual sólo es comparable –en cuanto a su significado y alcance– a las dos grandes crisis capitalistas del siglo pasado (años treinta y década de los setenta del siglo XX), y que este tipo de crisis –sistémicas y multidimensionales– abren la puerta a la definición de un nuevo orden social. En este sentido, no se puede obviar que tras la crisis financiera hay también un deterioro continuado de la naturaleza y el trabajo (de todos los trabajos, del mercantil pero también del doméstico y de cuidados); un deterioro que se agravará aún más en la medida en que estos ámbitos sigan siendo considerados variables de ajuste para relanzar, no sólo un nuevo ciclo de acumulación, sino también un proyecto de sociedad que trata de redefinir sus fundamentos exclusivamente en términos de propiedad privada y mercados.

Para nuestro país resulta hasta cierto punto evidente la necesidad de impulsar a corto plazo políticas de expansión de la actividad económica, pues sin ello, en un contexto de recesión en la eurozona, no hay manera de manejar la enorme deuda acumulada y controlar el déficit público. Sin embargo, lo que tiene verdadero interés es centrar la atención en cómo hacemos para que esa expansión de la actividad económica sirva para iniciar las transiciones necesarias que puedan cambiar de economía; transiciones que afectarán a numerosos ámbitos: al financiero, al productivo, al del reparto de los tiempos de trabajo entre

todos y todas, al del modelo energético, de movilidad, de asentamiento en el territorio, etc. En consecuencia, junto a políticas que estimulen la economía con el propósito de reducir el paro y generar ingresos impositivos, y un programa de vivienda que aborde el drama social de las ejecuciones hipotecarias, las propuestas deben buscar su encaje en el marco de alternativas de mayor aliento. De lo contrario, se mantendrán las condiciones que reproducen y empeoran el deterioro ecológico y social actual.

Alternativas que vayan a la raíz de los problemas

La búsqueda de alternativas radicales implica, en realidad, un cambio de paradigma, una revisión en profundidad de muchas de las nociones culturales más arraigadas y de los presupuestos, principios y valores que se encuentran en la base de la organización de la sociedad. La idea, defendida por Edgar Morin, de una «*política de civilización* destinada a reaccionar contra los crecientes efectos perversos engendrados por la civilización occidental, ahora ya globalizada y globalizadora»,² recuerda la urgencia de un cambio de vía para la humanidad. Es una imagen evocadora, pero probablemente insuficiente. En la seguridad de un viaje cuenta tanto el estado del viario como el comportamiento del vehículo. En los tiempos en que el capitalismo mundializado se asemeja a un tren fuera de control que anuncia la catástrofe, parece más sabio tirar de los frenos de emergencia que confiarlo todo a la suerte de un cambio de agujas.³

Entre las principales respuestas a la crisis de civilización elaboradas en las últimas décadas desde el pensamiento crítico y la praxis alternativa, se encuentran –lo señala Paco Fernández Buey⁴ (entrañable compañero de la revista *Papeles*, a quien dedica este número una sección en su memoria)– el ecologismo social de los pobres, el movimiento alterglobalizador y la propuesta del decrecimiento, particularmente en su versión universalista (representada en la revista *La Décroissance*). Son respuestas que dialogan con naturalidad con una diversidad de discursos que empiezan a encontrar acomodo entre los estilos de vida actuales (como el movimiento *slow*, la simplicidad voluntaria, etc.)⁵ y que enlazan con

² E. Morin, *La vía*, Paidós, Barcelona, 2011, p. 13.

³ En el plano personal tenemos la experiencia de que sólo cuando desaceleramos los ritmos de nuestras vidas (cuando nos «paramos a pensar») nos surgen las preguntas y el sentido de lo que hacemos. Algo similar precisan las sociedades de ritmos trepidantes: tiempo para debatir, a través de la razón democrática, acerca de qué se entiende por «bien común» y qué se necesita para una «buena vida». Resulta de interés, a este respecto, el libro de Robert y Edward Skidelsky titulado: *¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una «buena vida»*, Crítica, Barcelona, 2012.

⁴ F. Fernández Buey, «Sobre ecosocialismo en la crisis de civilización: ecología política de la pobreza y decrecimiento», prefacio a la obra de J. Riechmann, *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012.

⁵ Se analiza el discurso de estos y otros movimientos (además del *slow* y el de la simplicidad voluntaria, el movimiento por el decrecimiento y el de transición) en el último boletín electrónico *ECOS* (nº 21), titulado *Respuestas ante la crisis de civilización*. Se puede consultar en: <http://www.fuhem.es/ecosocial/boletin-ecos/numero.aspx?n=21>

los enfoques ecosocialistas y feministas que surgen en los años setenta del siglo pasado. Porque, en definitiva, no nos encontramos ante el fin del mundo ni de la historia, sino en un callejón sin salida al que nos ha conducido la moderna civilización capitalista que reclama proyectos prácticos que, iluminados por nuevos enfoques, permitan a hombres y mujeres emanciparse de su sometimiento a la lógica del capital y a las dominaciones de la cultura patriarcal como condición para lograr otras formas de sociabilidad en las que se pueda realizar de manera efectiva el derecho de todas las personas al libre desarrollo de sus individualidades.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Fe de erratas

En el número 118 de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* el nombre correcto de la autora del texto *El 15 M y la razón indignada* es Esther Vivas y no Esther Rivas, como aparece en los índices y en el título de capítulo.

En el mismo número, omitimos por error el nombre de Iván Navarro Milián, autor de la reseña del libro *Más allá de la barbarie y la codicia. Historia y política en las guerras africanas*, de Itziar Ruiz-Giménez

PAPELES: Revista de relaciones ecosociales y cambio global
www.revistapapeles.fuhem.es

FUHEM Ecosocial: análisis y debates para
una sociedad justa en un mundo habitable
www.fuhem.es/ecosocial

In memoriam

**Vértices y caras de un marxista lascasiano y leopardiano
que amó a Antonio Gramsci y a John Berger** 13
Salvador López Arnal y Jordi Mir García

**Entrevista a Miguel Candel sobre Francisco
Fernández Buey** 39
Salvador López Arnal



Vértices y caras de un marxista lascasiano y leopardiano que amó a Antonio Gramsci y a John Berger

Para Francisco Fernández Buey y Neus Porta
In memoriam et ad honorem

Los autores realizan un homenaje a Paco Fernández Buey con un recorrido a través del pensamiento ancho y fecundo de este filósofo multifacético. Amigo y discípulo de Manuel Sacristán, Fernández Buey desarrolló un marxismo humanista imbuido de ecologismo social. Su teoría y su praxis se caracterizaron a la par por la temperancia y el radicalismo, y la coherencia intelectual y personal.

«**A** fin y al cabo son los especuladores, los asesinos del pensamiento, los que han conducido a la humanidad a la confusión, al desencanto y a la desesperanza de un futuro suicida». Así reza una nota de César Manrique, fechada en 1979, que Francisco Fernández Buey¹ [FFB] guardaba en un atril de su despacho en la facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Combatir contra “los asesinos del pensamiento”, contra la confusión y pérdidas gnoseológicas, el desencanto cívico y la desesperanza vital fue uno de los ejes esenciales de la vida, obra y praxis del autor de *Marx (sin ismos)*. Durante décadas, casi desde siempre,² desde antes inclu-

Salvador López Arnal es miembro del CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

Jordi Mir Garcia es profesor de la Facultat d'Humanitat de la Universitat Pompeu Fabra

¹ FFB era hijo de un padre de familia campesina y de una madre de familia de funcionarios castellanos. Su abuelo paterno fue un campesino que emigró a Brasil desde Galicia. Su abuelo materno, funcionario, era además un poeta interesado por las humanidades.

² Cuenta Tamara Djermanovic en «Un humanista rebelde» una anécdota significativa: «[...] De hecho, cuando yo misma entré en la UPF en 1996 con una beca predoctoral, entonces me contó que leyó por primera vez a Dostoievski –mi tema de investigación entonces– en la biblioteca de su ciudad, Palencia, hasta que un día se encontró con la estantería donde estaban los libros del novelista ruso vacía». FFB le explicó lo sucedido: «Pues por lo visto, el cura había dado órdenes de sacarlo como posible literatura subversiva cuando le avisaron que yo devoraba los libros» (véase S. López Arnal y J. Mir García (eds.), *Amor*

so que el amigo y compañero de Manuel Sacristán jugara un papel básico, reconocido por todos, admirado por la inmensa mayoría, en uno de los movimientos democráticos de mayor alcance y compromiso de la lucha antifranquista, el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona.³ No sin consecuencias, por supuesto: violencia de Creix, el torturador, ejercida contra él, detención, expediente académico y servicio militar obligatorio en tierras africanas (donde solían ser desterrados los luchadores comunistas democráticos) en tiempos de represión, silencio impuesto y resistencia que él, Joaquim Boix y otros compañeros aprovecharon para la formación de una excelente y casi imposible biblioteca de ciencias sociales de orientación socialista en un cuartel del Ejército franquista en el Sáhara colonizado.⁴

Pero hay muchos más compases y melodías en la obra y praxis de este luchador –imprescindible como pocos–⁵ hasta el final de sus días. No hay apenas faceta de la cultura humanística (que no excluye, claro está, aristas científicas esenciales)⁶ que le fuera ajena. A FFB –un filósofo de una pieza en el buen sentido (machadiano) de la palabra– le interesaba todo o casi todo: el buen filosofar y la filosofía documentada; el arte y la literatura (la poesía y el teatro especialmente);⁷ las ciencias físicas, la biología y el racionalismo gnoseológico temperado; la economía política y los economistas críticos; la ética y sus asuntos controvertidos; la política, que no la politiquería; el compromiso social de los grandes científicos (Einstein especialmente); la universidad crítica, solidaria y democrática enfrentada a los planes privatizadores del capital y sus servidores; la educación no servil que aspira a instruir y formar a la ciudadanía; la lucha –yendo en serio, no de palabra vacía e inconsistente– por un mundo más humano y más justo; el cine de Fassbinder, Angelopoulos, Pasolini, Lars von Trier, Tarskovski y Visconti;⁸ las utopías socialistas libertarias que nunca han estado dispuestas a aceptar que este –un mundo castrador de deseos, igualdad y vida– fuera el mejor de los mundos posibles o el más excelente de los pensables,

y revolución. Francisco Fernández Buey, *in memoriam*. <http://www.rebelion.org/docs/156480.pdf>. FFB, que se formó en un instituto público de Palencia, tuvo siempre un buen recuerdo de sus profesores de aquel entonces, especialmente de los de literatura y filosofía. Sus primeros autores de juventud fueron Tolstoi, Dostoievski, Goethe y Shakespeare. Entre los filósofos, Camus, Sartre, más tarde, Marx y posteriormente, Bertrand Russell.

³ Sobre este punto, su imprescindible libro sobre la universidad de ayer y hoy y los intentos por hacerla radicalmente democrática: *Por una universidad democrática. Escritos sobre la universidad y los movimientos universitarios (1965-2009)*, El Viejo Topo, Barcelona, 2009.

⁴ «Entrevista a Quim Boix sobre Francisco Fernández Buey», <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=155346>.

⁵ Sin pasaporte, FFB sólo pudo salir de España a partir de 1976 (antes lo había hecho en dos ocasiones, clandestinamente, a través de la frontera con Francia). Nunca se exilió. Por coherencia moral y política, igual que Manuel Sacristán, siempre pensó que debía permanecer en España luchando contra el franquismo. Al igual que Sacristán, FFB rechazó algunas ofertas para trabajar fuera de España en 1966 y 1967, probablemente en Italia.

⁶ Fue básica su apuesta por la “tercera cultura”. El último libro en el que trabajó (pendiente de publicación por El Viejo Topo en el momento en que escribimos estas líneas), tiene esta temática como motivo central.

⁷ Le hubiera encantado ver la fotografía que Peter Higgs se hizo al lado de Einstein en su visita a Barcelona a principios de noviembre de 2012.

⁸ Entre las películas de estos últimos años, FFB solía citar con admiración y entusiasmo *La mirada de Ulises* y *Dogville*.

etc. Los títulos, los hermosos títulos⁹ de sus libros y sus numerosos artículos, sus esperadas conferencias, sus cuadernos, sus cuidadas ediciones, sus traducciones, los autores que más transitó (que fueron muchos y ninguno por moda pasajera), su Marx, su Jenny, su Gramsci, su Kraus, su Levi,¹⁰ su Neurath,¹¹ su Weil,¹² su Brecht¹³ y su Sacristán,¹⁴ sus intervenciones ciudadanas tan esperadas y necesarias en mayos y junios de sequía y apatía y en tiempos de naufragio, son clara muestra de todo ello.

Aproximarse sucintamente a todo este diverso y denso continente, el de uno de los grandes filósofos gramscianos de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI, es la finalidad de estas páginas. Hemos centrando nuestro análisis en algunos escenarios esenciales: su marxismo sin ismos y con praxis; su aproximación a las barbaries de unos y de otros; sus singulares y rigurosas reflexiones metahistóricas; su didactismo cinematográfico y su aproximación al lenguaje de los más jóvenes, y su documentado ecologismo social, en diálogo y proximidad con el de Sacristán, Bellamy Foster y Barry Commoner.

La incompletud de nuestra aproximación –nuestras reflexiones no siempre argumentadas con detalle– exige a gritos una recomendación: la lectura sin intermediarios de la rica y profunda obra de este enorme filósofo lascasiano y leopordiano en la que no hay páginas de más ni cansino y asignificativo bla-bla-bla, conscientes, como él mismo dijera de su amigo, compañero y maestro Manuel Sacristán, que también en su caso, Francisco Fernández Buey, nuestro Paco, el Paco de miles y miles de ciudadanos y ciudadanas no sólo españoles fue mucho, muchísimo más que su obra escrita y publicada.¹⁵

⁹ Especialmente *Marx (sin ismos)*, *Ni tribunos*, *La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado* y *Discursos para insumisos discretos*.

¹⁰ Entrevistado por M. A. Jiménez González, FFB señalaba: «Levi es, desde mi punto de vista, la gran memoria de la mayor de las barbaridades del siglo XX». Sus obras se podían leer como los informes «de un científico sobre la barbarie humana», unos informes que nos llevaban a la conclusión de que «cuando se empieza por la discriminación entre personas por razones de etnia, sexo, etc., se termina en la barbarie».

¹¹ Sobre el socialista revolucionario neopositivista, véanse las páginas dedicadas por FFB en uno de sus grandes ensayos: *La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado*, Crítica, Barcelona, 1991 (2ª edición, 2004).

¹² Su prólogo a Simone Weil, *Escritos históricos y políticos*, Trotta, Madrid, 2007 (traducción de Agustín López y María Tabuyo), pp. 11-31, es, en nuestra opinión, uno de sus mejores escritos.

¹³ «Techo para una noche» era uno de sus poemas preferidos. Sobre el *Galileo* de Brecht, una de sus obras teatrales más estimadas, véase FFB, *Para la tercera cultura*, El Viejo Topo, Barcelona (en prensa; título provisional).

¹⁴ Son tantos –y de tanto interés– los trabajos que FFB dedicó a su amigo y compañero que recogerlos en un volumen parece una tarea imprescindible. Sobre esto último y a título de entrantes, puede verse «Entrevista a FFB sobre M. Sacristán», para los documentales Xavier Juncosa, *Integral Sacristán*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006, al igual que «Manuel Sacristán, Spanish marxist: Breaking the Pact of Silence», en *Rethinking marxism*, vol. 10, núm. 2, Nueva York (verano de 1998), pp. 123-138 (en colaboración con Carles Muntaner).

¹⁵ Como todos los grandes, FFB escribió más, mucho más, de lo finalmente publicado. Era muy difícil, salvo en circunstancias muy especiales, que se negara a participar en cualquier demanda ciudadana, especialmente si ésta provenía de colectivos sociales críticos. No por casualidad, en el marco de la Universitat Pompeu Fabra, FFB impulsó la creación de la Cátedra UNESCO de Estudios Interculturales y el Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales (CEMS).

FFB publicó sus primeros trabajos en la prensa clandestina de la época. No podía ser de otra forma en alguien cuyo filosofar tuvo muy presente el cuidado y desarrollo de la razón pública. Puede sorprender, en cambio, que fuera el análisis de una obra de Martin Heidegger, su *Carta sobre el humanismo*, el asunto del que probablemente fue su primer trabajo no escolar publicado: un artículo que escribió al alimón con Joaquim Sempere –y que firmaron con seudónimo– cuando apenas tenía 21 años.¹⁶

Moral y marxismo

Algunos de sus primeros escritos tienen a grandes nombres de la tradición marxista (o que formaron parte de ella) como asunto central: Engels, Gramsci, Lenin, Togliatti, Bordiga, Guevara, Colletti, Korsch, Della Volpe, Althusser, Gerratana y Mariátegui son algunos de los autores estudiados. El gran clásico, desde luego, fue asidua compañía suya desde muy temprano. En el primer centenario del nacimiento del revolucionario de Tréveris, FFB publicó un artículo en *mientras tanto* que tituló «Nuestro Marx».¹⁷

Tiene interés centrar nuestra atención en un vértice singular de su aproximación a la obra del autor de *El capital*: el papel que jugó la moral en su marxismo, en el marxismo (sin ismos)¹⁸ de FFB. El día 23 de marzo de 1994 escribía una carta personal¹⁹ a uno de los autores de este texto. En ella señalaba:

«Muchas de las 14 preguntas que te haces en el papel titulado *Temas de discusión* (a raíz de la lectura del clásico *Prólogo*) me las he ido haciendo yo también en distintos momentos de la relación con MSL [M. Sacristán] y al hilo de la lectura de sus escritos. No estoy seguro de tener respuesta para todas ellas, pero puedo intentar contestar a algunas (o, al menos, decir lo que pienso al respecto)».

¹⁶ Sacristán había publicado en 1959, en el CSIC, su tesis doctoral sobre *Las ideas gnoseológicas de Heidegger*. Hay varias referencias a este ensayo en el artículo «Heidegger ante el humanismo», *Realidad*, año II, núm. 4, noviembre-diciembre de 1964, pp. 21-44 [en colaboración con Sempere y firmado como A. Domènech y J. Bru]. El propio FFB reeditó el libro de Sacristán en 1995, en *Crítica*, acompañado de un interesante prólogo que no tiene ni una palabra de más.

¹⁷ F. Fernández Buey, «Nuestro Marx», *mientras tanto*, num. 16-17, agosto-noviembre de 1983, pp. 57-80. Aparte de notas editoriales y cartas de redacción, fueron numerosos los artículos publicados por él en la revista que ayudó a fundar a finales de los años setenta.

¹⁸ Un paso de un artículo de Sacristán de 1968 –«Corrientes principales del pensamiento filosófico», *Papeles de filosofía*, Icaria, Barcelona, pp. 393-394– era muy valorado por FFB: «La clasificación de las ideas de los filósofos en *ismos* –como los tres que van a considerarse seguidamente– no puede contar nunca con el aplauso de los autores así clasificados. No es, ciertamente, un procedimiento que pueda dar en general razón de lo que más debe importar al autor filosófico: por muy dentro que se encuentre de una tradición, el filósofo digno de ese nombre escribe precisamente para alterarla en mayor o menor medida, para añadirle temática, o para rectificar puntos del método en ella, o para someter a examen crítico su modo de validez, su capacidad de evolucionar, etc. De no ser así, no habría nunca producción filosófica que no fuera meramente histórico didáctica»– [la cursiva, que acaso FFB hubiera suscrito, es nuestra].

¹⁹ Será depositada, junto con el resto de documentos y papeles del autor, en la biblioteca central de la Universidad Pompeu Fabra, la tercera y última de sus universidades.

La primera de sus respuestas versaba sobre el papel de la moral en el marxismo. Explica en ella lo esencial de su posición en un asunto no siempre bien resuelto. Para el coautor de *Ni tribunales*,²⁰ la inspiración moral era lo primero en Marx y en todos los marxistas importantes. Lo primero en sentido cronológico: «Marx y la mayoría de los marxistas han llegado a sus elaboraciones teóricas desde la pasión moral». Sacristán –como había subrayado su amigo de juventud, Juan Carlos García Borrón– también, añadía FFB.²¹ Era esta inspiración la que fundamentaba casi todo lo que habían producido. En términos filosóficamente más clásicos, el coautor de *Redes que dan libertad* lo expresaba así:

«[...] el marxismo empieza siendo un filosofar sobre la práctica humana, una filosofía moral, la cual, para hacer razonada (o razonable) la justa pasión igualitaria de los de abajo, se va configurando sucesivamente: a) como historia crítica de las ideologías, b) como antropología filosófica con atención a lo económico-social, c) como economía sociohistórica, d) como antropología histórico-filosófica con intención científica».²²

Para Francisco Fernández Buey, la inspiración moral era lo primero en Marx y en todos los marxistas

En esta configuración había tres elementos que se reiteraban: la afirmación materialista, la vocación científica y el punto de vista o estilo dialéctico. Si uno se atenía a lo que verdaderamente había hecho Marx (en lo que dijo, señalaba entre paréntesis FFB, «había tanta racionalización a posteriori de las contradicciones propias como en cualquier otro ser humano»), y dejando aparte la perspectiva cronológica, la conclusión se imponía: en Marx la dimensión moral fue siempre para él tan importante como la vocación científica.

«[...] Y teniendo en cuenta que a lo largo de su vida sólo militó un rato en un partido político y se pasó el resto criticando a las organizaciones realmente existentes en nombre de los principios comunistas o alabando a obreros y asimilados por lo que podríamos llamar coherencia de su comportamiento como comunistas, creo que hay motivos sobrados para valorar la dimensión moral del marxismo en sus orígenes».²³

²⁰ Además de la referencia al verso de la Internacional, este fue el título de una conferencia de Sacristán –dictada el 11 de marzo de 1978– que FFB tuvo en gran consideración.

²¹ Al igual que FFB, añadimos nosotros en este caso.

²² F. Fernández Buey y J. Riechmann, *Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona, 1995.

²³ *Ibidem*.

Algo muy parecido valía también para los casos de Rosa Luxemburg, Lenin, Gramsci y «para tantos otros».

¿Dónde quedaban entonces las críticas de Marx a la moral, al moralismo y a los moralistas? No había que dejarse engañar por algunos comentarios o por algunas nociones borrosas: eran siempre críticas «a distintas formas de hipocresía realmente existente en su época», si bien FFB admitía que algunas formulaciones imprecisas en las que Marx contraponía «fervor moral y vocación científica» podían engañar a lectores poco atentos. Antes de que Louis Althusser (cuyo *Pour Marx*,²⁴ como Sacristán, siempre reconoció), Lucio Colletti (parte de cuya obra él mismo prologó y tradujo al castellano)²⁵ y buena parte de los marxistas analíticos (por los que nunca se dejó deslumbrar, sin negar méritos ni reconocimientos)²⁶ desbarraran sobre la supuesta científicidad del marxismo, lo que él estaba señalando «era algo de dominio público». «Ciencia versus moral» no era en absoluto un lema marxiano.

Además, no había que ser marxista para reconocer lo anterior: con una buena biografía de Marx, la de McLellan por ejemplo, cuya lectura él solía recomendar, era suficiente. Ya no digamos, añadía, si se hablaba de Lenin, de Gramsci o de su admirada Rosa Luxemburg. Tampoco era difícil encontrar en cada uno de esos autores un conjunto de proposiciones, más o menos dispersas, a partir del cual fabricar una “ética marxista” o “una teoría marxista de los valores”.²⁷

Varios marxólogos lo habían hecho. FFB seguía recomendando en este asunto, a pesar de que le había costado «algún que otro disgusto con amigos míos», uno de los primeros y más inteligentes escritos de Ágnes Heller, *Hipótesis para una teoría marxista de los valores*.

Había, efectivamente, otra forma de ver las cosas: preguntarse por la entidad de ese conjunto de acciones morales y proposiciones sobre la moral que podían encontrarse en Marx o en Gramsci «por comparación con la entidad de las éticas de orientación sistemáti-

²⁴ En una entrevista con el profesor Miguel Ángel Jiménez González, economista egresado de la UNAM, señalaba FFB: «...nunca he tenido aprecio alguno por la obra de Althusser, al contrario me considero antialthusseriano, repelo tu punto de vista y el de los marxistas estructuralistas, y es que yo más bien me considero un marxista humanista y no tengo nada que ver con los autores que postulan una historia sin sujeto». Eso sí, FFB admitía que «lo primero que escribió Althusser, *Pour Marx*, es apreciable como lectura de Marx y como pensamiento en continuidad con Marx».

²⁵ *El marxismo y Hegel* (2 volúmenes, Grijalbo, México, 1977) y *La cuestión de Stalin y otros escritos de filosofía y política* (Anagrama, Barcelona, 1977).

²⁶ Especialmente, *Making sense of Elster* (en colaboración con Carles Muntaner), documento de trabajo Monograph 95-1 Lses/Nimh, publicado por el Department of Health and Human Services del National Institute of Health, Bethesda, Maryland (EEUU), 1996, 24 pp. (mimeo).

²⁷ Traducido por Manuel Sacristán, fue el primer ensayo de *Hipótesis de Grijalbo*, una inolvidable colección que codirigieron al alimón los autores de *El orden y el tiempo* y de *Leyendo a Gramsci*.

co-normativa» que habían salido entonces, durante las últimas décadas, del mundo académico. Era una pregunta similar, apuntaba –y con idéntica respuesta negativa–, a la que se solía formular en aquellos años sobre la existencia o inexistencia en la obra del gran clásico de una teoría del Estado en sentido propio.

Esta segunda perspectiva señalaba en aquel entonces que el fracaso histórico del comunismo, su transformación –sin más matices ni contextualización– en el último horror de la historia de la humanidad, se había debido, entre otras razones, a la ausencia en el marxismo de una ética normativa sumada a la inexistencia también de una teoría del Estado. Se argumentaba a continuación, proseguía FFB, que si se quería seguir manteniendo la aspiración social-comunista, la aspiración marxista a una sociedad buena, había entonces que construir de manera más o menos sistemática la ética normativa marxiana a la que se había hecho referencia. De ahí se pasaba a una serie de discusiones académicas, sin duda de interés, «sobre la teoría de la justicia de Rawls, el concepto de libertad en Nozick o la acción comunicativa habermasiana» donde cabía todo menos dos cosas que, añadía FFB, por elementales solían considerarse metafísicas o religiosas. Eran las dos siguientes: una, la posición marxiana a favor de los parias, de los desfavorecidos de la tierra (a favor de los «de abajo» y «desde su perspectiva», apuntaría con énfasis FFB en sus últimos años); y dos, la necesidad de superar la división social fija e internacional del trabajo que era característica del capitalismo realmente existente y fuente esencial de la incommensurable desigualdad social que regía el mundo con mano de hierro e injusticia.

FFB no compartía esta segunda manera de ver las cosas. Las reflexiones neoaristotélicas y neoanalíticas sobre ética normativa y sociedad buena le parecían, en general, respetables, dignas de atención y estudio («seguro que se puede aprender de desarrollos particulares en este ámbito; seguro también que el diálogo con estos desarrollos es interesante y productivo»). Pero siendo respetuoso con esos desarrollos, su posición era algo distinta: «prefiero otra línea correctiva del defecto: la que brota de la sugerencia brechtiana en su poema “A los por nacer”». ²⁸ Le parecía moral marxista en estado puro, una joya para el pensamiento materialista («en el análisis marxista de la tragedia del comunismo») que no se asustaba de sí mismo y que, por tanto, podía adoptar también el nombre, en el sentido apuntado por Einstein, de idealismo moral.

¿En qué sentido, pues? En el formulado por uno de los científicos y filósofos morales más apreciados por él, con motivo del asesinato de Walter Ramerum por los primeros grupos de extrema derecha germánica, los que luego alimentarían generosamente el nazismo alemán: «Ser idealista cuando se vive en Babia no tiene ningún mérito; pero seguir siéndo-

²⁸ Un poema muy apreciado también por Sacristán que tradujo, además, en dos o tres ocasiones.

lo cuando se ha conocido el hedor de este mundo sí que tiene alguno».²⁹ FFB veía una línea de reflexión moral parecida en los escritos «del marxista inglés trasladado a Suiza, John Berger».³⁰

El asiduo y agudo lector de Brecht, Hölderlin y Leopardi concluía en su carta su reflexión con un excelente apunte, un FFB en estado puro:

«La preferencia anterior se basa en una teoría de la Metedura de Pata cuyo enunciado principal suena así: cuando se ha metido la pata, y teniendo en cuenta que se trata de la propia, hay que intentar sacarla con suavidad y no meter la otra en otro hoyo tratando de componer el gesto como si no se hubiera metido la primera».

«Lo que define al marxismo es su condición de teoría abierta, de teoría capaz de incorporar un máximo de variables y, en la medida que es capaz de incorporarlas y de apostar a las transformaciones que se operan a través de una fuerza social, es una teoría revolucionaria», escribió José Aricó.³¹ No nos parece que FFB, tan amante del matiz y el rigor en estos asuntos, tuviera excesivas objeciones a este comentario. Manuel Cañada añadió en una reciente entrevista³² un apunte que completa el dibujo:

«Me gustaría aprovechar la oportunidad que me brindas para rendir homenaje a Paco Fernández Buey, un militante comunista de los pies a la cabeza. Él jamás se pareció a los “pingos almidonados que colaboran con el poder en cambiar el significado de las palabras”. Fue un intelectual de su pueblo, leal a la clase obrera, que supo condensar en su obra y en su vida, como él mismo dijera refiriéndose al marxismo, “la vocación analítica, el espíritu crítico y la voluntad de emancipación en favor de los explotados y oprimidos”».

Dicen bien Aricó y Cañada. Ese fue el marxismo de FFB, su marxismo de la praxis, la filosofía de la práctica de inspiración gramsciana defendida, desarrollada y abonada por uno de los escritores y filósofos hispánicos internacionalistas más importantes de las últimas décadas, un admirador de Ernst Bloch y de *El principio esperanza* que también fue capaz de pensar sobre un asunto central de su filosofía política, la importancia de los choques culturales y de los etnocidios y genocidios que merodeaban –acechando con fuerza– en sus alrededores.

²⁹ Einstein fue una de las grandes pasiones de FFB. Puede verse especialmente: *Albert Einstein. Ciencia y consciencia*, Los Retratos de El Viejo Topo, Barcelona, 2005. También, *Albert Einstein, filósofo de la paz*, publicaciones del Centro de Información y Documentación para la Paz y el Desarme, Valladolid, 1986 (existe una traducción italiana de Giuliana di Febo: *Albert Einstein filosofo della pace*, Gangemi Editore, Roma, 1989).

³⁰ La expresión marxismo leopardiano proviene del crítico británico, cuya obra fue muy apreciada por FFB, especialmente su trilogía sobre el campesinado europeo. *Puerca tierra* era una de sus novelas preferidas.

³¹ *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, FCE-El Colegio de México, Buenos Aires, 2012, p. 186.

³² Véase <http://www.kaosenlared.net/america-latina/al/brasil/item/29420-entrevista-a-manuel-ca%C3%B1ada-de-%E2%80%99Cla-trastienda%E2%80%9D-sobre-las-acciones-de-m%C3%A9rida.html?tmpl=component&print=1>

Choque cultural

Se podía decir, sin duda, señalaba el autor de *La gran perturbación* que en todo choque cultural importante había siempre un factor de riesgo etnocida. El riesgo era variable y dependía de una gran cantidad de factores.

FFB recordaba que Sacristán había distinguido, en sus notas a la autobiografía de Gerónimo,³³ entre etnocidio *querido* y etnocidio *logrado*. En el marco de las consideraciones histórico metodológicas más generales, discutiendo la construcción teórica de Lévi-Strauss y el punto de vista estructuralista, entonces muy extendido, Sacristán había negado o criticado, por exagerada, la división dicotómica entre «sociedades frías» y «sociedades cálidas» al tiempo que objetaba también la presentación eufórica, «muchas veces hipócrita e interesada», de casos históricos de «adaptaciones rápidas y beneficiosas» de poblaciones cuyas culturas habían chocado con la europea. La población de las islas Hawai era un ejemplo conocido.

La conclusión de Sacristán, que FFB compartía, era que en el choque cultural habían existido y seguían existiendo combinaciones variables que iban desde «el genocidio a la adaptación beneficiosa, pasando por el etnocidio y el genocidio frustrados». En cualquier caso, matizaba el autor de *La barbarie*, no estaba dicho en parte alguna que todo cambio alógeno de una cultura fuera mortal «para ella (o para sus individuos) en el sentido de implicar la pérdida de la consciencia de la continuidad».

Valía la pena recuperar ese punto de vista de Sacristán sobre el choque entre culturas, proseguía el filósofo lascasiano. Esa crítica en paralelo del progresismo estructuralista y de la mala conciencia de los europeos («que ha llegado a la autoatribución de los orígenes de una práctica como la *escalpación*»),³⁴ permitía esbozar algunas interesantes sugerencias filosófico antropológicas.

Una de esas ideas se refería a la corrección existente entre resistencia de la cultura indígena al genocidio y asimilación de las fuerzas e instrumentos de producción de la cultura invasora por parte de la cultura invadida. La hipótesis de Sacristán, que FFB hacía suya, la formulaba en estos términos: «la dimensión del genocidio y del etnocidio ha dependido históricamente no tanto de la bondad o maldad de los individuos de la cultura invasora cuanto de la capacidad de producir muerte inherente a su sistema u organización económico social».

³³ S. M. Barrett (ed.), *Gerónimo: historia de su vida*, Hipótesis-Grijalbo, Barcelona, 1975 [traducción, presentación y notas de M. Sacristán]. Está anunciada la edición de los escritos de Sacristán de este volumen y de documentos complementarios por la editorial El Viejo Topo.

³⁴ Sacristán se refería a ello en una de sus notas, la 18, «*Scalps*», *ibidem*, pp. 179-180.

La hipótesis abría camino a una concepción «dialéctica, y acaso tal vez trágica, pero no lineal progresista», de la relación entre desarrollo técnico económico y posibilidades civilizatorias en el choque cultural. Al contemplar las fuerzas productivas como potencialmente portadoras también de destructividad (el fructífero concepto *fuerzas productivo destructivas* fue acuñado y abonado por Sacristán y FFB al unísono),³⁵ la hipótesis nos acercaba a otras explicaciones:

«[...] por qué, más allá de la bondad o maldad de los miembros de una cultura invasora y de sus ignorancias, ésta ha hecho históricamente más daño, desde el punto de vista etnográfico, cuan más desarrollado estaba su sistema tecnoeconómico, como se ve en el continente americano».³⁶

Por lo que se refiere a la colonización española en América, la idea de Sacristán permitía –proseguía su amigo y compañero– abrirse camino en esa selva de tópicos que eran las leyendas rosas y negras para dar una explicación razonada plausible de lo que «ya en el último tercio del siglo XVI se empezó a ver como un genocidio tal vez querido pero, en muchos aspectos, frustrado».

Habían sido muchos los casos en la historia de etnocidios queridos y no logrados. La identidad cultural previa tenía una gran importancia en los procesos de aculturación. Lo tenía también «distinguir entre las diversas formas de aculturación vinculadas a la asimilación, integración, mestizaje, complementación». Precisamente el proceso de aculturación anterior a la llegada de los españoles a América, que había afectado a los chichimecas y a la cultura tolteca en los siglos XII y XIII, podía ser analizado como un caso de *transformación sin pérdida de identidad*:

«[...] una cultura guerrera (chichimeca) topa con los restos de otra cultura más organizada (tolteca) que conoce ya la agricultura y es monoteísta, de modo que, a través de ella, acoge, entre otras cosas, el *nahuatl* y la cocción de los alimentos, con lo que consigue, como se ha dicho, dar esplendor a una cultura en decadencia».³⁷

El proceso evangelizador de los españoles, concluía en este punto FFB, habría sido el reverso de la moneda.

Las documentadas y sosegadas tesis que FFB mantuvo en *La gran perturbación* y *La barbarie*, que acabamos de presentar muy sucintamente,³⁸ no son las únicas pruebas del

³⁵ FFB usaba en ocasiones la expresión «crecimiento destructivo».

³⁶ *La barbarie, de ellos y de los nuestros*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 97.

³⁷ *Ibidem*, p. 98.

³⁸ El interés de FFB por la temática y por la figura de Las Casas siguió vivo hasta el final de sus días. Véase por ejemplo: «Bartolomé de Las Casas en la controversia de Valladolid (1550-1551)», en A. Mondragón y F. Piñón (coords.), *Bartolomé de Las Casas: proyecto y utopía*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2010, pp. 57-94.

racionalismo político que siempre abonó –a un tiempo y sin contradicción– desde la templanza y el radicalismo.³⁹ Una aproximación (crítica) suya a las cacareadas y definitivas tesis sobre el final de la historia ayudan a completar el cuadro.

Sobre el final de la historia

En 1993, dos años después de la desaparición de la URSS, FFB fue entrevistado por Francesc Arroyo.⁴⁰ Eran aquéllos tiempos del final de la historia, del triunfo definitivo del modelo (anti)social: capitalismo neoliberal más “democracia” demediada. No eran, de nuevo, buenos tiempos para la lírica ni para la épica socialistas. Numerosas voces de izquierda se habían quedado mudas y el transformismo empezaba a causar estragos.

La primera pregunta de Arroyo versó sobre si era posible que la expresión «final de la historia» estuviera encubriendo otra, el final de la política. FFB abrió su respuesta con la prudencia política y epistemológica de siempre. Toda caracterización histórico sociológica, señaló, «que, para describir el cambio de fase, hable de final o de novedad en un sentido tan drástico y general» es simplista, y por ello, vale la pena destacar la inferencia, poco atendible. Era obvio, proseguía, que «los hombres y mujeres de este mundo seguimos teniendo un futuro, que la historia no se ha acabado y que la actividad política continúa levantando pasiones y hasta enriqueciendo a algunos». Y eso en Nueva York, en Moscú y en cualquier parte. El futuro podía ser negro, la historia, que ya entonces se veía venir, una tragedia y la política dominante un asco «pero no hay finales tan absolutos ni novedades tan únicas».

¿Dónde había realmente muy poco futuro para las gentes? En Etiopía, en África y en países afines. Era su toque de buen realismo siempre tan presente y su mirada desde la perspectiva de los desfavorecidos, de los condenados de la Tierra.

Los filósofos⁴¹ no solían pensar en este tipo de concreciones cuando hablaban del final de la historia o de la política. Lo suyo era la historia universal que –el humor y los

³⁹ Una prueba más de ese racionalismo radical y temperado a un tiempo de FFB (tomamos pie en un paso de su citada conversación con M. A. Jiménez González): «Habría que distinguir a la izquierda institucional, esa que está en los parlamentos y que se dice izquierda sin serlo, esa que hace tiempo perdió su fundamento de izquierda, pues no se puede llamar izquierda a programas sociales liberales que pregonan los partidos de centroizquierda. No extraña que a principios de la crisis los poderosos dijeran que había que rectificar el capitalismo; *lo que sí es extraño hasta el colmo es que partidos considerados de izquierda dijeran que habría que seguir haciendo lo mismo. Por tanto, no se puede esperar nada bueno de esa izquierda institucional, afirmación que no debe llevarnos a identificar todo con todo, pues no es lo mismo para el caso de España, el Partido Popular que el Partido Socialista Obrero Español*» [la cursiva es nuestra]. La izquierda se ubicaba para él en los movimientos sociales críticos alternativos, en los foros sociales mundiales (o no mundiales) y en la que se consideraba a sí misma una red de redes en construcción.

⁴⁰ Véase F. Arroyo, *La funesta manía. Conversaciones con catorce pensadores españoles*, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 75-93.

⁴¹ Sus críticas a la comunidad filosófica, siempre medidas y afables en general, fueron más que pertinentes por parte de alguien que fue un apasionado del buen filosofar. Véase sobre este punto, FFB: «Para una revisión del lugar de la filosofía

sarcasmos de FFB eran potentes– «es, como se sabe, la historia de nuestros amigos y paisanos».

Los seres humanos necesitábamos diferenciarnos de los miembros de nuestra especie que nos precedieron. Los ideólogos,⁴² que conocían esa necesidad natural, vivían de ella. Era parte de la división social y técnica del trabajo del bloque hegemónico. No se había llegado al final de la historia ni al final de la política (que él entendía, a la manera de los clásicos griegos, como ética de la colectividad). «A lo sumo, estamos llegando al final de una historia y de una forma de entender la actividad política». Había mucha, muchísima actividad política que seguía los senderos abismales de casi siempre. Lo hemos visto durante estas dos últimas décadas. Lo seguimos viviendo en estos momentos.⁴³

¿Cómo explicar entonces la fortuna cultural, mediática, de la expresión? La fórmula era una caracterización ideológica «para una situación histórica tan particular como inusitada, la que empezaba a entreverse en los días siguientes a la apertura del muro de Berlín».⁴⁴

El que fuera también estudioso de Gandhi y el gandhismo apuntaba un giro que mostraba, una vez más, la importancia de la historia, también de la más inmediata (y de la mirada y análisis a través de paradojas), en sus reflexiones políticas. La fórmula de Fukuyama podía leerse «como un gran suspiro de alivio». ¿Por qué? Porque todavía en 1984 muchos ciudadanos europeos «bien informados pensaban que habíamos entrado irremisiblemente en la fase “exterminista” de la historia de la humanidad. Por entonces se hacían cálculos acerca del mes de 1985 en que empezaría la nueva guerra librada con armas nucleares en Europa».⁴⁵

La militarista Administración de Reagan había contemplado esa posibilidad en varias ocasiones, la había anunciado como un escenario real a tener muy en cuenta. No era ningún farol. De pronto todo empezó a cambiar, señalaba FFB: «con el anuncio de la perestroika en la [ex] URSS, el clima se invirtió». En apenas cuatro años, se pasó de la preocu-

en los estudios superiores», en S. López Arnal *et al* (eds.), *30 años después. Acerca del opúsculo de Manuel Sacristán Luzón «Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores»*, Ediciones Universitarias de Barcelona, Barcelona, 1999, pp. 27-40.

⁴² Como en el caso de Sacristán, ideología fue, en general, para FFB sinónimo de falsa consciencia.

⁴³ Ni que decir tiene que FFB, hasta sus últimos días, fue muy consciente del horror de la contrarrevolución burguesa que nos acechaba y acecha. Lo más triste del momento, acostumbraba a señalar, era el enorme desfase entre las dimensiones, profundidad y brutalidad de la actual “crisis-estafa” y la capacidad de respuesta ante ella de una izquierda que, para ser justos, llevaba años diciendo y avisando sobre un escenario que, finalmente, ha irrumpido en casi todo el mundo.

⁴⁴ FFB fue muy consciente de la existencia de otros muros no caídos y sabía muy bien la trágica historia que estaba detrás de la construcción del muro berlinés. No por casualidad *Good bye, Lenin!* fue una de sus películas preferidas en estos últimos años, film que, por cierto, presentó en varios foros.

⁴⁵ Véase sobre este punto, por ejemplo, FFB, «La iniciativa de Palmiro Togliatti en 1954 acerca del peligro de guerra nuclear», en *mientras tanto*, núm. 23, mayo de 1985, pp. 77-86.

pación por el invierno nuclear a la euforia para algunos de un liberalismo –nuestro actual neoliberalismo– que se extendía por todo el mundo. El neoliberalismo –o *neocaciquismo*, como le gusta decir a Jorge Riechmann, para que no nos confundamos con los grandes liberales que tanto interesan a ambos– también se extendió sobre la ex URSS y los países del este de Europa. «En la ciudad alegre y confiada cuajó la buena nueva: la vida empezó en nuestro universo con una sopa tibia, terminará en una sopa boba».

Al cabo de apenas un año, el mensaje de Fukuyama se había quedado en nada: el (neo)liberalismo, que apenas nunca fue un humanismo, era ya un dogmatismo fanático. Debajo de él, «están saliendo en muchos sitios los viejos demonios de Europa». ¿Qué podía decirse del final de la historia?, después de la guerra y desaparición de Yugoslavia en la que, una vez más, FFB no perdió la brújula esencial frente al afán de exterminio de los “hunos” y de los otros ¿Qué podía decirse del triunfo de la democracia mientras crecía ya entonces el nazismo en Centroeuropa y el racismo y la xenofobia por todas partes? Más aún:

«¿Qué decir del final de la historia después del descubrimiento de que la guerra del Golfo [la primera de ellas] ha sido una de las más crueles de la historia de la humanidad sin que ésta, que teóricamente tiene a su disposición un montón de canales de televisión, haya podido enterarse apenas de nada sustancial?». ⁴⁶

De las otras guerras que vinieron, que no fueron las primeras ni tampoco las últimas, FFB pensó y habló en términos similares: la crueldad mortífera y bélica como motor de una historia abyecta e inhumana.

¿Qué era entonces, en definitiva, aquella filosofía de la historia sobre este supuesto final de la historia según el traductor de *Estructura y génesis de la Fenomenología del Espíritu de Hegel*? Los historiadores del XXI, apuntaba, verían ese final de la historia «como una ingenuidad de ideólogos deslumbrados por otro final mejor conocido: el del intento de construir el socialismo en la Europa oriental», en el este europeo. FFB fue muy consciente, hasta el final de su vida, que el socialismo tenía otros desarrollos de mucho interés en tierras no europeas. ⁴⁷ Justamente recordaba que un deslumbramiento similar se había producido en los años cincuenta del siglo XX cuando se habló del final de las ideologías. La tontería, la memez, había sido mayúscula. A continuación «tuvimos una de las décadas más ideológicas del siglo», en el sentido, esta vez, de enfrentamiento de cosmovisiones, de concepciones del mundo, opuestas, antagónicas.

⁴⁶ F. Arroyo, *La funesta manía. Conversaciones con catorce pensadores españoles*, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 75-93.

⁴⁷ Aparte de numerosos artículos en la red (*Rebelión, Sin permiso, Kaos*) sobre Bolivia, Venezuela y los supuestos “populismos”, puede verse su prólogo a J. Espasandín y P. Iglesias, *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, El Viejo Topo/CEPS/ Fundación Europa de los Ciudadanos, Barcelona, 2007, pp. 13-27.

FFB pensaba que en aquellos años noventa podía pasar algo parecido. «Aunque es de toda evidencia que la explosión ideológica va a ser de signo contrario». Hasta el momento, acertó de pleno.

Tampoco deslumbraron a FFB –otra prueba de su prudencia y equilibrio epistemológicos– muchas de las aportaciones del entonces denominado marxismo analítico al que, por supuesto, supo tratar con concreción y distinción. A él, que le apasionaba la historia del pensamiento político, le acabó aburriendo «una gran parte de la filosofía moral y política contemporánea precisamente por eso», porque era sólo formalista, ahistórica, «casi sin vínculo con las tragedias que está viviendo el hombre de la calle».

Hacia excepción de algunos estudios sobre la objeción, sobre la insumisión y la desobediencia civil⁴⁸ que, al menos en su inspiración, se ocupaban de asuntos que eran claves en las democracias modernas (esta fue su opinión hasta el final de sus días). Pero, en general, se había pasado de la escolástica marxológica al academicismo ecléctico. El eclecticismo, señalaba, «se ha extendido tanto que una parte de la filosofía moral del llamado “marxismo analítico» puede inspirarse en *The logic of collective action. Public good and the theory of group*, de Mancur Olson, sin pararse a pensar ni por un momento, añadía, que la caracterización de la teoría marxiana del Estado y de las clases sociales que allí se hacía era una caricatura insostenible.

Su crítica principal: apuntaban erróneamente que Marx era un “amoralista”. La anécdota tenía su punta teórica: ponía de manifiesto que «ir por ahí recogiendo conceptos para armar modelos sin atender a los contextos históricos desvirtúa por completo el pensamiento de un autor». No era lo mismo estar harto del abuso que habitualmente se hacía de las palabras “ética” y “moral” en el mundo académico al igual que en el político –tal era, precisamente, el caso de Marx– «que despreocuparse de los problemas morales como si sólo existiera la ciencia». No era el caso, nunca fue el caso para el autor de la *Contribución a la crítica al marxismo científico*.

En esto, concluía, el hacer también era la mejor forma de decir. Hacía falta una pasión, una tensión moral, «para la discusión de los dilemas morales vividos por las gentes». FFB –también esta fue una constante en su obra– buscó esa tensión que faltaba a los filósofos académicos de la moral en declaraciones fragmentarias de poetas, dramaturgos, cineastas, científicos de la naturaleza y narradores. Hablábamos antes de ello. Citó en esa ocasión algunos nombres que le acompañaron durante años: Pasolini, H. Müller, el Zinoviev⁴⁹ de

⁴⁸ Entre otros numerosos trabajos, puede verse «Sobre la desobediencia civil», en *mientras tanto*, nº 85, invierno de 2002, pp. 25-53.

⁴⁹ No por casualidad una cita de Einstein («El científico es un cruce de mimosa y puercoespín») y un paso de *Cumbres abismales* abrían *La ilusión del método*: «De ciencia que, en lo fundamental, proporcionaba ciertos consejos sencillos. La meto-

aquellos años, la herencia siempre querida y respetada de Walter Benjamin, su admirado y querido Berger y las últimas películas de Tarkovski.

Eran pensadores muy distintos, de acuerdo. No formaban ningún sistema, de acuerdo también. Pero todos le sirvieron de inspiración. Cada uno de ellos, a su manera, apuntaba a cuestiones esenciales de fondo de esta época del hombre máquina. Algunos de ellos eran algo herméticos, concluía un pensador nunca hermético, pero –recordaba– «ya decía Brecht que “lo simple es lo difícil”».

Lo simple es ciertamente lo difícil. De muchas de esas cosas simples –y difíciles– nos habló FFB. Por ejemplo, y destacadamente, de la transformación social. Lo hizo a veces de forma sorprendente, incluso cinematográficamente.

El cine, como apuntamos, fue una de sus grandes pasiones. En una de sus grandes conferencias, una que impartió en Barcelona sobre el comunismo del siglo XX, nos regaló un excelente guión que tomaba como motivo la maleta perdida de Lukács, otro de sus referentes filosóficos, sobre todo el Lukács de la *Conversaciones* y de *Historia y consciencia de clase*.⁵⁰

Marx (sin ismos)

Otra de sus pasiones y preocupaciones fue revisar la tradición marxista para que esta tuviera continuidad entre los más jóvenes, entre personas de otras generaciones que no habían podido tener, por edad, sus vivencias y las de sus compañeros. ¿Qué historiografía se podía proponer a los más jóvenes? ¿Cómo «enlazar la biografía intelectual de Karl Marx con las insoslayables preocupaciones del presente», se preguntaba en el prólogo a *Marx (sin ismos)*.⁵¹

El gran relato lineal a lo Balzac o Tolstoi no era ya lo habitual en el ámbito de la narrativa. Era dudoso que lo pudiera seguir siendo en el ámbito de la historiografía. ¿Por qué?

dología se convirtió en una colección de obras críticas que lo que proporciona son refutaciones complicadas, fundamentalmente negativas, a las soluciones positivas de los problemas. Y cuando los especialistas en metodología dan consejos positivos no se puede evitar compararlos con los consejos de los alquimistas. Al igual que éstos vendían gustosamente sus recetas para la obtención de oro sin ponerlas ellos mismos jamás en práctica, también los especialistas en metodología enseñan gustosamente a todos la forma de hacer descubrimientos científicos pero se las ingenian para no hacerlas ellos ni siquiera en su propio ámbito». ¡Hay que imaginarse a FFB contando el excelente chiste con el que el impecable lógico Zinoviev cerraba el paso!: «Se cuenta al respecto la siguiente anécdota: si hay que determinar el sexo de un conejo, el científico caza el conejo y lo examina; el metodólogo lo mira por encima, si es blanco determina que es conejo, y si blanca, coneja». Sobre el lógico y escritor ruso, véase el prólogo de FFB a A. Zinoviev, *La caída del imperio del mal. Ensayo sobre la tragedia de Rusia*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 1999.

⁵⁰ FFB, *Política*, Editorial Losada, Madrid, 2003.

⁵¹ FFB, *Marx (sin ismos)*, El viejo topo, Barcelona, 1999, pp. 20-23.

Porque la cultura «de las imágenes fragmentadas que ofrecen el cine, la televisión y el vídeo –FFB escribía en 1998– había calado hondamente en nuestras sociedades». El posmodernismo era la etapa superior del capitalismo. Citando de nuevo a Berger, apuntaba que «el papel histórico del capitalismo es destruir la historia, cortar todo vínculo con el pasado y orientar todos los esfuerzos y toda la imaginación hacia lo que está a punto de ocurrir». Así había sido y así seguía siendo.

De este modo, a las personas que se habían formado en esa cultura de las imágenes fragmentadas había que hacerles una propuesta distinta del gran relato cronológico para hacerles que se interesaran por lo que el revolucionario de Tréveris hizo y fue; una propuesta que restaurase «la persistencia de la centralidad de la lucha de clases en nuestra época entre los claroscuros de la tragedia del siglo XX». Su propuesta puede ser narrada del modo siguiente:

Imaginemos una cinta sin fin que proyecta imágenes en una pantalla, sin interrupciones. Llegamos a la sala de proyección. Una voz en *off* lee las palabras del epílogo histórico a *Puerca tierra* de Berger. Las palabras hablan de «tradición, supervivencia y resistencia, de la destrucción de culturas por el industrialismo y de la resistencia social a la destrucción».

Este fragmento introduce la imagen de la tumba de los Marx en el cementerio londinense, presidida por la cabeza de Karl, «según una secuencia de la película de Mike Leigh *Grandes ambiciones*, en la que el protagonista explica por qué fue grande aquella cabeza». La secuencia finaliza con un plano que va de los ojos del protagonista a lo alto del busto marmóreo de Marx. El protagonista, a quien va dirigida la explicación, se interesa por las siemprevivas del cementerio. FFB recuerda el verso de Brecht: «y tuvimos que mirar la naturaleza con impaciencia».

La explicación de la grandeza de Marx enlaza con la reflexión de Berger y permite pasar a la secuencia final de *La tierra de la gran promesa* de Wajda, «la de la huelga de los trabajadores del textil en Lodz. Entre el Lodz de Wajda y el Londres de Leigh hay cien años de salvajismo capitalista». Vuelve la imagen de Marx en el cementerio. Pero, prosigue FFB, «en la cinta sin fin hemos montado, sin solución de continuidad, otra imagen: la que inicia la larga secuencia de *La mirada de Ulises* de Angelopoulos con el traslado de una gigantesca estatua de Lenin en barcaza por el Danubio».

Era esa una de las secuencias más interesantes del cine europeo. Tenía razón: por lo que dice y por lo que sugiere. Presenciamos el final de un mundo, señala FFB, de una historia que se acaba: «el símbolo del gran mito del siglo XX navega ahora de Este a Oeste por el Danubio para ser vendido por los restos de la *nomenklatura* a los coleccionistas del capitalismo vencedor en la tercera guerra mundial».

La secuencia se queda para siempre en la retina de quien la contempla. La cortamos. Introducimos otra. FFB propone que veamos ahora la secuencia clave del *Underground* de Kusturica: «la restauración del viejo mito platónico de la caverna como parábola de lo que un día se llamo “socialismo real”. Ninguna otra imagen ha explicado mejor, y con más verdad que ésta de Kusturica el origen de la catástrofe del “socialismo real”».

Entre sus pasiones y preocupaciones figuró el revisar
la tradición marxista para que esta tuviera
continuidad entre los más jóvenes

Fragmentamos *Underground* para volver a *La mirada de Ulises*. La cinta sin fin prosigue. Con otra verdad a cuestas: el pecado original del socialismo real. La barcaza sigue deslizándose muy lentamente por el Danubio, con la gigantesca estatua de Lenin también fragmentada. «Desde la orilla del gran río las gentes la acompañan, expectantes unos, en actitud de respeto religioso otros, asombrados los más». Da tiempo a pensar: el mundo de la gran política ha cambiado; una época termina, pero no es el fin de la historia: las costumbres persisten en el corazón de Europa. «Tal vez no todo era caverna en aquel mundo».

Cae la noche. La gran barcaza enfila la bocana del puerto fluvial.

Cortamos la secuencia al caer la noche: donde estaba el Danubio está ahora el Antártico. Y otro barco, el Partizani. «Es la secuencia final de *Lamerica*, de Gianni Amelio, con la imagen, impresionante, del barco atestado de albaneses pobres que huyen hacia Italia mientras el capitalismo vuelve, gozoso, a sus negocios y nuestro protagonista ha conocido un nuevo corazón de las tinieblas». No es el hegeliano final de la historia. No, en absoluto, sino «el comienzo de otra historia, por lo demás muy parecida a las otras historias de la Historia».

La cinta sin fin continúa.

De nuevo las palabras de Berger, la cabeza de Marx, la estatua de Lenin navegando lentamente. ¿Llegará realmente a su destino? Puede haber pensamiento en la fragmentación, señala FFB: «la explicación de Leigh en *Grandes ambiciones* que se repite: era un gigante. Lo que él [Marx] hizo fue poner por escrito la verdad. El pueblo estaba siendo explotado. Sin él no habría habido sindicatos, ni Estado del bienestar, ni industrias nacionalizadas». Lo dice un trabajador inglés de hoy que, además (y eso importa) no quiere rollos ideológicos ni ama los sermones. Y tampoco es la suya la última palabra.

La cinta sigue, sigue siendo una cinta sin fin. En ella, concluye FFB, está Marx. «De la misma manera que nunca se entenderá lo que hay en el Museo del Prado sin la restauración historiográfica de la cultura cristina tampoco se entenderá el gran cine de nuestra época, el cine que habla de los grandes problemas de los hombres anónimos, sin haber leído a Marx».

Sin haber leído a un Marx sin ismos y rojiverde.⁵² Como su ecologismo. Veámoslo con cierto detalle.

Ecologismo social

Miembro fundador del CANC (Comité Antinuclear de Catalunya) desde 1975, una de las primeras intervenciones de FFB sobre el ecologismo y la necesidad y urgencia de cambios y revisiones en las finalidades, conceptos y procedimientos de la tradición marxista revolucionaria fue una conferencia impartida a finales de los años setenta, poco antes de la publicación del primer número de *mientras tanto*, en la facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona. De las intervenciones que no se olvidan. Sacristán estaba sentado en una de las primeras filas del Aula Magna de la facultad, a la que se había reincorporado hacia apenas tres años.

Desde entonces son numerosos, casi incontables, los artículos, conferencias, notas y entrevistas que el autor de *Ética y filosofía política. Asuntos públicos controvertidos* dedicó al tema. Una de sus últimas aportaciones —el último texto publicado sobre esta amplia temática, si no estamos equivocados— fue editada inicialmente en la revista *Nostromo* en otoño de 2011/invierno de 2012 y ha sido incorporado, con «gran contento del autor», como prefacio del último libro de su gran amigo Jorge Riechmann, *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*,⁵³ con el título «Sobre ecosocialismo en la crisis de civilización: ecología política de la pobreza y decrecimiento». El texto recoge en cuatro apartados muchas de las preocupaciones y de las últimas posiciones sobre el tema del marxista ecologista FFB.

El estudioso de Harich sostiene en el primer apartado que hablar en serio de estrategia ecosocialista exige responder a la pregunta sobre qué civilización está hoy en crisis. De cómo se responda a la pregunta, depende la respuesta que hay que intentar para salir de ella. Son muchas las personas, señala FFB, que piensan que en el momento actual conflu-

⁵² El título de *Marx (sin ismos)* es, por supuesto, un homenaje, un significativo reconocimiento, al *Marx sin mito* de Maximilien Rubel, uno de los marxistas más apreciados por FFB y a quien conoció personalmente en los años sesenta. Aparte del componente libertario asociado a su marxismo, FFB valoraba mucho la crítica del heterodoxo marxista francés a la política institucional, a la politiquería. Entre las influencias reconocidas explícitamente, FFB cita en su libro sobre Marx a Korsch, Sacristán y Rubel.

⁵³ J. Riechmann, *El ecologismo puede llegar sólo en bicicleta*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012.

yen varias crisis pero que no tienden a ver ésta como una crisis global sino «como una mera superposición temporal de desarreglos o desequilibrios». Otros sostienen que lo que está en crisis es la civilización del petróleo o la civilización del automóvil. De este modo, aunque la crisis sea grave –¡cómo negarlo!– se puede salir de ella con unas cuantas reformas o retoques. No era esa su opinión.

Sostiene FFB que lo que está en crisis es nuestra civilización, «la forma de producir, consumir y vivir que el capitalismo industrialista ha configurado durante varios siglos». Lo temporal y transitorio es, propiamente, la crisis financiera y económica actual. Si se logra salir de ella abonando las recetas neoliberales imperantes, es posible que se acentúe la crisis ecológica. La civilización capitalista e industrial –FFB remarcó la idea muchas veces en compañía de Jorge Riechmann– no tiene sentido del límite.

Así pues, si la crisis ecológica se acentúa, conjetura altamente probable, y se une con el actual y casi universal proceso de homogeneización cultural (que ha tomado la forma de occidentalización, otra consecuencia de la arista expansiva capitalista), se provocará «en el mundo un malestar cultural aún mayor que el que ya existe ahora». De este modo entramos en el último pero no menos importante de los factores constituyentes de la crisis de civilización: la crisis cultural y de valores.

El occidentalismo es, desde luego, la cara externa del capitalismo en la era de la actual globalización. No es sólo capitalismo por supuesto: incluye valores de varias religiones, de la ilustración europea y de lo que FFB llamó en sus últimos años la «chinización del mundo».⁵⁴ Ese occidentalismo es (aún más) prepotente y expansivo; alimenta el neocolonialismo, la xenofobia y el racismo; desprecia o ignora las diferencias culturales. Su consecuencia: «la extensión del sentimiento de *pérdida cultural* en millones de personas de todo el mundo».

Atendiendo a este sentimiento de pérdida, FFB señala que se comprende la expansión que ha ido alcanzando «aquello que algunos amerindios del siglo XVI denominaron *nepantlismo*». Estar *nepantla* era estar en medio, «estar indefinidos culturalmente, sin acabar de saber a qué carta quedarse en el encuentro entre culturas». Para nosotros, muy particularmente para aquellas personas que compartan el sentimiento de pérdida cultural, ocurre algo parecido (salvando, matiza el autor de *La gran perturbación*, todas las distancias que haya que salvar). Para él un mundo dividido entre prepotentes y *nepantlas* es un mundo en crisis. Pocas cosas «puede haber tan representativas de una crisis de civilización como el sentimiento de pérdida de los valores que han sido propios».

⁵⁴ El número 115 de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* aborda este concepto en su Especial. Disponible en <http://www.fuhem.es/revistapapeles/archivo.aspx> [N. de la E.]

La situación no se podía arreglar buscando en los clásicos de cada uno los valores perdidos. Así, en los del marxismo, empezando por Marx, sólo podemos encontrar –sostiene en este punto uno de sus grandes conocedores– atisbos metodológicos e historiográficos, algunos (pocos) atisbos ecológicos y medioambientalistas, y también «aunque menos, atisbos para una crítica radical de la civilización en crisis».

De las respuestas a la crisis de civilización que en las últimas décadas han sido elaboradas por los principales movimientos sociales críticos hay tres que FFB toma en consideración: la respuesta ecologista, la alterglobalizadora y «la que se esboza últimamente a partir de la noción de decrecimiento». De los varios ecologismos que han fructificado en estas últimas décadas, desde finales de los setenta del siglo XX, «el más cargado de razones y el que mejor puede enlazar con el proyecto socialista» es, en su opinión, el ecologismo social de los pobres, el que atiende al mismo tiempo «a las causas socioeconómicas del empobrecimiento de los países y a la interrelación existente entre la vieja rémora de la desigualdad social y los desequilibrios medioambientales que afectan a muchas regiones de Latinoamérica, África, Asia y Europa oriental».

De las respuestas a la crisis de civilización elaboradas por los movimientos sociales críticos hay tres que Fernández Buey toma en consideración: la respuesta ecologista, la alterglobalizadora y la noción de decrecimiento

Este ecologismo social, sabedor de que existe una relación directa entre neocolonialismo, explotación, catástrofes y empobrecimiento de las poblaciones, postula «una teoría de las necesidades materiales y espirituales, una teoría que es crítica del industrialismo y del consumismo inducidos y se muestra, a la vez, sensible y atenta con las formas de humanizar la naturaleza que han sido propias de las culturas campesinas tradicionales».

La forma en que ha tomado cuerpo este ecologismo es lo que suele llamarse ecología política de la pobreza [EPP]. FFB la define así: «es una opción a favor de un ecologismo social que atiende simultáneamente a los límites del crecimiento y al hecho de que vivimos en una “plétora miserable” con enormes diferencias y desigualdades en todo lo esencial para la vida de los humanos». FFB –que no olvida desde luego que el EPP nació en África, en Asia y en América Latina como respuesta a los problemas socioecológicos ya percibidos por las poblaciones indígenas–, apunta a continuación un paso que dice mucho –y al mismo tiempo– de él, de “Paca Fernández Buey” como se hizo llamar en ocasiones, de su filosofar y del asunto comentado: «En su origen están las protestas, y también propuestas alternativas, de mujeres de Kenia y de la India, así como se sindicalistas sensibles en Brasil en la década de los ochenta». El origen no era casual: en muchos países africanos, en muchos

países asiáticos, «son las mujeres del campo, sobre cuyos hombros cae gran parte del trabajo productivo, quienes más sufren la crisis ecológica, los ataques a la biodiversidad, el empobrecimiento de los suelos cultivables, la desertización y la escasez de agua».

La EPP –que constata que se está abriendo un nuevo flanco en el enfrentamiento entre países ricos y empobrecidos (cada vez más identificados con las reservas ecológicas del planeta): el cambio de cromos deuda externa por ecología– se caracteriza para FFB por cuatro rasgos básicos: 1) Rectificación radical del concepto lineal ilustrado de progreso; 2) alejamiento del punto de vista eurocéntrico o euronorteamericano que ha estado presente incluso en «las opciones económico sociales tenidas por más avanzadas en el último siglo»; 3) asunción de la autocrítica de la ciencia contemporánea y en la crítica del complejo tecno científico que domina el mundo; 4) postulación de un diálogo entre diversas tradiciones de liberación o emancipación en las distintas culturas históricas para avanzar «hacia un nuevo humanismo [que tampoco haga del hombre centro único de todo lo existente] atento a las diferencias culturales y respetuoso del medio ambiente».

En suma, lo que la EPP viene a señalar es que no podemos seguir viviendo como se ha vivido en las últimas décadas, «por encima de las posibilidades de la economía real y contra la naturaleza». El modo de vida, el insatisfactorio modo de vida de las capas privilegiadas de los países ricos, no es universalizable de ningún modo: su generalización chocaría con límites ecológicos insuperables. El desarrollo realmente sostenible implica autocontención y ésta implica a su vez austeridad en un sentido muy distinto del publicitado e impuesto por los grandes poderes neoliberales. «Pero para que la “austeridad” sea una palabra creíble para las mujeres y varones del mundo empobrecido es necesario que antes, o simultáneamente, seamos austeros quienes hoy vivimos del privilegio».

La EPP, destaca FFB, se opone al mismo tiempo al industrialismo capitalista y a la mercantilización del ecologismo. La producción supuestamente ecológica, meramente conservacionista o bienintencionadamente ecológica, «corre el peligro de convertirse en negocio de unos cuantos, en beneficio privado, en pasto de la publicidad y en ocasión para el llamamiento a un nuevo tipo de consumismo». La línea verde del sistema empieza a cotizar en bolsa con éxito.

Para el discípulo de Manuel Sacristán hay al menos un aspecto de la EPP que tiene particular importancia para lo que en Europa se suele llamar ecosocialismo o incluso ecocomunismo: la crítica al neocolonialismo que instrumentaliza la conciencia ecológica de las poblaciones y que en muchas ocasiones pasa desapercibida a los ojos del medioambientalista europeo bienintencionado. Es la denuncia del ecolonialismo, que actúa de forma parecida a como lo hizo el primer colonialismo histórico en el siglo XVI, poniendo énfasis en las cosas que siendo de todos no son de nadie, y que, por tanto, deben ser patrimonio de toda la humanidad, añadiendo a continuación que esas cosas de todos deben ser gestionadas

por quienes pueden utilizarlas *convenientemente*. Es decir, los mismos que en «otro momento histórico podían hacer un uso “inconveniente” de las minas y tierras americanas, africanas o asiáticas».

Una vuelta más de la sesgada e interesada noria de la Historia. Si en el pasado, esa pretensión se basó en la superioridad científica, técnica y cultural, ahora se pretende basarla en la «conciencia ecológica de la especie». De este modo, la EPP ve con mucha y muy razonable desconfianza los llamamientos (nada ingenuos) a una internacionalización de la Amazonia en nombre de una supuesta conciencia de especie.

FFB recuerda oportunamente el *dictum* de los dirigentes de la Unión de Naciones Indígenas: «Los europeos hablan mucho de salvar la Amazonia. Pero no vemos ninguna preocupación por el ser humano que vive aquí». Sólo piensan en salvar los bosques, los animales, las tierras, pero no los seres humanos que en ellas viven. La EPP, remarca, recuerda que no es la primera vez en la historia que la «usurpación de las grandes y buenas palabras por los dominadores conduce al etnocidio. Conciencia ecológica y conciencia de especie son buenas palabras. Conviene que sepamos cómo suenan en los labios de las persona que mejor conocen lo que está en juego en las tierras, los ríos y los pantanos en que vivieron sus antepasados».

Alterglobalización

La alterglobalizadora es la segunda respuesta analizada por el autor de *Guía para una globalización alternativa*, un libro en el que, no por casualidad, hablaba del dirigente obrero alterglobalista, actualmente en huelga de hambre con cinco trabajadores de Telefónica más por la readmisión de un compañero despedido, Josep Bel.

«Otro mundo es necesario y posible» había sido el principal eslogan del movimiento alterglobalizador o altermundialista, «una parte importante del cual también se considera ecosocialista» matiza FFB.

¿Qué otro mundo sería ese otro mundo necesario y posible? Un mundo en el que, por ejemplo, se hubiera condonado la deuda de los países empobrecidos; un mundo en el que los países ricos dedicaran el 0,7% del PIB a ayudar a salir de la pobreza y la miseria cuando no del hambre a países y poblaciones en peor situación; un mundo en el que las instituciones económicas estuvieran al servicio de las necesidades de la mayoría de la población; un mundo en el que se hubiera reformado profunda y democráticamente las estructuras de la ONU; un mundo en el que los tiempos para el trabajo, el ocio y el cuidado de los próximos se adecuara a las necesidades de las mujeres; un mundo donde se garantizara la soberanía alimentaria y energética, etc., un largo etcétera.

Esas son, señalaba, algunas de las concreciones del lema que podrían hacer ese otro mundo deseable para la mayoría de las poblaciones. Para que la deseabilidad se hiciera más concreta hacen falta ejemplos en cada uno de estos ámbitos. La otra alternativa a ese sendero, es decir, que lo deseable surja en la conciencia de las gentes como un puñetazo, era postular, una vez más, el lado malo de la historia, pensar, creer o incluso desear por inevitable que la historia avance por su lado malo, por su peor (y conocida) arista. A pesar de la ausencia de conciencia revolucionaria en el mundo, apunta FFB, se podía seguir concluyendo que sin conciencia revolucionaria no había revolución posible. «El mundo no se va a revolucionar por sí mismo, o sea, sin la voluntad de sujetos, por anónimos que sean, que quieran revolucionarlo».

El movimiento de movimientos, el movimiento alterglobalizador, globalmente anticapitalista en sentido vago o vaporoso, había sido hasta estos momentos un movimiento “resistencial” frente a los peores efectos de las políticas capitalistas neoliberales; habían tratado de «poner frenos en las ruedas del carro del sistema» o echando arena en los engranajes de su poderosa maquinaria.

La desobediencia civil, concluía, era una grito de resistencia «colectiva que corresponde a una época en la que un mundo no acaba de morir y el mundo nuevo, que apunta, no acaba de nacer». Al mismo tiempo, era también una forma de acumular fuerzas y conciencia en una fase histórica que, en opinión del autor de *Leyendo a Gramsci*, «la hegemonía dominante se tambalea».

Reflexiones sobre el decrecimiento

El decrecimiento, finalmente, era la tercera propuesta analizada. Ya no bastaba con echar el freno al automóvil, como señalara Benjamin; había que poner la marcha atrás para sortear el abismo. Los teóricos del decrecimiento sostenible proponen, señalaba FFB, frente a las economías aún dominantes, lo que ellos mismos denominan economía sana (o decrecimiento sostenible): una economía basada en el uso de energías renovables (solar, eólica, biomasa o vegetal e hidráulica) y en una reducción drástica del actual consumo energético (la energía fósil quedaría reducida a usos de supervivencia y a usos médicos).

Algunas de las implicaciones de esta economía sana son enunciadas por FFB del modo siguiente: práctica desaparición del transporte aéreo y de los vehículos con motor de explosión; fin de las grandes superficies comerciales; fin de los productos manufacturados baratos de importación; fin de los embalajes actuales sustituidos por contenedores reutilizables; fin de la agricultura intensiva; paso a una alimentación mayormente vegetariana. Todo ello representaría un cambio radical en el modelo económico:

«[...] el paso a una economía que en palabras de algunos de los teóricos del decrecimiento, seguiría siendo de mercado, pero controlada tanto por la política como por el consumidor. Se trataría, pues, de una economía de pequeñas entidades y dimensiones que, además –y esto es otro punto fuerte de la actual teoría del decrecimiento– no tendría que generar publicidad. La producción de equipos que necesita de inversión sería financiada por capitales mixtos, privados y públicos, también controlados desde el ámbito político. La economía de decrecimiento estaría orientada hacia un comercio justo real para evitar así la servidumbre, las nuevas forma de esclavitud que se dan en el mundo actual y el neocolonialismo».

FFB señala con énfasis que en las formulaciones más inteligentes y más elaboradas la idea de decrecimiento no se presenta como «mero concepto sin conexión con la praxis socio política», ni tampoco «como un programa definido para la construcción de alternativas a las sociedades de crecimiento, como un programa político cerrado, como una receta o como una panacea». Tampoco como un ideal en sí. El decrecimiento en estas formulaciones «aparece como un horizonte aglutinador frente a la imposibilidad material del crecimiento que conocemos y frente a la imposibilidad de nuestro modelo actual de desarrollo». FFB hacía suyas las palabras de Mauro Bonaiuti: «la idea de decrecimiento puede llegar a convertirse en algo así como un horizonte interpretativo largamente compartido en el ámbito de las alternativas (en plural) al capitalismo global».

El autor de *Contribución a la crítica del marxismo científicista* trazaba a continuación algunos matices esenciales. La idea de decrecimiento no implicaba que todo tuviera que decrecer. Lo que se defendía es que disminuyera en el momento y en la situación actual, el consumo de materia y energía, la idea de decrecimiento apuntaba «a la producción y reproducción de valor y felicidad en las sociedades humanas reduciendo en ellas de una manera progresiva la utilización de materia y energía». Todo ello, en última instancia, y no sin contradicciones, implicaba un cambio radical en la forma de producir, consumir y vivir, una nueva forma de organizarnos social y económicamente.

Por ahí, señalaba, el decrecimiento enlazaría con las utopías sociales anteriores en la historia de la humanidad: potenciar la producción a escala local y en sentido sostenible; primar los cultivos agroecológicos; adaptar la estructuras económicas al servicio del ser humano; redistribuir el acceso a los recursos naturales y a la riqueza; primar la cooperación y el altruismo; revisar nuestra conceptualización de la pobreza y la escasez.

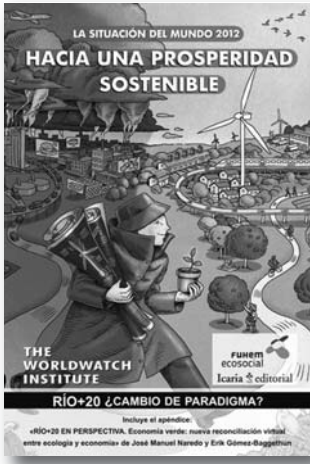
FFB da cuenta en su texto de otro importante vértice de la cuestión: ¿dónde poner el acento a la hora de elaborar una política económica ecológica alternativa? ¿Únicamente en la reducción del consumo? ¿O más bien en una revisión profunda de las preferencias? Bonaiuti, por ejemplo –la línea le parecía a FFB más que razonable– propugna desplazar los acentos hacia lo que llama bienes relacionales (atenciones, conocimientos, cuidados, nuevos espacios

de libertad y de espiritualidad, participación, etc.) y hacia una economía solidaria. El decrecimiento material tendría que ser, pues, un crecimiento relacional, convivencial y espiritual.

Para el autor de *Utopías e ilusiones naturales* todo lo anterior traía a la memoria aquello que Ernst Bloch llamaba «utopía concreta» para diferenciarla de la utopía abstracta: la utopía realizable como horizonte. En este caso, la sostenibilidad ambiental y la justicia social, lo cual, señalaba con énfasis el ex dirigente y luchador del PSUC, «no precisa de una respuesta técnica, sino más bien política y filosófica; cambios profundos en el tejido cultural de nuestras sociedades».

FFB subraya finalmente la presentación que se está haciendo del decrecimiento no como mero ideal o como propuesta, sino como necesidad. Si ha ocurrido en nuestro pasado reciente que el crecimiento cero o casi cero o el decrecimiento caótico (en eso estamos en algunas sociedades) se produjeron históricamente «sobre la base de políticas neoliberales, sin control estatal o por desorganización completa del Estado», el estudioso de Gramsci señalaba que entonces habría que llegar a la conclusión de que la peor de las utopías, la más negativa, el peor de nuestros sueños, es precisamente la política económica que, invirtiendo valores y razones, se ha presentado a sí misma como la más “realista”.

Francisco Fernández Buey nunca fue un realista en este sentido —el falsario, injusto e irracional sentido del discurso hegemónico y de sus prácticas anexas—, que él, hasta el final de sus días, nunca dejó de combatir. Como muy pocos, como sólo han sido capaces de hacer los luchadores y pensadores imprescindibles. Los que, pletóricos de buen humor, han ido en serio.



LA SITUACIÓN DEL MUNDO 2012

Hacia una prosperidad sostenible

INFORME ANUAL DEL WORLDWATCH INSTITUTE

Una amplia visión sobre las tendencias actuales en economía y sostenibilidad global.

Propuestas sobre las políticas que pueden resolver algunos de los problemas ambientales y sociales más urgentes.

Ante los patrones actuales, social y económicamente insostenibles, **La Situación del Mundo 2012** explora oportunidades y alternativas en materia de agricultura, tecnologías de la información y biodiversidad, para reorientar la construcción de las ciudades, la política local y la gobernanza global.

Coeditado por FUHEM Ecosocial e Icaria
Varios autores
Precio: 29 €.
Páginas: 430
ISBN: 978-84-9888-445-6

Incluye un apéndice, exclusivo de esta edición:

- "Río+20 en perspectiva. Economía verde: una nueva reconciliación virtual entre ecología y economía", de José Manuel Naredo y Erik Gómez-Baggethun.

BOLETÍN DE PEDIDO

Para suscribirse o hacer su pedido:

- ✓ Compre a través de la librería electrónica www.libreria.fuhem.es
- ✓ Envíe este formulario al fax **91 577 47 26**
- ✓ Llame al teléfono **91 431 03 46**
- ✓ Escriba un correo a publicaciones@fuhem.es

Nombre:

Dirección:

Población: C.P. Provincia:

Teléfono: Correo electrónico:

EJEMPLAR 29 € (Gastos de envío gratuitos para España) **Nº ejemplares**

SUSCRIPCIÓN 23,20 € (Gastos de envío gratuitos para España)

FORMA DE PAGO

Domiciliación bancaria (preferible esta modalidad para suscriptores)

Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado

Titular de la cuenta.....

Contra reembolso

Transferencia bancaria a:
Banco Popular. C/ O' Donnell, 22. 28009 Madrid.
Nº Cuenta: 0216 0251 51 0600005047

ENTIDAD	ORIGINA	CONTROL	NÚMERO CUENTA
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Entrevista a Miguel Candel

Sobre Francisco Fernández Buey

«Lo más destacable de su obra y su hacer es que su obra siempre fue inseparable de su hacer».

Miguel Candel es profesor de filosofía en la Universidad de Barcelona y amigo y compañero de Francisco Fernández Buey desde hace unos 40 años. Colaboró con él en las revistas Materiales y mientras tanto.

Pregunta: ¿Cuándo y cómo conociste a Francisco Fernández Buey?

Respuesta: Lo conocí durante el curso 1972-1973, en el que coincidimos como PNN (profesores no numerarios) en el departamento de Historia de la Filosofía de la UB, que dirigía Emilio Lledó. Pero quien me puso en contacto con él para «hablar de política» fue Jacobo Muñoz, que en aquel momento era también profesor del departamento y que un buen día me preguntó qué pensaba yo de la situación política del país. Ante mi respuesta, que dejaba traslucir una clara orientación filocomunista (le comenté que mi padre había militado en las JSU durante la guerra civil, precisamente en Valencia, tierra de origen de Jacobo, lo cual le sorprendió gratamente), me propuso, como digo, hablar con Paco del tema. Tras una serie de conversaciones en que Paco me mostró una visión del comunismo a la vez radical y crítica con las aberraciones de la propia tradición, ingresé plenamente convencido en la célula de profesores universitarios del PSUC en la UB, donde tuve el privilegio de militar junto a personas de la categoría intelectual y humana de Manolo Sacristán, Juan Ramón Capella, Ramón Sánchez Tabarés, Rafael Senra, etc., además, por supuesto, del propio Paco.

Salvador López Arnal es miembro del CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

P: Por aquellas fechas, el movimiento de los PNN estaba en uno de sus momentos más álgidos. ¿Qué papel jugó Francisco Fernández Buey en ese movimiento de los profesores no numerarios?

R: Junto a otros profesores no numerarios de diversas facultades, y teniendo a sus espaldas la verdadera gesta que había supuesto, unos años antes, la sonada creación del SDEUB, el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona –verdadero motor de arranque de las continuas movilizaciones universitarias que jalonaron los últimos años del franquismo–, Paco fue uno de los impulsores principales del movimiento de los PNN, que entonces se orientaba hacia la exigencia de contratos laborales estables para dichos profesores. Por un lado, se consideraba obsoleto, caciquil y corporativista el sistema de oposiciones. Por otro, resultaba inadmisibles una situación en la que la mayoría del profesorado universitario carecía por completo de estabilidad y de una retribución mínimamente comparable a la del profesorado funcionario, pese a asumir cargas de trabajo equivalentes o incluso mayores. El *boom* demográfico estaba inundando de alumnos las universidades españolas y el viejo sistema de provisión de plazas era incapaz de seguir el ritmo de crecimiento del alumnado.

P: Una de las movilizaciones más recordadas de aquel período fue la larga huelga del curso 1974-1975. Tras ella, os expulsaron a ambos de la Universidad. ¿Nos cuentas sucintamente qué pasó?

R: Como culminación del movimiento antes mencionado, se constituyó durante ese curso un comité de huelga formado, entre otros, por Paco y, entre los nombres que recuerdo, Enric Argullol.

P: Que posteriormente fue rector de la Universitat Pompeu Fabra.

R: Exacto. El comité de huelga, como te decía, canalizó el malestar del profesorado hacia una gran huelga que se prolongó a lo largo de toda la primavera de 1975. Se multiplicaron las reuniones de profesores de todas las facultades y universidades catalanas, con un seguimiento prácticamente total de la huelga. Como curiosidad, recuerdo una reunión, a la que asistí, del comité de huelga ampliado que tuvo lugar en casa de Narcís Serra.

P: ¡El que luego fuera Ministro de Guerra-Defensa con el PSOE!

R: Y vicepresidente de Gobierno, el mismo que viste y calza (y toca el piano, cosa que no puede decirse de cualquier ministro actual; y ojo, porque le debemos la, al parecer, defi-

nitiva domesticación del tradicionalmente golpista Ejército español vía profesionalización al servicio, eso sí, del brazo armado del imperialismo: la OTAN). Volviendo al tema: la coincidencia de criterios entre los profesores en huelga era muy grande, tanto respecto al contenido de las reivindicaciones como a la táctica a seguir. Ahora bien, a medida que se aproximaban los exámenes, las dudas sobre qué hacer aumentaron. En una asamblea celebrada en Filosofía y Letras durante el mes de mayo, el comité de huelga propuso detener ésta justo antes de los exámenes, para no perjudicar a los alumnos y no perder así su apoyo. Paco fue el portavoz de esa propuesta. Pero la mayoría de la asamblea, en un lamentable error de cálculo, se pronunció a favor de proseguir la huelga aun a costa de los exámenes. El comité de huelga hizo suya la decisión y propuso, bien boicotear los exámenes (con el consiguiente perjuicio para los alumnos), bien dar un aprobado general. Se optó por lo segundo. Pero a la hora de la verdad, la mayoría, incluso los que más habían criticado como claudicante la propuesta de parar la huelga, hicieron los exámenes y calificaron a los alumnos con toda normalidad. Sólo una exigua minoría, entre ellos Paco y yo mismo (pero también profesores no especialmente significados en la movilización, como mi buen amigo, ya difunto, Francesc Josep Fortuny), cumplimos lo acordado. Y, como era de prever, fuimos expulsados de la universidad. El movimiento de los PNN nunca volvió ser lo que fue entonces. Años más tarde se aceptó una forma menos engorrosa de funcionarización y la práctica totalidad de los antiguos PNN acabó obteniendo una plaza estable en la universidad.

P: Yo fui uno de los alumnos que gozó de tu “aprobado general”. Cambio un poco de tercio. Militasteis juntos en el PSUC. ¿Por qué se alejó Paco de la organización, del partido de los comunistas catalanes?

R: Fue un alejamiento paralelo al de Manolo Sacristán. El motivo fue, básicamente, la clara percepción de que el PCE-PSUC, bajo la dirección cada vez más unipersonal de Santiago Carrillo (que en paz descanse), derivaba progresivamente hacia un posibilismo claudicante (coherente, eso sí, con una perspectiva estratégica basada en la creencia de que era imprescindible lograr la reunificación de socialdemócratas y comunistas, so pena de caer en la inoperancia frente al sistema capitalista). Y, para cerrar el círculo, los sectores que más firmemente se resistían a esa deriva lo hacían básicamente (y entre ellos me incluyo) desde una posición que eludía la crítica a las formas autoritarias adquiridas por el llamado “socialismo real”; esto es, desde una posición que podríamos llamar (y así se llamó entonces) “prosoviética”. Puestos a elegir entre esas dos posturas, que ellos consideraban igual o casi igual de erróneas, Manolo y Paco optaron por salir del partido.

P: Estás señalando aquí una diferencia política entre vosotros. ¿No os distanció de algún modo?

R: En efecto, pero no de manera sustancial. De hecho, cuando se produjo años más tarde, en el V Congreso del PSUC (enero de 1981), la rebelión de los críticos anti-eurocomunistas, prosoviéticos incluidos (también llamados, estos últimos, “afganos”, por su “nuestro” apoyo a la intervención soviética en Afganistán), el consejo de redacción de la revista *mientras tanto*, de la que hablaremos luego, redactó, a propuesta de Manolo y Paco, una carta de apoyo al proceso, aunque advirtiendo, eso sí, de que corría el riesgo de caer víctima de la «lógica de las élites», que casi siempre acaba desvirtuando los movimientos de base (como así fue, por supuesto).

P: **Tras la muerte del general golpista, vinieron los años de la transición, de la legalización del PCE, de la Constitución y de los Pactos de la Moncloa. ¿Cómo se situó Paco en todos aquellos acontecimientos?**

R: Fue precisamente en esos días cuando Paco abandonó la militancia en el PSUC. Permítaseme recordar una anécdota (finalmente intrascendente) que se produjo a raíz de la legalización del PCE con las hipotecas de todos conocidas. Un grupo de militantes del PSUC (Paco, Víctor Ríos, Leopoldo Espuny, Luis Salvadores y yo mismo, creo que nadie más, pues Manolo Sacristán ya había dejado de hecho la militancia) redactamos una carta denunciando las concesiones realizadas por Santiago Carrillo a cambio de la legalización del PCE. Tras largas discusiones, uno de los posibles firmantes se echó atrás con el argumento de que aquel texto no tendría otro efecto sino perjudicar al PCE y al PSUC en las ya cercanas elecciones de junio de 1977. Su actitud desanimó al resto y la iniciativa murió antes de nacer, precipitando la salida de Paco del partido. Su militancia, a partir de entonces, se centró en el movimiento antinuclear y pacifista, así como en la creación, junto con Manolo Sacristán y otros que seguíamos militando en el PSUC, del sindicato de enseñanza de CCOO. Cosa que se logró contra viento y marea, pues la propia dirección de CCOO era contraria al proyecto, al considerar que sectores como el de la enseñanza debían organizarse en sindicatos unitarios que superaran la división del movimiento sindical entre CCOO y UGT. Puede decirse que, por aquel tiempo, bastantes comunistas críticos con la línea política del PCE-PSUC nos “refugiamos” en la militancia sindical en CCOO con la esperanza de que el sindicato sirviera de plataforma para la regeneración política de dichos partidos. No sé qué habría dicho al respecto el Lenin de *¿Qué hacer?*...

P: **Pues seguramente que fuisteis muy hábiles, que el mundo no siempre rueda de la misma forma y que muchos ciudadanos os seguíamos muy de cerca. Perdona una curiosidad: cuando hablas de la dirección de CCOO, ¿a quién te estás refiriendo concretamente? ¿A Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius, José Luis López Bulla...?**

R: Exactamente, a todos ellos, aunque el más beligerante fue Nicolás Sartorius. Nos apoyó, en cambio, una parte importante de la dirección de CCOO de Barcelona, los llamados, en aquella época, “leninistas”.

P: Fundasteis en 1977 la revista *Materiales*. ¿Qué papel desempeñó Paco Fernández Buey en aquella revista inolvidable? ¿Por qué se interrumpió la publicación?

R: Paco fue, junto a Manolo Sacristán, pieza clave en la trayectoria de aquella revista que tuvo una gran influencia entre militantes comunistas de diversas tendencias, empezando por los del propio PCE-PSUC, cuyas direcciones la veían con gran recelo, aunque sin atreverse a desautorizarla abiertamente. Uno de los ataques más sonados de *Materiales* fue el que lanzamos contra el libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*. Independientemente de la evolución posterior de algunos de los sectores que suscribieron esa crítica, pienso que la denuncia de las aberraciones políticas que (no sólo desde una óptica marxista) contenía aquella obra fueron de lo más atinado que salió de las páginas y el entorno de la revista *Materiales*. Su vida se extinguió al extinguirse la esperanza que menciono más adelante.

P: Después de *Materiales*, vino *mientras tanto*. ¿Quiénes la fundasteis? ¿Qué novedades representaba respecto a *Materiales*?

R: Los fundadores fuimos, si no recuerdo mal (aunque no todas las incorporaciones se dieron al mismo tiempo y algunos nombres “se cayeron” muy pronto), Manolo Sacristán, el mismo Paco, Giulia Adinolfi, María José Aubet, Víctor Ríos, Toni Domènech, Rafael Argullol, Ramón Garrabou, Antonio Izquierdo, Juan Ramón Capella y yo mismo. Seguramente olvido algún nombre, por lo que pido excusas. Con respecto a *Materiales* había un cambio de orientación claro: así como desde dicha revista se confiaba en poder influir positivamente en la línea política de la izquierda comunista, *mientras tanto*, en cambio, es fruto y reflejo del agotamiento de esa esperanza. El propio nombre de la revista lo expresa bastante gráficamente: se da por descontado que se inicia una larga travesía del desierto, tanto por razones subjetivas (degeneración de la izquierda en general y de la izquierda comunista en particular) como objetivas (derechización de una sociedad ganada en su gran mayoría por los valores del capitalismo), y se propone un paciente ejercicio de reflexión mientras ese panorama no cambie, a la vez que se cree ver los gérmenes de ese futuro cambio posible en los nuevos movimientos sociales: feminismo, pacifismo, ecologismo, que acaso permitirían un día romper el frente capitalista por los “flancos”, visto que por el “centro” (la confrontación directa capital-trabajo) parece imposible penetrar debido a la creciente integración de la clase obrera y sus representantes políticos y sindicales.

P: Tanto tú como Paco fuisteis parte activa-activísima del movimiento anti-OTAN. ¿Paco fue un pacifista?

R: Sin duda. Y un pacifista estratégico, a diferencia de otros que, como yo, éramos pacifistas tácticos. Eso fue motivo, en alguna ocasión, de polémica entre nosotros. Paco, como Manolo, llegó a pensar, al menos durante bastante tiempo, que la evolución de la URSS demostraba que confiar en el uso de la fuerza para lograr la emancipación de los oprimidos acababa desvirtuando la propia lucha emancipatoria. Una idea que se podría glosar con aquella frase de William Blake: «Luchando contra el dragón nos convertimos en dragón».

P: Esa diferencia política que señalas, ¿os distanció humanamente?

R: Algo sí, porque, aun compartiendo el mismo objetivo estratégico, estaba clara la divergencia en los medios para alcanzarlo. Yo seguí pensando en términos clásicos de toma del poder como requisito imprescindible para cualquier cambio revolucionario, mientras Paco (al igual que Manolo) parecía cifrar sus esperanzas en procesos más lentos y ajenos al uso de la fuerza, digamos al estilo Gandhi. Pero también hay que decir que esas diferencias se fueron reduciendo con el paso del tiempo, en la medida en que ambos acabamos implicándonos en iniciativas como la que dio origen a Izquierda Unida y, posteriormente, a Esquerra Unida i Alternativa (con la consiguiente decepción posterior, plenamente compartida por ambos, ante la evolución de esas organizaciones). El distanciamiento que llamas “humano” no existió nunca, a no ser que lo situemos en el hecho de que nuestras vidas profesionales se separaron mucho al seguir él vinculado a la universidad e iniciar yo un periplo por otras latitudes laborales y geográficas.

P: Como filósofo, ¿qué te parece más importante de su obra?

R: Obviamente, sus trabajos sobre Gramsci y el marxismo italiano, así como, en general, sobre la izquierda comunista de entreguerras. Como obra de alcance más general hay que destacar *La ilusión del método*. Y como plasmación sucinta y clara de su concepción del marxismo, por supuesto, *Marx sin ismos*.

P: Pocas personas hablan de *La ilusión del método*. ¿Por qué te parece tan notable?

R: Entre otras razones, porque contiene una visión equilibrada de las ciencias sociales, que no cae ni en el idealismo de tradición germánica ni en el cientificismo reduccionista de estirpe anglosajona. Una de las losas que más pesan sobre la filosofía actual es, en mi opinión, la mutua incomprensión entre los dos bandos enfrentados en la llamada «guerra de las ciencias».

P: ¿Por qué crees que estuvo tan interesado y durante tanto tiempo en la obra de Gramsci?

R: Como limitado conocedor de la obra gramsciana que soy, creo que fundamentalmente por el carácter verdaderamente marxista, es decir, dialéctico y no mecanicista, del pensamiento político de Gramsci, debido seguramente a la influencia de pensadores italianos como Antonio Labriola, que hacían particular hincapié en lo que podríamos llamar la “retroalimentación” de las estructuras sociales por elementos sobreestructurales como la tradición cultural y otros factores “ideológicos” y veían el marxismo como una filosofía de la praxis irreductible a esquemas de desarrollo estrechamente deterministas.

P: De su Marx, de su marxismo sin ismos ni dogmas y con práctica política y documentadas aristas ecologistas, ¿qué te parece más destacable?

R: Precisamente lo que comparte con los planteamientos gramscianos, a saber, su concepción del proyecto marxista como una *opera aperta*, en que, justamente porque nunca se pierden de vista los principios esenciales que orientan la acción emancipadora (por ejemplo, la consideración, al modo kantiano, del ser humano como fin y nunca como medio), cualquier medio se subordina a los fines emancipatorios de modo que ninguno se acabe convirtiendo a sí mismo en fin.

P: Me vienen a la mente mil preguntas, pero no se trata de abusar de nadie ni siquiera de tu enorme generosidad. ¿Qué crees que es más destacable de la obra y hacer de Francisco Fernández Buey?

R: Aunque pueda parecer un juego de palabras, pienso que lo más destacable de su obra y su hacer es que su obra siempre fue inseparable de su hacer. Es difícil encontrar una figura en el panorama de la intelectualidad y el activismo político españoles en la que la coherencia entre pensamiento y praxis sea más perfecta y ejemplar. Su muerte, ciertamente prematura en los tiempos que corren (aunque es probable que las políticas sanitarias que el capital trata de imponer nos obliguen en breve a modificar este criterio), deja un vacío muy difícil de colmar.

P: Muy difícil, muy difícil. Gracias, muchas gracias.

Nuevo Atlas geopolítico de Le Monde diplomatique en español

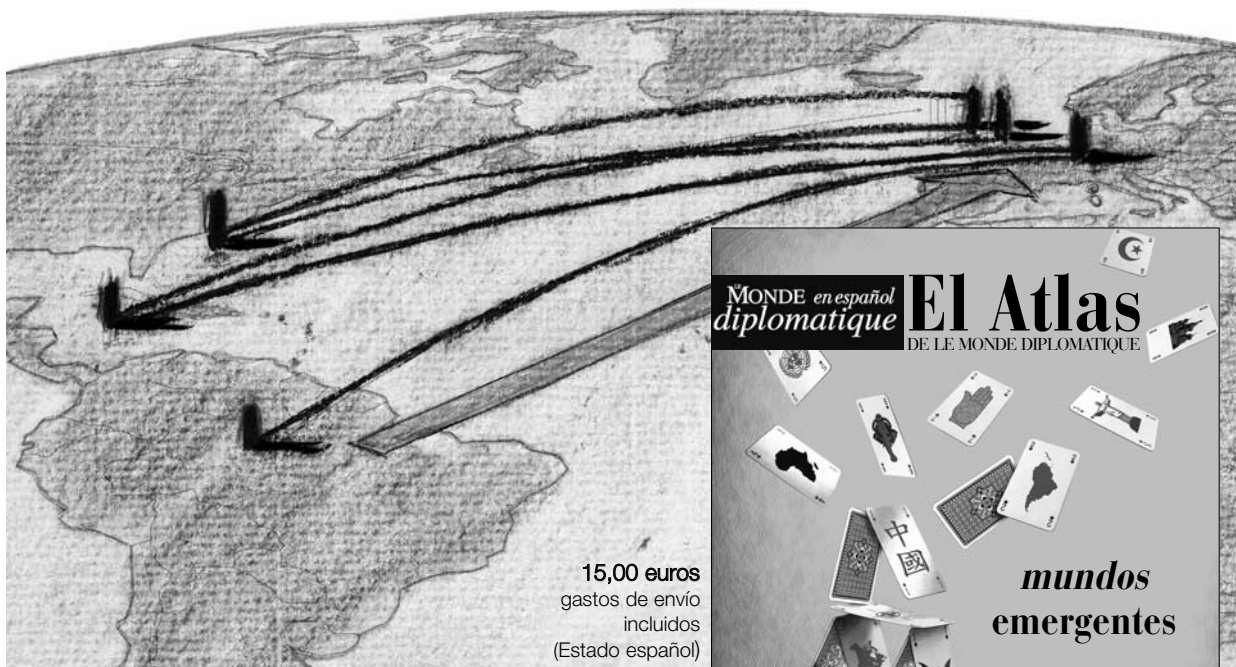
Resulta difícil en la actualidad orientarse en el mapamundi:
desplazamiento de los centros de actividad y de poder hacia
nuevos territorios, alianzas inéditas, recomposiciones geopolíticas...

Es necesario replantearnos nuestras guías de lectura.

A este desafío se enfrenta *Le Monde diplomatique* con la publicación,
el 13 de septiembre, de la cuarta edición de su Atlas Geopolítico.

Esta obra de gran formato de doscientas páginas reúne los análisis
redactados por reconocidos expertos y un enfoque cartográfico original
para ilustrar estas mutaciones históricas.

Comprender el mundo consiste también en mostrar las visiones que los
propios pueblos tienen de sí mismos y de su lugar en el planeta.



15,00 euros
gastos de envío
incluidos
(Estado español)

El 13 de septiembre
en kioscos y librerías.
También puede
adquirirlo en el 96.39149.90
o en www.monde-diplomatique.es

MONDE en español
diplomatique **El Atlas**
DE LE MONDE DIPLOMATIQUE

***mundos
emergentes***

ALTERNATIVAS III. ENFOQUES PARA EL CAMBIO SOCIAL

La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante 49

Mateo Aguado, Diana Calvo, Candela Dessal, Jorge Riechmann, José A. González, Carlos Montes

Sobre la necesaria reorganización social de los tiempos: políticas de tiempo, espacios económicos alternativos y bienestar 77

Lucía del Moral

El trabajo de cuidados: un camino para repensar el bienestar 93

Teresa Torns, Vicent Borrás, Sara Moreno, Carolina Recio

La edad de los rendimientos decrecientes ¿Qué escenarios se presentan en el futuro? 103

Mauro Bonaiuti

La democracia económica: núcleo de una estrategia antineoliberal 119

Armando Fernández Steinko

Cultivar la resiliencia. Los aportes de la agricultura urbana a las ciudades en transición 131

José Luis Fernández Casadevante

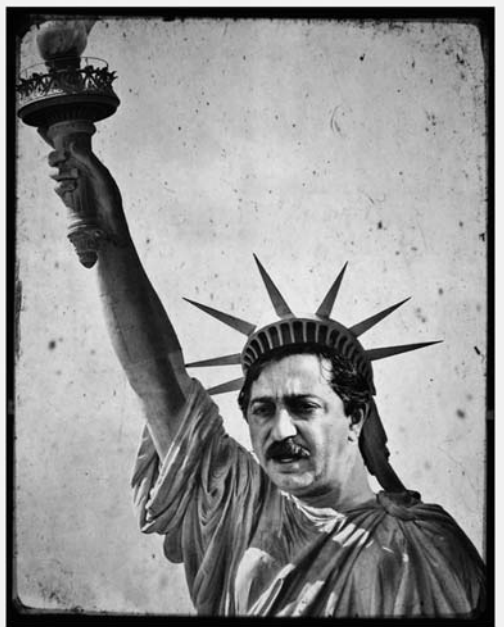
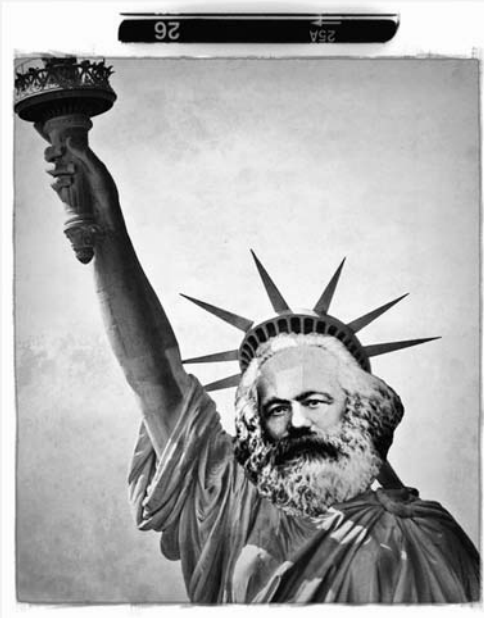
Territorios socialmente responsables: el trabajo comunitario como estrategia de desarrollo local 145

Daniel Jover

Seguridad nacional, seguridad multidimensional, seguridad humana 161

Tica Font y Pere Ortega

Especial



MATEO AGUADO, DIANA CALVO, CANDELA DESSAL,
JORGE RIECHMANN, JOSÉ A. GONZÁLEZ Y CARLOS MONTES

La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante

El bienestar humano es un concepto ambiguo y confuso cuya consecución ha preocupado al ser humano durante toda su existencia y que exige una revisión profunda. El auge galopante de la concepción occidental del bienestar humano, entendido como nivel de consumo, amenaza con precipitarnos hacia un colapso civilizatorio. Hablemos de rescatar y transversalizar una concepción de bienestar humano más holística e integradora que esté sustentada en las necesidades humanas básicas y enfocada hacia aquellos valores intangibles que dan sentido a la vida, como las buenas relaciones sociales y unos ecosistemas bien conservados. Lograr un mundo feliz, justo y sostenible dependerá en gran medida de ello.

El bienestar humano es un concepto enormemente complejo y abstracto cuya comprensión ha suscitado tradicionalmente grandes dificultades interpretativas. Estas dificultades han dado pie a múltiples teorías en cuanto a sus componentes y dimensiones que aun hoy no se han traducido en un consenso ampliamente aceptado sobre el mismo. La noción subyacente, sin embargo, a pesar de haber recibido juicios variables a lo largo de la historia (normalmente influidos por los acontecimientos sociales y económicos de cada momento),¹ ha sido considerada prácticamente siempre como meta común y universal del ser humano.

Han sido muchas las esferas de conocimiento que a lo largo de la historia han abordado la cuestión del bienestar humano; un concepto que nunca ha

Mateo Aguado es investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas (UAM)

Diana Calvo es investigadora en el Instituto de Ciencia y Tecnología Ambiental (UAB)

Candela Dessal es investigadora del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales (UAM)

Jorge Riechmann es profesor titular de Filosofía Moral (UAM)

José A. González y Carlos Montes son Profesores del departamento de Ecología (UAM)

¹ S. Alkire, «Dimensions of human development», *World Development*, núm. 30 (2), 2002, pp. 181-205.

estado sujeto a un ámbito científico determinado. En los últimos años, no obstante, ha pasado de ser un fenómeno mayoritariamente tratado desde el ámbito de la filosofía a trascender al terreno público, social e incluso político. Tanto es así que durante la última década han proliferado de forma insólita en las librerías de todo el mundo los textos relacionados con la felicidad, el bienestar, el desarrollo personal, la autoestima, la superación, la psicología positiva, etc. Por su parte, el número de publicaciones científicas que incluyen el término *bienestar humano* no ha dejado de aumentar año tras año durante las dos últimas décadas.²

Así, haciéndose eco de este creciente interés social, los gobiernos de muchos países han comenzado a incorporar recientemente en sus agendas políticas iniciativas que tratan de explorar estrategias alternativas o complementarias al Producto Interior Bruto (PIB) a la hora de evaluar el bienestar humano y el progreso social de las naciones. Un ejemplo de ello es la comisión especial que Nicolás Sarkozy, el anterior presidente de la República francesa, solicitó en 2008 al prestigioso economista Joseph Stiglitz para tratar de identificar las limitaciones del PIB y tratar de avanzar en la ardua tarea de medir el progreso social. En esta misma dirección, en noviembre de 2010, con el lanzamiento del Programa Nacional de Medición del Bienestar, el primer ministro del Reino Unido, David Cameron, aludió a la necesidad de superar la hegemonía del PIB, centrándose en el nuevo paradigma del *GWB (General Well-being)*. Mención especial merece en este sentido el proyecto mundial de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), *Measuring the Progress of Societies*, en el que participa España a través de la embajada de España ante la OCDE, el Instituto Nacional de Estadística (INE), la Oficina Económica del Presidente, el Club de Roma y el Observatorio de la Sostenibilidad en España (OSE).

Fuera de Occidente también existen casos interesantes encaminados igualmente a cuestionar la hegemonía del PIB como indicador único de la salud de una nación. Los ejemplos son dispares. Desde la iniciativa llevada a cabo por el Gobierno de Bután al desarrollar la denominada *felicidad nacional bruta* (FNB), hasta las nuevas constituciones de Ecuador y Bolivia, que reconocen, por vez primera en el constitucionalismo mundial, los derechos de la naturaleza y la cosmovisión de vida de los pueblos originarios del país: el *buen vivir* (o *Sumak kawsay*) de Ecuador y el *vivir bien* (o *Suma qamaña*) de Bolivia.

El interés por la medición del bienestar humano, hasta ahora dominado por los aspectos económicos y monetarios y, en definitiva, por las nociones clásicas de progreso y desarrollo, parece estar dando paso a una visión más holística y transdisciplinar en donde se

² D. Calvo-Boyero, *Repensando el concepto de bienestar humano desde la ciencia de la sostenibilidad: aplicación práctica al socio-ecosistema de Doñana*, Proyecto fin de carrera, Universidad Autónoma de Madrid, 2010 (mimeo).

empiezan a tener en cuenta no solo ya los aspectos objetivos del mismo sino también los subjetivos.

A todo ello hay que añadir la nueva aproximación *ecológica* que en los últimos años ha comenzado a ganar terreno y a través de la cual se conceptúa el bienestar humano como un subsistema de la naturaleza de la cual depende.³ Este nuevo marco conceptual se sustenta en la convicción de situar la esfera económica al servicio de la sociedad (y no al revés), siendo ambas esferas –economía y sociedad– subsistemas de la biosfera; una biosfera cuyos límites biofísicos están siendo cada vez más sobrepasados por la desmesurada expansión del sistema financiero de la sociedad humana.

Sin ignorar jamás el contexto ecológico sobre el cual irremediamente reposa el bienestar humano, el presente trabajo se centra en los aspectos más sociales y filosóficos del mismo, abordando el concepto desde el pensamiento complejo y el entendimiento transdisciplinar. Para ello, el artículo se estructura en seis apartados clave que tratan de desarrollar un análisis crítico en torno al actual estado de la cuestión del bienestar humano y a cuáles han sido y deberían ser los principales focos de atención al respecto.

Evolución del concepto de bienestar humano en la sociedad occidental

Con el fin de mejorar la comprensión del concepto *bienestar humano*, se desarrolla a continuación una breve revisión histórica del mismo –desde la Antigüedad grecorromana hasta nuestros días– estructurada en tres subapartados clave.

Grandes pensadores de la Antigüedad

Las sociedades de la antigua Grecia, organizadas en torno a grandes agrupaciones sociales conocidas como *polis*, permitieron la especialización de oficios –sobre una base productiva esclavista y sexista, conviene no olvidarlo– de tal forma que la sociedad podía satisfacer sus necesidades inmediatas al mismo tiempo que expandía sus inquietudes filosóficas y políticas, consideradas fundamentales en esta época.⁴ Así, al abrigo de las que fueron las primeras democracias del mundo, surgieron numerosos pensadores, científicos y filósofos que hicieron de este uno de los periodos más ricos en la historia humana.

³ Millenium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and human well-being: Synthesis report*, Island Press, Washington, DC, 2005.

⁴ A. Kenny, *Breve historia de la filosofía occidental*, Paidós, Barcelona, 1998.

El término griego esencial en todo debate ético-político era la *eudaimonia*, que podría traducirse hoy como *felicidad*, aunque más correcto sería hablar de *vida lograda, plena o cumplida*, pues solía concebirse para la totalidad de una vida y no tanto para sensaciones subjetivas y pasajeras de satisfacción o placer.⁵ La *eudaimonia* era así la expresión de la máxima virtud,⁶ en la que el ser humano era justo, según Platón, o sabio según Aristóteles. La conexión entre ambas teorías se centraba en la esencia misma de la felicidad, la cual no es estrictamente individual, sino que se encaja en un modelo de vivir en interrelación con los demás.

De esta forma, la felicidad no era concebida llanamente como disfrute o placer, sino como una forma de vivir que mereciese ser vivida. Aristóteles sostenía que el placer, sin tener que ser excluido totalmente de la definición de felicidad, no era el bien soberano. Eran tres los tipos de bienes que, según su *Ética nicomaquea*, deben tenerse para alcanzar el bienestar: los bienes externos, los bienes del cuerpo y los bienes del alma. Así, el filósofo griego concebía la felicidad como el fin último de la actividad humana; como el *bien perfecto* por excelencia, exento de todo propósito ulterior,⁷ «pues la elegimos siempre por ella misma y nunca por otra cosa».⁸ Se trataría, por lo tanto, de un florecimiento personal capaz de desarrollar armónicamente las capacidades propias de cada individuo.

Epicuro de Samos, por su parte, entendía la *eudaimonia* como la ausencia de dolor, y distinguía dos clases de placeres relacionados con dicha ausencia. Los primeros eran los *placeres estáticos*, que nos quitan el dolor rápidamente y que no son susceptibles de incrementarse («el mayor placer está en beber agua cuando se tiene sed y en comer pan cuando se tiene hambre».⁹ Dentro de estos, Epicuro discernía entre la *aponía*, o placeres para el cuerpo, como son el agua (que cura la sed), el alimento (que cura el hambre) y el techo y abrigo (que curan del frío); y la *ataraxia*, o placeres del alma (como la filosofía y la amistad). En segundo lugar se encontraban los *placeres cinéticos*, cuya variación cualitativa y momentánea no incrementa la ausencia de dolor (como beber agua cuando ya no se tiene sed).¹⁰

Ambos maestros –Aristóteles y Epicuro– resaltaron enfáticamente la importancia de la *philia*,¹¹ según la cual, sin unos vínculos sociales satisfactorios es difícil alcanzar la *eudai-*

⁵ J. Riechmann, *¿Cómo vivir? Acerca de la vida buena*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.

⁶ D.G. Myers y E. Diener, «Who is Happy?», *American Scientific Psychological Science*, núm.6 (1), 1995, pp. 10-19.

⁷ R. Ramírez, *La felicidad como medida del buen vivir en Ecuador*, SENPLADES, Quito, 2008.

⁸ Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1994, p.39.

⁹ Epicuro, *Ética*, Barral, Barcelona, 1974, p. 73.

¹⁰ E. Lledó, *El epicureísmo*, Taurus, Madrid, 2003.

¹¹ Traducida normalmente por amistad, la *philia* realmente expresa todo sentimiento de afección y compromiso con los otros; sentimientos tales como amistad, amor, benevolencia, cooperación, filantropía, etc.

monia. La felicidad –defendía así Aristóteles– es un bien social, no meramente individual, que se da en una convivencia entre iguales.

A pesar de todas las referencias a la moral que dominaban el pensamiento grecorromano, Aristóteles ya mostró su preocupación por los problemas que luego hemos conceptualizado como la mercantilización, alienación o el crecimiento económico, advirtiendo proféticamente que las sociedades no deberían observarse desde los patrones económicos como el ingreso o la riqueza, que no se desean por sí mismos, *sino que se desean como medio para alcanzar otros objetivos*.¹²

Sin embargo, los llamamientos a la simplicidad voluntaria, a la mesura y a la armonía social que caracterizaron el pensamiento griego de la época no impidieron que el imaginario social dominante avanzase, siglos después, hacia una concepción del bienestar sustentada –erróneamente– en valores materiales, individuales y mercantiles.

Mercantilización del bienestar humano

La cultura de la Antigua Grecia sentó, sin duda, las bases de la civilización occidental. Acontecimientos clave ocurridos en los siglos sucesivos (como la creación del Derecho Romano y la identidad formal de la propiedad privada, el descubrimiento de América y el auge sin precedentes de las rutas comerciales, así como la revolución industrial) consiguieron la expansión de las fronteras del mercado y la paulatina concentración del poder en manos de los comerciantes.¹³ Este auge comercial asentó una sociedad materialista centrada en la convicción de que las propiedades materiales eran la base de la felicidad y del bienestar individual.

Con la revolución industrial y la publicación de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith (1776), se producen algunos de los cambios más influyentes en el campo de la economía a través de la paulatina incorporación de la sociedad y la naturaleza en el mercado como factores de producción.¹⁴ Estos factores comenzaron a ser manejados por las leyes del mercado, donde la oferta y la demanda marcaban el nivel más eficiente de uso de cada uno de ellos. Estos “eficientes” mercados, sin embargo, y como nos recuerda Dávalos, son «eficientes porque no son éticos»,¹⁵ pues bajo la lógica del coste/beneficio los recursos

¹² PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 1990*, Capítulo 1: Definición y medición del desarrollo humano, FCE, México, 1990, pp. 31-36. URL: http://hdr.undp.org/en/media/hdr_1990_es_cap1.pdf.

¹³ J. K. Galbraith, *Historia de la economía*, Ariel, Barcelona, 1989.

¹⁴ K. Polanyi, *The Great Transformation*, Rinehart, Nueva York, 1944.

¹⁵ P. Dávalos, «Sumak Kawsay (La vida en plenitud)» en S. Álvarez Cantalapedra (coord.), *Convivir para perdurar: conflictos ecosociales y sabidurías ecológicas*, Icaria/CIP-Ecosocial, Barcelona, 2011, p. 208.

escasos, la distribución y las consideraciones con la naturaleza son aspectos de nula importancia.

Así, por primera vez en la historia de la humanidad, la capacidad de subsistencia iba dependiendo de la “mano invisible” del mercado, cuya eficiencia fue incorporada en las ideas filosóficas de la época, donde la visión de la doctrina utilitarista (que se desarrolló durante el siglo XVIII a través de pensadores como Jeremy Bentham) sentaría las bases del pensamiento económico moderno, proponiendo la mayor felicidad para el mayor número de personas.¹⁶ De esta forma, el bienestar se ligaba estrechamente a la producción material y su mejor reparto pasaba necesariamente a través de la regla de la oferta y la demanda. A partir de este momento y hasta nuestros días ha prevalecido una concepción del bienestar humano de claro sesgo economicista.

El Estado de bienestar

Con todo ello llegamos a principios del siglo XX, con la teoría económica del bienestar (*welfare*)¹⁷ impulsada por Arthur Pigou, la cual se centraba en el uso eficiente de los recursos para lograr el máximo nivel de bienestar económico. Tiempo después, a mediados de la década de 1940, las ideas del economista británico John Maynard Keynes en pro del reforzamiento del Estado para satisfacer ciertas necesidades sociales comenzaron a adquirir fuerza en un escenario de crisis generalizada –producto de la gran depresión– que culminó posteriormente con la segunda guerra mundial. Fue el nacimiento del conocido Estado de bienestar (*Welfare State*),¹⁸ por el cual se entiende aquel modelo general de organización social según el cual el Estado trata de proveer ciertos servicios o garantías sociales básicas a la totalidad de la población de un país y de protegerla frente a contingencias como el desempleo, la enfermedad, la vejez, etc.

Conviene no olvidar, sin embargo, que el surgimiento del Estado de bienestar está directamente ligado al poder de los mercados.¹⁹ Como lo definió Thomas H. Marshall, Estado de bienestar es una combinación de democracia, bienestar social y capitalismo,²⁰ que hace posible la existencia del denominado “capitalismo democrático”.²¹ De esta manera, un míni-

¹⁶ A. Kenny, *op. cit.*, 1998.

¹⁷ Resulta importante distinguir entre *welfare* y *well-being*. Aunque ambos se traducirían directamente como *bienestar*, el primero lo haría en el sentido de protección o tutela, mientras que el segundo lo haría en el sentido de sentirse bien, de ser y estar bien.

¹⁸ Estado de bienestar en el sentido anteriormente referido de protección o tutela (*welfare*) proporcionada, en este caso, por el Estado.

¹⁹ D. Anisi, *Creadores de escasez: del bienestar al miedo*, Alianza, Madrid, 1995.

²⁰ T. H. Marshall, *Class, Citizenship and Social Development*, Anchor Books, Nueva York, 1964.

²¹ C. Offe, *Democracia competitiva de partidos y Estado de bienestar keynesiano. Reflexiones acerca de sus limitaciones históricas*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1982.

mo Estado de bienestar era requerido para contener ciertas necesidades sociales e incluir a las mayorías en un sistema que, realmente, las excluía (no por esta vía, sino por el propio régimen de acumulación de riqueza, exclusivo para muy pocas manos).²²

Al fin y al cabo, el Estado de bienestar fue un acuerdo entre el capital y el Estado –conocido como *pacto keynesiano*– donde, además de otros rasgos, se concedió un importante papel al sector público en la economía (modelo intervencionista). De esta forma, además de su función económica, el Estado de bienestar cumplía una función social primaria: lo que los menos favorecidos no podían adquirir en el mercado (como educación, sanidad, ayuda al desempleo o pensiones), podían recibirlo por la vía democrática.²³

El keynesianismo creó así una brecha con la economía neoclásica que logró cimentar las bases de la economía capitalista en las sociedades modernas. En consecuencia, en la actualidad se concibe muchas veces que la generación de bienestar humano está estrechamente ligada a la estructura de un Estado de bienestar, por el elevado valor otorgado por la sociedad a las prestaciones sociales.²⁴ El concepto de *bienestar* es así hoy entendido bajo el sentido *keynesiano* de cobertura de las necesidades básicas y bajo el sentido liberal de “seguridad nacional”. De este modo el Estado de bienestar se convirtió en una parte importante del capitalismo moderno.

Todo esto, sin embargo, no enmascara la que es una de las funciones principales del Estado de bienestar: la defensa del mercado. El modelo keynesiano nunca rompió con el capitalismo ni con la economía neoclásica, sino que propuso una salida a la onda recesiva a través del Estado con el objetivo de que los mercados volvieran a estar en condiciones de regularse en buena medida por sí mismos. En palabras de Mishra, «el bienestar sólo se toleraba mientras no interfiriera con la lógica de la producción capitalista»,²⁵ es decir, mientras no entorpeciera el crecimiento económico.

Por lo tanto, el Estado de bienestar nunca se opuso al capitalismo (dependía de éste para sobrevivir), preocupándose más del control social que del cambio social. Fue, pues, incapaz de mantener su doble finalidad de acumulación de capital y legitimación democrática.²⁶

La crisis del Estado de bienestar que la actual coyuntura económica ha puesto de manifiesto empezó realmente muchos años atrás, a mediados de los setenta, con el auge del

²² C. Offe, *Contradicciones en el Estado del bienestar*, Alianza Editorial, Madrid, 1990. A. Serrano, «La periferia europea podría mirar a Latinoamérica», *Página 12*, Buenos Aires, 15 de agosto de 2012.

²³ D. Anisi, *op. cit.*, 1995.

²⁴ J.K. Galbraith, *op. cit.*, 1989.

²⁵ R. Mishra, *El Estado de bienestar en crisis*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, p. 54.

²⁶ J. Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

capitalismo financiero. Fue a partir de la crisis del petróleo de 1973 cuando el capital rompió con el *pacto keynesiano*.²⁷ Se pasó entonces –y sobre todo a partir de los años ochenta– de un modelo capitalista (fordista y productivo) más o menos keynesiano a un modelo capitalista financiarizado, deslocalizado y crecientemente globalizado que perdura hasta nuestros días.²⁸ Bajo este último modelo, basado en la especulación como objetivo para aumentar los beneficios sin la necesidad de una demanda efectiva, crecimiento económico y un mayor empleo ya no presentaban demasiada correlación (pues el beneficio no se invertía en más industria, sino en la bolsa).

Junto a la especulación, la gestión del Estado de bienestar bajo las normas del mercado, orientadas a sacar beneficios de sectores como la educación, la sanidad o las pensiones, terminaron de degradar la idea keynesiana de un Estado capaz de cubrir aquellas necesidades básicas que los menos adinerados no podían adquirir a través del mercado. Estos beneficios, obtenidos a costa de mercantilizar los servicios básicos del Estado de bienestar, en lugar de invertirse en producción, se transformaron en capital financiero (que ofrecía préstamos al Estado, los bancos o las empresas, a cambio de un interés). Los préstamos se materializaron en acciones, bonos, divisas y deuda pública, al mismo tiempo que entraron al mercado como una mercancía más (tráfico de dinero) que se compraba y se vendía (y cuyo valor podía fluctuar en función de las operaciones de compra-venta del mercado desregulado). Y es que estos mercados financieros parecían, a priori, mucho más rentables que la inversión productiva (pues se ahorran el coste salarial, entre otros).

Este sistema financiero tiene, sin embargo, una peculiaridad que lo vuelve especialmente peligroso e insostenible: al estar escasamente regulado, es capaz de crecer muy por encima de la economía real.²⁹ De esta forma, la triste realidad es que la economía mundial se sostiene hoy sobre una inmensa pirámide de deuda que ha sido ingeniosamente trasladada del ámbito privado al público, de manera que la ciudadanía es la responsable de avalar y después pagar los agujeros financieros que el sistema va abriendo.

Esta injusta situación, que cada vez amenaza más con someter y condicionar el bienestar humano de toda la humanidad a los codiciosos intereses de la esfera financiera, ha adulterado de tal forma el ideario *bienestarista* de las sociedades (occidentales sobre todo) que apremia más que nunca antes en la historia de la humanidad hacer un alto en el camino para repensar nuestro rumbo. Y para la nueva ruta que deberíamos tomar será suma-

²⁷ Entre las múltiples causas que explicarían esta ruptura, cabe destacar lo que Zygmunt Bauman ha llamado *el divorcio entre el poder y la política* (El Mundo, 12 de julio de 2012); divorcio que ha resultado ser a favor del poder (capacidad de hacer cosas) y en perjuicio de la política (capacidad de decidir qué hay que hacer).

²⁸ J. Riechmann, «Frente al abismo», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 115, 2011, pp. 27-48.

²⁹ El Banco Mundial publicó en 2011 un informe que afirmaba que había 10.000 veces más dinero circulante en los mercados que dinero físico.

mente conveniente rescatar muchas de las sabias ideas del pensamiento grecorromano que en buena medida venimos erradamente ignorando desde hace ya más de dos mil años.

Aclarando diversos conceptos en torno al bienestar humano

Hasta el día de hoy no existe una única y clara definición aceptada de *bienestar humano*: un término amplio y controvertido que ha sido interpretado de muchas maneras diferentes.³⁰

En inglés, el verbo *to be* significa de forma simultánea *ser* y *estar*. Sin embargo, en su traducción al español, el término *well-being* se traduce únicamente por *bienestar*. Es decir, solo se toma en cuenta el *estar* de las personas, y no así su *ser*.³¹ Esta circunstancia, aparentemente menor, es sin embargo sumamente trascendental, pues coloca en nuestro imaginario cognitivo una concepción de bienestar humano sesgada desde su origen hacia los matices más aparentes, olvidando así los aspectos más existenciales, espirituales e inmateriales.

Tras esta estela, existen hoy profundas confusiones terminológicas frente a términos tales como *bienestar*,³² *calidad de vida* o *nivel de vida*, que suelen considerarse intercambiables y que conviene aclarar antes de continuar.

Bienestar (*de bien y estar*) presenta tres entradas en el diccionario de la Real Academia Española (RAE): «i) conjunto de las cosas necesarias para vivir bien; ii) vida holgada o abastecida de cuanto conduce a pasarlo bien y con tranquilidad; y iii) estado de la persona en el que se le hace sensible el buen funcionamiento de su actividad somática y psíquica». Por su parte, el Diccionario Enciclopédico de Economía define el bienestar de una persona como «el grado en el que las necesidades que siente están satisfechas». A la vista de estas entradas, se diría que el concepto de bienestar tiene que ver con el abastecimiento de cosas necesarias para vivir bien proporcionándonos una vida entretenida, tranquila y saludable, pues por ningún lado aparece la connotación monetaria y mercantilizadora.

Un concepto hermanado con el de bienestar humano es el de calidad de vida. A pesar de que *calidad de vida* aparece definido por la RAE como el «conjunto de condiciones que

³⁰ J. K. Summers, L. M. Smith, J. L. Case y R. A. Linthurst, «A Review of the Elements of Human Well-Being with an Emphasis on the Contribution of Ecosystem Services», *Kungliga Svenska Vetenskapsakademiens Handlingar*, núm. 41, 2012, pp. 327-340.

³¹ R. Ramírez, *op. cit.*, 2008.

³² Es importante antes de seguir distinguir entre las dos vertientes que este concepto presenta: la vertiente individual (bienestar humano) y la vertiente social (bienestar social). El presente trabajo se centrará en la concepción individual del mismo, pues se entiende que el bienestar social, amparándose en la media aritmética aplicada a grupos sociales, encierra por lo general importantes desigualdades internas en lo que respecta al concepto de una vida buena (lo que no quiere decir que no existan indicadores de carácter social enormemente útiles, como la cobertura de servicios sociales o la huella ecológica).

contribuyen a hacer agradable y valiosa la vida», aun hoy no existe un consenso claro sobre su similitud con el concepto de bienestar, pues mientras que muchos autores identifican ambos términos como sinónimos, muchos otros consideran que tienen implicaciones distintas.³³ Ostroot y colaboradores consideran *calidad de vida* como la terminología moderna de *bienestar*.³⁴ García-Durán y Puig, por su parte, sostienen que *bienestar* es un concepto más amplio que *calidad de vida*;³⁵ mientras que la UNESCO, por el contrario, considera la *calidad de vida* como un concepto más general que *bienestar*, argumentando que este último es una de las condiciones que han de cumplirse para alcanzar una vida de calidad.³⁶ En esta línea, Levi y Anderson sostienen que *calidad de vida* ha de ser entendido como la suma de bienestar físico, mental y social.³⁷ Gildenberger, por su parte, define la calidad de vida como la «capacidad que posee el grupo social ocupante de satisfacer sus necesidades con los recursos disponibles en un espacio natural dado. Abarca los elementos necesarios para alcanzar una vida humana decente».³⁸ Para Max-Neef la calidad de vida depende de la posibilidad que tenga un individuo de satisfacer adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales;³⁹ contemplándose así la satisfacción de dichas necesidades como la base de la satisfacción con la vida.⁴⁰

Pese a los diferentes enfoques existentes en torno a los términos *bienestar* y *calidad de vida*, a efectos prácticos y de aquí en adelante el presente artículo los considerará como sinónimos; cosa que no sucede –como veremos a continuación– con el término *nivel de vida*.

³³ M. Domínguez-Serrano, *Género y bienestar: una propuesta de medición*, Tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2009.

³⁴ N. Ostroot, D. Shin y W. Snyder, «Qualité de la vie et bonheur», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, núm. 72, 1982, pp. 93-111.

³⁵ J.A. García-Durán de Lara y P. Puig Bastard, *La calidad de vida en España. Hacia un estudio de los indicadores sociales*, Moneda y Crédito, Madrid, 1980.

³⁶ UNESCO, «Les indicateurs du changement économique et social et leurs applications», *Rapports et Documents de Sciences Sociales*, núm. 37, 1979.

³⁷ L. Levi y L. Anderson, *La tensión psicosocial: población, ambiente y calidad de vida*, El Manual Moderno, México, 1980.

³⁸ C.A. Gildenberger, «Desarrollo y calidad de vida», *Revista Argentina de Relaciones Internacionales*, núm. 12, vol. 4, pp. 41-53, 1978. En *Homenaje a Cataluña* George Orwell escribió: «Si me hubieses preguntado por qué razón me involucré en las milicias, te habría respondido: para combatir el fascismo. Y si me hubieses preguntado por qué ideal me batía, habría respondido: la decencia común». Tras la *common decency* de Orwell, Isaiah Berlin habló en más de una ocasión de la necesidad de garantizar una *sociedad decente*, aunque no podamos acercarnos a ideales de justicia absoluta. Y –se diría que con espíritu parecido– en años recientes la OIT lanzó la consigna de *trabajo decente*.

³⁹ M. Max-Neef, «Development and human needs», En P. Ekins y M. Max-Neef (eds.), *Real-Life Economics: Understanding Wealth Creation*, Routledge, Londres, 1992.

⁴⁰ R. Costanza, B. Fisher, S. Ali, C. Beer, L. Bond, R. Boumans, N. L. Danigelis, J. Dickinson, C. Elliott, J. Farley, D. E. Gayer, L. M. Glenn, T. Hudspeth, D. Mahoney, L. McCahill, B. McIntosh, B. Reed, S.A.T. Rizvi, D.M. Rizzo, T. Simpatico y R. Snapp, «Quality of life: an approach integrating opportunities, human needs, and subjective well-being», *Ecological Economics*, núm. 61, 2007, pp. 267-276. A.W. Vemuri y R. Costanza, «The role of human, social, built, and natural capital in explaining life satisfaction at the country level: toward a National Well-Being Index (NWI)», *Ecological Economics*, núm. 58, 2006, pp. 119-133. Hágase notar la recurrencia de la palabra *necesidad* en todas las definiciones que se han citado en referencia a los términos bienestar y calidad de vida. Como se verá en mayor profundidad en el apartado 5, concretar el contenido y la relevancia del término *necesidad* resultará de vital importancia en nuestro empeño por mejorar la comprensión del concepto *bienestar humano*.

Los primeros estudios que se hicieron sobre condiciones de vida –que datan de finales del siglo XIX– asocian el nivel de vida al consumo de bienes y servicios.⁴¹ Nivel de vida hoy, según la RAE, se define como el «grado de bienestar, principalmente *material*, alcanzado por la *generalidad* de los habitantes de un país, los componentes de una clase social, los individuos que ejercen una misma profesión, etc.» Así, *nivel de vida* se relaciona con una concepción de bienestar principalmente material, referida siempre a la tónica general de un determinado grupo social que tiende a ignorar las desigualdades internas. Es decir, se trataría de una aproximación económica del bienestar que asume una masa social uniforme.

El término *bienestar social* (*social welfare*),⁴² por su parte, está asociado igualmente a esta forma economicista y mercantil de entender el *vivir bien* que se aproxima antes al nivel de vida que a la calidad de vida, siendo referido siempre a la generalidad de un grupo dominante.

Por último, y nuevamente según la RAE, existen dos acepciones para la palabra *valor* que se relacionan directamente con las dos concepciones de bienestar analizadas (*nivel* y *calidad de vida*). La primera de estas acepciones hace referencia al «grado de utilidad o aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar». La segunda se relaciona más con la «cualidad de las cosas en virtud de la cual se da por poseerlas cierta suma de dinero o algo equivalente». La primera es lo que se conoce (desde los economistas clásicos a partir de Adam Smith y David Ricardo, y luego Karl Marx) como *valor de uso* y la segunda correspondería al *valor de cambio*. La primera de estas acepciones se vincularía así más con la *calidad de vida* mientras que la segunda lo haría con el *nivel de vida*.

Sin presentarse como antagónicas, sino como extremos de un mismo gradiente que define el *estilo de vida*, todas estas formas de aproximarse al concepto de bienestar tienen importantes repercusiones que trascienden, no solo ya sobre el bienestar de las personas, sino también sobre la conservación de los ecosistemas y su biodiversidad y, en definitiva, sobre la sostenibilidad ambiental y la equidad social global del planeta (gráfico 1).

⁴¹ M. Domínguez-Serrano, *op. cit.*, 2009.

⁴² Aquí, nuevamente, se ve la importancia de distinguir entre *welfare* y *well-being*.

Gráfico 1. Esquema conceptual de los diferentes usos terminológicos que giran en torno al estilo de vida y sobre los cuales suelen producirse confusiones



Fuente: basado en Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España, *La evaluación de los ecosistemas del milenio de España. Síntesis de resultados*, Fundación Biodiversidad, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, España, 2011, pp. 12, 13.

Las personas centran así su *estilo de vida* en algún punto a lo largo del gradiente existente entre el *nivel de vida* y la *calidad de vida*. O lo que es lo mismo, tienden a orientar sus hábitos hacia un estilo de vida que premia la acumulación material, o bien hacia una vida que antepone la calidad frente a la cantidad y el “o” frente al “y”, siendo así –por lo general– más sensible al escenario natural bajo el cual se desarrolla y a la realidad social que lo alimenta.⁴³

Un *estilo de vida* específico implica una opción consciente o inconsciente entre un sistema de comportamientos. Son las personas –en sus contextos sociales–, al fin y al cabo, quienes optan por guiar sus decisiones cotidianas en una u otra dirección, desplazando así su percepción de una vida buena hacia lo que se ha definido como *nivel de vida*, o bien hacia la *calidad de vida*.

En consonancia con sus homólogos ingleses *lifestyle* y *way of life*, el *estilo de vida* (modo de vida, hábito de vida o forma de vida) podría definirse de esta forma como el conjunto de comportamientos, valores y actitudes que desarrollan las personas en función de la forma que tienen de entender la vida y sus particulares esquemas de obrar, pensar, y sentir. Se

⁴³ Conviene aclarar (como se abordará en profundidad en el apartado 6) que, cuando se critica la dimensión material del nivel de vida, se hace en referencia a los placeres cinéticos (efímeros), pues siempre es necesario para vivir un mínimo de materiales (como vivienda, comida, y otros medios de subsistencia), sin los cuales es imposible alcanzar una vida de calidad.

aplica fundamentalmente para referirse a las costumbres o a la vida cotidiana, pero también tiene connotaciones que van más allá, desde la relación con los objetos y la posesión de bienes, hasta la relación con el ambiente y las relaciones sociales.

Por lo tanto, es el estilo de vida (el dominante en Occidente –caracterizado por ser altamente consumista y derrochador–, es decir, el nivel de vida) el verdadero detonante de la insostenibilidad de nuestra civilización; estilo de vida que precisa de un modelo económico que no respeta los límites del planeta. La alternativa a esta insostenibilidad dependerá por lo tanto, y en buena medida, de la capacidad que tengamos como sociedad global de desplazar nuestro estilo de vida dominante del *nivel* a la *calidad de vida*.⁴⁴

La alternativa a esta insostenibilidad dependerá por lo tanto, y en buena medida, de la capacidad que tengamos como sociedad global de desplazar nuestro estilo de vida dominante del *nivel* a la *calidad de vida*

La evaluación del bienestar humano

Desde que ya en 1950 Kenneth Arrow se refiriera a la problemática de conceptualizar el bienestar social, numerosos autores han tratado de abordar este asunto sin éxito. El hecho de que no exista una definición clara de *bienestar* ha condicionado en gran medida las dificultades de su evaluación; evaluación que ha ido siempre a remolque del concepto, desde un enfoque casi exclusivamente economicista hasta la aproximación más social que hoy comienza a reconocerse.

Teoría económica vs. teoría psicológica

Las dos teorías del bienestar humano que han dominado la escena académica durante la segunda mitad del siglo XX son, por un lado, la teoría fundamentada en razones psicológicas y, por otro, la teoría basada en argumentos económicos.⁴⁵ La primera postula la existencia de una capacidad de felicidad determinada por factores genéticos y personales.⁴⁶

⁴⁴ Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España, *op.cit.*, pp. 12, 13.

⁴⁵ R. A. Easterlin, «Explaining happiness», *Proceeding of the National Academy of Science*, núm. 100 (19), 2003, pp. 11.176-11.183.

⁴⁶ R. E. Lucas, A. E. Clark, Y. Georgellis y E. Diener, «Reexamining adaptation and the set point model of happiness: reactions to changes in marital status», *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 84, 2003, pp. 527–539. D. M. Buss, «The evolution of happiness», *American Psychological Association*, N° 55 (1), 2000, pp. 15-23.

La importancia de esta teoría radica en la ausencia de aspectos económicos, sociales o naturales para la determinación del nivel de bienestar de una persona. Es la esencia del ser humano, por lo tanto, la que determinaría el nivel de bienestar que llegará a alcanzar a lo largo de su vida una persona, sin importar demasiado el contexto que lo rodee.

La segunda teoría postula la existencia de una correlación positiva entre el nivel de ingresos y el bienestar humano.⁴⁷ Esta última es en la actualidad la más usada para la determinación del bienestar humano a nivel internacional, a través de los índices creados bajo su doctrina, como el PIB per cápita.

Estas dos teorías, aparentemente opuestas, son –combinadas– la base en la determinación del bienestar humano tal y como es concebido por muchos analistas en la actualidad.⁴⁸

Sin embargo, las implicaciones derivadas de estudios recientes confirman la importancia de toda una serie de cualidades societales en la generación de bienestar humano, tales como las relaciones sociales y con la naturaleza, la salud, la seguridad, la libertad, la igualdad, la justicia, así como una mínima prosperidad material.⁴⁹ Con ello, este nuevo marco de interpretación rompe con la dicotomía psicológica-económica que ha dominado hasta finales del siglo XX para dar paso a lo que podríamos llamar la *teoría integral del análisis del bienestar humano*.

La importancia de la subjetividad en el bienestar humano

A la hora de abordar la cuestión del bienestar humano es importante establecer una nítida distinción entre sus dimensiones objetivas por un lado y sus dimensiones subjetivas por otro. Así, mientras las dimensiones objetivas se centran en los aspectos materiales y los atributos sociales, las subjetivas capturan la evaluación de los individuos sobre sus propias circunstancias; lo que piensan y sienten.⁵⁰

A pesar de haber sido considerada la felicidad –o el bienestar– como el objetivo último de la vida humana, la mayor parte de las mediciones de progreso germinadas en los países desarrollados han ignorado hasta ahora y en gran medida la dimensión subjetiva del bien-

⁴⁷ A. N. Bonini, «Cross-national variation in individual life satisfaction: effects of national wealth, human development and environmental conditions», *Social Indicator Research*, núm. 87, 2008, pp. 223-236.

⁴⁸ R. A. Easterlin, *op. cit.*, 2003.

⁴⁹ Para una discusión más detallada sobre este tema, véase: Millenium Ecosystem Assessment, *op. cit.*, 2005; R. A. Easterlin, *op. cit.*, 2003; D.M. Buss, *op. cit.*, 2000 o D.G. Myers y E. Diener, *op. cit.*, 1995.

⁵⁰ J. K. Summers, L. M. Smith, J. L. Case y R. A. Linthurst, *op. cit.*, 2012.

estar humano.⁵¹ Bajo la tácita suposición de que no hay forma fiable de valorar el bienestar subjetivo de los individuos, los círculos políticos –de forma tradicional– han antepuesto las medidas objetivas del bienestar a las subjetivas.⁵²

Sin embargo (y a pesar de –como hemos visto– la incorporación de los aspectos más indirectos e intangibles en la evaluación del bienestar humano a finales del siglo XX), lo cierto es que la larga carrera de los indicadores objetivos no parece haber logrado asentar unas bases definitivas en la medición del concepto. Quizás por ello, el interés académico por el estudio del bienestar humano subjetivo ha experimentado un auge importante en los últimos años, de la mano, principalmente, de los favorables trabajos sobre la *satisfacción subjetiva con la vida* que han venido apareciendo.⁵³

En la evaluación del bienestar humano es preciso incluir su dimensión subjetiva, eso sí, siempre como complemento a otras medidas objetivas y no de forma exclusiva

La felicidad podría definirse como el estado mental que usan los individuos para evaluar la calidad de su vida como un todo; un juicio global del disfrute de la vida en general.⁵⁴ La felicidad es, por consiguiente, algo que tenemos en la mente y que, por ello, puede ser medida haciendo preguntas.⁵⁵ Evaluar así la felicidad de las personas (a través de preguntas sobre su satisfacción con la vida) sería por lo tanto un modo de aproximarse subjetivamente al bienestar humano. Por esta razón, el presente artículo considerará como sinónimos los términos *bienestar subjetivo*, *satisfacción con la vida* y *felicidad* (en sentido restringido).

A este respecto es pertinente destacar el trabajo desarrollado por Veenhoven, el cual, tomando como piedra angular la *felicidad humana*, llegó a la conclusión de que el 77% de

⁵¹ F. N. Hupport, A. Marks, J. Clark, A. Siegrist, A. Stutzer, J. Vitterso y M. Wahrendorf, «Measuring well-being across Europe: description of the ESS module and preliminary findings», *Social Indicators Research*, núm. 91 (3), 2009, pp. 301–315.

⁵² S. Abdallah, S. Thompson y N. Marks, «Estimating worldwide life satisfaction», *Ecological Economics*, núm. 65, 2008, pp. 35-47.

⁵³ *Satisfacción* podría definirse en este caso como *el grado en que una persona percibe que se cumplen sus aspiraciones; comparando cognitivamente la vida que tiene con la que, según él, debería tener* (R. Veenhoven, *Measures of Gross National Happiness*, presentation at *OECD Conference on Measurability and Policy Relevance of Happiness*, abril 2-3, 2007, Roma). Sin embargo, existe un problema con esta definición: las personas que han vivido en contextos de mucha dificultad tienen muchas menos aspiraciones, pues hay indicadores de bienestar que ni siquiera están en su imaginario (esto es denunciado por autores como Amartya Sen, Martha Nussbaum o Zygmunt Bauman, entre otros).

⁵⁴ R. Veenhoven, 2007, *op. cit.* y «Advances in the understanding of happiness», *Revue Quebécoise de Psychologie*, núm. 18, 1997, pp. 267-293.

⁵⁵ R. Veenhoven, *op. cit.*, 2007.

la misma viene explicada por seis cualidades societales: la prosperidad material; la seguridad; la libertad; la igualdad; la hermandad y la justicia. De estas seis dimensiones, según el autor, las dos más importantes son la libertad y la justicia, pues *la mayoría de las mejoras [en la felicidad] pueden lograrse mediante políticas que se centren en estos dos aspectos*.⁵⁶

Por todo ello, numerosos autores han defendido –a la hora de evaluar el bienestar humano– la necesidad de incorporar una visión subjetiva capaz de complementar los indicadores de corte más económico y objetivo.⁵⁷

Aunque existe un consenso razonable acerca de la utilidad de la *satisfacción subjetiva con la vida* como medida de bienestar dentro de una nación, no sucede lo mismo a la hora de establecer comparaciones entre naciones, pues muchos investigadores sostienen que las diferencias culturales podrían imponer un sesgo importante (las diferencias en normas y valores culturales influirían así en cómo las personas manifiestan sentirse acerca de sus vidas).⁵⁸

Chen y colaboradores, por ejemplo, encontraron en su trabajo que los estudiantes japoneses y taiwaneses tenían menos probabilidades que los estadounidenses de utilizar los extremos de la escala de respuestas en las entrevistas sobre satisfacción con la vida.⁵⁹ Tal y como argumenta Veenhoven, la explicación a esto podría hallarse en la orientación colectivista y más modesta de determinadas culturas, que podría desincentivar las respuestas del tipo “muy feliz”.⁶⁰ Sin embargo, este autor, tras poner a prueba tal hipótesis mediante la comparación de países de diferente tradición colectivista, acabó por desecharla, pues no halló efecto alguno en la dirección predicha. Además, se ha encontrado que las respuestas de los inmigrantes en un país dado son generalmente mucho más próximas a las respuestas de la población local que a las respuestas dadas por sus compatriotas en los países de origen.⁶¹

Otros razonamientos que suelen ser utilizados para deslegitimar las comparaciones felicitarias entre naciones acostumbran a argumentar las diferencias en el lenguaje o las distintas connotaciones culturales de palabras como *felicidad* o *satisfacción*. Los estudios de

⁵⁶ R. Veenhoven, *op. cit.*, 2007.

⁵⁷ Para más información consúltese A.W. Vemuri y R. Costanza, *op. cit.*, 2006 y E. Diener, E. Suh, R. Lucas y H. Smith, «Subjective well-being: three decades of Progress», *Psychological Bulletin*, núm. 125, 1999, pp. 276-302.

⁵⁸ S. Abdallah, S. Thompson y N. Marks, *op. cit.*, 2008.

⁵⁹ C. Chen, S. Lee y H. Stevenson, «Response styles and cross-cultural comparisons of rating scales among East Asian and North American students», *Psychological Science*, núm. 6, 1995, pp. 170-175.

⁶⁰ R. Veenhoven, *Happiness in Nations: Subjective Appreciation of Life in 56 Nations 1946-1992*, Erasmus University Press, Rotterdam, 1993.

⁶¹ EIU, *The Economist Intelligence Unit's Quality of Life Index, 2005*, accesible en [www.economist.com/media/pdf/QUALITY_OF_LIFE.pdf].

Veenhoven, una vez más, desmintieron tales supuestos al no encontrarse pruebas significativas de sesgo lingüístico.⁶²

Así pues, a pesar de que es innegable que las diferencias culturales juegan un papel importante en los estudios internacionales sobre la satisfacción subjetiva con la vida, su contrastada correlación con aspectos objetivos del bienestar humano sugiere que su efecto no ha de ser tan grande.⁶³ El aspecto cultural, por lo tanto, no debería ser suficiente como para poner en duda la utilidad de las comparaciones internacionales sobre la satisfacción subjetiva con la vida.

Junto al tema cultural, otra dificultad que suele argumentarse en torno a la aproximación subjetiva del bienestar humano la hallamos en el supuesto inconveniente que esta conlleva de ser perturbada por las experiencias vividas más recientemente. Sin embargo, las pruebas empíricas de numerosos trabajos demuestran lo contrario.⁶⁴ Al ser la satisfacción subjetiva con la vida el «grado con que una persona juzga favorablemente la calidad global de su propia vida como un todo» (es decir, lo que a uno le gusta la vida que uno lleva) resulta lógico pensar que dicha valoración no varíe demasiado con el tiempo; si bien es cierto que normalmente esta valoración global depende del flujo continuo de satisfacciones instantáneas.⁶⁵

Por todo ello, el presente artículo considera y defiende que en la evaluación del bienestar humano se contemple la visión subjetiva del mismo, utilizándose, eso sí, siempre como complemento a otras medidas objetivas y no de forma exclusiva.

La literatura existente nos sugiere –tal y como indican Summers y colaboradores– que el bienestar debe ser entendido como un «fenómeno multidimensional que captura una mezcla de las circunstancias de vida de las personas, cómo se sienten y cómo funcionan».⁶⁶ De esta forma, las evoluciones y avances que en materia bienestarista nos irá deparando el recién comenzado siglo XXI deberán estar guiadas tanto por aproximaciones objetivas como subjetivas; todas ellas enmarcadas en una nueva *teoría integral*, holística y compleja del bienestar humano que, yendo más allá de las clásicas visiones puramente psicológicas y económicas, sea receptiva a los aspectos más indirectos e intangibles del mismo así como

⁶² R. Veenhoven, *op. cit.*, 1993.

⁶³ S. Abdallah, S. Thompson y N. Marks, *op. cit.*, 2008.

⁶⁴ Véase, por ejemplo, C. Graham, «The Economics of happiness: insights on globalization from a novel approach», *World Economics* núm. 6 (3), 2005, pp. 41–55; R. Veenhoven, *op. cit.*, 1993 y R. A. Easterlin, «Does economic growth improve the human lot?» En P. A. David y M. Reder (eds.), *Nations and Households in Economic Growth: Essays in Honor of Moses Abramovitz*, Academic Press, Nueva York, 1974.

⁶⁵ R. Veenhoven, *op. cit.*, 2007.

⁶⁶ J. K. Summers, L. M. Smith, J. L. Case y R. A. Linthurst, *op. cit.*, 2012.

sensible a los sistemas naturales con los que los seres humanos estamos congénitamente conectados.

La saturación económica del bienestar humano

Como es sabido, buena parte de nuestro bienestar humano se sostiene sobre la posibilidad que tengamos de cubrir determinadas necesidades materiales; necesidades que, bajo una economía de mercado, son cubiertas a través del consumo. Sin embargo, las desigualdades existentes en el mundo hacen que las oportunidades de llevar a cabo acciones de consumo no sean iguales para todos, siendo siempre mayores en las naciones más ricas y “desarrolladas”;⁶⁷ es decir, en las naciones con mayor PIB per cápita.

De esta forma, el PIB ha sido utilizado desde sus orígenes para hacer comparaciones internacionales de progreso social y de bienestar humano.⁶⁸ Sin embargo, han sido muchas las críticas que han cuestionado en qué medida los ingresos medios de un país pueden reflejar el bienestar humano de sus ciudadanos.⁶⁹

Aunque existen trabajos que discrepan,⁷⁰ los estudios realizados hasta la fecha sobre este tema han mostrado cómo, a partir de un determinado umbral (situado entre los 13.000 y los 18.000 dólares anuales por persona), el incremento de los ingresos ya no contribuye a mejorar la *calidad de vida* de las personas.⁷¹

En el gráfico 2 se muestra esta *saturación económica del bienestar humano*, conocida internacionalmente como la *paradoja de Easterlin*. Como en ella se aprecia, para los países más pobres ingresos y bienestar evolucionan de forma paralela (al destinarse en estos

⁷³ RS, *People and the Planet*, The Royal Society Science Policy Centre Report, abril, 2012.

⁷⁴ R. W. England, «Measurement of social well-being: alternatives to Gross Domestic Product», *Ecological Economics* N° 25, 1998, pp. 89-103.

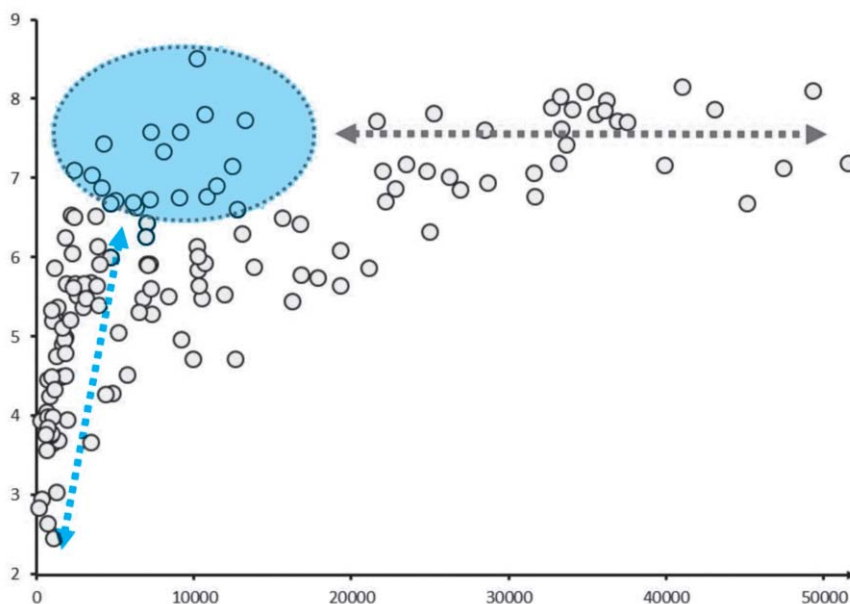
⁷⁵ Escudero y Simón (2003) señalan cinco razones para justificar las deficiencias del PIB per cápita como indicador de bienestar (rescatado de Domínguez, 2010): a) Al tratarse de una media aritmética no contempla la desigualdad social; b) no incorpora otros elementos del bienestar como la esperanza de vida, el tiempo de ocio disponible o la degradación ambiental; c) no contabiliza la producción obtenida mediante el trabajo sumergido o la que no esté contemplada por los mercados, como el trabajo doméstico o voluntario; d) prescinde del desempleo; e) computa aspectos que no generan bienestar, como los gastos militares, sin contemplar aspectos que sí lo generan, como el patrimonio artístico.

⁷⁶ Como el de B. Stevenson y J. Wolfers, «Economic growth and subjective well-being: reassessing the Easterlin paradox», *Brookings Papers on Economic Activity*, 2008, pp. 1-87.

⁷⁷ Para una información más amplia, consúltese: R. Costanza, M. Hart, S. Posner y J. Talberth, «Beyond GDP: the need for new measures of progress», *Pardee Papers*, N° 4, Pardee Center for the Study of the Longer-Range Future, Boston, 2009; E. Diener y M.E.P. Seligman, «Beyond money: toward an economy of well-being», *Psychological Science in the Public Interest*, núm 5 (1), 2004, pp. 1-31; R. A. Easterlin, *op. cit.*, 2003; R. Inglehart y H. D. Klingemann, «Genes, culture, democracy, and happiness», en: E. Diener y E.M. Suh (eds.), *Culture and Subjective Well-being*, MIT Press, Cambridge, 2000, pp. 165-184; y M. Max-Neef, «Economic growth and quality of life: a threshold hypothesis», *Ecological Economics*, núm. 15, 1995, pp. 115-118.

casos prácticamente la totalidad de los ingresos a satisfacer las necesidades más básicas). Sin embargo, una vez que se alcanzan unos ingresos determinados (necesarios y suficientes para garantizar el acceso a los materiales básicos para una vida buena) el incremento en los mismos ya no lleva aparejado incrementos relevantes en el bienestar humano.

Gráfico 2. Relación entre los ingresos y la satisfacción con la vida



Fuente: elaboración propia a partir de datos de The Central Intelligence Agency (www.cia.gov); World Development Indicators -The World Bank (<http://data.worldbank.org/data-catalog/world-development-indicators>) y The New Economics Foundation (<http://www.neweconomics.org/>).

Se distinguen 3 zonas básicas en la gráfica: en la primera (flecha azul) se orientan las naciones más pobres y donde pequeños incrementos en la renta conllevan grandes aumentos en la satisfacción; en la segunda (flecha gris) se localizan los países más ricos y donde la relación entre las dos variables ha desaparecido por completo, pudiéndose incrementar enormemente los ingresos sin que ello conlleve respuesta alguna sobre la satisfacción con la vida; en la tercera zona (círculo azul) se encuentran países que logran altos niveles de bienestar subjetivo con ingresos sencillos, que no superan los 15.000 dólares.

Diener y Seligman calcularon la correlación entre la satisfacción media con la vida y el PIB per cápita para aquellas naciones cuyos ingresos medios eran superiores a los 10.000 dólares anuales. La correlación que obtuvieron fue insignificante; lo que confirma el casi nulo efecto que los ingresos tienen sobre el bienestar humano una vez se han cubierto las necesidades más básicas.⁷² De esta forma, ingresos y bienestar suelen evolucionar parale-

⁷² E. Diener y M.E.P. Seligman, *op. cit.*, 2004.

lamente solo hasta los 10.000-13.000 dólares anuales por persona.⁷³ Por encima de este umbral no parece existir correlación alguna –ni positiva ni negativa– entre nivel económico, por un lado, e indicadores de bienestar, por otro.⁷⁴

Estudios similares que utilizan otros indicadores en su comparación con la satisfacción subjetiva con la vida, como el consumo de energía o las emisiones de CO₂ per cápita, han mostrado la misma tendencia asintótica.⁷⁵ Así pues, el consumo de energía y las emisiones de CO₂ per cápita evolucionan paralelamente a la satisfacción con la vida hasta un determinado umbral; umbral localizado en torno a las 5 toneladas equivalentes de petróleo per cápita (Tep) de consumo energético y a las 13 Tep de emisiones de CO₂. Por encima de este umbral la relación entre las variables desaparece totalmente.⁷⁶

Todo esto nos hace pensar que las naciones “desarrolladas” ya sobrepasaron este umbral, pues, siendo su ingreso medio anual per cápita bastante mayor a los 13.000 dólares, el bienestar humano y los niveles declarados de satisfacción subjetiva con la vida no solo no se han incrementado en las últimas décadas, sino que parecen incluso estar descendiendo. Ejemplos de esta relación han sido bien reportados en algunos países como EEUU y Japón, donde, a pesar de haberse triplicado entre 1950 y 2002 el salario medio del primero –y multiplicado por 5,4 en el segundo entre 1958 y 1988– la felicidad declarada permaneció prácticamente constante en ambos países.⁷⁷

Estas evidencias relativas a la relación existente entre bienestar humano e ingresos refuerzan la convicción anteriormente expuesta de la necesidad que deberíamos tener de dejar atrás los prismas economicistas a la hora de evaluar el bienestar humano para dar paso a una *teoría integral* del mismo.

Necesidades, ¿limitadas o ilimitadas?

Un elemento que subyace a la conceptualización del término *bienestar humano* es, como hemos visto, la satisfacción de las necesidades humanas.⁷⁸

⁷³ R. Inglehart y H.D. Klingemann, *op. cit.*, 2000.

⁷⁴ G. Bäckstrand y L. Ingelstam, *¡Suficiente! Retos globales y estilos de vida responsables*, Fundación Dag Hammarskjöl, Uppsala, 2006, p. 33.

⁷⁵ M. Aguado, *El coste energético del bienestar humano*, Tesis de máster, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Máster Universitario en Cambio Global, 2009.

⁷⁶ M. Aguado, *op. cit.*, 2009.

⁷⁷ R. Ramírez, *op. cit.*, 2008. G. Gardner y E. Assadourian, «Rethinking the good life», en Worldwatch Institute (Ed.), *State of the World 2004, Special Focus: the Consumer Society*, Norton, Nueva York, 2004, pp. 164-179. E. Diener y M. E. P. Seligman, *op. cit.*, 2004.

⁷⁸ D.G. Myers y E. Diener, 1995, *op. cit.*

Existen dos clases de *necesidades básicas universales*: i) las *fisiológicas*, comunes a todos los seres humanos (e incluso a todos los animales), como la nutrición, la protección física o el descanso; y ii) las *psicosociales*, que son fruto de la capacidad humana de imaginar mucho más allá de las exigencias naturales de su propio organismo, entre las que encontramos necesidades como el reconocimiento, la autoestima o la pertenencia a una comunidad.⁸⁰

Las necesidades humanas son cubiertas a través del consumo. Cuando se habla coloquialmente de *consumo* se entiende el consumo de cosas, de bienes, de artefactos. Conviene resaltar, sin embargo, que este tipo de consumo (el material) no es el único existente, pues también está el consumo no material. Mientras que ambos consumos son imprescindibles para satisfacer las necesidades humanas y obtener bienestar humano, solo el primero de ellos tiene implicaciones sobre la sostenibilidad del planeta.⁸¹ Mientras que consumir bienes (artefactos) y servicios mercantiles (que impliquen la puesta en marcha de materiales y energía) tiene repercusión sobre los ecosistemas, consumir –por ejemplo– relaciones sociales (a través, póngase el caso, de una agradable charla con los amigos a la luz de la luna) no lo tiene. En este sentido, y bajo el contexto inevitablemente finito que representa la realidad biofísica de nuestro planeta, establecer qué constituye una necesidad y qué no será crucial a la hora de lidiar con un futuro justo y sostenible para la humanidad.

La capacidad de satisfacer las necesidades básicas ha sido tradicionalmente abordada mediante el uso de indicadores económicos. No obstante, los grupos de opinión en torno a este concepto podrían dividirse nuevamente en función de su visión: i) psicológica y sociológica, o ii) económica.

Bajo la perspectiva psicológica y sociológica se entienden las necesidades como limitadas. Tras este enfoque encajaría la clasificación de los placeres de Epicuro, descrita hace más de 2.350 años. Entre las clasificaciones contemporáneas con más repercusión en el ámbito científico podemos destacar la jerarquía de las necesidades de Maslow, que se estructura en un total de siete grupos de necesidades agrupados en una pirámide de cinco niveles. La satisfacción de los niveles más bajos, tales como las necesidades fisiológicas (hambre, sed, etc.) o las de seguridad, conlleva a la preocupación por otro tipo de necesidades más sociales, como la búsqueda de afecto, la pertenencia a un grupo o, incluso, la realización personal. Es decir, que las necesidades más altas ocupan nuestra atención sólo cuando se han satisfecho las necesidades inferiores de la pirámide.⁸²

Otros autores, como Max-Neef, discrepan en la estructura de dicha clasificación y proponen una agrupación de las necesidades humanas en nueve grupos que el ser humano

⁸⁰ J. Sempere, *Mejor con menos, Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Crítica, Barcelona, 2009.

⁸¹ RS, 2012, *op. cit.*

⁸² A.H. Maslow, «A theory of human motivation», *Psychological Review*, núm. 50, 1943, pp. 370-396.

tiende a satisfacer al unísono (subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, creación, ocio, identidad y libertad). Según el autor, las necesidades humanas son limitadas, identificables y comunes a todas las culturas y periodos históricos. Lo que varía en función de la cultura y del tiempo no son por lo tanto las necesidades humanas sino los medios o maneras de satisfacerlas, es decir, los “satisfactores”, los cuales sí que cambian en función del sistema económico, político o social, estando culturalmente determinados. De esta forma, conceptos tales como alimento, vivienda o abrigo no serían necesidades humanas sino satisfactores de una misma necesidad: la subsistencia.⁸³

Las necesidades humanas más básicas, por consiguiente, se erigen como la dimensión más importante (o la primera) del bienestar humano,⁸⁴ ya que sin estar estas cubiertas es muy difícil atender al resto de dimensiones,⁸⁵ como por ejemplo las relaciones sociales o la libertad.

Bajo la perspectiva económica, la palabra *necesidad* se considera obsoleta y poco funcional, siendo sustituida por términos como deseos, preferencias y demandas.⁸⁶ En la actualidad, la capacidad del ser humano para producir, bajo una economía de mercado, bienes y servicios a gran escala provoca la posibilidad de un acceso masivo a tales bienes, lo que supone un aumento importante en la capacidad de consumo material de cada persona. Junto a ello, la continua innovación tecnológica a la que asistimos nos permite concebir como necesarios artefactos y hábitos que se originaron como superfluos y que en un primer momento sólo eran accesibles para una adinerada minoría. Esto, como nos recuerda Sempere, posibilita –por mimetismo– «una carrera indefinida hacia consumos crecientes en todas las clases de la sociedad».⁸⁷

De esta manera, se fomenta la concepción ilimitada de las necesidades,⁸⁸ apoyada y sustentada por las sociedades capitalistas de los países desarrollados. El problema del consumo material (en adelante consumo a secas) surge cuando este se realiza de forma irracional e innecesaria,⁸⁹ más allá de lo imprescindible, fomentando la *sociedad de la insaciabilidad*,⁹⁰ donde no se distingue entre necesidades básicas y preferencias insustanciales.

⁸³ M. Max-Neef, *Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Nordan Comunidad, Montevideo, 1993.

⁸⁴ J.K. Summers, L.M. Smith, J.L. Case y R.A. Linthurst, 2012, *op. cit.*

⁸⁵ R. Costanza *et al.*, *op. cit.*, 2007. M. Max-Neef, *op. cit.*, 1992. A. H. Maslow, *Motivation and Personality*, Harper, Nueva York, 1954.

⁸⁶ W. Allen, *Midnight Economist: broadcast essays III*, International Institute for Economic Research, Los Angeles, 1982.

⁸⁷ J. Sempere, *op. cit.*, 2009.

⁸⁸ T. Jackson, W. Jager y S. Stagl, «Beyond Insatiability—needs theory, consumption and sustainability», en: L. Reisch e I. Røpke (Eds.), *Consumption—Perspectives from Ecological Economics*. Edward Elgar, Cheltenham, pp. 79-107, 2004.

⁸⁹ D.M. Buss, *op. cit.*, 2000.

⁹⁰ T. Jackson, W. Jager y S. Stagl, *op. cit.*, 2004.

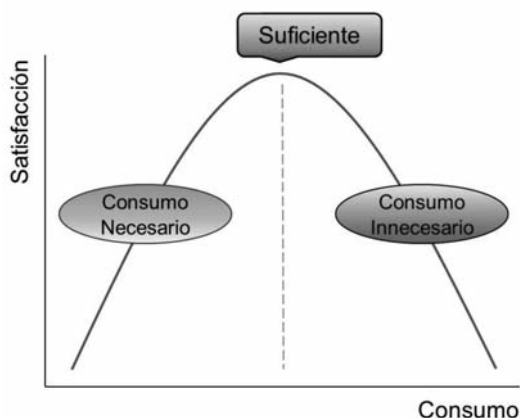
Como escribe Eagleton, «el ser humano es el Hombre Fáustico, de ambición demasiado voraz para su propio bienestar y eternamente impelido más allá de sus propios límites por el reclamo de lo infinito. Esta criatura hace el vacío a todas las cosas finitas en su arrogante relación amorosa con lo ilimitable».⁹¹

Así, la esencia misma del modelo económico capitalista, basado en la continua producción de bienes y servicios a disposición de la sociedad –y en un espíritu comprometido con el crecimiento económico– nos obliga a invertir la mayor parte de nuestras energías en asuntos puramente utilitarios.⁹² Esto conlleva a los ciudadanos al imperativo moral de consumir, lo que podría considerarse como la definición moral de las *sociedades consumistas*.⁹³

Si bien es cierto que a través del consumo podemos obtener los bienes y servicios necesarios para satisfacer algunas de nuestras necesidades, el modelo capitalista se ha especializado en distorsionar nuestra concepción de *necesidad*, haciéndonos creer que necesitamos de un consumo continuado y desproporcionado para alcanzar la felicidad. Y no es así.

El gráfico 3 refleja cómo la relación entre la cantidad de consumo y la calidad o satisfacción percibida por él no es lineal, sino que suele adoptar la forma de una “U” invertida.⁹⁴

Gráfico 3. Relación entre consumo y satisfacción



Fuente: modificado de G. Bäckstrand y L. Ingelstam, *op. cit.*, 2006.

En una primera fase, incrementando el consumo se logran aumentos sustanciales de la satisfacción. Sin embargo, de continuar con dicha tendencia, la satisfacción llega a un máximo para después comenzar a descender. Los mayores niveles de satisfacción se alcanzan para niveles medios de consumo donde lo “suficiente” ha sido alcanzado.

⁹¹ T. Eagleton, *Sobre el mal*, Península, Barcelona, 2010, p.37.

⁹² T. Eagleton, *El sentido de la vida*, Paidós, Barcelona, 2008.

⁹³ J. Baudrillard, *La sociedad de consumo*, Plaza & Janes, Barcelona, 1974.

⁹⁴ G. Bäckstrand y L. Ingelstam, 2006, *op. cit.*

En la primera parte de la gráfica, donde la satisfacción se incrementa, los bienes consumidos responden en gran medida a artículos de primer orden, capaces de cubrir nuestras necesidades más básicas y fundamentales. La segunda mitad de la gráfica, por el contrario, representa una zona donde el consumo creciente de bienes y artefactos se ha tornado contraproducente, pues al estar ya cubiertas las necesidades más importantes, las nuevas adquisiciones se vuelven insulsas e insustanciales. La *adaptación hedónica* y nuestra mala costumbre de compararnos siempre con los demás (*teoría de la privación relativa*) explicarían, al menos en parte, este efecto.⁹⁵

El capitalismo ha distorsionado nuestra concepción de necesidad, haciéndonos creer que necesitamos de un consumo desproporcionado para alcanzar la felicidad

Por lo tanto, una vez resueltas las necesidades más fundamentales, seguir premiando los hábitos de consumo incrementa nuestro bienestar solo hasta un determinado punto (el denominado por Bäckstrand y Ingelstam como *suficiente*). Superado este, la insatisfacción comienza a ganar terreno y el despilfarro del sobreconsumo ya no contribuye al aumento de la satisfacción ni del bienestar humano.⁹⁶

La cantidad consumida de bienes y servicios (lo que es frecuentemente medido a través del PIB) no nos informa sobre qué es lo que la gente hace con estos bienes y servicios para enriquecerse interiormente como seres humanos.⁹⁷ Las posesiones no determinan pues la calidad de vida de las personas, sino que definen su nivel de vida. Es la capacidad de las personas para transformar estos bienes y servicios en realizaciones lo que al fin y al cabo determina una vida buena. Como defiende Sempere, las necesidades que van más allá de las puramente fisiológicas son construcciones humanas, por lo que debería ser posible *deconstruirlas* y reconstruirlas sobre un nuevo cimiento ético en donde primen los comportamientos no adquisitivos y donde se ejercite el ser y el hacer por delante del tener.⁹⁸

Nuestra identidad, nuestros sentimientos, nuestros sueños y deseos están atravesados por bienes materiales. Creemos que nuestra libertad depende del acceso ilimitado a dichos

⁹⁵ R.A. Easterlin, *op. cit.*, 2003. C. D'Ambrosio y J. Frick, «Income satisfaction and relative deprivation: an empirical link», *Social Indicators Research*, núm. 81, 2007, pp. 497-519.

⁹⁶ J. Riechmann, *Cómo vivir...*, *op. cit.*, 2011.

⁹⁷ M. Gualavisi y J. Solano, «Desigualdad subjetiva», en: A. SerranoMancilla (Coord.), *¡A (re)distribuir! Ecuador para todos*, SEMPLADES, Ecuador, 2012.

⁹⁸ J. Sempere, *op. cit.*, 2009.

bienes. Sin embargo, existen movimientos sociales (feminismo, ecologismo, pacifismo) comprometidos con formas directas de acción social de carácter posmaterialista: identidad, derechos, medio ambiente... Enriquecer al cuidado de estos valores y convertirlos en fuente de bienestar humano ha de abrirse como alternativa al falso bienestar de necesidades creadas y consumismo inducido. Se trata, al fin y al cabo, de curarse de lo que los antiguos griegos llamaron *hybris*: esa desmesura humana que parece caracterizar a nuestra especie y que nos hace ansiar el *tener* por encima de todas las cosas, aunque ello signifique –paradójicamente– renunciar a nuestro propio bienestar.⁹⁹

De esta desmesura humana se aprovecha el capitalismo, pues como nos recuerda González Faus, el sistema económico –tal y como es concebido hoy en Occidente– no funcionaría sin un bienestar conceptualmente asociado a los comportamientos consumistas.¹⁰⁰ Por ello, para el capitalismo, la producción más importante es la *producción de insatisfacción*, que nos alienta a consumir como un fin en sí mismo, proponiéndonos *poseer todas las cosas a cambio de estar solos*; lo que convierte al capitalismo en un enemigo declarado del bienestar humano.¹⁰¹

Romper con esta *hybris* a través de la educación y la concienciación social y el fortalecimiento de los vínculos comunitarios se vislumbra crucial para afrontar los retos del nuevo milenio. Avanzar hacia sociedades sostenibles, justas y felices significa salir del anonimato del individualismo materialista en pro de mejorar el vínculo y la solidaridad social.

Desmontando el mito de la Modernidad

La conclusión obvia de todo lo visto hasta ahora es que, una vez han sido cubiertas las necesidades humanas fundamentales, parece que continuar ensalzando el crecimiento económico –a través de un creciente consumo y de unos ingresos cada vez más altos– puede repercutir incluso negativamente sobre el bienestar humano,¹⁰² al ser descuidadas otras dimensiones fundamentales del mismo, como pueden ser, entre otras, las relaciones sociales.

¿Qué sentido puede tener entonces defender el crecimiento económico y el consumo creciente de bienes y servicios cuando dicho comportamiento no se traduce en mayores

⁹⁹ Manuel Sacristán, en su libro *Pacifismo, ecología y política alternativa* plasmó de forma magnífica esta idea: «Hemos de reconocer que nuestras capacidades y necesidades naturales son capaces de expansionarse hasta la autodestrucción. Hemos de ver que somos *biológicamente* la especie de la *hybris*, del pecado original, de la soberbia, la especie exagerada» (Sacristán, 1987).

¹⁰⁰ J.I. González Faus, «Nada con puntillas: fraternidad en cueros. La lucha por la justicia en una cultura nihilista», *Cuadernos de Cristianismo i Justicia*, núm. 166, p. 16.

¹⁰¹ J. Riechmann, 2011(a), *op. cit.*

¹⁰² RS, 2012, *op. cit.*

niveles de satisfacción y bienestar? Probablemente ninguno. Como lo expresa J. Riechmann, el consumismo y el crecimiento económico no son ni síntomas de felicidad ni actividades que puedan asegurarnos su conquista.¹⁰³

La asunción por parte del actual modelo hegemónico de que el crecimiento en el consumo es la clave para mejorar nuestro bienestar (entendido, en este caso, como *nivel de vida*) constituye uno de los mayores obstáculos para alcanzar un bienestar humano sostenible, pues –sin lograr incrementar la *calidad de vida*– es el principal responsable de la crisis ecológica y de las penurias sociales que nos envuelven. Así, a medida que determinadas naciones se hacen más y más ricas, no solo se produce un aumento en la privación de recursos para el resto del mundo –bajo un escenario planetario de recursos finitos e inequidad–¹⁰⁴ sino que la satisfacción con la vida de dichos países no mejora y encima las tasas de desigualdad,¹⁰⁵ depresión, desconfianza y problemas sociales comienzan a aumentar de forma espectacular.¹⁰⁶

Un crecimiento económico continuado y un planeta con sostenibilidad ecológica y social son elementos difícilmente conciliables, al menos en el medio-largo plazo. Es necesario recordar que el crecimiento continuo de la economía no puede sostenerse indefinidamente, al ser esta un subsistema de la ecosfera, que es un sistema finito.¹⁰⁷ Bajo esta máxima –que constituye el postulado principal de la economía ecológica– resulta lógico afirmar que el modelo de desarrollo hegemónico actual no es universalizable en un planeta de biocapacidad finita. En palabras de Acosta, «el desarrollo, en tanto reedición de los estilos de vida de los países centrales, resulta irrepetible a nivel global».¹⁰⁸ Por lo tanto, el famoso *mito de la Modernidad* –que sostiene que el único camino para alcanzar el *desarrollo* es el marcado por las naciones del Norte,¹⁰⁹ camino que todos los países deberían seguir sin vacilar– no es más que una falacia. Entre otras cosas, este mito nos vendía la cínica idea de poder lograr la distribución global de la riqueza y la sostenibilidad medioambiental de la mano del

¹⁰³ J. Riechmann, *¿En qué estamos fallando?: cambio social para ecologizar el mundo*, Icaria, Barcelona, 2008.

¹⁰⁴ RS, *op. cit.*, 2012.

¹⁰⁵ El incremento en las desigualdades, tal y como muestra el interesantísimo estudio desarrollado por Wilkinson y Pickett (R. Wilkinson y K. Pickett, *Desigualdad: una análisis de la (in)felicidad colectiva*, Turner, Madrid, 2009.), tiene significativas repercusiones sobre otros aspectos del bienestar humano, tales como la educación; la esperanza de vida; la mortalidad infantil; la incidencia de enfermedades mentales; el consumo de drogas; las tasas de obesidad y sobrepeso o el número de homicidios (siendo todos ellos mayor en aquellos lugares donde mayor es la desigualdad).

¹⁰⁶ E. Diener y M.E.P. Seligman, *op. cit.*, 2004.

¹⁰⁷ U. Bardi, *The Limits to Growth Revisited*, Springer, New York, 2011. H.E. Daly, *Beyond growth*, Beacon Press, Boston, 1996.

¹⁰⁸ A. Acosta, *De las alternativas del desarrollo a las alternativas al desarrollo*, I Encuentro Internacional del Programa de Cooperación Interuniversitaria e Investigación Científica “Construyendo el Buen Vivir”, PYDLOS - Universidad de Cuenca, Ecuador, noviembre de 2011, p. 35.

¹⁰⁹ W.W. Rostow, *The stages of Economic Growth: A non-communist manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

crecimiento económico. El crecimiento económico como panacea y la idea de un bienestar monetarizado y conceptualmente ligado a las conductas consumistas han sido pues los dos grandes axiomas de este engañoso mito.

El “incuestionable” modelo de desarrollo del sistema hegemónico occidental bajo el cual se enmarca hoy el tan idolatrado *nivel de vida* ha fracasado, pues está demostrando ser inviable e insostenible. Esto, como sostiene J. Morales, «pone en crisis no solamente un modelo de desarrollo, sino fundamentalmente al proyecto civilizatorio que lo ha generado, expandido e impuesto en el mundo».¹¹⁰

Las principales consecuencias de este fracaso se visibilizan fundamentalmente en la esfera medioambiental y en la esfera social, a través, respectivamente, de una crisis ecológica cada vez más alarmante¹¹¹ y de unas desigualdades sociales cada vez más acusadas¹¹². Y la causa esencial de todo esto la encontramos, al fin y al cabo, en el desajuste global existente entre el ser humano y la naturaleza; un desajuste provocado en su inmensa medida por el despilfarrador comportamiento que caracteriza a los habitantes de ciertos sectores sociales de las naciones más ricas del planeta. Estas naciones, movidas por unos modelos económicos depredadores y unos estilos de vida insaciables, han originado –a conciencia y con los años– una inmoral deuda ecológica hacia los países del Sur (poseedores de un mayor capital natural) que les permite mantener el insostenible e ilícito comportamiento que articula y da sentido al hegemónico sistema capitalista bajo el cual se encuentran.

Toda esta desarticulación socio-ecológica que caracteriza la injusta e insostenible realidad de nuestro tiempo debería traducirse en rotundos esfuerzos científicos encaminados a contextualizar correctamente la realidad ecológica sobre la que se asienta el bienestar humano. Nuevos estudios en este sentido son recomendables para iluminar la incierta senda del ser humano a través de los siglos venideros.

Por todo lo dicho, y a modo de corolario, urge entender que no hay una única forma de *ser* en el mundo, y que el desarrollo de cualquier sociedad –de su cultura, cosmovisión, epistemología, etc.– no se da a través de una ruta marcada, pues somos fruto de nuestras propias coyunturas históricas y de los procesos que de ellas desembocaron.¹¹³ Es necesario,

¹¹⁰ J. Morales, Desarrollo regional desde lo local. La red de alternativas sustentables agropecuarias de Jalisco, En: P. Torres (Coord.), *Desarrollo regional y sustentabilidad en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, DF, 2005, p. 410.

¹¹¹ Millenium Ecosystem Assessment, *op. cit.*, 2005.

¹¹² R. Wilkinson y K. Pickett, *op. cit.*, 2009.

¹¹³ J. A. Fuentes, *La crisis del paradigma epistémico hegemónico: de por qué el mundo no funciona y otros asuntos; en búsqueda de causas y explicaciones*, Proyecto fin de máster, Universidad Pablo de Olavide, Máster en Desarrollo Económico y Sostenibilidad, 2011.

como sostiene Unceta, realizar *un esfuerzo teórico orientado a la redefinición del concepto de desarrollo*¹¹⁴. Y junto a ello, debemos redefinir también el concepto de bienestar humano en una iniciativa colectiva encaminada a alejarse del enfoque dominante de Occidente orientado hacia un estilo de vida mercantilizado y deshumanizado. La sostenibilidad social y ecológica del planeta de ello dependerá.

¹¹⁴ K. Unceta, «Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo: una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones», *Carta Latinoamericana*, núm. 7, 2009, pp. 1-34.

Sobre la necesaria reorganización social de los tiempos: políticas de tiempo, espacios económicos alternativos y bienestar

Las dramáticas cifras de paro y las estrategias de subsistencia de muchas familias en el actual contexto de crisis dejan entrever que el bienestar de los hogares no depende exclusivamente de la situación de sus miembros en el mercado laboral sino de una compleja y diversa red de actividades que se desarrollan en espacios y tiempos no monetarizados. Sin embargo, la organización de la vida cotidiana de las personas, empresas y ciudades sigue, hoy, estando gobernada hegemonícamente por el tiempo de trabajo remunerado. Paralelamente en las últimas décadas vienen desarrollándose toda una serie de iniciativas que persiguen reconfigurar la actual distribución de los tiempos sociales, algunas de ellas plantean reformas parciales, pero otras persiguen una auténtica democratización de la vida cotidiana que parta de las necesidades del cuidado y de los límites físicos del planeta.

La Encuesta de Población Activa (EPA) del primer trimestre 2012 ofrece un panorama desolador: el descenso de la ocupación afecta a todos los sectores. El número de personas paradas en España supera la barrera de los 5,5 millones y la tasa de paro se sitúa en 24,44%. El número de hogares con todos sus miembros activos en paro aumenta en 153.400 en el trimestre alcanzando el 1.728.400. Con estas cifras, que reflejan el empobrecimiento y desposesión de un gran número de familias, muchas voces se preguntan cómo es que la conflictividad social en España no ha alcanzado unos niveles mayores.

Quizás la respuesta haya que buscarla, entre otros factores, en el hecho de que el nivel de vida no depende de forma tan directa o exclusiva de los ingresos monetarios ni estos, a su vez, únicamente de la actividad en el mercado laboral, como plantean las teorías económicas clásica y neoclásica. La noción de que

Lucía del Moral es profesora del departamento de Derecho Público de la Universidad Pablo Olavide

esta relación es universal y directa encierra una serie de reduccionismos «en absoluto inocentes». ¹ Por una parte, porque las necesidades humanas tienen un carácter multidimensional y la satisfacción de muchas de ellas, sobre todo las de índole afectivo-relacional, se produce, principalmente, en las esferas no monetarizadas. Por otra, porque la disponibilidad de ingresos monetarios no depende exclusivamente de la situación laboral individual: las instituciones públicas, las familias y las redes sociales que comparten e intercambian recursos disminuyen la necesidad de que cada persona obtenga ingresos propios. Además el dinero es un satisfactor históricamente determinado y por lo tanto su importancia actual se deriva de la forma en la que está construida la sociedad y, aún así, dada la lógica que subyace al funcionamiento de los mercados capitalistas –la acumulación de capital y la obtención de beneficios– los mercados satisfacen determinadas necesidades sólo si existe una rentabilidad económica para dicha demanda.

Un análisis en profundidad de la realidad resquebraja estos reduccionismos y obliga a tomar conciencia de que en nuestras sociedades se desarrolla mucho más trabajo del que se contabiliza y reconoce oficialmente, así como del carácter fundamental de este trabajo en el bienestar cotidiano. Profundizando en estas cuestiones, Shahra Razavi ha propuesto entender la provisión de este bienestar insertándolo en la figura de un rombo y situar en cada uno de sus vértices uno de los siguientes agentes: mercado, Estado, hogares y sociedad civil (espacio comunitario o tercer sector). ² El peso de cada una de estas esquinas depende de factores sociales, culturales y políticos por lo que varía de un país, o región, a otro y no es fácil de calcular. Por eso, mientras que la importancia del mercado y del sector público se da por descontada, los otros dos vértices, los no monetarizados quedan en la sombra. Es cierto que el peso de los hogares como espacio económico viene siendo reivindicado por la economía feminista desde hace décadas. Sin embargo, la fuerza de lo comunitario en las economías avanzadas aún es un campo por explorar, a pesar de los avances generados desde la geografía económica crítica. Este artículo precisamente se centrará en esta esquina, por una parte porque en la actualidad podría estar ganando peso, por otra, porque frente a una crisis que es multidimensional –va más allá de lo financiero, es medioambiental, de cuidados, de valores etc.– y está provocando un aumento de las desigualdades entre mujeres y hombres, ³ podría contribuir a asentar un nuevo concepto de bienestar basado en una necesaria redistribución social de las responsabilidades de cuidados y socialización de parte del trabajo que se realiza en los hogares.

¹ A. Pérez Orozco, *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*, Consejo Económico y Social, Madrid, 2006, p. 245.

² S. Razavi, «The Political and Social Economy of Care in a Development Context: Conceptual issues, research questions and policy options», *UNSRID Papers GD PP*, núm. 3, Junio 2007, disponible en <http://www.unrisd.org/80256B3C005BCCF9/%28httpPublications%29/2DBE6A93350A7783C12573240036D5A0?OpenDocument&language=es>. Acceso el 9 Junio 2012.

³ L. Gálvez y J. Torres, *Desiguales. Mujeres y hombres ante la crisis financiera*, Icaria, Barcelona, 2010.

Desde hace décadas crece la importancia del trabajo donado a la comunidad: el voluntariado y la participación en movimientos e iniciativas sociales. En los últimos años, además, se observa la expansión de las prácticas relacionadas con la producción, distribución y consumo no monetarizadas como los Bancos de Tiempo (BdT) y de conocimiento, redes de trueque y monedas sociales donde el dinero de curso legal es sustituido por tiempo, afectos y relaciones. Estas prácticas son bien acogidas y promovidas desde los ámbitos académicos, activistas o de políticas aplicadas que se concretan en propuestas como el decrecimiento,⁴ el buenvivir o bienvivir de Ecuador o Bolivia o post-desarrollo, movimiento de transición,⁵ el movimiento *Slow –Cittàslow, Slow food, Slow people–*. Aunque con diferencias entre sí y un carácter más o menos crítico, estas iniciativas son conscientes del conflicto básico entre la dinámica de acumulación del capital, el bienestar de la personas y la finitud de la biosfera, plantean la necesidad de construir nuevas formas de organización vital y subrayan el papel fundamental que los tiempos y los espacios no mercantilizados pueden jugar en ello. Por otro lado, curiosamente este tipo de prácticas también son vistas con buenos ojos y fomentadas por partidos más conservadores que han visto en ellas una posible respuesta a la crisis económica y la pérdida de los valores comunitarios “tradicionales”.⁶

Las siguientes páginas profundizan en estas cuestiones, para analizar, en primer lugar, la multiplicidad de los trabajos y los tiempos. A continuación se presenta la *ley del tiempo*, una propuesta que pretendió transformar radicalmente la organización social de los tiempos en Italia. En tercer lugar se presentan algunas prácticas a nivel europeo encaminadas a mejorar la distribución de los tiempos para después abordar algunas visiones más críticas. En el último apartado se plantean algunas propuestas en torno al tiempo fundamentales para avanzar hacia una «vida que merezca ser vivida».⁷

Trabajos y tiempos

Desde hace más de 40 años las teorías feministas vienen cuestionando los conceptos y fundamentos de la ciencia económica y revisando los límites de la sociología del trabajo desde una perspectiva que, por una parte, reconceptualiza el trabajo desde una perspectiva de género y, por otra, plantea la importancia y potencialidad del tiempo como dimensión analítica.

⁴ S. Latouche, «Breve trattato sulla decrescita serena», en C. Taibo. *En defensa del decrecimiento*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009.

⁵ R. Hopkins, *The Transition Handbook: from oil dependency to local resilience*, Green Books, Devon, 2008.

⁶ Un ejemplo claro de ello es la propuesta de la *Big Society*, del partido conservador de David Cameron en el Reino Unido.

⁷ A. Pérez Orozco, «De vidas vivibles y producción imposible», *Rebelión*, 6 de febrero de 2012, parr. 4, disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=144215> Acceso el 9 de junio de 2012.

Sobre el trabajo, la economía feminista propone una definición plural y amplia que abarca todo conjunto de actividades, remuneradas o no, que tienen como objetivo proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a terceros o a uno/a mismo/a. Revela, así, la existencia de toda una serie de trabajos más allá del empleo formal remunerado e, idealmente, a tiempo completo. Por ejemplo, se puede hablar del sector de subsistencia o de autoabastecimiento productivo, de la economía doméstica, del sector informal y del trabajo voluntario o trabajo donado a la comunidad.⁸ De estos análisis surgen conceptos como el de *carga global de trabajo*, que entiende el trabajo como un todo, sumando el trabajo remunerado y no remunerado desde la perspectiva individual y de la suma total.⁹ Por lo tanto mercado y no mercado han de mirarse en conjunto, poniéndose en cuestión la definición de actividad e inactividad, que solo muestra una parte de la actividad total que se desarrolla en el país. Al hacerlo se visibilizan toda una serie de actividades tradicionalmente realizadas por mujeres y se recupera a estas como agentes económicos. Por lo tanto, ampliar el concepto de trabajo, no es solo una propuesta teórica, «requiere un cambio de mentalidad, un cambio de la organización del tiempo de la vida, un cambio que es cultural y no sólo económico»¹⁰ pues modifica los presupuestos que organizan los tiempos sociales y el valor que se asigna a cada actividad.

En cuanto al tiempo, la magnitud medible del horario resulta insuficiente. Frente a esta, se plantea una noción del tiempo, política y situada, cuyo significado puede variar de una sociedad a otra, mantiene siempre un elemento de relación y de coordinación entre sujetos pues estructura las diversas actividades, determina los hábitos cotidianos y los estilos de vida. Entendido así, el tiempo presenta una dimensión personal y subjetiva pero también un componente estructural fundamental y guarda una compleja relación con el dinero:¹¹ «el uso del tiempo no es sólo un asunto individual y privado sino también colectivo y público»,¹² remite a distintos momentos vitales y diferentes ámbitos de la vida humana. Por ello, más que de tiempo se debe hablar de tiempos en plural. En nuestro contexto las personas adultas tienen diferentes categorías en las que estructurar sus tiempos: tiempo para las necesidades personales, tiempo para el ocio, tiempo para la participación social, tiempo para el trabajo familiar doméstico, tiempo de trabajo mercantil... Cada una de estas categorías presenta características propias, distintos grados de flexibilidad y necesidad o posibilidad de ser sustituido; además unos son más visibles y valorados socialmente que otros, no siendo tanto

⁸ D. Comas, *Trabajo, género, cultura: la construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Icaria, Barcelona, 1995, p. 110.

⁹ M. Lagarreta, «Sobre el trabajo y los trabajos (o las polisemias del trabajo): Reflexiones desde una perspectiva feminista», en D. Ávila, M. Lagarreta y A., Pérez Orozco (eds.), *Trasformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, reproducción, deseo, consumo*, Tierradenadie, Madrid, 2006, pp. 220.

¹⁰ D. Comas, *op. cit.*, 1995, p. 141.

¹¹ *Ibidem*, p. 114.

¹² M. Á. Durán, *El valor del tiempo ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Espasa Calpe, Barcelona, 2007, p. 281.

la actividad en sí lo que cuenta a la hora de la visibilidad o valoración sino las relaciones sociales en las que se enmarca. Por ello, a pesar de que, en principio, el tiempo es muy democrático –para todas las personas un día tiene 24 horas– representa uno de los mayores factores de desigualdad de género. Las encuestas de uso de tiempo muestran cómo el peso de cada uno de estos tiempos es diferente para mujeres y hombres. La acumulación de roles y las mayores expectativas sobre obligaciones socialmente convenidas hace que las mujeres perciban los recursos y los problemas ligados al tiempo con mayor intensidad.¹³ Su tiempo se encuentra secuestrado por la falta de corresponsabilidad de los hombres en el trabajo doméstico y familiar y la falta de servicios públicos adecuados. De hecho, haciendo el paralelismo con el concepto de huella ecológica, se ha desarrollado el de “huella civilizatoria” o “huella de cuidados” que haría referencia a «la relación entre el tiempo, el afecto y la energía amorosa que las personas reciben para atender a sus necesidades y las que aportan para garantizar la continuidad de otras vidas humanas». ¹⁴ En la sociedad capitalista-patriarcal, por lo general, los hombres contraen una deuda de cuidados con las mujeres. Esta cuestión es especialmente llamativa en los países del sur de Europa, donde la debilidad del Estado del Bienestar se apoya en una fuerte tradición familiarista y en la feminización del trabajo doméstico y de cuidados como pauta cultural socialmente tolerada.

Se propone ir más allá de las “viejas políticas conciliadoras” y se exigen medidas para el tiempo en el ciclo de la vida, en el trabajo y en la ciudad

Algunas críticas a la organización social de los tiempos

Por lo tanto, existe toda una serie de trabajos y tiempos más allá de los espacios mercantilizados que, además, son fundamentales para el bienestar cotidiano. Sin embargo, la organización social de la vida cotidiana de las personas, empresas y ciudades, sigue estando hoy gobernada hegemónicamente por el tiempo de trabajo remunerado.¹⁵ Los horarios laborales, guiados por el objetivo de maximización del beneficio y que –con la extensión del empleo en el sector servicios, del denominado trabajo cognitivo y de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC)– se expanden y escapan a las antiguas delimitaciones claras de las sirenas de la fábrica, determinan cómo gran parte de las personas –tengan o no tengan empleo–, han de estructurar su día. Y, en general, han de hacerlo con ritmos rápi-

¹³ *Ibidem*, p. 280.

¹⁴ M. Pascual, «Las mujeres, protagonistas de la sostenibilidad», en VVAA, *Claves del Ecologismo Social*, Libros en Acción, Madrid, 2009, p. 179.

¹⁵ T. Torns, «Conciliación de la vida laboral y familiar o corresponsabilidad: ¿el mismo discurso?» *Revista Interdisciplinar de Estudios de Género*, 01/11, diciembre, 2011.

dos y acelerados poco compatibles con la satisfacción de las necesidades afectivas y de cuidados. Paralelamente, se extiende –según muestra *Survey*– una constante sensación de insatisfacción por el uso del propio tiempo. Estamos «sumergidos en unas sociedades en las que la prisa –por producir, por consumir, por ir de un lado a otro– nos va llevando a la destrucción de nuestro hábitat natural, a graves problemas ecológicos [...] y a auténticas “enfermedades sociales” de estrés y desazón, causadas por un ritmo de vida que no nos hace felices».¹⁶

Las críticas a este dominio del tiempo sujeto a la lógica de la acumulación del capital no son nuevas: las reivindicaciones de reducción de la jornada laboral cuentan con una larga tradición en el movimiento obrero y en los años setenta se expandían entre el movimiento autónomo el *rifiuto del lavoro*. Sin embargo, un hito clave para estas críticas es la propuesta de ley del tiempo –*las mujeres cambian los tiempos*– planteada a finales de la década de los años ochenta en Italia. Esta propuesta surge de un malestar compartido entre las mujeres alrededor de la variable tiempo y de la convicción de que este malestar tiene un origen social: el hecho de que las ciudades, los lugares de trabajo, el Estado social fueran pensados y contruidos alrededor de un modelo de ciudadano varón y en torno a las experiencias temporales masculinas.¹⁷ Ante esto se plantea ir más allá de lo que ya denominan «viejas políticas “conciliadoras”» y para ello exigen medidas en tres ámbitos: el tiempo en el ciclo de la vida, el tiempo en el trabajo y el tiempo en la ciudad.

- 1) Sobre el ciclo de la vida presentan acciones dirigidas a romper con un modelo masculino rígido, lineal y productivista de vivir la vida: formación-trabajo-jubilación. La propuesta de ley propone combinar a lo largo de toda la vida el empleo con ciclos de estudios y formación, excedencias por motivos estrictamente personales o familiares que no impliquen reducciones importantes de renta o un perjuicio a la carrera... y que el Estado garantice una atención adecuada a las personas dependientes.
- 2) Sobre tiempo de trabajo plantean superar la tradicional distribución en «8 horas de trabajo, 8 horas de descanso y 8 horas de tiempo libre», que ignora la necesidad de dedicar parte de la jornada al trabajo doméstico y de cuidados. Para ello reclaman una reducción y reparto del tiempo del empleo para redistribuir a su vez de forma equitativa los tiempos del cuidado familiar y personal, de participación y ocio entendidos simultáneamente como obligación y derecho.
- 3) Sobre el tiempo en las ciudades proponen que los tiempos urbanos –horarios escolares, comerciales, bancarios, de las oficinas públicas de los medios de transporte– son poco

¹⁶ M. Novo, *Despacio, despacio. 20 razones para ir más lento por la vida*, Obelisco, Barcelona, 2010, p. 7.

¹⁷ VVAA, «La ley del tiempo: Un nuevo pacto social entre hombres y mujeres», *Revista 8 de Marzo* núm. 10, 1995, p. 3.

compatibles con los horarios de los empleos remunerados y esto hace que en los hogares deba haber personas, normalmente una mujer, que renuncia a parte de su tiempo. Frente a esto se plantea que los municipios, con la participación de agentes sociales y económicos, promuevan planes reguladores para coordinar los horarios de los servicios públicos o privados que ofrece la ciudad, con los horarios laborales de quienes utilizan estos servicios.

Lo que esta propuesta de ley del tiempo reclama es poder vivir a lo largo de toda la vida una pluralidad de tiempos y reconocer plenos derechos, recursos y poderes a las distintas etapas vitales. En definitiva, plantea, a nivel teórico, la necesidad de un cambio cultural y social que, partiendo de la resignificación y redistribución de los tiempos y los roles de género, culmine en nuevos modelos organizativos que reconozcan como tiempo social central el tiempo de cuidados –tanto dados como recibidos. A nivel práctico propone actuar transversalmente en los diferentes ámbitos –político, social, doméstico, personal– con una serie de medidas dirigidas al conjunto de la sociedad y a reformar un Estado social basado en derechos derivados del estatus profesional o familiar.¹⁸

Son necesarias medidas que planteen la necesidad de un cambio cultural y social que culmine en nuevos modelos organizativos

Esta ley finalmente no fue aprobada por el Parlamento italiano, pero algunas de las medidas planteadas, posteriormente sí fueron reguladas legislativamente en este país. Además, ha servido de inspiración para una serie de normas y políticas desarrolladas en Europa en los últimos 20 años. La cuestión que surge entonces es la operatividad y alcance real de estas medidas.

Algunas medidas parciales sobre los tiempos

En los últimos años, algunos de los planteamientos presentes en el último apartado de la propuesta *las mujeres cambian los tiempos* se han concretado en las denominadas políticas urbanas de tiempo o planes de tiempos y horarios en la ciudad que hoy día desarrollan diversas ciudades europeas. Estas políticas persiguen ajustar mejor los horarios de los servicios públicos a los ritmos vitales de los habitantes de la ciudad. Por lo tanto, su eje vertebrador no es tanto el tiempo en sí mismo como el propio territorio urbano como espacio material donde actuar para planificar, regular y ordenar los múltiples usos sociales del tiempo.

¹⁸ *Ibidem*, p. 3.

Además, con frecuencia estas políticas parten de los planteamiento de «especialistas y políticos que tratan de afrontar la crisis del empleo industrial, reorganizando el tiempo de trabajo, desregulando la jornada laboral y convirtiendo la flexibilidad en palabra clave». ¹⁹ Por ello, generalmente no piensan en el vínculo que la dimensión temporal tiene con el trabajo no remunerado y por lo tanto, resultan insuficientes de cara a una redefinición del bienestar en relación con la redistribución y socialización de las responsabilidades de cuidado.

Por otro lado, en la última década, se han extendido las políticas de conciliación, vinculadas al tiempo en el horario de trabajo remunerado y por lo tanto conectadas con el segundo apartado de la propuesta de ley italiana. En Europa estas políticas vienen siendo impulsadas desde que las Estrategias Europeas de Empleo derivadas del Tratado de Lisboa plantearon como un objetivo fundamental el empleo femenino. Estas políticas, frente a las fórmulas habituales en Holanda y en los países escandinavos de empleo a tiempo parcial, proponen dos tipos de medidas: por una parte, permisos laborales para el cuidado de criaturas y personas dependientes y por otra, servicios de atención a la vida diaria (SAD). Puesto que la competencia en materia de políticas familiares es exclusiva de los países miembros, las acciones de la Unión Europea se enmarcan en la mejora de la calidad de vida de la población trabajadora. Por lo tanto, la concreción de las políticas de conciliación «se ha circunscrito a la idiosincrasia y tradición política y social de cada Estado miembro». ²⁰

En la práctica, estas políticas se han orientado, mayoritariamente, hacia el aumento o regulación de los permisos laborales dejando en un segundo plano la promoción de los SAD. Fundamentalmente, se plantean como medidas para afrontar periodos que tienen un carácter excepcional en la vida laboral, ²¹ como si el tener o adoptar una criatura o cuidar a una persona dependiente estuviera fuera de la normalidad. Por lo tanto, «no han podido, querido o sabido cuestionar la centralidad hegemónica que el tiempo de trabajo remunerado tiene en la organización social de la vida cotidiana de las personas, de las empresas y de las ciudades». ²² Con ello siguen priorizando las necesidades de competitividad de las empresas, por encima de las necesidades cotidianas de la población. Además, en su aplicación se sobreentiende un mayor protagonismo femenino y por ello contribuyen poco a la redistribución del cuidado entre mujeres y hombres. Por todo esto, y porque además no parecen haber logrado su objetivo, vienen siendo objeto de críticas.

Por otro lado, en los últimos años se vienen desarrollando una serie de políticas que entroncan con la idea del tiempo a lo largo del ciclo de la vida, como los programas *Lifelong*

¹⁹ T. Toms, *op. cit.*, p. 9.

²⁰ R. Asian, P. Bartolomé, S. Vega y V. Rodríguez, «Efectos de la conciliación de la vida laboral, familiar y personal sobre el mercado de trabajo», Asociación Andaluza de Sociología, Sevilla, 2008, p. 4.

²¹ T. Toms, *op. cit.*, p. 7.

²² *Ibidem*, pp. 6-7.

Learning de la Comisión Europea o de las políticas de envejecimiento activo. Sin embargo, estas actuaciones –que no se autodefinen como políticas de tiempo– siguen sin proponer una ruptura en la organización vigente de los tiempos sociales. En gran medida se origina la preocupación por cómo las transformaciones económicas y sociodemográficas de las últimas décadas repercuten en la estructura sociolaboral de la población europea dibujando un ciclo laboral cada vez más corto y una mano de obra no siempre adaptada a las necesidades del mercado. Aunque también es cierto que las políticas de envejecimiento activo hablan cada vez más de vivir plenamente todas las etapas de la vida y de avanzar hacia una «sociedad para todas las edades».

Las políticas de conciliación siguen priorizando las necesidades de competitividad de las empresas por encima de las necesidades cotidianas de la población

Este fugaz repaso a las medidas y políticas relacionadas con los tiempos actualmente existentes deja entrever que actualmente el tiempo se ha convertido en una herramienta clave para hacer visibles los límites de las políticas sociales del actual Estado de bienestar.²³ Por una parte, se observa que la perspectiva de género no siempre está presente; por otra que, aunque sobre el papel comparten el objetivo de promover el bienestar de la ciudadanía, en la práctica persiste, mayoritariamente, una concepción de bienestar en clave economicista. Por lo tanto, a pesar de que pueden tener algunos efectos positivos sobre la vida de las personas, estas medidas se alejan del objetivo primigenio de las políticas de tiempo y no proponen un «escenario de acción pública donde es posible tejer nuevos vínculos de ciudadanía desde la proximidad y la accesibilidad, donde las necesidades derivadas del bienestar cotidiano de las personas constituyen el centro de unas actuaciones no solamente regidas por la lógica mercantil o del consumo».²⁴

Espacios económicos alternativos y tiempos

A pesar de que en los últimos meses los discursos dominantes parezcan indicar lo contrario, las reflexiones sobre los límites del crecimiento, y las críticas al concepto de “desarrollo sos-

²³ T. Torns, V. Borrás, S. Moreno y C. Recio, «Las políticas del tiempo, un debate abierto», Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2006, p. 83, disponible en <http://www.metropolis-server.com/arxius/1410presentacionsdones/1-Las-politicas-del-tiempo-Barcelona-ES.pdf>. Acceso 9 de junio de 2012.

²⁴ *Ibidem*, p. 83.

tenible” han retornado y tomado fuerza. Las obras en castellano de autores como José Manuel Naredo, Antonio Estevan, Ramón Fernández Durán, Jorge Riechmann, Joan Martínez Alier y Javier Martínez Gil han contribuido a ello, planteando que las profundas y aceleradas transformaciones que viven nuestras sociedades pueden conducir a un colapso socio-ecológico de dimensiones mundiales y que «la pretensión de que se va a avanzar hacia un mundo social y ecológicamente más equilibrado y estable sin cuestionar las actuales tendencias financieras de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general es algo tan ingenuo y desinformado que raya la estupidez».²⁵

La pregunta que se plantea entonces es cómo cuestionar tendencias, agregados y formas mercantilizadas de vida. Para responderla, resulta estimulante la perspectiva de la geografía económica crítica y en concreto las aportaciones de Gibson-Graham. Gibson-Graham partiendo de la teoría cultural e inspirándose en una política feminista, plantea que dichas alternativas ya existen: que actualmente la práctica económica está conformada por una rica diversidad de actividades capitalistas –dominadas por las particularidades del capitalismo: relaciones de clase y objetivo de la acumulación– que conviven con economías no-capitalistas basadas en la solidaridad, la sostenibilidad ecológica y la justicia social.²⁶ Por ello, propone entender la hegemonía capitalista, más que como una estructura social, como un discurso dominante en el sentido de Laclau y Mouffee y plantea la necesidad de extender un nuevo lenguaje de la diversidad económica que amplíe el imaginario de posibilidades y permita avanzar hacia lo que Judith Butler denomina “desidentificación colectiva” con el capitalismo.²⁷

En esta línea y en interconexión con los debates más amplios sobre finanzas éticas, sobre la crisis ecológica y sobre la valoración del trabajo, tal como se señalaba en la introducción a este artículo, se observa una nueva oleada de innovación en las formas de intercambio no monetario que tiene su origen en la última década del siglo XX y primeros años del XXI.²⁸ Bancos de tiempo (BdT), redes de trueque o monedas sociales son ejemplos de este tipo de procesos que pueden englobarse bajo lo que se viene llamando *espacios económicos alternativos* (EEA).²⁹ Estos implican prácticas de la vida económica diferentes o incluso opuestas a las lógicas y relaciones sociales hegemónicas: no sólo crean espacios y dedican tiempos a la producción, distribución y consumo de bienes y servicios fuera del mercado (del empleo formal) y del ámbito doméstico (del trabajo familiar doméstico) sino que su

²⁵ J. M. Naredo, *Las raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Siglo XXI, Madrid, 2006, p. 106.

²⁶ A. Leyshon, R. Lee y C. Williams (eds.), *Alternative Economic Spaces*, Sage Publications, Londres, 2003, p. 8.

²⁷ J. K. Gibson-Graham, *Postcapitalist Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2006, p. 54.

²⁸ P. North, *Money and Liberation: The Micropolitics of Alternative Currency Movements*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2007, p. 41.

²⁹ A. Leyshon, R. Lee y C. Williams (ed.), *op. cit.*, 2003.

objetivo fundamental es la (re)construcción de los vínculos de ciudadanía desde la proximidad y la accesibilidad como forma de avanzar hacia una equidad y bienestar social. De hecho, al analizar las motivaciones de las personas implicadas en este tipo de prácticas se observa que tienen más que ver con aspectos filosófico-ideológicos y de sociabilidad que con el ahorro monetario.³⁰

En particular, la experiencia de los BdT resulta de gran interés como fórmula para difundir ese lenguaje de la diversidad económica y mejorar la gestión de los tiempos cotidianos a nivel microsocioal. Los BdT igualan el valor de todos los trabajos –a diferencia de las monedas sociales en los BdT todas las actividades se valoran según el tiempo de dedicación que requiera– y potencian los intercambios multilaterales y la reciprocidad indirecta –frente a las redes de trueque que funcionan sobre la reciprocidad directa– y al hacerlo rompen frontalmente con las lógicas económicas dominantes. Además, su apuesta por la producción y consumo de proximidad y por la reparación y reutilización de objetos implica un compromiso con formas de vida más ajustadas a los límites físicos del planeta.

Los BdT llegan a Europa a través de Gran Bretaña, en los duros años ochenta, con un carácter dual: algunos tenían un carácter defensivo: mantener la subsistencia y el consumo en una época de retroceso del Estado social; otros, alternativo: sostener una economía al margen del mercado capitalista. Actualmente, en el contexto británico, se sitúan especialmente en zonas “desfavorecidas” aunque su objetivo no es tanto la provisión de servicios como reconstruir la autoestima personal y redes sociales en los barrios. De Gran Bretaña darían el salto a Italia, a principios de los años noventa, donde se extendieron de la mano del movimiento de mujeres y de los debates y políticas en torno al tiempo. En este país proliferan de manera más rápida en las regiones del centro-norte, con un mayor nivel de renta pero sobre todo con una fuerte sociedad civil y, especialmente, con un potente Estado del bienestar local, singularmente en Emilia Romagna.

Al Estado español los BdT llegan más tardíamente, a través de Cataluña y de colectivos que siguiendo la experiencia italiana apuestan por ellos como espacio para promover un reparto más equitativo del tiempo entre mujeres y hombres. Sin embargo, su reciente expansión cuantitativa se ha producido en paralelo al desarrollo de la crisis económica. A pesar de lo que los medios de comunicación o los programas de los partidos políticos planteen,³¹ esto no quiere decir que deban entenderse como “salidas a la crisis”. De hecho, hay dos momentos clave para la expansión de los BdT: por una parte, la expansión del movimiento decrecentista y, por otra, el estallido del 15M y la proliferación de asambleas de barrio donde se

³⁰ Así se ha observado en las diferentes entrevistas realizadas durante el desarrollo de mi tesis doctoral de pronta presentación sobre BdT en un contexto europeo comparado.

³¹ Para mi tesis doctoral he analizado noticias sobre la presencia en prensa y en la campaña electoral de las elecciones municipales del 2011 de los BdT.

difunden y se ponen en marcha este tipo de experiencias, más como medio para recrear las redes vecinales que como fórmula de aprovisionamiento defensivo. Ambos movimientos comparten el promover no tanto acciones centradas en los ámbitos tradicionales de conflicto como el espacio y el tiempo laboral, sino la generación de alternativas para los demás ámbitos de la vida: consumo, vivienda, ocio... En este marco, los BdT defienden su capacidad para contribuir al bienestar de sus usuarios y usuarias y a generar empoderamiento y estándares de vida ampliados en una economía entendida fuera de la lógica del mercado. Sin embargo, paralelamente reconocen sus limitaciones y actualmente, en su gran mayoría, no se presentan como alternativas globales a la economía formal.

Conclusiones: hacia una auténtica reorganización social del tiempo para democratizar la vida cotidiana

Las dramáticas cifras de paro y las estrategias de subsistencia de muchas familias en el actual contexto de crisis dejan entrever que el bienestar de los hogares no depende exclusivamente de la situación en el mercado laboral de sus miembros sino de una compleja y diversa red de actividades cotidianas. A pesar de esto, la actual crisis financiera ha hecho que tras una época en la que «las viejas y nuevas críticas al objetivo del crecimiento económico parecían haber ganado audiencia»,³² en sólo unos años, planteamientos asentados en el paradigma del proyecto modernizador –desarrollo, progreso y crecimiento– que ya se creían superados hayan vuelto quizás con más fuerza que nunca. Se espera con ansia un ligero repunte del PIB y frente a las políticas de austeridad se reclaman políticas de crecimiento. En este contexto, marcado por un ataque brutal a las condiciones de vida «que afecta a la seguridad, al empleo, al salario, a los servicios y a las transferencias públicas, así como también al tiempo, a la organización del trabajo y, en general, al cuadro de derechos»,³³ incluso en el pensamiento crítico se percibe este «estrabismo productivista».³⁴ Se sigue viendo la producción y los elementos asociados a la misma –trabajo remunerado, salario, consumo, demanda agregada, inversión, gasto público, mercados de bienes y servicios– como única alternativa frente a los mercados financieros. Estos planteamientos son «incapaces de ver aperturas y puntos de resistencia»³⁵ olvidando que, de hecho, lo que la crisis actual demuestra es la incapacidad de este sistema para generar vidas vivibles.³⁶

³² J. Roca, «Ante la crisis. ¿Viva el crecimiento económico?», *Revista de Economía Crítica*, núm. 7, abril, 2009, p. 134.

³³ A. Picchio, «Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas», *Revista de Economía Crítica*, núm. 7, abril, 2009, p. 29.

³⁴ *Ibidem*, p. 28.

³⁵ *Ibidem*, p. 28.

³⁶ A. Pérez Orozco, *op. cit.*, 2012

Paralelamente, las transformaciones de los modos de trabajo, la creciente insatisfacción con el propio uso de los tiempos, las presiones del movimiento feminista y en general los problemas derivados de un contexto de crisis –entendida en un sentido multidimensional– han facilitado un salto cultural y políticamente significativo: que los tiempos y sus usos entren en el debate político. Los debates sobre las políticas de tiempo suponen pasar del conflicto sobre los horarios laborales al más general sobre los usos de tiempo y sobre lo que se entiende por bienestar y por vida vivible. Sin embargo, gran parte de las medidas que realmente se están implementando como políticas de tiempo –o se estaban implementando antes de que los recortes acabaran con gran parte de ellas– no van al fondo de la cuestión: cómo romper con la centralidad del trabajo remunerado y cómo afrontar y garantizar social y equitativamente el bienestar de todas las personas. En este sentido, una auténtica política de tiempo es la que impulsa una redistribución real de la carga total de trabajo entre mujeres y hombres en el marco de los límites físicos y los procesos dinámicos que mantienen la vida en el planeta. Para ello, es necesario entender que la vida se asienta sobre un sistema de tiempos y ocupaciones múltiples que se combinan entre sí o se suceden alternativamente a lo largo del ciclo vital: empleo asalariado, autoempleo, cuidado de otras personas y autocuidado, formas de autoabastecimiento y ocio productivo o trabajo comunitario.

Apostar por las políticas de tiempos implica exigir una serie de nuevos derechos de ciudadanía

En un contexto en el que aumentan las necesidades de cuidados y las actividades de autoabastecimiento tanto porque se extienden los valores de la austeridad voluntaria como porque, ante la reducción de los recursos monetarios, se ponen en práctica estrategias defensivas, ¿cómo hacer que éstas no generen una mayor carga de trabajo para las mujeres? Es una pregunta necesaria y abierta al debate, una de cuyas posibles respuestas se sitúa en la lógica de lo común y del impulso desde lo microsocioal. En esta línea se trataría de impulsar estrategias concretas, domésticas y comunitarias, de aprovisionamiento que en un marco de reparto equitativo del trabajo escapen de la relación mercantil, redistribuyan y liberen nuestro tiempo potenciando lo afectivo y lo relacional. En el escenario actual, caracterizado por el progresivo aumento de la interdependencia entre las actividades públicas y privadas, una gestión más equilibrada de los tiempos a este nivel podría influir positivamente también en la vida macro social. Por lo tanto, apostar por las políticas de tiempos implica exigir una serie de nuevos derechos de ciudadanía pero también construir estos derechos cotidianamente con nuestras prácticas, dando y reservando tiempo para el cuidado y autocuidado, para los afectos, para la reflexión y la participación. Por ello no hay que obviar que día a día «son

cada vez más las mujeres y, algunos hombres, que en su día a día tratan de poner en práctica otro modo de vivir en el que el bienestar y el cuidado de las personas sean la prioridad y no el inconveniente». ³⁷

Sin embargo, para mejorar la distribución de los tiempos entre mujeres y hombres y, en definitiva para colectivizar la responsabilidad del bienestar cotidiano es necesario ir más allá de las apelaciones a la acción individual. Es fundamental, por una parte, reclamar una serie de actuaciones que pueden calificarse incluso de corte posibilista y, por otra, proponer un replanteamiento radical de los sectores fundamentales de intervención pública, de actividad privada y de acción social que partan de la valoración y reconocimiento social de la peculiaridad de las experiencias temporales de las mujeres, de los niños y de las niñas y de las personas dependientes. Algunas de estas actuaciones pasarían por:

- a) Profundizar las políticas de permisos, reclamando que éstos no tengan como protagonistas a las mujeres: un ejemplo, permisos Iguales e Intransferibles por Nacimiento y Adopción (PPIINA) entre padres y madres.
- b) Aumentar y mejorar los servicios públicos de atención a la vida diaria y fomentar las acciones comunitarias de este tipo.
- c) Reducir de manera sincrónica y cotidiana la jornada laboral de todas las personas para que cada día sea posible atender a las diversas necesidades, incluidas las de cuidado y autocuidado, a lo largo del ciclo de vida. Que los horarios extraordinarios sean extraordinarios de verdad y que al planificarlos se tengan en cuenta las necesidades personales y no las de la empresa.
- d) Apostar por la creación de BdT y otras redes de intercambio en las que no intervenga el dinero de curso legal y que pongan en valor saberes y habilidades fundamentales en la vida cotidiana pero que no son valorados en el mercado.
- e) Reivindicar políticas de tiempo propiamente dichas, cuyo núcleo central gire realmente sobre los tres ejes que conformaron el proyecto italiano, que tengan la vida cotidiana y el trabajo entendido como carga total de trabajo como escenario de actuación y que «se orienten hacia un horizonte, ciertamente utópico, donde el tiempo de vida y la sostenibilidad son el objetivo a alcanzar a largo plazo, mientras que el bienestar cotidiano se convierte en la finalidad más inmediata». ³⁸

«No es posible cambiar la vida sin cambiar de vida». ³⁹ Si en las calles y en los entornos digitales hoy día se pide «democracia real, ya», será necesario seguir recordando que esta

³⁷ T. Torn, *op. cit.*, 2011, p. 11.

³⁸ *Ibidem*, p. 9.

³⁹ Véase *Manifiesto sobre el papel de la Ciencia y el arte ante el cambio global*, I Foro Internacional Saberes para el Cambio, Universidad Internacional de Andalucía, 2009.
Firmado por J. R. Antúnez, N. Barrera, M. Delgado, S. Eraso, S. Herrero, E. Martínez, M. Mayer, C. Montes, M. Novo, J. Riechmann, J. M. Suárez y F. Mayor.

no será posible si no se democratiza la vida cotidiana. La problemática actual es política, económica, social y también ecológica ¿Cómo reaccionar frente a ella? Quizás tal y como ha planteado la teoría feminista, haya quedado ya atrás el reto de definir los sujetos políticos –incluso desde la diferencia y la heterogeneidad– y hoy día se sitúe en construir un “espacio común”⁴⁰ en el que encontramos y reconocernos. Esto supone «ser capaces de nombrar situaciones comunes que nos afectan a muchas y muchos de manera diversa. Eso solo puede realizarse a partir de la escucha y la experiencia con lo diferente».⁴¹ Quizás las políticas y actuaciones en torno al tiempo pueden configurarse como esos espacios en común.

⁴⁰ S. L. Gil, *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectorias y rupturas en el Estado español*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2011.

⁴¹ M. Arias, «El camino del feminismo» entrevista a S. L. Gil, 2011, disponible en <http://www.traficantes.net/index.php/editorial/El-camino-del-feminismo-entrevista-a-Silvia-L.-Gil-autora-de-Nuevos-feminismos-sentidos-comunes-en-la-dispersion> [acceso el 10 de junio de 2012].



Cinco años para actuar

Crisis energética:
cuando lo importante
es también lo urgente

<http://tiempodeactuar.es/>

Un blog de FUHEM Ecosocial



Recursos didácticos para sensibilizar en torno a la crisis energética en su doble vertiente: el calentamiento climático y el "pico del petróleo".

- Información en torno a tres ejes:

- movilidad
- alimentación
- infraestructuras

- **Actúa:** un espacio para promover y compartir acciones que puedan cambiar las cosas.

- **Experiencias:** prácticas educativas que demuestran un cambio posible al alcance de la mano.

- **Recursos:** para saber más y compartir inquietudes con las personas que te rodean.

Proyecto financiado por la Fundación Biodiversidad.



Fundación Biodiversidad

TERESA TORNS, VICENT BORRÁS, SARA MORENO Y
CAROLINA RECIO

El trabajo de cuidados: un camino para repensar el bienestar

La visión hegemónica ha impregnado los análisis acerca de la organización de la sociedad, sus necesidades y el bienestar de sus poblaciones de un falso imaginario en el que los mercados son los núcleos entorno a los cuales se articula todo lo demás. La crisis actual y de carácter global que sufrimos no deja impasible los distintos enfoques que, en muy distinta escala, consideran la dimensión de los cuidados en sus estudios. El desmantelamiento del Estado de bienestar en Europa ha contribuido a visibilizar y cuestionar aspectos centrales de nuestra sociedad, evidenciando una crisis de cuidados que hasta ahora se ocultaba bajo la esfera de lo privado y que sigue incapacitada para interpretarse en clave colectiva.

La creciente preocupación por lo que llamamos en castellano “cuidados” en una controvertida traducción del término *care* es ya un hecho constatable tanto entre quienes estudian el bienestar cotidiano como entre los especialistas en el Estado de bienestar. En el primer caso, destacan por su interés: los estudios elaborados desde los feminismos;¹ los análisis que han contribuido a mostrar los límites del Estado del bienestar, y los que han hecho evidente el aporte socioeconómico e histórico del trabajo de las mujeres al bienestar en la vida cotidiana. Entre el resto de especialistas, por lo general poco o nada sensibles a las desigualdades de género, la preocupación por los cuidados aparece ligada al estudio de las necesidades sociales derivadas de las dificultades que padece el modelo social europeo. Unas dificultades que ya estaban presentes en los orígenes de ese modelo, según cuentan los análisis feministas mencionados,² y que la crisis actual no ha hecho sino agravar.

Teresa Torns, Vicent Borrás, Sara Moreno y Carolina Recio participan en el Grupo de investigación del departamento de Sociología de la Universitat de Barcelona

¹ Véase como resumen de las aportaciones realizadas sobre el tema en estas últimas décadas: C. Carrasco, C. Borderías, T. Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Los Libros de la Catarata/FUHEM, Madrid, 2011.

² Véase como ejemplo de una de las aportaciones más consistentes al respecto: J. Lewis, *Gender, social care and welfare state restructuring in Europe*, Aldershot, Londres, 1998 o las reflexiones de A. Orloff Shoa, «Gendering the Comparative Analysis of Welfare States: An Unfinished Agenda», *Sociological Theory*, núm. 2, vol. 27, 2009, pp. 317-343.

Así, según refieren esas especialistas, el modelo de bienestar, creado en Europa tras la segunda gran guerra, fue pensado para dar cobertura a las necesidades de protección social de los sujetos activos en el mercado laboral. Pero tal cobertura no tuvo en cuenta la variabilidad las necesidades de cuidados y bienestar de las personas en su vida cotidiana, a lo largo del ciclo de vida. Y si bien se aceptó que tales necesidades de cuidado cotidianas eran perentorias al comienzo de la vida no se previó que el alargamiento de ese ciclo de vida iba a cuestionar la bondad del modelo. Un cuestionamiento que subsiste, en la actualidad, más allá de la laminación a la que ha sido sometido por las políticas neoliberales. Ya que, como puede constatarse en la Europa de nuestros días, esas necesidades de cuidados y bienestar cotidianas aumentan indeciblemente, dado el envejecimiento de la población. Fenómeno que debe considerarse como un logro de las sociedades del bienestar pero que pone de manifiesto: las limitaciones del mencionado modelo; la propia definición y el alcance de conceptos como bienestar, autonomía o dependencia, y la necesidad de mostrar la importancia de los cuidados a la hora de repensar el bienestar, allá donde todavía puede darse.³

De hecho, la urgencia por rehacer y encontrar nuevas respuestas al reto de repensar el bienestar obliga a revisar las bases de un modelo social europeo que siempre tuvo como prioridad asegurar la producción de bienes y servicios. Y, que debido a ello, no se preocupó o dio por supuesto que cualquier persona adulta podía afrontar ese bienestar cotidiano por sí misma. Una suposición que enmascaró el hecho de que la gran mayoría de la población obtuviese y procurara ese bienestar cotidiano a través de intercambios más o menos equitativos de trabajo de cuidados, dinero, tiempo, amor, especies, etc. De un modo tal, que no parece aventurado afirmar que el modelo social europeo siempre ha dado por supuesto que los cuidados y el bienestar cotidiano existen, pero no tienen por qué ser valorados o reconocidos.

La razón principal de esa falta de apreciación es que esos cuidados y ese bienestar cotidiano suelen ser contemplados como una cuestión privada o familiar. La segunda razón es que las tareas necesarias para procurar ese bienestar cotidiano son casi siempre solventadas por mujeres de la familia. O bien son llevadas a cabo por mujeres en situación de extrema subordinación, como sucede en los países mediterráneos con las mujeres inmigradas, según han analizado especialistas italianas⁴ u otros estudios recientes sobre el caso español.⁵ Siendo esa realidad de subordinación la que acerca tales tareas de cuidado a un ima-

³ Véase como uno de los primeros toques de alerta sobre la importancia de repensar el cuidado de sí mismo a la hora de replantear las políticas de bienestar: J. Gardiner, «Rethinking self-sufficiency: employment, families and welfare», *Cambridge Journal of Economics*, núm. 24, 2000, pp. 671-689.

⁴ F. Bettio, A. Simonazzi y P. Villa, «Change in Care Regimes and Female Migration: The Care Drain in the Mediterranean», *Journal of European Social Policy*, núm. 16, vol. 3, 2006, pp. 271-285 [traducción en castellano en C. Carrasco, C. Borderías, T. Torns (eds.), *op. cit.*, 2011].

⁵ R. Martínez, «La reorganización de los cuidados familiares en un contexto de migración internacional», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, núm. 29, Vol. 1, 2011, pp. 93-123; M. Á. Durán, *El trabajo no remunerado en la economía global*, Fundación BBVA, Madrid, 2012; S. Parella y M. Ferber, «Trabajadoras de origen migrante y empleo en el sector de los cui-

ginario social de servidumbre, que las convierte en extremadamente rechazables.⁶ Por último, la tercera razón de esa falta de aprecio es que la conceptualización del modelo social europeo, las políticas de bienestar, y los propios conceptos de autonomía y dependencia personal están contemplados desde una particular visión económica. En concreto, de aquella que está interesada en ignorar otros costes y dimensiones ecológicos, sociales, temporales, culturales, etc., y para la que solo cuenta la producción de bienes y servicios regulada por y para el mercado. Visión en la que, por ello, aparecen únicamente como sujetos de pleno derecho los sujetos activos o aquellos con plena disponibilidad laboral (masculinos o con proyecto de vida masculino). Sujetos que, a cambio de esa disponibilidad, obtienen protección social para sí mismos y para su familia, según prevén las bases fundadoras del modelo social en cuestión.

El modelo social europeo siempre ha dado por supuesto que los cuidados y el bienestar cotidiano existen, pero no tienen por qué ser valorados o reconocidos

Las mujeres europeas, salvo las escandinavas, que fueron las primeras en avisar de las limitaciones,⁷ supimos que no podíamos ser sujetos de pleno derecho en ese modelo, pues aparecíamos como dependientes del cabeza de familia con el que conviviéramos. Las especialistas⁸ identificaron esa realidad como el contrato social de carácter sexuado que se da en las sociedades del bienestar entre hombres y mujeres. Contrato que refuerza la división sexual del trabajo presente en el modelo familiar hombre ganador del pan-mujer ama de casa.⁹ Una división que aprendimos a visualizar a través de las desigualdades entre hombres y mujeres que se dan en el mercado de trabajo. Puesto que ese era el lugar donde los derechos y deberes de ciudadanía se originaban y desarrollaban. Y aunque de inmediato supimos que esa no era la única expresión de tales desigualdades entre géneros hubo que esperar a que los cuidados y el bienestar cotidiano aparecieran, de la mano del malestar que el propio bienestar producía entre las mujeres adultas más privilegiadas. O a que lle-

dados: una aproximación al caso de Catalunya» en *Anuario 2012 de Fundación 1º de mayo*, Sección 7, Políticas de Igualdad, Madrid, 2012, pp. 491-511.

⁶ G. Fraisse, «Servidumbre, empleos de servicio y democracia» en M. Maruani, C. Rogerat y T. Tornés (eds.), *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado de trabajo*, Icaria, Barcelona, 2000.

⁷ H. Hemes, «Las mujeres y el Estado del Bienestar: la transición de la dependencia pública a la dependencia privada» en A. Showstack Sassoon (ed.), *Las mujeres y el Estado*, Vindicación Feminista, Madrid, 1996 y A. Borchorst y B. Siim, «Las mujeres y el Estado del Bienestar avanzado. ¿Una nueva forma de poder patriarcal?», en A. Showstack Sassoon (ed.), *op. cit.*

⁸ C. Pateman, *El contrato sexual*, Anthropos, Barcelona, 1995.

⁹ De nuevo encontramos otra traducción poco consensuada como en el caso del *care*. En este caso, se trata del lema *male breadwinner-female housewife*, también denominada como *housekeeper* o *caregiver*. Variedad que muestra cómo, también, en inglés resulta complicado nombrar al sujeto femenino de ese lema, dudas que aparecen cuando se nombra al sujeto masculino.

garan las estadísticas de usos del tiempo para hacer evidente la desigual distribución de la carga total de trabajo entre hombres y mujeres. Factores que se pudieron añadir a los renovados estudios sobre la vida cotidiana.¹⁰ Nueva visión que ponía de manifiesto su estructura sexuada, la consideraba un escenario privilegiado del mencionado malestar y recordaba que era especialmente problemática, si se vivía en femenino. Un enfoque que, por otra parte, corroboraba los argumentos de Agnes Heller¹¹ al reclamar la vida cotidiana como el espacio, siempre olvidado, de la reproducción.

La irrupción de ese renovado escenario fue sumamente esclarecedora pues, antes de ello, la familia solía ser el único territorio posible donde cobijar los cuidados y el bienestar cotidiano. Atribución normalizadora llevada a cabo aun a sabiendas de que el ámbito familiar suele quedar lejos de la armonía que le atribuyen algunos especialistas. En cualquier caso y sea cual sea el enfoque elegido, conviene no olvidar que la necesidad de replantear el bienestar cotidiano y la importancia de los cuidados remiten a una realidad solo cercana a las sociedades europeas. En particular, en aquellas donde el modelo social europeo ha tenido lugar, a pesar de las variedades existentes. Y, gracias a ello, el bienestar material alcanza, por el momento y al parecer con un futuro poco venturoso, a la mayoría de la población. Una aproximación que suele ser contemplada con ironía y relativa sorpresa por quienes nos recuerdan el sesgo etnocéntrico de tales planteamientos.

El trabajo de cuidados y las necesidades sociales

Sea como fuere, parece oportuno repensar el bienestar cotidiano, tratando de analizar y hacer propuestas en torno a los cuidados. Un buen comienzo es precisar qué se entiende por cuidados, dada la polisemia del término y lo muy deudor que es de la literatura anglosajona. A pesar de lo dicho, conviene considerar la propuesta de deconstrucción del término *care* realizada por Carol Thomas,¹² así como la llevada a cabo por Marie Thérèse Letablier.¹³ Y recordar a Laura Balbo,¹⁴ que fue una de las pioneras en fijar argumentos y líneas de actuación en torno a los cuidados y el bienestar cotidianos.

Los puntos comunes de tales argumentos establecen que los cuidados constituyen un trabajo con el que afrontar y dar respuesta a las necesidades de cuidados y bienestar coti-

¹⁰ C. Saraceno, «Uomini e donne nella vita quotidiana. Ovvero, per una analisi delle strutture di sesso della vita quotidiana» en F. Bimbi y F. Capecchi (1986), *Strutture e Strategie della vita quotidiana*, Franco Angeli, Milán, 1986.

¹¹ Véase A. Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1977.

¹² Véase C. Thomas, «De-Constructing Concepts of Care» *Sociology*, núm. 27, Vol. 4, 1993, pp. 649-669 [traducción en castellano en C. Carrasco; C. Borderías; T. Torns (eds.), *op. cit.*, 2011].

¹³ Véase M. T. Letablier, «El trabajo de "cuidados" y su conceptualización en Europa» en C. Prieto (dir.), *Trabajo, género y tiempo social*, Hacer-UCM, Madrid, 2007.

¹⁴ Véase L. Balbo, *Time to Care. Politiche del tempo e diritti quotidiani*, Franco Angeli, Milán, 1987.

diano de las personas, que el sistema socioeconómico capitalista o bien no afronta o bien no resuelve de manera satisfactoria. Cuando esas tareas forman parte de las políticas del Estado del bienestar se convierten en servicios públicos (principalmente en el sector de la educación, la sanidad, los servicios sociales y personales y de la propia Administración Pública). Esas mismas tareas son las que, de igual modo, configuran el contenido del empleo femenino, hoy en día mayoritario en toda la UE, cuando esos servicios están regulados por el mercado. Esos mismo argumentos coinciden al afirmar que el volumen del trabajo de cuidados cobra toda su magnitud e importancia cuando esas tareas forman parte del trabajo no pagado que las mujeres llevan a cabo cotidianamente, para cuidar de las personas de la familia, convivan o no con ellas. O cuando conforman la realidad de un trabajo no pagado que, cada vez y en mayor medida, se desempeña de manera voluntaria en asociaciones o actividades comunitarias. Tareas que, en todos los casos citados, resultan imprescindibles para que las necesidades sociales relacionadas con los cuidados y el bienestar cotidiano actuales queden cubiertas. Una aseveración que puede sustentarse aun siendo conscientes de: la variedad de regímenes de bienestar existentes en la UE; las limitaciones derivadas de la actual laminación del Estado del bienestar,¹⁵ e, incluso, la inexistencia del mismo, como sucede en el caso de los EEUU.¹⁶

Los mencionados argumentos continúan coincidiendo al confirmar que las mujeres son, de manera mayoritaria, quienes llevan a cabo ese trabajo de cuidados no pagado. Convirtiéndose, por ello, en las principales procuradoras del bienestar cotidiano que demanda un volumen creciente de población. Una situación que debe ser especialmente destacada pues, en la actualidad, ese trabajo de cuidados resulta imprescindible dadas las necesidades que se derivan del envejecimiento de la población en las sociedades del bienestar. Pudiendo afirmarse que, en la mayor parte de los países europeos, el trabajo de cuidados forma parte primordial del reto que el bienestar cotidiano y los cuidados tienen planteados. Y que son los servicios de cuidados de larga duración, así como las dificultades que los envuelven, la máxima expresión de la magnitud de ese reto. Un reto y unas dificultades que deben afrontarse siendo conscientes de que el trabajo de cuidados cotidiano es absolutamente necesario, a pesar del olvido o ignorancia que ese trabajo no pagado presenta en el modelo social europeo. Y reconociendo, además, que ese trabajo entra de lleno en la encrucijada de conflictos de clase, género, etnia y generación que las sociedades del bienestar deben confrontar.¹⁷ Unas sociedades en las que, por otra parte, con o sin crisis, prevalecen unos imaginarios sociales donde la hegemonía masculina de la cultura del trabajo y el contrato social entre hombres y mujeres son los referentes comúnmente aceptados a la hora de

¹⁵ D. Lyon y M. Gluksmann, «Comparative Configurations of Care Work across Europe», *Sociology*, núm. 42, vol. 1, 2008, pp. 101-18.

¹⁶ A. Rossi (ed.), *Caring and doing for others: social responsibility in the domains of family, work and community*, University Chicago Press, Chicago, 2001.

¹⁷ D. Lyon y M. Gluksmann, *op. cit.*, 2008.

fijar las maneras de vivir y pensar. Hegemonía y contrato fácilmente detectables si se observa cómo las pretendidas salidas a la crisis actual hacen mella en el recorte o eliminación de los servicios públicos de bienestar, donde el empleo femenino es mayoritario. Donde la alternativa más habitual a la crisis, no expresada públicamente pero sí vivida cotidianamente por las mujeres, es el reforzamiento de la división sexual del trabajo. O donde a la hora de buscar alternativas a la crisis surgen antes demandas sobre cómo lograr un mayor crecimiento económico que sobre cómo aumentar la participación masculina en el trabajo de cuidados cotidiano.

El modelo social europeo nunca consideró
la organización social del cuidado ni sus servicios como
conformadora de derechos universales

La organización social del cuidado cotidiano

Las especialistas en políticas del bienestar con sensibilidad hacia las cuestiones de género llevan más de una década¹⁸ reivindicando intervenciones que contemplen la organización social del cuidado cotidiano, como posible alternativa a la problemática aquí referenciada. Una organización social que resulta absolutamente imprescindible, dado el aumento de las necesidades sociales, especialmente de las derivadas del envejecimiento de la población. Y puesto que, hoy en día, las sociedades del bienestar continúan sin resolver esas necesidades de cuidados de manera satisfactoria. Así las cosas, debe recordarse que tal realidad insatisfactoria no ocurre porque las mujeres hayan dejado de llevar a cabo el trabajo de cuidados cotidiano, al aumentar su presencia en el mercado de trabajo formal e informal. Sino que el alargamiento del ciclo de vida de la población ha hecho evidente el número insuficiente de mujeres de generación *sandwich*,¹⁹ que hasta la fecha procuran ese bienestar cotidiano en el entorno familiar. Y que la denominada crisis de los cuidados²⁰ no puede continuar siendo la solución consentida y silenciada. Unos hechos que son los que, en realidad, cuestionan la propia existencia del modelo social europeo y la sostenibilidad de la vida en las sociedades del bienestar.

¹⁸ J. Lewis, *op. cit.*, 1998.

¹⁹ C. Williams, «The sandwich generation», *Perspective—Statistics Canada*, núm. 75-001XIE, Canadá, 2004, pp. 5-12.

²⁰ A. Hochschild, «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en A. Giddens y W. Hutton (eds.), *En el límite: La vida en el capitalismo global*, Tusquets, Barcelona, 2001; A. Pérez Orozco, «Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico», *Revista de Economía Crítica*, núm. 5, 2006, pp. 7-37. [www.revistaeconomiacritica.org]; L. Benería, «The crisis of care, international migration, and public policy», *Feminist Economics*, núm. 14, Vol. 3, 2008, pp. 1-21 y C. Vega, *Culturas del cuidado en transición. Espacios sujetos imaginarios en una sociedad en migración*, UOC, Barcelona, 2009.

Las aportaciones de Mary Daly y Jane Lewis²¹ son un buen ejemplo de los estudios que han convertido los cuidados en una categoría analítica básica para el análisis de los regímenes de bienestar. Según su criterio el lema *social care*²² remite al conjunto de actividades y relaciones, de carácter material, afectivo y simbólico, vinculadas a las necesidades de cuidados de criaturas y personas adultas reconocidas como dependientes. De igual modo, el lema se refiere, también, al marco normativo que regula la organización socioeconómica donde tienen lugar tales actividades y relaciones. Esas dimensiones componen la problemática en la que se inserta la organización social del cuidado cotidiano, en general, y los mencionados servicios de cuidados de larga duración a las personas mayores dependientes, en particular. Problemática que conviene destacar puesto que el modelo social europeo nunca consideró ni tal organización ni tales servicios como conformadora de derechos universales a contemplar, para el conjunto de la ciudadanía. Esa desestimación provoca que tal organización apenas se considere relevante, como sí sucede con los servicios relativos a la sanidad y a la educación. Y que los mencionados servicios se resuelvan, por lo general, mediante la economía informal o el voluntariado, donde las mujeres en situación de precariedad laboral o de extrema subordinación son, una vez más, las protagonistas.

Sin embargo, la diversidad, cantidad, calidad y contenido de las actuaciones existentes en torno a la organización social del cuidado es la que ha facilitado que las especialistas precisen mejor las diferencias existentes entre los regímenes de bienestar, en los países europeos.²³ Pudiendo diferenciarse entre los regímenes centrados en la protección social convencional, los denominados modelos *welfare* y los que incluyen sistemas de organización social del cuidado de las personas dependientes, los modelos *care*. En este último caso, Lyon y Glucksmann²⁴ muestran en un análisis comparativo cómo, además de lo ya comentado, el Estado interviene proveyendo cuidados sin convertirse en empleador directo, salvo en el caso de Suecia. Y limitándose, por lo general, a la subcontratación de servicios o a la financiación de las familias de las personas dependientes. Las autoras señalan, asimismo, la creciente incentivación del tercer sector y, en particular, de las organizaciones de voluntariado, para hacer frente a los servicios de cuidados de larga duración y atención a las personas mayores dependientes. Situación que va en constante aumento tanto en países de tradición católica como en otros donde esa tradición no es la norma, como sucede en Holanda.

²¹ M. Daly y J. Lewis, «The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states», *British Journal of Sociology*, núm. 51, Vol. 2, 2000, pp. 281-298.

²² Organización social del cuidado cotidiano es la traducción castellana del lema *social care* que parece más consensuada, hasta el momento.

²³ D. Lyon y M. Glucksmann, *op. cit.*, 2008.

²⁴ *Ibidem*.

En España, la crisis actual ha supuesto cortar de raíz los primeros intentos de hacer frente a la organización social del cuidado cotidiano mediante servicios públicos. Organización y servicios que pudieron ver la luz, con anterioridad, gracias a la reforma del marco legal que supuso la Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia (39/2006). Tal legislación introdujo la posibilidad de sentar las bases de un modelo *care*, donde el Estado iba a proveer los servicios o a financiar una cierta organización social del cuidado cotidiano, a pesar de las críticas que ya había recibido la nueva normativa legal. Pero las actuales políticas de austeridad han cerrado las puertas a esa posible solución. Ante ello, cabe señalar que tales recortes no parecen haber producido grandes protestas, por contraste con lo sucedido en los servicios relacionados con la sanidad o la educación, ámbitos que la población sí había sumido como derechos universales consolidados. Ello confirmaría la ya reseñada falta de importancia que el *social care* siempre tuvo en el modelo social europeo y anunciaría el reforzamiento de la división sexual del trabajo. Ya que tales recortes aumentan la desigual distribución de la carga total de trabajo entre hombres y mujeres, así como el crecimiento de la informalidad entre las mujeres inmigradas. Principales soluciones con las que, por el momento, se va a tener que afrontar el cuidado de las personas mayores dependientes.

El camino hacia las posibles soluciones

Si alguna duda cabe al respecto de lo argumentado en el párrafo anterior, baste saber que el reciente estudio de María Ángeles Durán²⁵ pone de manifiesto cómo una aplastante mayoría de la población española (el 91%) siente la obligación de atender el cuidado de sus mayores dependientes. Aunque el estudio también constata que ese sentimiento va acompañado por la sensación de sobrecarga de trabajo. Y se considere que la Administración es responsable o debe facilitar ese tipo de cuidados, opinión que ya se había vislumbrado en anteriores ocasiones.²⁶ Las mujeres aparecen, una vez más, cómo las protagonistas de esos cuidados tanto a través del trabajo pagado como del no pagado. Siendo las mujeres inmigradas, por lo general, quienes llevan a cabo el primer tipo de trabajo y las mujeres de la familia, esposas e hijas principalmente, las que lideran el segundo.

Quebrar ese círculo feminizado supondría impulsar y mejorar la organización social de servicios de cuidado cotidiano existentes.²⁷ A modo de sugerencias, se apuntan a continuación algunas ideas. Dicha organización debería pensarse desde la proximidad a la ciuda-

²⁵ Véase M. Á. Durán, *op. cit.*, 2012.

²⁶ Véase el estudio de opinión del CIS núm. 2578, *Opiniones y actitudes sobre la familia*, 2004.

²⁷ C. Tobío (*et. al.*), *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*, Fundación La Caixa, Barcelona, 2010 y L. Pickard, (*et. al.*) «Modelling and entitlement to long term care services for older people in Europe: projections for long-term care expenditure to 2050», *Journal of European Social Policy*, núm. 17, Vol. 1, 2007, pp. 31-48.

danía y desde una amplia y estrecha colaboración de los ámbitos, ya existentes, de la administración socio-sanitaria. Requeriría, además, profesionalizar de manera adecuada a quienes deben trabajar en tales servicios, atendiendo a la diversidad de la escala profesional requerida: dirección, gestión, planificación, inspección, y ejecución de tareas especializadas. Siendo siempre conscientes de las dificultades derivadas de las relaciones de poder y de prestigios que rodean las profesiones del ámbito de los cuidados.²⁸ Y siendo capaces, a pesar de ello, de crear nuevos perfiles profesionales, más allá del cajón de sastre que ahora suponen, por ejemplo, los servicios de atención a la vida diaria (SAD). Debería tenerse en cuenta, asimismo, las características territoriales, sociales, culturales y familiares de las personas que deben ser atendidas para que sus voz y sus intereses fuesen tomados en cuenta y así atender mejor los distintos escenarios implicados: servicios a domicilio, soluciones habitacionales, residenciales, institucionales, etc.

No cabe ninguna duda de que el resultado de tales propuestas redundaría en la mejora del bienestar cotidiano de las personas mayores dependientes.²⁹ Y, a su vez, crearía empleos femeninos, no necesariamente mejores que los ya existentes. Augurio este último que los especialistas europeos no dejan de proclamar.³⁰ Pero somos conscientes de que la crisis arrecia y la falta de recursos económicos y voluntades políticas para llevar a cabo tales propuestas es un hecho constatable, aun antes del actual desmantelamiento del modelo social europeo. Y también sabemos que las tradiciones corporativas entre los profesionales existentes no parecen prestas a desaparecer. Por lo que, quizás, sea necesario, como mal menor, atender los consejos que Alice Rossi (2001) impulsó, desde un contexto donde el Estado del bienestar se define por su ausencia. La socióloga norteamericana reclama que cada persona retorne a la comunidad, a través del trabajo de cuidados voluntario, su cuota de responsabilidad social. Reclamación que, hoy por hoy, cumplen, también en los EEUU, con mayor esmero las mujeres. Quizás porque, después de todo, cuidar más y producir menos sea el mejor lema para afrontar los retos que el bienestar tiene planteados.

²⁸ R. Hugman, «Professions, caring and the State» en R. Hugman, *Power in caring professions*, Macmillan, Basingstoke, 1991.

²⁹ G. Rodríguez Cabrero, «Políticas sociales de atención a la dependencia en los regímenes de bienestar de la Unión Europea», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, núm. 1, vol. 29, 2011, pp. 13-42.

³⁰ P. Moss (ed.), *Care work in Europe. Current understanding and future directions*, Informe consolidado, Routledge, Oxford, 2004, [disponible en <http://144.82.35.228/carework/uk/reports/index.htm>]; EUROFOUND, *The future for employment in social care in Europe*, Conference Report, Helsinki, Octubre, 2006 [disponible en www.eurofound.europa.eu/publications/html-files/ef05125.htm] y J. Rubery y P. Urwin, «Bringing the employer back in: why social care needs a standard employment relationship», *Human Resource Management Journal*, núm. 21, vol. 2, 2011, pp. 122-137.

Colección

economía & ecologismo crítica & social

FUHEM
ecosocial



En coedición con Los Libros de la Catarata

Desde una vocación transdisciplinar, las obras de la colección **Economía Crítica & Ecologismo Social** abordan los principales problemas económicos, sociales y ecológicos de nuestro tiempo.

Para comprender la crisis

El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas

Autor: Frédéric Lordon
ISBN: 978-84-8319-443-0
Páginas: 191
Precio: 18 €



Capitalismo desatado. Finanzas, globalización y bienestar

Autor: Andrew Glyn
ISBN: 978-84-8319-493-5
Páginas: 302
Precio: 20 €

La gran recesión y el capitalismo del siglo XXI

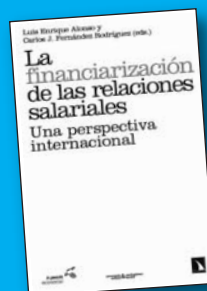
Autores: José A. Tapia y Rolando Astarita
ISBN: 978-84-8319-611-3
Páginas: 280
Precio: 18 €



Novedades

Cambiar de economía

Autores: Los Economistas aterrados
ISBN: 978-84-8319-756-1
Páginas: 288
Precio: 22 €



La financiarización de las relaciones salariales

Autores: Luis Enrique Alonso y Carlos J. Fernández Rodríguez (editores)
ISBN: 978-84-8319-775-2
Páginas: 377
Precio: 20 €

Títulos a la venta en:

Librería on-line: www.libreria.fuhem.es

Compra segura y fácil con su tarjeta de crédito

Gastos de envío gratuitos para España

Para más información o hacer su pedido:

Teléfono: 91 431 03 46

Correo electrónico: publicaciones@fuhem.es

La edad de los rendimientos decrecientes ¿Qué escenarios se presentan en el futuro?

Traducción de Lorenzo Mancini

Según afirma el premio Nobel Paul Krugman, así como otros muchos economistas neoliberales, la crisis no ha logrado "dañar" el motor del capitalismo: ha pasado ya lo peor y, dentro de un tiempo, el crecimiento retomará los niveles de fuerza del pasado. No es necesario recordar que todos los líderes políticos se mueven dentro del mismo horizonte. Incluso la izquierda más radical centra su propia estrategia política en torno a la reanudación del crecimiento, un crecimiento necesario para reavivar el consumo y el empleo. Pero, ¿estamos seguros de que las cosas son realmente de esta manera? Más allá de la cuestión acerca de la deseabilidad de este modelo, ¿las sociedades capitalistas avanzadas (SCA) serán capaces de relanzar un crecimiento que sea estable, sostenido y, posteriormente, proponer un modelo con variaciones significativas frente al desarrollo que ha caracterizado las economías occidentales en años pasados?

Como nos muestra la historia, las sociedades que dieron comienzo al proceso de acumulación capitalista, al menos a partir de la revolución industrial, han estado siempre atravesadas por un crecimiento rápido de la producción y del consumo. En el periodo de posguerra, tras los ajustes que se aplicaron, se retomó de nuevo la senda del crecimiento y se hizo a un ritmo aún mayor que en la época anterior, dando lugar a la etapa que los historiadores han definido como la «edad de oro del capitalismo». Un período marcado por un crecimiento estable y acelerado que, probablemente, fue transformando el mundo de una manera mucho más drástica que cualquier otra fase de análoga duración. Aproximadamente a partir de la mitad de los años setenta, algo parece haber cambiado: «las últimas décadas del siglo XX se han caracteri-

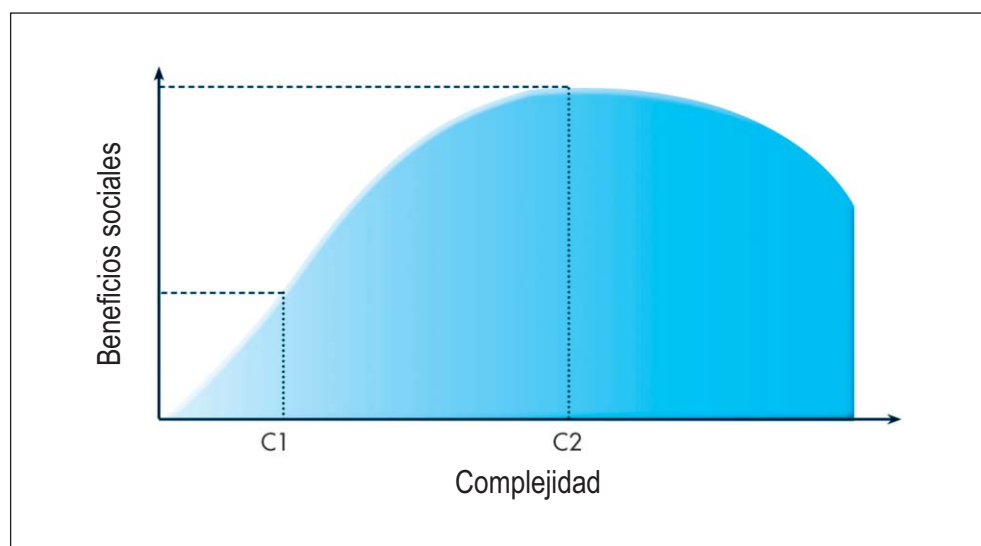
Mauro Bonaiuti es economista y profesor en la Universidad Emilia-Romagna

zado por descomposición, incertidumbre y crisis».¹ El crecimiento económico en los países capitalistas “avanzados” ha continuado, aunque a un ritmo mucho más lento de como lo hacía con anterioridad,² lo cual debería llamar nuestra atención a la hora de analizar lo acontecido en el pasado.

La hipótesis que avanzamos alude al hecho de que aproximadamente a partir de la mitad de los años setenta las SCA entraron en una fase de rendimientos marginales decrecientes del capital (*Declining Marginal Returns*, DMR).

El concepto de DMR ha sido utilizado por el arqueólogo y estudioso de la complejidad Joseph Tainter³ en un estudio que realizó sobre el colapso de las sociedades complejas cuando todavía eran escasos los datos al respecto. La idea sostenida por Tainter es que al crecer la complejidad social, existe un umbral (C_1) más allá del cual los beneficios marginales de ulteriores incrementos de complejidad se reducen, tal y como se muestra en el gráfico siguiente.⁴

Gráfico 1. Umbral de la complejidad



¹ E. J. Hobsbawm, *Il secolo breve*, Rizzoli, Milán, 1997, pp. 303-307.

² Paralelamente las tasas de desempleo han aumentado: en los años 60 en Europa se situaban alrededor del 1,5%, crecieron hasta el 4,2% en los años 70 y hasta el 9,2% en los años finales de la década de los 80, para finalmente alcanzar el 11% en el año 1993. Véase H. Van der Wee, *Prosperity and Upheaval: The World Economy (1945-1980)*, Harmondsworth: Penguin, 1987, pp. 77.

³ J. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

⁴ La idea ya fue señalada, aunque de manera menos sistemática, por Ivan Illich que fue quien a su vez retomó algunas intuiciones de biólogos y naturalistas de comienzo de siglo como D'Arcy Thompson y J. S. B. Haldane.

Además de lo anterior, la tendencia decreciente de los rendimientos está conectada con el incremento continuado de costes diversos, entendidos en un sentido amplio y no únicamente desde una perspectiva económica.

La idea general es la siguiente: así como la luz atraviesa siempre la distancia más corta que une dos puntos, o se recogen antes los frutos que se encuentran en las ramas más bajas del árbol, de la misma manera las organizaciones sociales eligen siempre como primeras soluciones aquellas que son las más simples. Sólo cuando estas no son suficientes, se utilizan soluciones más complejas y, por ello, también más costosas y con rendimientos menores.

Un ejemplo clásico es el de la extracción minera. En este caso es evidente que se explotarán antes los yacimientos con rendimientos más altos. En este sentido se dispone de un indicador capaz de rendir cuenta exacta de los rendimientos decrecientes de la energía: el *Energy Return On Energy Invested* (EROEI).⁵ En lo que respecta al petróleo, contamos con un valor de EROEI que osciló alrededor de 100 durante los años de la edad de oro del capitalismo, descendiendo a 25 en los años setenta del siglo XX, para llegar hasta el día de hoy a valores comprendidos entre 10-20. El gas natural sigue la misma tendencia temporal y se mantiene en la actualidad con un EROEI que ronda el valor de 20.

Los sistemas complejos, además de utilizar materia y energía, necesitan unos niveles de conocimientos adecuados. Pero estos “sistemas inmateriales”, una vez han alcanzado cierto umbral, presentan rendimientos decrecientes. Es un fenómeno que generalmente tiene que ver con los diversos tipos de organización compleja que existen. Por ejemplo, esto es lo que se evidencia en un estudio exhaustivo de los costes de la educación en EEUU que fue realizado por Fritz Machlup en 1962. El estudio muestra cómo el coste de la educación varía entre el nivel básico –donde se adquieren los conocimientos más generales– y el *college* –donde el sistema de aprendizaje es más especializado–, aumentando un 1.075% por estudiante. En conclusión, entre 1900 y 1960, y conforme aumenta el nivel medio de instrucción, la productividad de la educación entra en recesión, como se muestra en el gráfico siguiente.

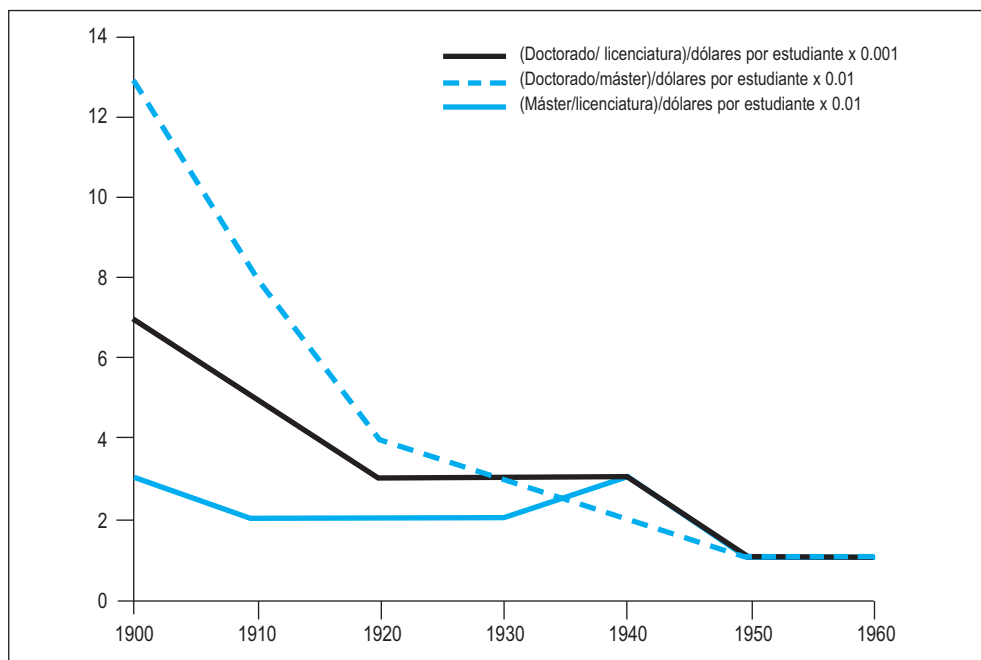
Al evaluar la productividad de la inversión en la investigación científica a través de un indicador como la emisión de patentes, la productividad en el largo plazo parece disminuir. La patente puede ser considerada una forma controvertida de medir la productividad de la investigación,⁶ por lo que se pueden utilizar indicadores menos discutidos en campos como el de la medicina, en el que el rendimiento de las inversiones puede ser más fácilmente eva-

⁵ El EROEI mide la ratio entre la energía cedida por una determinada fuente a lo largo de su ciclo de vida y la energía necesaria para construir, mantener y desmantelar las plantas de extracción.

⁶ Como han argumentado autores como Machlup, Schmookler y Griliches.

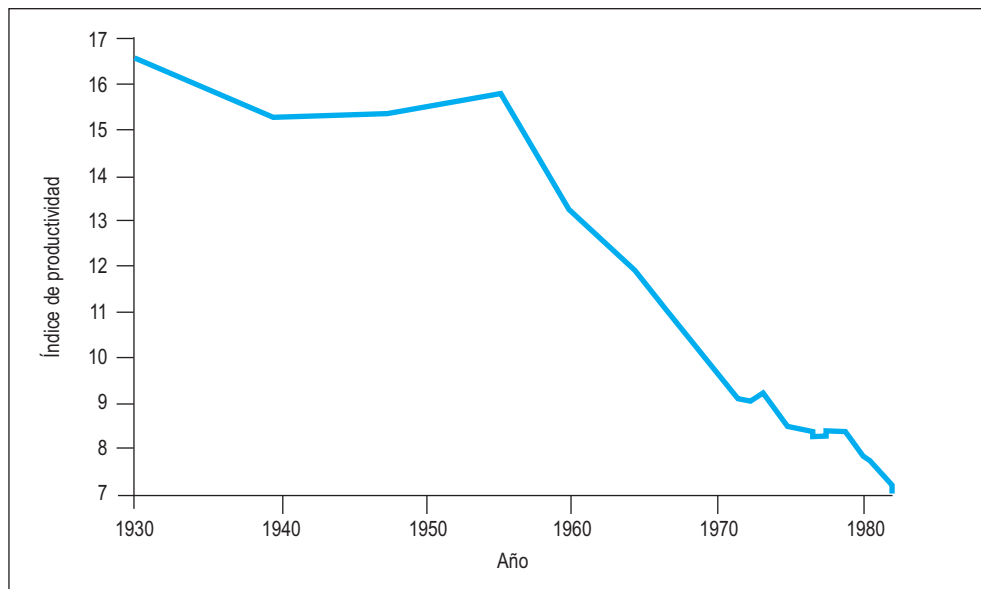
luado. En el período de 52 años que abarca el gráfico 3 (p. 107), la productividad del sistema sanitario americano ha mejorado la expectativa de vida, mientras que el índice de productividad ha bajado casi en un 60%. Esto se explica porque generalmente lo primero que se aborda son las enfermedades más fáciles de curar -la investigación inicial, menos avanzada, que llevó a la utilización de la penicilina, por ejemplo, no costó más de 20.000 \$- frente a aquellas otras más difíciles y costosas de remediar.

**Gráfico 2. Productividad de la educación
1900-1960**



Algunos datos empíricos: PIB, ISEW, GPI

Hemos visto que la hipótesis se contrasta relativamente bien de manera general (también respecto a algunas instituciones importantes). Trataremos ahora de integrarla de forma más completa en el contexto actual. Esta tentativa choca, sin embargo, con el hecho de que no disponemos de un índice agregado capaz de evaluar la evolución temporal del bienestar social. El índice normalmente utilizado para tal fin, el PIB, es en realidad poco adecuado como indicador de bienestar en cuanto que mide los diferentes tipos de transacciones que ocurren en el mercado con independencia de que sean beneficiosas o dañinas en términos de bienestar. Al aumentar los desastres medioambientales, las guerras o los casos en los que se padece cáncer, paradójicamente, también lo hace el PIB.

Gráfico 3. Índice de la productividad del sistema sanitario norteamericano

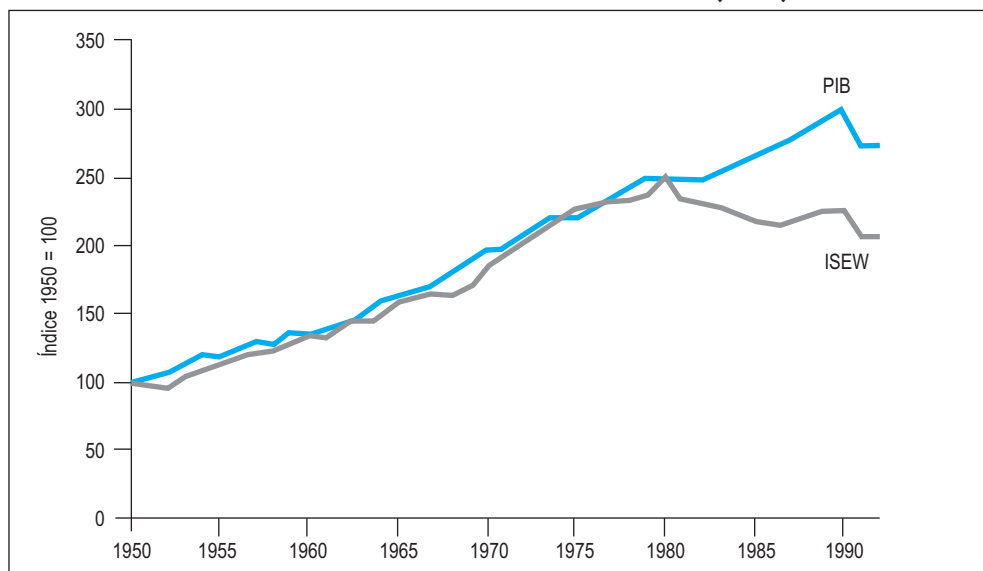
Fruto de esas limitaciones del PIB, desde finales de los años ochenta se han desarrollado una serie de indicadores alternativos, como el Índice del Bienestar Económico Sostenible (ISEW, por sus siglas en inglés), el Índice de Progreso Genuino (GPI) y el índice del Beneficio Neto Sostenible, que apuntan hacia la superación de los límites del PIB como medida del bienestar que elude los costes sociales y medioambientales.⁷

En el gráfico 4 (p. 108) se muestra la evolución de los indicadores ISEW y PIB en seis países de la UE durante el período 1950-1992. Puede apreciarse que entre las décadas de los cincuenta hasta los setenta el crecimiento de ambos índices fue análogo. Al entrar en la segunda mitad de los años setenta, sin embargo, la separación se hace evidente: mientras que el PIB sigue su crecimiento sustancialmente uniforme, el ISEW ofrece unos incrementos cada vez menores, llegando después incluso a caer en términos absolutos a partir de los años ochenta. Aunque con algunas diferencias, también los datos relativos para otros países –como el caso de EEUU– confirman esta tendencia.

En síntesis, a pesar de que las investigaciones realizadas hasta la actualidad no son todavía suficientes para extraer conclusiones definitivas, los datos parecerían confirmar que las economías avanzadas, aproximadamente desde la mitad de los años setenta, han entrado en una senda de DMR. Parece claro que la evolución del ingreso en la economía de países

⁷ A. P. Lawn, «An Assessment of the valuation methods used to calculate the Index of Sustainable Economic Welfare (ISEW), Genuine Progress Indicator (GPI), and Sustainable Net Benefit Index (SNBI)», *Environment, Development and Sustainability*, vol. 7, 2005, pp. 185-208.

Gráfico 4. Divergencia entre la evolución del PIB y el Índice de Bienestar Económico Sostenible (ISEW)



emergentes (como China, India y Brasil, que se mantienen aún en una fase de rendimientos crecientes) puede llevar a cierta compensación del declive observado en los EEUU y, aún más marcadamente, en Europa y en Japón. Sin embargo, el hecho de que exista un desfase temporal entre los distintos países, debido a que algunos están todavía atravesando una fase de rendimientos crecientes, no invalida nuestra hipótesis. Por otro lado, si se evaluara los límites que el agotamiento de los combustibles fósiles impondrá a la hora de desplegar plenamente las potencialidades de crecimiento, es probable que estas economías entren anticipadamente en una fase de DMR. Por tanto, el debate acerca de los tiempos y las posibles trayectorias evolutivas queda obviamente abierto.

Además de estos primeros datos cuantitativos, debemos señalar que las claves para comprender cómo las SCA han entrado ya en una fase de DMR vienen marcadas, en nuestra opinión, por algunas transformaciones importantes, entre las que se encuentran las siguientes: el paso del sistema fordista a la economía terciaria, la fragmentación progresiva de los Estados y, por último, la crisis de la deuda pública.

DMR y las transformaciones del sistema de acumulación del capital

La crisis que sufrió la economía mundial entre 1968 y 1973 marcó el tránsito entre dos modelos de acumulación capitalista. El primero, que se fue desarrollando desde el comien-

zo del siglo pasado gracias a la forma de la gran empresa oligopolística y que después se consolidaría con el advenimiento de la sociedad de consumo de masas durante la segunda posguerra, se conoció como keynesiano/fordista. Un modelo caracterizado por la presencia de grandes empresas que se integraban verticalmente y a través de las que se garantizaban incrementos significativos de productividad y, derivado de ello, condiciones de trabajo y de acumulación notablemente estables. La crisis de los primeros años setenta marca el paso de este modelo a otro bien distinto que, gracias a Harvey, podemos definir como un modelo de acumulación flexible. Las diferencias entre estas dos fases son tan profundas que han sido evidenciadas por todos los analistas aunque utilicen lenguajes muy distintos. No se trata de una casualidad que este hecho coincida con el período en que todas las economías avanzadas entran en una fase de rendimientos decrecientes.

Un característica esencial de la nueva “economía terciarizada” es que está centrada en un conjunto de servicios “cualitativos”, no estandarizables, modelados sobre la base de una relación personal, como bien ilustran las tareas de cuidado a las personas; pero, en todo caso, no susceptibles de generar aquellas economías de escala típicas de la producción fordista.⁸ Este es el punto clave que los modelos económicos ortodoxos, desprovistos de una perspectiva de complejidad, no logran capturar en sus análisis. La mayor complejidad relacional y organizativa se traduce, de hecho, en un freno para la productividad que impide a las SCA mantener los niveles de crecimiento precedentes, abriendo así una nueva fase de rendimientos decrecientes.

A pesar de toda la retórica desplegada con el nuevo sistema terciarizado, y de que en un primer momento el paso dado desde las viejas fábricas “humeantes” a la nueva economía de los servicios ha aportado alguna ventaja, al menos en términos de calidad de la vida urbana, en el largo plazo la mayor complejidad organizativa se ha traducido en una sustancial pérdida de eficiencia.

También en este sentido las transformaciones sufridas dentro del mundo del trabajo pueden explicarse de una manera más convincente. Desde el año 1970 hemos asistido a una compresión de los salarios que ha continuado hasta el día de hoy. Además de ello, en los últimos treinta años el mundo laboral ha sufrido una transformación, en términos cualitativos, que ha modificado sustancialmente la *manera* de trabajar. Los cambios relacionados con el capitalismo cognitivo han terminado por ocupar espacios cada vez más amplios de la vida y de la capacidad de las personas. El aumento del tiempo de trabajo, de los desplazamientos necesarios, el trabajo a destajo, precario y por proyecto, son sólo algunos fenómenos que confirman cuánto ha aumentado la presión sobre los trabajadores en la etapa señalada de rendimientos decrecientes. De hecho, en este marco, no podía ser de otra manera.

⁸ R. Boyer y J. Mistral, *Accumulazione, inflazione, crisi*, Il Mulino, Bologna, 1985.

Fragmentación de los Estados y el colapso del bloque soviético

Desde el siglo XVIII hasta aproximadamente los años setenta del siglo pasado, los Estados aumentaron progresivamente su peso y las funciones que desempeñaban. Independientemente de las coyunturas económicas o políticas del momento, este proceso hizo que muchos de los parámetros fundamentales que regulaban la existencia de los ciudadanos modernos dependieran en cierta manera de las actividades del Estado.⁹ Este proceso se vio interrumpido en los años setenta. A partir de ese momento, se observó una doble dinámica de erosión en los Estados nacionales. Por un lado, la concesión de crecientes cuotas de soberanía a entidades supranacionales (impulsada por los procesos de globalización); por el otro, una verdadera e importante fragmentación en favor de entidades menores. Se ve suficientemente claro cuando observamos que Naciones Unidas, que hace tiempo contaba con tan solo 51 Estados, hoy en día cuenta con 192 miembros.¹⁰

La caída del comunismo en Europa impulsó la desintegración de los países del antiguo bloque soviético, de manera que a partir del año 1991 «se formaron más Estados nacionales que en cualquier otro momento del siglo XX».¹¹ En algunos países como en Afganistán, o en distintas zonas de África, el proceso de descomposición que comenzó en las décadas ochenta y noventa no ha llevado tanto a la formación de nuevos Estados más pequeños como a una situación de sustancial “anarquía”.

También el reciente resurgir de movimientos separatistas y en favor de la autonomía puede ser leído desde una misma perspectiva. Se ha tratado principalmente de un fenómeno europeo, observable en distintos países como Gran Bretaña, España, Italia, Bélgica, hasta en Suiza y Dinamarca, pero también fuera de Europa en Canadá y, naturalmente, en la antigua Yugoslavia. Debemos mencionar también el derrumbamiento del bloque soviético entre 1989 y 1991 y, a pesar de que sea prematuro sacar conclusiones definitivas al respecto, esta correlación no puede pasar desapercibida: la desintegración de las sociedades complejas, y su reintegración en unidades más simples, es de hecho la primera señal del colapso que sigue a una fase de DMR. No debe sorprendernos que en un marco como ese sean las entidades más amplias, más débiles económicamente hablando y más rígidamente estructuradas, las que tiendan a caer primero.

⁹ E. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 665.

¹⁰ D. Harvey, *L'enigma del capitale*, Feltrinelli, Milán, 2011, p. 211.

¹¹ E. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 496.

El declive del Estado de bienestar y la crisis de la deuda pública

Por tanto, a pesar de que el proceso de DMR no haya tenido consecuencias macroscópicas en la organización estatal de las naciones más fuertes, indicios de crisis no faltan. La manera en que el proceso se manifiesta en las naciones más ricas se puede definir como crisis del Estado social o como un creciente endeudamiento de la esfera pública. Según las estadísticas oficiales, desde hace tres décadas en las principales economías mundiales el incremento de la deuda supera el crecimiento del PIB. Y no se trata únicamente de un dato coyuntural. Es interesante observar que tal aumento se ha producido independientemente, y a pesar, de las sugerencias procedentes de las élites hacia el gobierno con respecto a las políticas de gasto público a aplicar.

Cuando a partir de los años ochenta, en la ola de las reformas neoliberales de los gobiernos Thatcher y Reagan, se afianzaron las teorías “del Estado mínimo”, sostenidas también por el FMI y por el Banco Mundial, la deuda pública casi se duplicó a nivel mundial.

Es cierto que también en el pasado se habían dado las condiciones que hacen aumentar estructuralmente la deuda pública, pero esto ocurría básicamente durante períodos bélicos. Ahora en cambio, se observan incrementos sistemáticos de la ratio deuda/PIB no solo en condiciones de paz, sino también bajo gobiernos contrarios al endeudamiento. Y esto es la primera vez que ocurre en la historia del capitalismo

Escenarios

Si nuestra hipótesis es correcta, el resultado de las dinámicas de DMR que hemos descrito en los párrafos anteriores no puede sino generar una crisis en las instituciones fundadoras de la sociedad capitalista, abriendo lo que se podría denominar como una *gran transformación*. Sin embargo, desde la perspectiva del análisis complejo no hay sólo un posible resultado de este proceso, sino más bien una amplia pluralidad de escenarios. Sobre ellos centraremos nuestra atención a continuación.

Escenario 1: Colapso (el Imperio romano)

Siguiendo a Tainter,¹² por colapso se entiende una rápida y significativa pérdida de complejidad relativa del sistema así como de las principales organizaciones que lo componen. Un

¹² J. Tainter, *op. cit.*, p. 4.

ejemplo clásico que lo evidencia es el colapso del Imperio romano que explicaremos brevemente.

En los primeros siglos, aproximadamente desde los orígenes hasta Augusto (I siglo d. C.), los territorios y los pueblos conquistados por Roma eran relativamente ricos: alta tasa de retorno de las campañas militares que permitían reinvertir el excedente conseguido, reforzando posteriormente el aparato militar (*feedback* o retroalimentación positiva). Sin embargo, cada nuevo territorio conquistado tenía que ser administrado y defendido. Al crecer las dimensiones del Imperio aumentaban los costes derivados del aparato militar y de gobierno. Desde los años de Nerón los recursos procedentes de la tasación de los excedentes agrícolas apenas fueron ya suficientes para cubrir los gastos de mantenimiento del imperio. Acontecimientos excepcionales, como las guerras, eran financiados a través de una depreciación de la moneda, norma que llegó a ser difundida y conocida por muchos.¹³

En los cincuenta años que trascurren desde el 230 al 284 d. C. la crisis se manifestó con toda su intensidad. Hubo guerras civiles, continuos complots, etc., y además, numerosas ciudades y territorios fronterizos fueron saqueados y devastados. ¿Cuál fue la respuesta del imperio frente a esta crítica situación? Una mayor complejidad del aparato burocrático-militar. Las dimensiones del ejército fueron duplicadas, y bajo el mando de Constantino y Diocleciano, los impuestos se aumentaron para hacer frente a la mayor complejidad del aparato burocrático-militar que aumentaba el coste hasta el punto de reintroducir formas de trabajo forzado. Cada pueblo era responsable de la carga fiscal que se establecía en cada uno de ellos y, en caso de incumplimiento, los pueblos cercanos eran llamados a proveer los recursos necesarios. Aplastados por la tasación, los campesinos se vieron obligados a abandonar las tierras y refugiarse bajo la protección de señores locales, desatando de esta manera una retroalimentación positiva entre la reducción de las entradas de la recaudación procedente de la tasación del cultivo de la tierra y el endurecimiento de la tasación. Hacia el año 400 d. C. la mayor parte de las tierras de la Galia e Italia pertenecían a 20 familias senatoriales: las premisas para el colapso militar del siglo V ya estaban presentes... Y cuando faltaron los recursos financieros para sostener el ejército mercenario el colapso se manifestó con toda su fuerza (410 d. C.).¹⁴

Aproximadamente a partir de la época de Augusto, lo que era un proceso virtuoso (una retroalimentación positiva) se invierte y el Imperio entra en una fase de DMR. Sin embargo, como se extrae también de los documentos históricos de la época, las élites no mos-

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ S. Williams, G. Friell, *Theodosius: the Empire at Bay*, Yale University Press, New Haven, 1994.

traron conciencia alguna sobre ello y, en este sentido, las primeras derrotas militares llegaron de manera totalmente inesperada e incomprensible (claro ejemplo es la batalla de Teutoburgo, en el año 9 d. C.). Y a pesar de ello, no se produjo cambio de estrategia alguno, al contrario, el Imperio respondió con una mayor complejidad, lo que finalmente determinó su fin.

A diferencia de lo que ha ocurrido en otros períodos,
en la actualidad no disponemos de nuevas fronteras y
continentes de los que sacar nuevos recursos

Escenario 2: Nueva expansión (Europa 1500-1700)

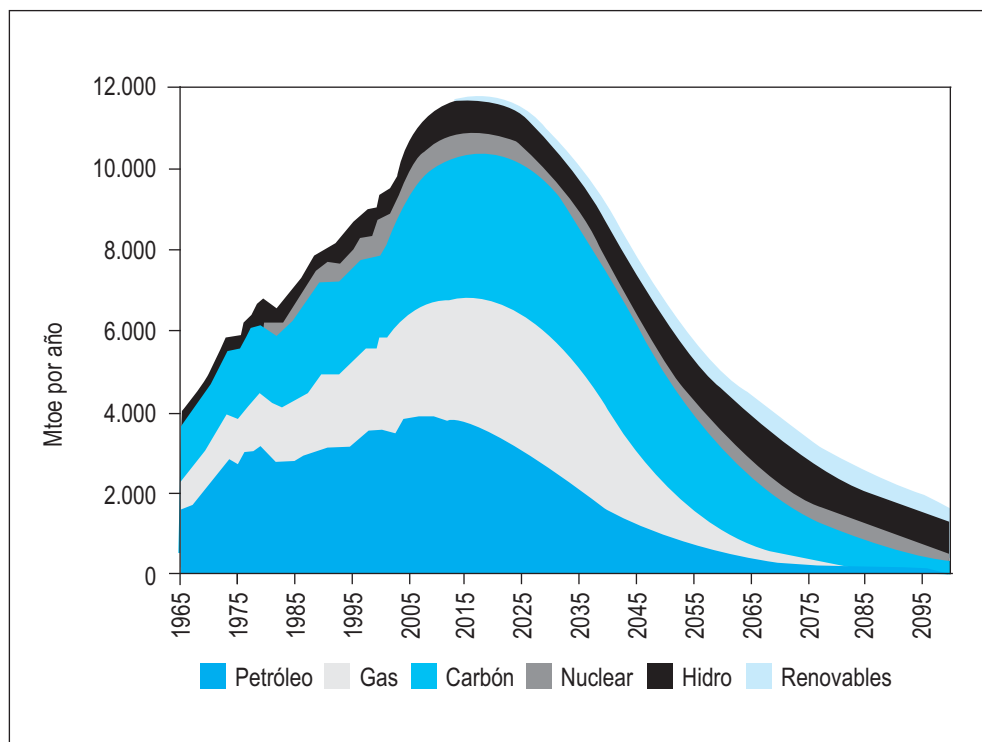
Hay una razón por la que Europa cree en el crecimiento ilimitado y es que lo ha experimentado durante mucho tiempo en el transcurso de la historia moderna. Estudios diversos muestran que la carrera armamentista de los Estados europeos en el período 1500-1700, cuando las guerras se multiplicaron en el continente a un ritmo vertiginoso, no hubiera sido posible algunos siglos antes.¹⁵ Desde el año 1630 hasta 1660, a causa de las innovaciones y de las nuevas técnicas militares, el coste de un soldado armado creció considerablemente (hasta un 500%).¹⁶ A pesar del aumento exponencial de los gastos y del número de los conflictos, las potencias europeas lograron sostener un incremento que iba más allá del límite de los recursos disponibles. ¿Cómo fue posible? En parte gracias al endeudamiento, pero sobre todo gracias a las colonias de ultramar. En otras palabras, el coste de la competición armada en Europa en la Edad Moderna fue sostenido gracias a una gran fuente de recursos energéticos y materiales externos al sistema. Se trata de un punto metodológicamente fundamental en el análisis del colapso de las sociedades complejas.

A diferencia de lo que ha ocurrido en otros períodos, en la actualidad no disponemos de nuevas fronteras y continentes de los que sacar nuevos recursos. Antes bien, los espacios continentales a los que ahora tenemos acceso están por el contrario sujetos a un proceso de agotamiento relativamente rápido, por lo que esperar una nueva expansión no parece para nada realista.

¹⁵ J. Tainter, *op. cit.*

¹⁶ M. V. Creveld, *Technology and War, from 2000 B.C. to the Present*, The Free Press, Nueva York, 1989.

**Gráfico 5. Pico de recursos energéticos.
Declive posible de la oferta de energía mundial total**



El gráfico muestra la evolución de la cantidad total de energía que se estima queda disponible a nivel mundial. Los valores han sido obtenidos sumando las diversas fuentes energéticas: petróleo, gas, carbón, hidroeléctrica, nuclear y fuentes renovables.¹⁷ Como se puede observar el pico global se ha previsto que se sitúe en torno al año 2025. Naturalmente estas estimaciones están sujetas a márgenes de incertidumbre todavía bastante amplios.¹⁸ Sin embargo, marcan un punto importante en nuestra reflexión, dado que, a menos que se produzcan innovaciones *prometeicas*, en algunas décadas el mundo se enfrentará a una importante reducción en la cantidad de energía disponible total. En estas condiciones cualquier fase significativa de expansión, o con un crecimiento al ritmo de décadas recientes –lo que se conoce como el escenario *business as usual*–, es inimaginable en la actualidad.

¹⁷ Las proyecciones del investigador canadiense Paul Chefurka fueron retomadas por Richard Douthwaite en el ensayo «*Degrowth and the supply of money in an energy-scarce world*» que fue publicado en *Ecological Economics*, artículo en prensa, 2011.

¹⁸ Siguen igualmente abiertas las estimaciones acerca de la capacidad de las renovables en relación con la posibilidad de sustituir las fuentes tradicionales. Sin embargo, en general y partiendo los mismos porcentajes extremadamente reducidos, no parecen capaces de lograrlo dentro del pico principalmente a causa de la competición en precios ejercida por el carbón. En todo caso, sobre ello existe amplia literatura especializada.

Escenario 3: Fortaleza. Involuciones autoritarias y ecofascismo

Las dramáticas transformaciones que se encuentran implícitas en este escenario no son solo una amenaza para nuestro futuro, pertenecen también a nuestro pasado. Como nos ha recordado magistralmente Karl Polanyi, las sociedades capitalistas han conocido, al menos una vez, una *gran transformación* de este tipo. Para Polanyi, el proceso de mercantilización al que ha estado sujeto el cuerpo social por las dinámicas particulares del mercado autorregulado produce un conjunto de reacciones defensivas, en particular durante los períodos de crisis económica. Después de la gran crisis del año 1929, con el agravio que supuso el desempleo, el malestar social creció rápidamente amplificando las reacciones que se sucedían. La crisis, el proteccionismo, la legislación social, las consiguientes tensiones sobre los salarios y la inestabilidad de la moneda, determinaron la conformación de un bloque institucional sobre el que se insertaría la “jugada” fascista.

No por casualidad el fascismo se instauró de manera similar en distintos países y en contextos históricos y culturales extremadamente diversos: en países vencidos por la gran guerra –como Bulgaria– y en otros vencedores –como Yugoslavia e Italia–, en países de cultura nórdica –como Finlandia y Noruega–, y meridional –como España–, en países de cultura europea –como Alemania, Inglaterra o Bélgica–, y no europea –como Japón o Palestina–. Más que de un gran movimiento de masas, se trató –al menos en las fases iniciales– de una “jugada”, en el sentido de que se trató de una falsa revolución organizada con la tácita aprobación de las autoridades y del gran capital. La rapidez y oportunismo con la cual se afirmó, nos ayuda a entender el fascismo como la respuesta a una situación contingente, y esta condición se dio por el colapso del sistema de mercado autorregulado.

La intervención de las autoridades y la política económica durante los años 2007-2009 de la crisis, aunque fueron muy cuestionables, permitieron evitar que la historia se sucediera de manera similar a lo acontecido en los años treinta. Por otra parte, las autoridades no parecen capaces de relanzar el crecimiento, y ello significa que los problemas del desempleo y de la exclusión social llegarán a ser crónicos en las SCA. Esto podría dar lugar con el tiempo a tentaciones autoritarias; de hecho, ya están en curso derivaciones tecnócratas. Y las exigencias del control de una sociedad cada vez más compleja e inestable no podrán más que fortalecer estas tendencias.

El punto crucial, en nuestra opinión, se encuentra a la vista ante la perspectiva del agotamiento de los recursos naturales. Este escenario, que como hemos visto podría materializarse en tiempos relativamente breves, implicando exigencias evidentes y crecientes de control sobre los abastecimientos y el racionamiento de recursos, vuelve a colocarnos frente a una hipótesis de gestión autoritaria. Para evitar esta deriva, es fundamental que durante los años que nos separan todavía de este escenario el grado de conciencia y autonomía

permitan construir alternativas desde abajo, en los territorios y en las instituciones de la sociedad civil.

Escenario 4: Resiliencia (el Imperio de Bizancio, siglos V-XI)

La historia del Imperio bizantino es muy distinta de la del Imperio romano. El primero sobrevivió a la crisis del siglo V. Si es posible sintetizar en pocas palabras la estrategia bizantina que se siguió, esta sería *simplificación sistemática y descentralización*. Las pagas de los militares fueron inmediatamente reducidas a la mitad y después, aún más, en el siglo VII. Por último, las tierras fueron dadas en consignación hereditaria a soldados y campesinos que se reorganizaron según un modelo de pequeños feudos autosuficientes.

Después de una larga crisis y de extenuantes guerras, en el siglo XI el Imperio había extendido nuevamente sus confines hasta el Danubio. Naturalmente, es discutible si el caso bizantino constituye un ejemplo claro de “autonomía” en el sentido de Castoriadis, sin embargo, no hay duda alguna de que se trató de una respuesta más resiliente y eficaz respecto a la de Roma.

Algunas perspectivas

Razonar en una perspectiva de DMR es fundamental, tanto para interpretar el recorrido seguido por las SCA como para orientarnos ante los posibles escenarios del futuro, y poder construir así una estrategia compartida de cambio plural.

De todo ello extraemos una buena noticia y es que el sistema capitalista y sus instituciones fundamentales no pueden sobrevivir en un contexto de estado estacionario o de decrecimiento real. Es lo que David Harvey llamó «la regla del 3%»: el capitalismo no puede funcionar si no es capaz de ofrecer a los agentes económicos por lo menos unas expectativas de crecimiento del 3%. Tal vez sea un poco reduccionista, pero creo que en lo fundamental Harvey tiene razón.

Imaginemos entonces, para concluir, lo que podría significar una situación de decrecimiento real post-pico: la reducción generalizada de la producción, y las expectativas de un declive posterior, significaría que para las empresas no es conveniente –además de ser demasiado arriesgado– desarrollar su propia actividad según las reglas actuales. El futuro abrirá escenarios hoy difíciles de imaginar, pero que podrán también significar un camino hacia la nacionalización y la asunción del control de algunas actividades económicas por parte de los territorios a través de las organizaciones de la sociedad civil.

Si las hipótesis que hemos formulado son correctas, los próximos 10 ó 20 años serán décadas de gran inestabilidad debido al agravamiento del conflicto social y la deslegitimación del imaginario dominante. El sistema prometerá un crecimiento que no podrá mantener. Hasta ahora los saltos de escala dimensional que ha sufrido el sistema han estado acompañados de un proceso de internalización, es decir, han estado ligados a la asunción progresiva de nuevas funciones por parte del Estado social.¹⁹ No solo será imposible hacerlo, sino que las funciones del bienestar serán sometidas con mayor presión a un proceso de desmantelamiento.

Es importante tener esta perspectiva de fondo, porque, si el cuadro que hemos determinado es correcto, *no estaremos lejos de una gran transformación*. Por ello, los próximos años tendrán que dedicarse ante todo a construir un tipo de economía y de sociedad alternativa y participada (imaginando nuevos sistemas de evaluación del bienestar, nuevas empresas de transición, un nuevo bienestar para la comunidad, nuevas redes de economía solidaria, etc.) para que, en el momento en el que la crisis alcance su culminación, estas alternativas nos permitan evitar soluciones autoritarias, encaminándonos, en su lugar, hacia la sociedad sostenible, resiliente y autónoma con la que soñamos.

¹⁹ G. Arrighi, *Il lungo XX secolo. Potere, denaro e le origini del nostro tempo*, EST Ed., 1999 (ed. or. 1994).



Revista Crítica, un lugar donde pensar.

Crítica es una revista de información general, periodicidad bimestral, monográfica, que trata de ofrecer un serio escenario de reflexión interpretando la actualidad desde un periodismo documentado y ágil.

Conózcamos mejor en www.revista-critica.com, donde podrá consultar nuestros puntos de venta o a través de Facebook: [facebook/revista.critica.1913](https://facebook.com/revista.critica.1913)



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Suscripción anual España: 33€ Extranjero: 40€

Suscriptor:

Dirección:

C.P.

Ciudad: País:

Teléfono:

Mail:

Profesión:

SI UD. ABONA LA SUSCRIPCIÓN A OTRO:

Nombre y apellido del pagador:

Dirección:

C.P.

Ciudad: País:

DOMICILIACIÓN BANCARIA

Titular:

Banco o Caja:

Dirección:

C.P.

Cuenta:

Muy Srs. mío: ruego a Uds. se sirvan abonar, hasta nueva orden y con cargo a mi cuenta arriba indicada, los recibos que les presente Crítica.

Firma:

Fecha: / / 2012

La revista Crítica podrá tratar informáticamente los datos aportados e incorporarlos a su fichero automatizado para mantenerle informado de futuras acciones que pueda llevar a cabo. Le recordamos que tiene derecho de acceso, modificación, cancelación y oposición a la información que le concierne de nuestro fichero. (Ley Orgánica 15/1999 de diciembre). Para ello, diríjase a revista Crítica, C/General Orúa 62 - 28006 Madrid, Teléfono: 91 725 92 00.

La democracia económica, núcleo de una estrategia antineoliberal

La reivindicación de una democratización de la economía y de la empresa aparece de forma regular en los momentos de crisis del capitalismo y de su sistema político. Los movimientos obreros y socialistas de uno y de otro signo las pusieron desde el principio en su lista de reivindicaciones y como parte de una apuesta política más amplia destinada a crear una sociedad solidaria.¹ La estrategia es plenamente actual: no hay posibilidad de crear una democracia política sostenible más o menos perfecta, si no va acompañada de alguna forma de democracia económica y empresarial. Esta enseñanza se hizo patente tras la segunda guerra mundial y explica los grandes pactos sociales de la posguerra. Aunque para abordar la aportación que puede hacer esta reivindicación en el actual contexto de crisis financiera hay que ponerse de acuerdo en su diagnóstico.

La actual crisis resulta del intento de responder con políticas de oferta, al estancamiento de la acumulación en los años setenta. Desde principios de los años ochenta los países capitalistas desarrollados vienen aplicando congelaciones de los salarios reales y reducciones impositivas a los propietarios de los medios de producción con el fin de darle un renovado impulso a la acumulación. La desregulación de los mercados financieros, con su inevitable ola de especulación financiera, pretendía compensar el estancamiento del consumo provocado por las reducciones salariales, con la creación de una serie de condiciones para que sectores importantes de la población completaran unos ingresos cada vez más escasos procedentes del trabajo con rentas financieras e inmobiliarias. El objetivo no acabó de cumplirse aunque el coste a largo plazo fue la incubación de una crisis fiscal estructural. El desvío de dinero público para salvar a los bancos, quebrados a partir de 2008 precisamente debido a

Armando Fernández Steinko es profesor de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid

¹ A. Fernández Steinko, *Experiencias participativas en economía y empresa. Tres ciclos para domesticar un siglo*, Siglo XXI, Madrid, 2001.

sus actividades especulativas, ha terminado por provocar la quiebra del Estado del bienestar. Esta quiebra ha provocado la anulación de los grandes consensos de la posguerra.

Es importante recordar que el ciclo que comienza hacia 1980 (neoliberalismo) es una respuesta no democrática a la mencionada crisis de sobreacumulación. Esta respuesta se impuso frente a las propuestas de “arriesgar más democracia” con la que, en los años setenta la izquierda proponía salir de la crisis. “Más democracia” habría significado, tanto en aquel momento como también en este, una intervención de la sociedad civil, a través de los poderes públicos y también de la propia ciudadanía, en la gestión empresarial y la definición del rumbo económico de los países. En algunos países se ensayaron algunos pasos en esa dirección. En Alemania Federal la Ley de Codeterminación de 1976 quedó en parte desnaturalizada por la impugnación de la derecha pero fue un paso importante en esta dirección. En Suecia la Ley sobre Democracia Industrial de 1976 y la propuesta de fondos de los asalariados, fueron más allá que en Alemania Federal aunque tampoco en este caso consiguieron imponerse tal y como habían sido formuladas en sus inicios. El *Informe Bullock* (1977), que era una propuesta bien razonada para ciudadanizar la gestión de las empresas británicas con más de 2.000 empleados, se estrelló contra la victoria electoral de Margaret Thatcher y la oposición arcaizante de un sector de los sindicatos.²

España llega a la crisis de sobreacumulación de los años setenta con un sistema empresarial autocrático y una población activa poco cualificada. La precariedad de las políticas educativas del Régimen y las consecuencias a largo plazo de la destrucción del trabajo cualificado durante y después de la guerra civil, les restó a las empresas españolas mucha capacidad para adaptarse en poco tiempo a los nuevos retos competitivos. El resultado fue el aumento de la tasa de desempleo y su cronificación hasta alcanzar los índices más altos de todos los países de la OCDE. A pesar de ello, los gobiernos democráticos fueron reticentes a intervenir en el espacio de las empresas cancelando incluso cualquier forma de política industrial activa. Y esto, a pesar de tres factores que lo habrían hecho no sólo necesario sino también posible: a.) que la Constitución de 1978 reza que «los poderes públicos promoverán eficazmente las diversas formas de participación en la empresa y fomentarán, mediante una legislación adecuada, las sociedades cooperativas. También establecerán los medios que faciliten el acceso de los trabajadores a la propiedad de los medios de producción» (art. 129.2); b.) que numerosos estudios demostraban y demuestran que la eficiencia, sobre todo si se entiende en un sentido amplio y sostenible es, por lo general, mayor en las empresas democráticas que en las autocráticas; ³ c.) que existe una rica y eficiente expe-

² *Ibidem*.

³ Ver, por ejemplo, D. Schweickart, *Más allá del capitalismo*, Sal Terrae, Santander, 1997. Para el sector español de la maquinaria mecánica A. Fernández Steinko, *Continuidad y ruptura en la modernización industrial de España*, Consejo Económico Social (CES), Madrid, 1997. Otro ejemplo, esta vez formulado por un empresario es el interesantísimo trabajo de R. Semler, *Radical. El éxito de una empresa sorprendente*, Ediciones Gestión 2000, Madrid, 1997.

riencia de cooperativismo cuya generalización en todo el Estado habría permitido reforzar el tejido productivo y la propia andadura democrática del país, así como avanzar en la conformación de una identidad democrática compartida entre todas sus nacionalidades; y d.) a pesar también de que el desempleo, que desde 1982 no ha bajado nunca del 8%, sólo se ha conseguido reducir temporalmente y a costa de una destrucción inmensa de recursos naturales (capitalismo popular inmobiliario), de recursos subjetivos (precarización laboral), de la autonomía financiera del país (endeudamiento) y de la degradación de sus cuentas públicas (proliferación del trabajo sumergido destinado a compensar la falta de trabajo no sumergido). En este sentido, el colapso financiero que vive el país, también puede interpretarse como una consecuencia más del rodeo que hicieron aquellos primeros gobiernos democráticos alrededor de las empresas, de haberlas mantenido intactas.

No es casualidad que la principal oposición en todo el mundo a una salida democrática a la crisis de sobreacumulación procediera de los patronos. Con razón intuían que habrían generado una erosión de un principio capitalista sacrosanto: el monopolio de la propiedad en la gestión de las empresas, la exclusión de ciudadanos y productores de las grandes decisiones económicas y empresariales y, en consecuencia, la redefinición de las grandes políticas económicas y sociales. Y así lo hicieron valer en sus impugnaciones legales de las leyes europeas de democratización empresarial que se fueron sucediendo en esos años. En general, el proyecto de salida neoliberal a la crisis de sobreacumulación se basaba, en definitiva, en la reducción de la participación democrática a su mínima expresión (“minimalismo democrático”) o incluso, en la liquidación de la democracia parlamentaria cuando fuera necesario. Los diversos experimentos neoliberales tienen en común justamente esto: la erosión democrática en sus diferentes formas. El golpe de Estado contra el Gobierno de Allende, que había puesto en marcha importantes medidas de democracia industrial,⁴ acabó incluso con la democracia política. En los países de Europa occidental esta erosión quedó mitigada hasta el inicio de la gran recesión de 2008 por la inercia de los grandes pactos políticos de la posguerra. Pero también estos fueron cediendo poco a poco con cada medida de política monetarista y neoliberal. Hoy, ya hay varios países en Europa que no son gobernados por poderes elegidos democráticamente.

Maastricht como motor restaurador

En este caminar hacia un neoliberalismo cada vez más puro y consecuente fue decisivo el Tratado de Maastricht. El proyecto de integración monetaria sin integración fiscal y política, que sancionaría los intereses de aquellos países mejor preparados para exportar –por ejem-

⁴ J. G. Espinosa, A. Zimbalist, *Democracia económica, la participación de los trabajadores en la industria chilena, 1970-1973*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1984.

plo debido al desarrollo de políticas industriales activas y sostenidas por parte de sus gobiernos— a costa de los menos preparados resulta decisivo en esta andadura. Fue creando una Europa cada vez más desigual que sólo se podría conseguir con una economía y unas finanzas cada vez más inmunes a la voluntad de sus ciudadanos. El alejamiento de las decisiones sobre política económica, infraestructuras o alimentarias que le conciernen a la ciudadanía, así como la ausencia de una articulación democrática de las políticas comunitarias (autonomía del Banco Central Europeo, falta de poder del Parlamento Europeo, etc.) son sus principales razones. Pero también la concentración de muchas de estas decisiones en un lugar —Bruselas— en el que el (gran) poder económico tiene más capacidad de influir que los propios ciudadanos, estos últimos mucho peor organizados, más dispersos y provistos de muchos menos recursos económicos. Explica la implantación de las políticas económicas insolidarias que ahora sufren las poblaciones de todos los países europeos debido a los drásticos recortes sociales y salariales, y cuyo objetivo es precisamente que las empresas nacionales puedan competir mejor con las de otros países europeos. Estas políticas, por medio de las cuales los más fuertes se imponen comercialmente a los más débiles, explican la acumulación de desequilibrios comerciales entre el norte y el sur hasta alcanzar niveles insostenibles. La consecuencia de estos desequilibrios comerciales es el sobreendeudamiento del Sur con los bancos de centroeuropa, la imposibilidad de varios gobiernos de devolver el dinero prestado y de seguir financiándose en los mercados financieros. Sin la erosión paralela de los sistemas políticos nacionales (aumento de la abstención, autonomía creciente de los elegidos de los electores, cauces de delegación cada vez más largos, liquidación de los espacios de opinión pública no dependientes de intereses económico-mediáticos, etc.), no se habría podido llegar a esta situación: las alarmas habrían sonado mucho antes, las alternativas habrían podido ser discutidas en el espacio de la opinión pública, y los intereses a largo plazo de las poblaciones europeas habrían quedado mejor garantizados.

Democracia económica como estrategia para un cambio global

Todo esto demuestra que la estrategia democrática es y ha sido siempre una pieza esencial de un nuevo diseño económico y empresarial. El elemento democrático no puede ser un condimento externo para darle legitimidad a un sistema político y económico en el que se toman las grandes decisiones a espaldas de la ciudadanía. O para utilizar la implicación de los trabajadores con el fin de forzar aún más la competencia entre empresas, territorios y países a costa de una relación cooperativa. Hay formas de entender la democracia económica y empresarial que van en este último sentido. Por ejemplo el *co-management* y la estrategia sindical del *corporativismo para la competitividad* fijada en el Tratado de Lisboa a propuesta de los sectores más conservadores del movimiento obrero europeo. Esta estrategia frena la articulación de una oposición internacional a la destrucción del llamado “modelo social europeo” y, tras el cambio de ciclo de 2008, bloquea los intentos de respuesta coor-

dinada de todo el movimiento europeo contra las políticas de liquidación de dicho modelo.⁵ La nueva estrategia de democracia económica –y empresarial– no puede agotarse, por tanto, en la democratización del espacio micro (por ejemplo los puestos de trabajo, o reparto de resultados económicos de la empresa) cuando esta se convierte en una pieza más de un gran y abarcador mosaico neoliberal. En este caso acaba siendo funcional al mismo, pierde su potencial democrático y emancipador aún cuando pase efectivamente por el aumento de la participación de los trabajadores en la gestión de algunos aspectos de la actividad empresarial. Por el contrario, tiene que convertirse en parte de un programa más general destinado a crear un orden económico y empresarial solidario y cooperativo dentro y entre los territorios, así como social y ambientalmente sostenible. Se trata, en definitiva, de un programa para la participación ciudadana en la regulación de la economía, y de una forma de participación en la actividad productiva entendida como una pieza (“micro”) de un proyecto más amplio (“macro”) de transformación social.

De abajo a arriba y de arriba a abajo

Se asentaría en dos pilares: la creación de circuitos económicos locales («desglobalización parcial»: Walden Bello) y el redimensionamiento y la regulación del sistema financiero poniéndolo al servicio de las necesidades de la economía productiva. Las dos se complementan. Los espacios económicos locales facilitan el acercamiento del sistema empresarial a la satisfacción de las necesidades de los ciudadanos, lo cual estimula el empleo de procedimientos democráticos dentro de las empresas con el fin de trasladar de forma eficiente estas necesidades a diseños, planos y calendarios de producción, a la gestión de personal, de los tiempos, etc.⁶ Sin embargo, dadas las extraordinarias dimensiones de los mercados financieros, su regulación sólo puede alcanzarse hoy con ayuda de un gran paraguas institucional consensuado internacionalmente. La experiencia de las Cajas de Ahorro españolas demuestra que no es posible hacer una cosa sin la otra. Dichas Cajas son los únicos espacios empresariales en España en los que la ciudadanía tiene representación en los consejos de administración. Han funcionado durante más de 150 años de forma ejemplar para desarrollar proyectos locales al servicio de las necesidades de los ciudadanos, necesidades que no fueron cubiertas durante décadas por un Estado insensible a las demandas de los territorios más necesitados. Su exposición a la gran economía financiarizada por la que apuestan de facto todos los gobiernos españoles a partir de 1985 para abordar el problema del paro estructural –el gran cáncer de dichas comarcas– y para asegurar la prestación de servicios públicos municipales, las ha arrojado a la quiebra, no sin antes haber participado en numerosos casos de corrupción local.

⁵ U. Klitzke, H. Betz y M. Möreke (eds.), *Von Klassenkampf zum Co-Management?*, VSA, Hamburgo, 2000 y A. Fernández Steinko, «El corporativismo para la competitividad», *mientras tanto*, núms. 83 y 84, 2002.

⁶ A. Fernández Steinko, *Democracia en la empresa*, Hoac, Madrid, 2000.

La regulación más democrática de las finanzas globales resulta imprescindible si se quiere que prosperen los espacios más locales de democratización económica y empresarial. Esto obliga a seguir tomándose en serio los espacios “macro” de intervención ciudadana en la economía. Pero estos espacios macro se pueden articular democráticamente a través de la delegación del voto y de la vinculación entre competencia técnica, fidelidad a una serie de principios morales y políticos, y sistemas eficientes de control ciudadano de la acción de los elegidos. Es verdad: los espacios micro de participación son los idóneos para la articulación de la participación directa de los ciudadanos en los asuntos económicos y empresariales que les conciernen, pero no aseguran por sí mismos un orden democrático sostenible. Todo lo contrario. Debido precisamente a que la participación tiende a hacer más competitivas a las empresas, aquella puede servir también para afianzar políticas neocompetitivas de base territorial como suceden en España, Italia o Alemania. Su objetivo es crear o salvar puestos de trabajo en los territorios propios a costa de quitárselos al que tienen al lado, una política que está en la raíz de los desequilibrios comerciales acumulados en Europa. Los consejos económicos sociales de ámbito local y comarcal dotados de poderes reales o la creación de un sector bancario municipal y cooperativo que recoja el ahorro de los ciudadanos para destinarlo a actividades codecidas por los propios depositantes, pueden cumplir una importante función mediadora entre los espacios “macro” y los “micro”. Pero al mismo tiempo hacen faltan sistemas de regulación de dimensión estatal y europeo-continental destinados a controlar el apalancamiento de las instituciones financieras –incluidas las Cajas–, a crear agencias públicas de calificación, a restringir el mercado de *hedge funds*, etc.

El objetivo, por tanto, no puede ser una especie de neolocalismo sin más. El reto es articular una relación democrática que funcione con eficiencia *tanto* en el plano continental y mundial, como en el plano local. Aunque la noción de *eficiencia* debe ser sometida a una profunda revisión (ya hay muchas experiencias que van en este sentido). La nueva forma de entender la eficiencia no debe circunscribirse sólo a su dimensión económica. Por el contrario, la eficiencia económica debe ser ampliada y contrastada con otras eficiencias (por ejemplo, la ambiental, la social, etc.) y además debe ampliarse también el horizonte temporal, espacial e institucional del propio cálculo económico: lo que puede ser rentable a corto plazo para una empresa individual puede resultar ruinoso a largo plazo para la comarca o la sociedad en su conjunto. Los números sólo reflejarán esta eficiencia compleja y global si se trabaja con sistemas de indicadores integrados o “policromáticos”, es decir, rojos, verdes, violetas, azules, etc.⁷ Cuando no se hace así, la cuantificación de la eficiencia deja fuera todo aquello que sufre un desgaste, o incluso una destrucción irreversible: la “eficiencia micro” se libra a las espaldas de la “eficiencia global”, de los bienes colectivos y de otros.

⁷ Así mi propuesta A. Fernández Steinko, «Multicoloured indicators for assessing global sustainability», Documento de trabajo, Universidad de Chemnitz, Alemania, 2005 [disponible en: <https://dl.dropbox.com/u/109592466/Indicadores%20policrom%C3%A1ticos.pdf>]

La reducción de la jornada y una mínima estabilidad en el empleo son condiciones insoslayables para la creación de un orden democrático

Si tenemos en cuenta las enormes necesidades de financiación requeridas para recomponer el sistema productivo, energético y de transportes de la mayoría de los países, a los que se suman las necesidades –aún más grandes si cabe– de creación de empleo en un país como España, así como el contexto financiero internacional, parece aventurado –al menos en este momento: el futuro se muestra imprevisible– apostar por la vuelta a una moneda nacional como sugieren algunos autores. Su argumento es legítimo y tiene, sobre todo, un contenido democrático: los bancos centrales nacionales son espacios más próximos y, por tanto, potencialmente más permeables a las necesidades de sus poblaciones. Sin embargo, este argumento no tiene en cuenta las extraordinarias dimensiones que han adquirido los mercados financieros y su potencial desestabilizador de las políticas económicas alternativas. Es verdad: la actual moneda única forma parte del proyecto neoliberal acordado en Maastricht. Pero esto no anula las importantes ventajas que representa, sobre todo para los países más débiles y endeudados como los del sur de Europa, el poder disponer de una moneda compartida para abordar un proyecto como el que estamos esbozando en medio de un sistema financiero internacional altamente agresivo y poderoso. Naturalmente, las cosas pueden cambiar muy rápido. Pero hoy por hoy la focalización de la estrategia democrática en la salida del euro refleja una simplificación del fenómeno democrático. En la actual situación, la democracia económica no se puede ejercer sólo en el plano micro o nacional, especialmente cuando se trata de naciones pequeñas o muy pequeñas. Por eso hay que reflexionar también sobre la construcción de un modo de regulación de las finanzas internacionales que –al menos– limite la destrucción que pueden provocar los enormes excedentes financieros que hoy deambulan por el mundo en busca de una colocación rápida y rentable. Es verdad: la Europa de Maastricht ha sido la excusa para colocar a la economía en un limbo (aún más) antidemocrático. Pero el abandono de la carta europea y la identificación de Maastricht con la existencia de una moneda única no hace –al menos hoy por hoy– no más, sino menos realista un proyecto de democracia económica y empresarial incluso o precisamente cuando este apuesta por darle un protagonismo especial a los espacios de socialización más locales y próximos a la ciudadanía.

Algunos aspectos a tener en cuenta

Hay algunos aspectos que no habría que perder de vista en este contexto. Muchos de ellos han sido recurrentes en las experiencias anteriores y también lo serán, de una forma o de otra, en el futuro.

1. La *formación* de los ciudadanos-productores. Hoy los ciudadanos tienen unos niveles de formación mucho más altos y están mucho mejor informados que en décadas pasadas. En aquellos años personas con un acceso privilegiado a la cultura (llamadas a veces “vanguardias”) hablaban en nombre de ciudadanos con pocos recursos. Esto generaba sistemas de participación basados en cauces de delegación cada vez más largos, cuya razón de ser última no era técnica sino la enorme desigualdad en el acceso a los recursos culturales. Hoy se dan mejores condiciones subjetivas para regular la economía y la actividad productiva de otra forma. La condición es que las mayorías estén continuamente aprendiendo en sus empresas y en su entorno de vida, que vivan y trabajen en organizaciones «en estado continuo de aprendizaje».⁸ Pero otra condición es también que no tengan que dedicar una parte sustancial de su energía y de su tiempo a luchar por satisfacer sus necesidades más elementales: la reducción de la jornada y una mínima estabilidad en el empleo son condiciones insoslayables para la creación de un orden democrático también en el campo de la economía y la gestión de las empresas.
2. La *crisis ambiental* hace urgente la necesidad de reconvertir el sistema de producción y de consumo. Las empresas y sus productores tienen que definir una nueva relación con la sociedad, el medioambiente y los consumidores finales. No todo está permitido por muy rentable económicamente que sea, ya no es asumible un choque entre el subsistema económico y el subsistema ambiental, laboral, etc. La forma más operativa para llevar a cabo una reconversión tan compleja, y en la que el subsistema económico esté equilibrado con el resto, es crear mecanismos de relación directa entre productores y consumidores, entre trabajadores y ciudadanos. Los ingenieros tienen que diseñar sistemas y subsistemas de productos partiendo de las necesidades formuladas por los propios consumidores finales, contrastándolas con las necesidades del conjunto de la población, del territorio y del medioambiente, encontrando soluciones técnicas que nazcan de estas formulaciones. Así, las estrategias de obsolescencia programada –cuyo objetivo es acortar el período de duración de un producto con el fin de estimular la compra de uno nuevo⁹– deben dar paso a otros criterios para definir productos y procesos más duraderos que, a su vez, requerirán de la creación de muchos más puestos de trabajo de reparación y mantenimiento, la mayoría de ellos cualificados. Los productos fabricados no deben atender sólo o preferentemente a las necesidades de revalorización de los capitales individuales sino que, además, tienen que adaptarse a las necesidades de la sociedad y de la naturaleza en su conjunto, dar pie a procesos productivos sostenibles. Pero sostenibles no sólo en lo ambiental. Además, los planes de producción y la organización de las cadenas de valor añadido tienen que fomentar un “trabajo bueno”, un trabajo en el que el esfuer-

⁸ T. Stahl, B. Nyhan y P. D'Aloja, *The learning organisation: a vision for human resource development*, Eurotecnnet, Bruselas, 1993.

⁹ Véase sobre este particular A. Leonard, *La historia de las cosas: de cómo nuestra obsesión por las cosas está destruyendo el planeta, nuestras comunidades y nuestra salud y una visión del cambio*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

zo físico y sobre todo síquico no sobrepasen la capacidad del ciudadano de repararlos y mantenerlos a raya, etc.

3. El problema de la *propiedad* seguirá siendo determinante. Sin embargo sus diversas formas y mixturas deben valorarse en función de la participación ciudadana en las nuevas formas de producir y de decidir sobre el rumbo económico general, así como de su contribución a una noción compleja, amplia y sostenible de eficiencia. Los experimentos de democracia económica, tal y como se plantearon en el período fordista tanto en los países capitalistas como, por ejemplo, en la República Democrática Alemana (RDA) de la década de los años sesenta, no exploraron ni política ni técnica ni cultural y, ni mucho menos, económicamente esta conexión. Reposaban en la definición de una relación mecánica entre democracia y nacionalización/empresa estatal que no incluía la articulación de mecanismos para que la ciudadanía pudiera codecidir, por ejemplo, sobre la nueva funcionalidad –social, ambiental, laboral– de las empresas públicas o nacionalizadas, sobre la adaptación de su organización a los recursos subjetivos de sus trabajadores, con la esfera reproductiva, el entorno local, etc. Aquellas iniciativas también mostraron una incapacidad importante a la hora de vincular los intereses individuales y subjetivos de los productores activos en las empresas nacionalizadas con el rumbo económico general de las comarcas, de las regiones y de los países de los que formaban parte, casi siempre subsumiéndolos a estos últimos.¹⁰ Esto no sólo provocó el debilitamiento de las izquierdas, y en el caso de la RDA, la frustración de los experimentos reformistas impulsados por Walter Ulrich en la primera mita de los años sesenta. Su consecuencia a largo plazo fue la ampliación del campo ideológico del neoliberalismo que lanzaba un mensaje de iniciativa y emancipación personal a una ciudadanía cada vez más instruida y menos dada a aceptar estilos autocráticos de cualquier signo. Esta invitación neoliberal a una mayor implicación y realización personal en el trabajo fue fácilmente incorporable al nuevo discurso microeconómico neoliberal basado en políticas de oferta. El resultado fue –y sigue siendo– la proliferación de «Yo S.A.», de empresas reales o virtuales en las que el individuo se convierte en “empresario” de sí mismo y empieza a pensar y a sentirse como tal. La individualización general de las relaciones de empleo y el aumento de los pequeños empresarios y de los autónomos se extendieron rápidamente por todo el tejido social reforzando la hegemonía del neoliberalismo a costa de las propuestas empresariales de raíz solidaria y cooperativa. Esta situación todavía no forma parte del pasado: si no se le da a la subjetividad nacida de los cambios sociales, culturales y tecnológicos de las últimas décadas una salida solidaria también en el plano empresarial, dicha subjetivi-

¹⁰ Para un análisis crítico de la experiencia del Gobierno de la izquierda en Francia de 1981 veáse P. Zarifian, «Plan, mercado, autogestión», *Utopías*, núm. 155, 1993, pp. 76-95. Para otro de la experiencia en la RDA a principios de la década de los años sesenta veáse K. Steinitz, «Impulse für Wirtschaftsdemokratie», *Sozialismus*, núm. 11, 2012, pp. 48-55. La propuesta sueca de creación de fondos regionales, que formarían parte de los fondos de los asalariados es digna de ser tenida en cuenta para abordar la contradicción entre los intereses microeconómicos de los empleados y los intereses de las regiones y de los ciudadanos en su conjunto. Veáse A. Fernández Steinko, *op. cit.*, 2001.

dad seguirá optando por una salida insolidaria (individualización de las relaciones sociales) y el potencial emancipador generado por la dinámica histórica del capitalismo quedará desaprovechado.

4. El *tamaño* de muchas empresas tradicionales, que incluía la generación “en casa” de un elevado porcentaje de valor añadido, ha sido desplazado por un modelo empresarial mucho más disperso en el espacio, más especializado y más dependiente del entorno territorial. Se basa en una mayor división del trabajo entre empresas y en una disminución del valor añadido generado por cada una de ellas. Esta situación reduce la autonomía de las empresas individuales, las hace depender más y más de las regiones en las que están enclavadas, de otras empresas, de las infraestructuras creadas entre ellas. Pero también socava la visión estrictamente individual-microeconómica de los procesos productivos. Por otro lado obliga a tener una visión más de conjunto de los sistemas productivos, permite y obliga a “politizar” el territorio mismo pues es aquí, en el espacio extrae inter-empresarial, donde se toman cada vez más decisiones que afectan a las empresas y a las cadenas de valor añadido de las que forman parte. En realidad, la producción en el capitalismo contemporáneo está, de facto, en buena medida “socializada” ya en muchos aspectos importantes como este, lo cual fomenta el acercamiento entre los intereses de los ciudadanos y de los productores. El municipio y las mancomunidades, dos espacios ideales para el desarrollo de formas directas de participación, tienden a ganar peso en los nuevos sistemas productivos. Aunque siempre y cuando queden vinculados a espacios institucionales más amplios que apoyen los procesos democráticos con políticas macroeconómicas inspiradas en principios solidarios y sostenibles en lo ambiental y laboral.

Conclusión: la superación del modelo secuencial

La democracia económica y empresarial ha sido históricamente protagonista central de los procesos de democratización entendidos como un sistema interdependiente de procesos de democratización parciales (sufragio universal, democracia en el acceso al saber y la información, democracia en el acceso a los recursos sanitarios, a un medioambiente saludable, etc.). Ni la historiografía, ni la política y mucho menos aún la economía, han tenido lo suficientemente en cuenta la importancia de la democracia económica y empresarial como precondición para la consolidación de dicho sistema interdependiente o «paño democrático».¹¹ Y ello, a pesar de que el desdoblamiento entre democracia política por un lado, y democracia económica y empresarial, por otro, forma el núcleo del proyecto de democracia mínima-

¹¹ A. Fernández Steinko, «Herramientas para un chequeo de la dinámica democrática», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (REIS), núm. 94/01, 2001, pp. 9-35.

lista propio de las “sociedades burguesas” tal y como fueron criticadas por los movimientos socialistas del siglo XIX.

Hay que dar una salida solidaria a la subjetividad de las últimas décadas, que aproveche el potencial emancipador de la dinámica histórica del capitalismo

El concepto de *democracia social* es una especie de compromiso que deja fuera el derecho de los ciudadanos a seguir siéndolo también en el ámbito de la empresa, sea pública o privada. Lo que se entiende por *democracia social* es, por tanto, de naturaleza secuencial y refleja el pacto político de la posguerra: la izquierda –en aquellas fechas una socialdemocracia fuertemente comprometida con el capitalismo y la guerra fría– acepta reconocer el monopolio de la propiedad en la gestión de los medios de producción, aunque a cambio de que dicha propiedad se comprometa a colaborar con un sistema impositivo progresivo destinado a financiar un Estado de bienestar. Es secuencial porque propone, primero, generar la riqueza y los valores de uso sobre bases no democráticas y cada vez más tecnocráticas, aunque admite que después y en un segundo paso se reparta el excedente siguiendo procedimientos democráticos fuertemente delegadores, es decir, a través de partidos políticos que se disputan los escaños en elecciones parlamentarias. El llamado modelo social europeo es, sin duda, un gran avance histórico que hay que seguir defendiendo con uñas y dientes, pues por primera vez le dio a las clases populares el derecho a beneficiarse del crecimiento económico y, de alguna forma, permite que la ciudadanía no tenga que dedicar toda su energía vital y todo su tiempo a satisfacer sus necesidades más perentorias e inmediatas. Sin embargo, es un modelo muy vulnerable en términos democráticos y que genera graves problemas de legitimidad a medida en que aumenta el nivel general de instrucción de la población. La razón es que se basa en la exclusión de la ciudadanía de aquellos espacios donde se toman las grandes y pequeñas decisiones empresariales para las cuales sólo admite formas muy indirectas de participación ciudadana. No hay ningún espacio donde esto se ponga de manifiesto de forma más clara que en el de la economía y la empresa. Las formas de participación delegadoras son fácilmente transformables en la exclusión completa y sistemática de una ciudadanía cada vez más instruida de dichas decisiones. La autonomización de los elegidos con respecto a los votantes (por ejemplo, alegando razones técnicas) acaba siendo inevitable lo cual erosiona su legitimidad y, poco a poco, va dando vía libre para que las decisiones económicas y empresariales se queden completamente fuera de la participación democrática. Además crea una cultura que desincentiva al ciudadano de participar en la cogestión de los asuntos económicos y abona el campo para que sean los poderes económicos los que monopolicen los procesos de toma de decisiones a través de *lobbies*, fundaciones o por medio de su participación directa en los gobiernos (empresarios

que se convierten en ministros, etc.). La exclusión de los ciudadanos-trabajadores de las grandes decisiones empresariales que mantiene así intacto el poder de la propiedad en el acceso a los medios de producción, acaba provocando una autonomización de la economía y de las empresas con respecto a la sociedad civil y la ciudadanía, por mucho que los (neo)liberales insistan en incluir a las empresas privadas dentro de la sociedad civil. Este monopolio en el tratamiento de los grandes y pequeños asuntos económicos y empresariales contribuye a erosionar la democracia en su conjunto pues sitúa a la economía y al conjunto de la sociedad al servicio de los intereses empresariales privados. El proyecto neoliberal es la crónica de esta fagocitación. Como hemos visto este último pasó a la ofensiva en muchos países europeos hacia finales de los años setenta como una primera respuesta empresarial a los intentos de ciudadanizar el espacio de la producción y del trabajo asalariado. Este ataque inicial de contenido empresarial acabó transformándose después en el intento de poner toda la economía y toda la sociedad al servicio de los grandes intereses privados, es decir, acabó transformándose en una erosión de la propia democracia política, incluso en su versión delegadora e indirecta.

Todo esto nos permite proponer dos conclusiones: a.) la crisis del neoliberalismo es la crisis de un modelo de organización social basado en la erosión de la democracia en su conjunto y no sólo de la democracia económica. Esta erosión se produjo en varias etapas. Primero vino la erosión de la democracia empresarial, luego la de los espacios de participación indirecta –es decir a través de elecciones parlamentarias– en la definición de las grandes políticas económicas. A medio y largo plazo, este proceso llevó a la erosión de la propia democracia política, incluso en su versión más diluida pues el sistema parlamentario es utilizado para poner en marcha políticas basadas, no en el interés general sino en intereses particulares; y b.) la configuración de otro modelo económico y político tiene que abordar el problema de la democratización también de los espacios de la economía y de la empresa. O dicho de otra forma: sólo si los productores siguen siendo ciudadanos también en los espacios donde desarrollan su trabajo y se vinculan a espacios de participación –directa y delegada– en los que pueden codecidir también sobre el rumbo de la economía general y de sus espacios de vida más próximos, es posible asegurar a largo plazo incluso la propia democracia política. Esto es tanto como afirmar que el fenómeno democrático ha de ser tratado como un todo integrado e indivisible si se pretende que sea sostenible, que dure y que se consolide. Las experiencias que dos generaciones de ciudadanos han venido acumulando con el modelo neoliberal vuelven a demostrar que sólo esta forma de vivir la democracia permite alterar el poder estructural que se da en el seno de las sociedades capitalistas, incluidas las propias correlaciones del poder político.

Cultivar la resiliencia. Los aportes de la agricultura urbana a las ciudades en transición

El artículo repasa los usos del término resiliencia y su relación específica con el ámbito de la ciudad, a la vez que examina algunas fórmulas para aplicar la noción de sostenibilidad al entorno urbano. Se centra en el papel de la agricultura urbana y periurbana, cuyo alcance rebasa la mera producción de alimentos ya que es generadora de espacios donde desarrollar otros modelos de ciudad, fomentar la convivencialidad e ilustrar una alternativa al actual sistema agroalimentario.

Esperamos sólo lo que tiene alguna posibilidad de alcanzarse.

Reparamos algunas cosas.

Un poco es mucho. Una cosa reparada puede cambiar otras mil

John Berger

Ante grandes males, muchas soluciones pequeñas, coordinadas, coherentes

M. Max-Neef

Raíces y alas, pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen

Juan Ramón Jiménez

Las sociedades humanas han evolucionado a lo largo de la historia adaptándose y reinventándose para perdurar durante los periodos de crisis. En la actualidad vivimos una crisis multidimensional (ecológica, energética, económica...) que previsiblemente se manifestará con especial intensidad en los entornos urbanos. El concepto de resiliencia y sus estrategias (diversidad, capacidad de aprendizaje, innovación y adaptación, autoorganización y auto-suficiencia) pueden darnos pistas de cómo reducir la vulnerabilidad urbana ante escenarios de futuro adversos. Uno de los principales retos de las ciu-

José Luis Fernández Casadevante es miembro de Garúa S. Coop. Mad. y responsable de Huertos Urbanos de la FRAVM

Nerea Morán Alonso es investigadora del departamento de Urbanismo y Ordenación del Territorio de la ETSAM y miembro del colectivo Surcos Urbanos

dades será garantizar su abastecimiento alimentario, en este sentido los aportes de la agricultura urbana y periurbana devienen fundamentales.

Una navaja suiza lingüística: la resiliencia como término multiuso

El vocablo resiliencia se ha popularizado en la literatura científica anglosajona para recientemente recaer nuevamente en las lenguas latinas de las que proviene. La etimología del concepto *resilio* está compuesta por el prefijo *re-* y el verbo *salire*, saltar, significando algo así como *volver de un salto*. Las primeras aplicaciones científicas del término proceden del campo de la física de los materiales, usándose con cierta literalidad para expresar las cualidades de un resorte: resistir a la presión, doblarse con flexibilidad y recobrar su forma original. Esta capacidad de volver a su estado normal tras ser sometidos a mucha presión la encontramos en materiales como la seda de la tela de araña, el tendón humano, el cuerno de algunos mamíferos o los cables submarinos. Un ejemplo ilustrativo de alta resiliencia serían las botellas de plástico PET, que se pueden aplastar y deformar, y si se las sopla posteriormente vuelven a su estado inicial con facilidad.

La idea de resiliencia fue trasladada después al campo de las ciencias sociales, especialmente al de la psicología, donde se usa para describir la capacidad que tienen las personas para rehacerse emocionalmente y continuar con su vida después de haber sido sometidas a grandes presiones (catástrofes, traumas o situaciones ambientales adversas como de pobreza o violencia).

«En definitiva, la resiliencia distingue dos componentes: la resistencia frente a la destrucción, es decir, la capacidad para proteger la propia integridad bajo presión, y más allá de la resistencia, la capacidad de forjar un comportamiento vital positivo pese a las circunstancias difíciles. El concepto incluye además, la capacidad de una persona o sistema social de afrontar adecuadamente las dificultades, de una forma socialmente aceptable».¹

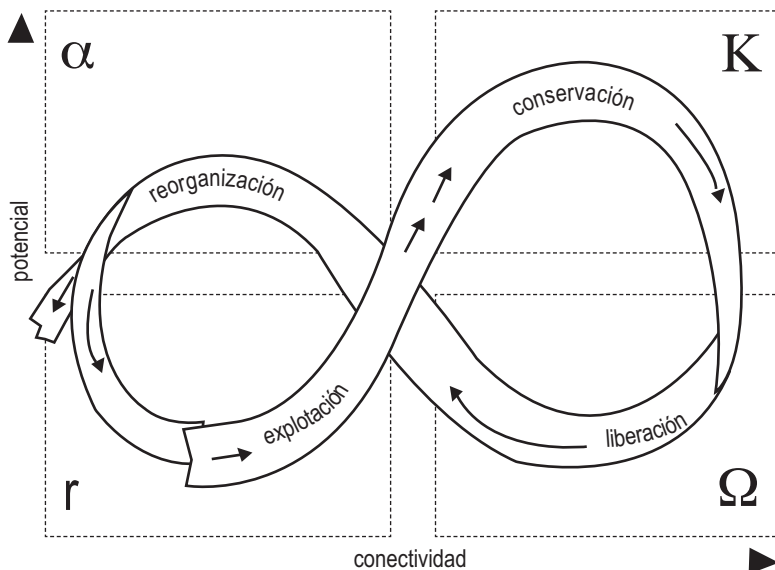
De estas aplicaciones a la psicología social resaltan los rasgos que hacen aumentar la resiliencia de una persona o comunidad: el crecimiento de la autoestima colectiva o la identidad cultural, el disponer de habilidades sociales, el encontrarse insertos en redes de apoyo, presencia de padres o cuidadores competentes, tener un propósito significativo en la vida, creer que uno puede influir en lo que sucede a su alrededor o creer que se puede aprender de las experiencias negativas.² Lo que viene a suponer, en definitiva, la capacidad

¹ V. Muñoz y F. De Pedro, «Educar para la resiliencia. Un cambio de mirada en la prevención de situaciones de riesgo social», *Revista Complutense de Educación*, vol. 16., 2005.

² C. Villalba, «El enfoque de resiliencia en trabajo social», *Revista de Acciones e Investigaciones Sociales*, núm. 1, 2006.

para llevar a cabo satisfactoriamente el proceso de reelaborar el dolor o los cambios profundos. La resiliencia depende de la cantidad de conexiones que tengamos en el cerebro o de vínculos sociales que nos ligen a una comunidad, así como de la reconstrucción activa de las relaciones con el entorno a partir de nuevos patrones.

El concepto de resiliencia también se aplica al campo de la ecología de sistemas, como fórmula explicativa de los procesos de adaptación de los ecosistemas ante perturbaciones en su equilibrio. La resiliencia fue definida por C. S. Holling como «la capacidad adaptativa de un ecosistema para mantener sus funciones habituales mientras afronta procesos disruptivos o de cambio severo». ³ Una dinámica explicada bajo la noción de *ciclo autoadaptativo*, ⁴ en la que un ecosistema se desestabiliza rápidamente debido a una disrupción (incendio, plaga, sequía...), quedando alterado y viéndose obligado a realizar un proceso de reorganización para seguir cumpliendo sus funciones. Los ecosistemas con alta resiliencia (baja vulnerabilidad) se reestructurarán, alcanzando una nueva estabilidad que mantiene altos grados de eficiencia y autosuficiencia, volviendo a desarrollarse en grados de complejidad similares. Mientras, aquellos con menor resiliencia que hayan superado un umbral crítico colapsarán al no poder recuperarse y terminarán tomando formas mucho más pobres y simples.



Fuente: L. H. Gunderson y C. S. Holling, 2002

³ C. S. Holling, C. S., «Resilience and Stability of Ecological Systems», *Annual Review of Ecology and Systematics*, vol. 4, 1973; y L. H. Gunderson y C. S. Holling, C.S., *Panarchy. Understanding transformations in human and natural systems*, Island Press, 2002.

⁴ *Ibidem*.

Las aplicaciones más recientes del concepto de resiliencia⁵ incorporan el papel de las sociedades humanas en la transformación de los ecosistemas. Así, han acuñado el concepto de *sistemas socioecológicos* para ilustrar esta interdependencia, y analizan cómo las distintas sociedades establecen modos de gestión de los recursos que pueden ser más o menos resilientes. La gestión adaptativa sería aquella que es capaz de responder a las perturbaciones desarrollando nuevos modos de organización. Las redes sociales y la memoria colectiva se reconocen como importantes fuentes de resiliencia, constituyendo la base sobre la que desarrollar una creatividad basada en el conocimiento.

La resiliencia no es una característica innata de personas o (socio)ecosistemas. Se puede aprender, potenciar y cultivar

En este contexto las preguntas más sugerentes serían aquellas que respondieran preguntas del tipo ¿cómo fomentar la resiliencia? o ¿qué variables hacen menos vulnerables a los ecosistemas? Los expertos hablan de la existencia de cuatro factores que hacen a los sistemas resilientes y facilitan su pervivencia en el tiempo. Estas variables deben darse de forma simultánea para garantizar dicha sostenibilidad:⁶

- Los equilibrios son dinámicos y las pequeñas desestabilizaciones deben ser vistas como una fuente de aprendizaje para la transformación de sistemas complejos.
- La diversidad sistémica y la biodiversidad proveen las fuentes para las futuras respuestas adaptativas.
- El conocimiento y la habilidad del sistema para desarrollar e incrementar la capacidad de aprender, innovar y adaptarse.
- El grado de autoorganización y autosuficiencia existente en el sistema, así como su capacidad de utilizar la memoria, su historia de transformaciones, para el proceso de reorganización.

Hemos visto cómo los diversos manejos del concepto de resiliencia mantienen una coherencia y una alta potencia explicativa, mostrando la versatilidad de este término para ayudarnos a comprender cómo los cuerpos, las personas, comunidades y ecosistemas se adaptan y reorganizan ante cambios severos. No resulta extraño, por tanto, la proliferación en los usos del concepto hasta la actual tendencia de su aplicación a las ciudades y el urbanismo.

⁵ El Stockholm Resilience Centre, dirigido por el profesor Carl Folke, es una referencia en este sentido. Se trata de un centro de investigación transdisciplinar que desarrolla distintas líneas de investigación sobre sistemas socioecológicos complejos y prácticas de gestión de ecosistemas.

⁶ F. Berkes, J. Colding y C. Folke, *Navigating social-ecological systems: Building resilience for complexity and change*. Cambridge University Press, Cambridge (UK), 2003.

Ciudad y resiliencia: apuntes para una nueva agenda urbana

Las ciudades reflejan las principales tendencias de nuestra época: sus imaginarios se han vuelto hegemónicos en la sociedad, concentran la mayor cantidad de población mundial, tienen las mayores proyecciones de desarrollo y sus dinámicas provocan una creciente incidencia global en el consumo de recursos, generación de residuos y producción de impactos ambientales. Este hecho se traduce en que cerca del 80% de la huella ecológica global es generada solamente en el 15% del territorio.⁷

Este proceso de expansión metropolitana ilimitada se ha sustentado en un creciente proceso de *autonomización* de la organización espacial, de modo que la planificación se desentiende de las particularidades del territorio, y este deviene mero soporte para la actividad económica.⁸ Unas dinámicas urbanas basadas en la extralimitación y el sobreconsumo de recursos, posibilitadas por el acceso a energía abundante y barata, ha dado lugar a ciudades altamente dependientes en términos ambientales y con severas injusticias sociales.

La ficticia independencia de las ciudades frente a los ecosistemas naturales en los que se sustentan convierte los sistemas urbanos en los más vulnerables ante factores altamente desestabilizadores como la crisis energética,⁹ el pico del petróleo, el cambio climático¹⁰ o ante las consecuencias territoriales y urbanas de la crisis socioeconómica (hiperespecialización productiva, segregación espacial, deterioro de servicios públicos, exclusión social, cambios demográficos, etc.). Se trata de una fragilidad que todavía no ha sido interiorizada por la arquitectura, el planeamiento, la economía o los estilos de vida urbanos, aun sabiendo por anticipado que a medio plazo resulta irreversible enfrentar estas perturbaciones.

La persistencia de la forma ciudad con todas sus transformaciones durante 6.000 años, superando todo tipo de crisis (políticas, económicas, bélicas...), evidencia la capacidad de reinención que ha tenido y su flexibilidad para adaptarse a circunstancias cambiantes. En muchos casos, esa adaptación se ha logrado mediante la simplificación de ecosistemas complejos y la externalización de los impactos ambientales (extracción de recursos y vertido de residuos), entendiendo la relación sociedad-naturaleza desde un enfoque desarrollista que aumenta la presión sobre los ecosistemas y las desigualdades sociales en una huida hacia delante que divisa su fin al chocar con los límites biofísicos del planeta. La coyuntura actual hace urgente un urbanismo de anticipación, que articule de forma simultánea estrategias dirigidas a favorecer la resiliencia de las personas y comunidades humanas, así como

⁷ VVAA, *Informe Ciudades. Hacia un pacto de las ciudades españolas ante el cambio global*, Cambio Global España 2020/2050, Centro Complutense de Estudios e Información Medioambiental, 2009.

⁸ A. Magnaghi, *El proyecto local. Hacia una conciencia de lugar*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 2012.

⁹ VV.AA., *Informe World Energy Outlook 2011*, Agencia Internacional de la Energía (IEA), 2011.

¹⁰ VVAA, *Las ciudades y el cambio climático: orientaciones para políticas*, Programa de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, 2011.

la reorganización del funcionamiento de los sistemas urbanos y sus economías, de cara a facilitar su viabilidad en escenarios de futuro adversos.

Una de las enseñanzas que se derivan de los estudios sobre resiliencia en los diversos campos es que esta no es una característica innata de personas o (socio)ecosistemas, sino una variable que se puede aprender, potenciar y cultivar a lo largo del tiempo. Desplegar una estrategia de fomento de la resiliencia requiere que *ciudad y ciudadanía* reorienten la ordenación territorial, la política, la economía y la cultura hacia la autonomía. Se trata de incorporar y traducir a la realidad urbana las variables que potencian la sostenibilidad de los ecosistemas naturales: tender hacia la autosuficiencia, fomentar la autoorganización, valorizar la diversidad (cultural, productiva, social...), así como la capacidad de innovación y aprendizaje en la gestión de las desestabilizaciones. La coherencia de esta estrategia se sustentaría en una intervención integral que de forma sincrónica abordara distintas esferas:

- Desarrollar el municipalismo y la democracia participativa como dinámicas desde las que fomentar la descentralización política, la construcción de consensos y prioridades, la implicación activa de la ciudadanía y el experimentalismo institucional. Aprovechar la proximidad emocional y cognitiva de la realidad local para reconstruir dinámicas comunitarias que devuelvan protagonismo a la sociedad. Una promoción de la autoorganización inspirada en el principio de subsidiaridad, que afirma que los problemas deben resolverse en la escala más cercana de donde fueron generados, a la vez que busca la coherencia y convergencia interesalar con dinámicas a nivel de ciudad y territorio. Este modelo de gobernanza ha sido definido por Folke *et al.*,¹¹ como *cogestión adaptativa*, que se refiere a un sistema flexible de gestión de recursos y entornos, en la que los agentes sociales de base comunitaria trabajan coordinados con organizaciones e instituciones a distintas escalas, valorizando y relacionando los diversos conocimientos, formando redes y desarrollando nuevas soluciones que busquen el equilibrio entre acción descentralizada (autonomía) y centralizada (acción colectiva coordinada).
- Mantener los servicios públicos y las redes de protección social como mecanismo de inclusión y de redistribución de la riqueza, fomentando la justicia social durante los procesos de transición.¹² Experimentar la posibilidad de reorganizar alguno de estos servicios bajo la lógica de gestión de los *bienes comunes*.¹³

¹¹ C. Folke; Th. Hahn; P. Olsson, «Adaptive Governance of Social-Ecological Systems», *Annual Review of Environment and Resources*, num. 30, 2005, pp. 441-473.

¹² El enfoque de la resiliencia impulsado desde la ONU se centra en estas garantías de protección social como clave para enfrentar los procesos disruptivos. Véase el informe del Panel de Alto Nivel sobre Sostenibilidad Global del Secretario General de las Naciones Unidas, *Resilient People, Resilient Planet: A future worth choosing*, Naciones Unidas, Nueva York, 2012. Disponible en http://www.un.org/gsp/sites/default/files/attachments/GSP_Report_web_final.pdf

¹³ Los bienes comunes son una creativa fórmula popularizada en la Edad Media en Europa y vigente en muchas comunidades indígenas y campesinas de regulación social del acceso, mantenimiento y garantía de sostenibilidad de los recursos

- Transformar la concepción de la economía poniendo en el centro la mejora de la calidad de vida de las personas dentro de los límites de la biosfera. Esta apuesta pasa, entre otras cosas, por relocalizar y diversificar la actividad económica de las ciudades, con especial sensibilidad hacia el sector primario de proximidad y la pequeña industria de transformación. Además, enfatiza la producción energética que debe desarrollarse en el interior de las propias ciudades (especialmente, mediante la proliferación descentralizada de la captación solar y otro tipo de energías renovables). Esta tarea debe ser protagonizada por el cooperativismo y las iniciativas de economía solidaria en expansión hasta que lleguen a condicionar el funcionamiento de la economía convencional.

Se trata de incorporar y traducir a la realidad urbana las variables que potencian la sostenibilidad de los ecosistemas naturales

- Relocalizar y colectivizar los estilos de vida, lo que implica la reducción drástica del uso del automóvil, racionalizando los desplazamientos pendulares (principalmente laborales y de abastecimientos urbanos). Esto incluye poner en marcha ambiciosas políticas de movilidad orientadas a la promoción del transporte público electrificado, los movimientos peatonales y en bicicleta; incorporar la reducción de la huella ecológica con equidad social como prioridad mediante un descenso del consumo orientado por principios de suficiencia; y generalizar iniciativas de consumo colectivo de productos ecológicos y de proximidad (cooperativas y grupos de consumo...), de prácticas de consumo colaborativo¹⁴ y de políticas públicas educativas y culturales orientadas al consumo.
- Limitar la expansión de la ciudad protegiendo los sistemas naturales y agrarios que la circundan, así como redefinir el borde urbano, creando una transición hacia los espacios rurales y naturales. Ello implica entender la estructura territorial como soporte de proce-

naturales ecológicamente más sensibles (tierras comunes, agua, caza, etc.). Estos bienes eran considerados de interés general, pues resultaban indispensables para garantizar la continuidad de la propia comunidad, por lo que su uso y gestión se encontraban altamente regulados. Esta regulación debía garantizar el acceso universal y en pie de igualdad de las personas de la comunidad, así como velar por el cumplimiento de los derechos y obligaciones colectivamente definidos y se exigía que su organización fuera democrática. Recientemente la premio Nobel de economía Elinor Ostrom ha demostrado cómo la justicia social y la sostenibilidad ambiental impregnan estas prácticas a través de las cuales distintas comunidades de todo el planeta gestionan caladeros pesqueros, zonas de cultivo, bosques, ríos o incluso sistemas sanitarios.

¹⁴ Iniciativas de consumo compartido en las que se prioriza el uso y la capacidad de acceso, más que la propiedad (coches compartidos, bancos de tiempo, intercambio de casas en vacaciones, préstamo de tierras de cultivo, etc.), fomentando el servicio de los productos más que el propio objeto (una persona no paga por llevarse una bicicleta a casa, sino por el derecho a utilizar las de un sistema público, o una lavandería comunitaria).

ecosistemas ecológicos que es necesario preservar, logrando una mejor integración del sistema urbano con el medio ambiente y la protección de la biodiversidad.

- Reorganizar el sistema urbano aumentando su complejidad y eficiencia, mediante la intervención en la ciudad consolidada a través de iniciativas lo más sinérgicas posibles, como la rehabilitación integrada de barrios (cultural, social, económica y energética) y la reconsideración de las funciones de la ciudad difusa.
- Reconducir los procesos de encogimiento urbano,¹⁵ actuando sobre espacios que han quedado sin actividad o sin población. En ocasiones será posible reactivar las áreas monofuncionales o los espacios vacantes, renovar los usos de los equipamientos públicos y del patrimonio edificado abandonado. En otros casos será precisa la desurbanización, iniciando procesos de reclasificación de suelos y regeneración ecológica para recuperar usos agrarios o naturales.

El fomento de la resiliencia urbana como concepto y algunas de sus estrategias están siendo aplicadas con intensidades muy variables por las redes de municipios que abordan escenarios de transición.¹⁶ Entre estas experiencias destacan la red de ciudades en transición [*transition towns*], con mayor presencia en ciudades pequeñas y medianas, donde se pone especial énfasis en la organización comunitaria y la sensibilización y que tienen un fuerte protagonismo ciudadano a la hora de liderar las transformaciones que permitan reorganizar la vida municipal ante escenarios de escasez energética, buscando la implicación de la Administración local. El municipio de Totnes en Gran Bretaña es una de sus referencias emblemáticas. Por otro lado, encontramos la red de ciudades poscarbono [*post carbon cities*], asentada principalmente en grandes ciudades de EEUU, donde, con algo menos de radicalidad, continuidad y protagonismo comunitario, se están elaborando políticas públicas muy ambiciosas (movilidad, reordenación urbana, servicios, etc.), junto a declaraciones municipales de contextualización de dichas acciones en el marco de estudios de vulnerabilidad ante la crisis energética. Además de autoridades locales y sociedad civil, de forma menos intensa, suelen implicar a la universidad. Una ciudad emblemática de esta red es Portland.

¹⁵ Dinámicas de abandono de población que se están produciendo en ciudades occidentales debidas, principalmente, a la suburbanización (desplazamiento de población y actividades económicas desde el centro urbano a la periferia), a la polarización territorial, y a la desindustrialización y deslocalización productiva que provocan el declive de las economías locales causando el abandono de áreas y barrios industriales. Previsiblemente estos procesos se van a intensificar debido a transformaciones económicas, energéticas y demográficas (menor natalidad, envejecimiento y pérdida de población, movimientos migratorios, etc.). El encogimiento urbano supone una amenaza para el mantenimiento de infraestructuras y servicios pensados para mayor densidad de población. Véase la web de la organización The Shrinking Cities International Research Network. Disponible en <http://sites.google.com/site/shrinkingcitiesnetwork/>

¹⁶ Un trabajo muy detallado de análisis y comparativa de estas iniciativas lo encontramos en R. Bermejo, «Estudio sobre el potencial transformador de las sociedades en emergencia energética», *Economías*, num 71, 2009.

Alimentar otros modelos: el papel de la agricultura urbana y periurbana

Los negativos impactos socioambientales del actual sistema agroalimentario industrial y globalizado (pérdida de biodiversidad y daños a los ecosistemas primarios, erosión de las economías y las culturas campesinas tradicionales, concentración empresarial en la cadena de producción, distribución y consumo, generación de dependencias y asimetrías de poder en los países del Sur global) serían motivos suficientes para reformularlo, pero lo relevante es que en la coyuntura actual la crisis energética y el cambio climático nos van a obligar a ello. Las altísimas dependencias del sistema alimentario global de los combustibles fósiles (elevada mecanización, abonos de síntesis, distancias de miles de kilómetros en su distribución, etc.) y el hecho de que sus aportes sean un 30% de los gases causantes del cambio climático,¹⁷ hacen inviable a medio plazo la continuidad del modelo vigente.

Al analizar cómo se entrelazan la crisis energética y el cambio climático con el funcionamiento del sistema agroalimentario reaparecen las ciudades como los entornos más vulnerables. Modificar los patrones en los que se sustenta el abastecimiento de las ciudades debería ser una variable principal en el diseño de cualquier estrategia de transición urbana hacia la sostenibilidad.

Los problemas de acceso a la alimentación han sido una triste constante para las ciudades del Sur global, muchas de las cuales han tenido que desarrollar innovadores sistemas de agricultura urbana.¹⁸ Se trata de una problemática que de forma paralela a la profundización de las políticas neoliberales se va trasladando a las ciudades del Norte global, especialmente a las anglosajonas.

La proliferación durante la última década de los llamados *food deserts*, o desiertos alimentarios, evidencian las crecientes dificultades de acceso a alimentos frescos que surgen del cruce de modelos de ciudad poco compactos, del abandono de las políticas públicas que promueven un reequilibrio en los barrios donde viven los colectivos sociales más vulnerables económicamente, y de la huida de muchos comercios de proximidad de vecindarios que además padecen una fuerte segregación étnica. El propio Gobierno de EEUU estima que 13,6 millones de personas, generalmente pertenecientes a población negra y otras

¹⁷ G. Martínez, «La urgencia climática de un nuevo sistema agroalimentario», *Soberanía Alimentaria*, num 8, enero de 2012. Disponible en <http://revistasoberaniaalimentaria.wordpress.com/2012/01/28/la-urgencia-climatica-de-un-nuevo-sistema-agroalimentario/>

¹⁸ «Se calcula que hay unos 800 millones de personas dedicadas a la agricultura y ganadería urbanas, que producen entre el 15 y el 20% de los alimentos del planeta. Se considera que para el año 2020 en las ciudades africanas habrá entre 35 y 40 millones de personas que dependerán de estas actividades para cubrir sus necesidades alimentarias». N. Karanja y M. Njenga, «Alimentar las ciudades», en VVAA, *La situación del mundo 2011*, Fuhem Ecosocial/Icaria, Madrid/Barcelona, 2011.

minorías, tienen un acceso difícil a un supermercado o gran tienda de comestibles, ya que viven a una distancia superior a 1,6 km.¹⁹

Esta dinámica socioeconómica por la que barrios enteros sufren una segregación alimentaria únicamente ha sido contrarrestada por iniciativas ciudadanas que se han autoorganizado para acceder a verdura fresca mediante la puesta en marcha de huertos comunitarios, grupos de agricultura sostenida comunitariamente en la que se sirve a domicilio verdura mediante el pago de una cuota (de manera similar a como funcionan las cooperativas agroecológicas) o proyectos de distribución alternativa, como pueden ser sistemas de venta ambulante de verduras y hortalizas con furgonetas realizada por grupos sociales y ecologistas.²⁰

Un planeamiento territorial de anticipación trataría de potenciar la resiliencia mediante la puesta en marcha de políticas que fomentaran la soberanía alimentaria de las ciudades, orientándolas hacia el mayor grado de autoabastecimiento posible mediante la agricultura de proximidad. Esta tarea se vertebraría interviniendo en dos esferas diferenciadas pero complementarias como son la agricultura urbana y la periurbana.

La puesta en valor de carácter paisajístico, cultural, ambiental y productivo de los espacios agrarios periurbanos debe perseguir el mantenimiento de la actividad agraria y promover la instalación de nuevas fincas productivas, garantizando su viabilidad económica y la dignidad de las rentas agrarias, además de perseguir un relevo generacional para los productores de más avanzada edad, recuperando sus conocimientos tradicionales y fomentando la transición agroecológica de las fincas. Esta acción afirmativa tiene la virtud de suponer una contención para la expansión ilimitada de la metrópolis, dotándola de espacios de transición que pueden jugar como conectores con otros espacios abiertos y como separadores de los asentamientos con rasgos más rurales. Esto supone hacer una labor preventiva respecto a la *artificialización* de los escasos suelos fértiles que han mantenido históricamente la actividad agraria alrededor de las ciudades, concentrando una elevada biodiversidad y generando estructuras territoriales que cumplen una función ambiental estratégica.

El proyecto de reagrarización periurbana debe acompañarse de la creación de figuras de protección para los espacios más vulnerables a la presión urbanizadora, con el fin de evitar la implantación de usos urbanos dispersos (residenciales, logísticos, industriales, comerciales, infraestructuras, etc.) que provocan la fragmentación de los sistemas agrarios y dificultan la continuidad de la actividad. Además, es necesario desarrollar estructuras de ges-

¹⁹ Véase la página del Departamento de Agricultura de EEUU sobre los *food deserts*. <http://www.ers.usda.gov/Data/FoodDesert/>

²⁰ Algunos ejemplos: Londres <http://www.vegvan.org.uk/> Chicago: <http://freshmoves.org> Oakland: <http://www.peoplesgrocery.org/> Ontario: <http://csafarms.ca>

tión en las que participen todos los agentes (administraciones, propietarios de suelo y agricultores, entre otros actores), asegurando el mantenimiento de las distintas funciones de estos suelos «como espacios de construcción activa de paisaje, de calidad ambiental, de salvaguarda hidrogeológica, de redes cortas de producción y consumo».²¹ La coordinación de protección y gestión en espacios agrarios periurbanos es una incipiente dinámica que va tomando forma práctica en la creación de parques agrarios, anillos verdes o agrícolas,²² y planes de ordenación territorial que protegen y ordenan estos suelos.

La pluralidad de lugares, formatos, motivaciones y grupos sociales que promueven la agricultura urbana evidencian que su rasgo más característico sería la *hortodiversidad*

Los espacios agrarios deben ordenarse y gestionarse de forma que se asegure su inserción en el continuo de espacios libres, desde los urbanos a los naturales, de modo que formen parte de redes ecológicas y faciliten la conectividad entre distintos hábitats. Algunas fórmulas para garantizar el cumplimiento de la multifuncionalidad de estos espacios son la preservación de fauna y flora autóctonas, la regulación del ciclo hídrico y el cierre local del ciclo de materia orgánica (compostando los residuos urbanos y utilizándolos como fertilizante).

Resulta urgente aproximar a la población tanto la actividad agraria como la importancia del espacio periurbano, mejorando su accesibilidad y realizando actividades de ocio y educativas. La revalorización de la actividad agraria y de las distintas funciones socioambientales que cumple es una palanca desde la que reconstruir un tejido productivo anclado al territorio (circuitos cortos de comercialización, pequeñas industrias de procesado, artesanía y antiguos oficios, gastronomía y restauración, agroturismo, granjas escuela, producciones ecológicas, técnicas constructivas locales, ecomuseos, recuperación del patrimonio, etc.). En definitiva, implantar una economía territorializada que aprovecha las singularidades y potencia la identidad local.

La agricultura estrictamente urbana, aquella que se realiza en el interior de las ciudades, cumple funciones complementarias a las de la agricultura periurbana y debe jugar un papel fundamental a la hora de conseguir trazar una continuidad del paisaje productivo. Aunque la productividad a esta escala se reduzca drásticamente, mantener el hilo que comunique los

²¹ A. Magnaghi y D. Fanfani, *Patto citta campagna: un progetto di bioregione urbana per la Toscana centrale*, Alinea, Florencia, 2010.

²² C. Verdaguer y M. Vázquez, «El espacio agrícola entre el campo y la ciudad», *Ciudades para un futuro más sostenible*, 2010. Disponible en <http://habitat.aq.upm.es/eacc/>

paisajes agrícolas con los cultivos en ventanas, terrazas y azoteas de las casas, pasando por las distintas escalas intermedias, supone un aporte que permite percibir la continuidad e integralidad de la apuesta en el conjunto del territorio.

Los espacios, los formatos y las imágenes que asociamos a la agricultura urbana son mucho más diversos que la parcela de tierra con surcos. La pluralidad de lugares, formatos, motivaciones y grupos sociales que promueven la agricultura urbana evidencian que su rasgo más característico sería la *hortodiversidad*. Esta variedad se manifiesta en las distintas tipologías de huertos que deberían impulsarse en el marco de un programa integral de fomento de la agricultura urbana:

- Huertos comunitarios: espacios públicos gestionados colectiva y participativamente destinados a la agricultura y la jardinería, recuperando espacios abandonados o degradados, solares temporales o zonas verdes infrautilizadas.
- Huertos en instituciones públicas: terrenos dentro de colegios, institutos o universidades, centros de salud u hospitales, centros penitenciarios, centros culturales, etc.
- Huertos de ocio: en el borde urbano se pueden habilitar espacios para la agricultura familiar de autoconsumo, de forma que no resten suelo a los espacios agrarios periurbanos productivos.
- Huertos en patios privados, individuales o colectivos: una iniciativa que abarcaría la reconversión en huertos de los pequeños jardines de las casa bajas o los chalets adosados, así como los patios cerrados de urbanizaciones.
- Azoteas: grandes superficies urbanas infrautilizadas que podrían servir para realizar desde actividades agrícolas a pequeñas actividades de avicultura o apicultura. Múltiples por todo el planeta iniciativas están empezando a explorar estos espacios que el urbanismo y la arquitectura convencionales suelen olvidar.
- Ventanas y Terrazas: estos espacios privados, además de alegrar la vista a residentes y gente que pasee por las calles, suponen una excelente herramienta de aprendizaje sobre cuestiones agronómicas.

La proyección de los datos recogidos por colectivos especializados y algunas de las investigaciones más detalladas estiman que si se desarrollara el conjunto de las potencialidades de la agricultura urbana se podría aspirar a cubrir entre un 5 y un 7,5% de los consumos de verduras y hortalizas de las grandes ciudades.²³ La variabilidad dependería de la morfología de cada ciudad, especialmente del grado de compactibilidad y la red de espacios libres existentes, una cantidad que, si bien no es determinante para el abastecimiento de proximidad, puede resultar significativa.

²³ Destacan el trabajo de la asociación Growing Communities y su Food Zone Diagram realizado para Londres, y especialmente investigaciones como la de R. Ackerman, *The potencial for urban agriculture in New York City. Growing capacity, food security and green infrastructure*, Urban design Lab, 2011.

De este conjunto de iniciativas de agricultura urbana convendría destacar en nuestra geografía el caso de los huertos comunitarios, impulsados desde movimientos vecinales y ecologistas. Las comunidades locales que los dinamizan conjugan la devolución del valor de uso a espacios urbanos abandonados con una rehabilitación relacional para reestablecer la calidad de los espacios mediante la intensificación de las relaciones sociales (desarrollando actividades como fiestas populares, educativas o iniciativas culturales).

Hoy por hoy, los huertos comunitarios son principalmente productores de convivencialidad y un recurso de pedagogía política; de forma secundaria producen verduras y hortalizas. No dan de comer más que de forma testimonial, pero se proyectan hacia el futuro alimentando otros modelos de ciudad y de sistema agroalimentario, ya que son modestas escuelas de soberanía alimentaria donde adquirir nociones sobre horticultura. Se trata de espacios estratégicos para la sensibilización ciudadana, la difusión de los análisis y propuestas realizadas desde el entorno social y académico de la soberanía alimentaria, la puesta en valor de la actividad agraria como nodo para las alianzas campo ciudad y como puerta de acceso a los principales procesos de cooperación alternativos en cuestiones agroalimentarias (grupos de consumo, circuitos cortos de comercialización, etc.).

Los huertos comunitarios se piensan como el antecedente natural de un modelo complejo e integral de agricultura urbana y son la palanca sobre la que apoyarse para que la agricultura urbana deje de ser un elemento anecdótico a la hora de diseñar y configurar los asentamientos humanos. La actividad hortícola en la ciudad debe concebirse simultáneamente como un principio, un medio y un fin: una exigencia de inclusión de estas cuestiones en el planeamiento urbano y la ordenación territorial, una herramienta para conseguirlo y una propuesta política para mejorar la calidad de vida de las ciudades.

El Boletín ECOS es una publicación electrónica, trimestral y gratuita que aborda debates relacionados con las líneas de trabajo de FUHEM Ecosocial.

- Entrevistas y diálogos
- Artículos de análisis
- Recursos del Centro de Documentación Virtual
- Enfoque crítico y multidisciplinar

Últimos números del Boletín ECOS:

- **Respuestas ante la crisis de civilización** (nº 21)
- **La educación a debate** (nº 20)
- **Post extractivismo: alternativas a un modelo agotado** (nº 19)
- **África, última frontera** (nº 18)
- **Viviendo en entornos tóxicos** (nº 17)
- **Acaparamiento de tierras, el nuevo expolio** (nº 16)
- **La conflictividad que viene** (nº 15)
- **Feminismos** (nº 14)
- **Periodismo con otra mirada** (nº 13)



Suscríbete al Boletín ECOS y consulta los números publicados en la página web de FUHEM Ecosocial:

<http://www.fuhem.es/ecosocial>

DANIEL JOVER

Territorios socialmente responsables: el trabajo comunitario como estrategia de desarrollo local

Con la intención de favorecer modelos de desarrollo local que sean capaces no solo de generar empleo sino también cohesión social, convivencia y economía solidaria pretendemos compartir algunas ideas y reflexiones generadas en las diversas prácticas de intervención social y comunitaria dónde venimos trabajando a lo largo de 30 años. Para ello, evocaremos algunos contextos y personas que nos ayudaron a saborear ideas y metodologías socialmente avanzadas, contextualizar y experimentar acciones innovadoras que serían embrión del concepto de comunidades y territorios socialmente responsables. Todas ellas también compartían las mismas cualidades propias de las personas buenas y justas: reflexión crítica, conocimiento y gusto por la verdad. Al fin y al cabo, solo podemos valorar la trayectoria intelectual y humana de las personas si conocemos su vida, sus esperanzas, sus respuestas a las situaciones históricas que les toca vivir.

Nuestras sociedades tienen un modo de funcionamiento exclusivamente centrado en la eficacia utilitarista; está focalizado sobre un modelo de crecimiento que pone en peligro la naturaleza y la cohesión social; un proceso de cosificación y mercantilización generalizada que las hace cada vez más inhumanas e insolidarias. En muchas ocasiones las mismas políticas sociales y de empleo carecen de perspectivas para favorecer la participación activa, el protagonismo y la responsabilización colectiva de las personas convirtiéndolas en “objeto pasivo” de intervención. El riesgo de burocratizar los programas sociales y de inserción es alto. La tradición del desarrollo comunitario y la educación de calle consustancial al trabajo social se fue perdiendo en la medida en que se incrementaban los requerimientos de justificación, informes y controles. Cuando la política social y educativa abandona las calles y la comuni-

Daniel Jover es miembro del equipo Promocions y de la Red de Economía Solidaria, Barcelona

dad para refugiarse en los “informes, ordenadores y despachos” algo grave ha ocurrido. El contexto histórico y el tiempo que ha transcurrido desde los años setenta –época de auge de la perspectiva comunitaria en la intervención social– nos servirá para ubicar la reflexión y analizar qué ha quedado caduco y qué conceptos siguen teniendo un potencial transformador y crítico.¹

Cada vez más la población ha ido delegando su confianza absoluta en los grandes aparatos y sistemas técnicos de la Modernidad, menos eficaces y más contraproducidos.² Han proliferado muchos profesionales y empresas de servicios sociales que adocenán e inhabilitan a las personas y las comunidades para que asuman su protagonismo y aprendan a responsabilizarse y tomar decisiones. Pero el reto de avanzar hacia sociedades más habitables, cívicas y convivenciales sigue vigente.

Lo más inquietante es comprobar que está en trance de desaparición la cultura del trabajo honrado y decente; de la reciprocidad y solidaridad intergeneracional basada en la responsabilidad, el respeto, el don, la generosidad y la gratuidad. Esta cultura popular era la base de confianza y cordialidad necesaria para generar procesos autogestionarios y de autoorganización comunitaria en nuestros barrios y ciudades.

¿Seremos capaces de encontrar los medios de vivir juntos democráticamente y con una vida digna, sin dañarnos? ¿No seríamos más felices si pudiéramos convivir, trabajar y procurarnos atenciones y cuidado los unos a los otros mejorando el civismo y la cohesión social de nuestros barrios y ciudades? ¿Cómo puede contribuir a ello el discurso, la teoría y la práctica del modelo de territorios y comunidades socialmente responsables (TCSR)?

Nuestra hipótesis es que ese modelo tiene una profunda dimensión ética y utópica que hay que verificar en la práctica mediante otro modo de gestionar y regular el conflicto social. No es una técnica o simple metodología de moda sino un innovador enfoque holístico y una estrategia original consistente en una alianza entre resistencia creativa, visión transformadora y experimentación anticipatoria. Hunde sus raíces en la fecunda tradición del desarrollo comunitario y la educación transformadora que tantas experiencias de promoción socio-cultural y autogestión han alumbrado. Se puede entender como una nueva cultura de territorio que diferencia a un espacio de los demás, capaz de involucrar y movilizar a todas las partes interesadas en su desarrollo en un proceso de cambio caracterizado por la integración de múltiples iniciativas y la corresponsabilidad de todos los afectados incrementando la sustantividad democrática y la participación activa.

¹ M. Marchioni, *Planificación social y organización de la comunidad: alternativas avanzadas a la crisis*, Editorial Popular, Madrid, 1989.

² I. Illich, «La convivencialidad» en I. Illich, *Obras reunidas*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pp. 367-530.

Puede plantearse como modelo o estrategia de desarrollo local o territorial integrado y corresponsable, en la que el foco no se pone en el análisis de la actividad económica y la construcción de sistemas productivos de carácter local, sino que incorpora de manera equilibrada otras dimensiones extraeconómicas y pasa de entender el territorio como un problema a verlo como una oportunidad. El TCSR también sirve para caracterizar un proyecto de ciudad o de territorio, de carácter estratégico basado en una visión compartida del futuro deseable, la creación de una cultura de corresponsabilidad y que, con un sistema de gobernanza participativa dé respuesta a los retos de sostenibilidad ambiental, crecimiento económico, empleo e inclusión social. En cualquier caso se nutre de las teorías de responsabilidad social empresarial (RSE), el discurso del desarrollo del capital humano y los enfoques de planificación estratégica (PE).

**Si la lógica de la competitividad domina las prácticas
de promoción social y desarrollo local, entonces, romperá con el
ecosistema solidario de la humanidad**

Nuestro punto de vista se centra en cómo resolver problemas derivados de las múltiples situaciones sociales y convivenciales de alta complejidad y conflictividad que emergen en territorios y comunidades ¿Cómo afrontamos los viejos y nuevos conflictos de pobreza, desempleo, exclusión y precariedad laboral desde enfoques integrados y estrategias de cooperación público-privadas? Las perspectivas abren ideas fuerza como: pacto, consenso, acuerdo, plan, responsabilidad, gobernanza, etc., que contenidos en esta estrategia son significativos.

Más allá de los debates teóricos: la fecundidad de la praxis

Todo esfuerzo de pensamiento consiste en pensar la propia experiencia en interacción recíproca con los entornos y las personas implicadas.

Necesitamos extraer de la praxis los aprendizajes y lecciones que nos permitan avanzar y madurar tanto individual como colectivamente. Mal favor hacemos cuando generamos debates bizantinos que pierden lo esencial en las babélicas diferenciaciones mezquinas de las definiciones perfectas pero que no encajan en las realidades siempre complejas. Todo conformismo empieza precisamente en las definiciones acabadas y pulcras. Siempre me gustaron los *gerundios*, esa forma verbal que indica una acción en permanente proceso de ejecución, aunque sin determinación de persona ni variación en la terminación para expresar el tiempo. La sabiduría popular los ha asimilado para expresar verdades como puños: «a caminar se aprende andando», «andando, que es gerundio», «aprender haciendo», etc.

a condición que asumamos las lecciones de nuestros errores y mejoremos. La experiencia es una forma de conocimiento o habilidad derivada de la observación, de la vivencia de hechos o procedente de las cosas que suceden en la vida y sirven para afinar la intuición. Con ello podemos dar testimonio de lo vivido y sentido porque la persona se expresa a sí misma en cada acción.

Lo contrario ocurre, por tanto, cuando el conocimiento descontextualizado se torna más alejado y menos comprensión y sentido de la realidad tenemos. Es preciso desaprender lo recibido y rescatar saberes entre las grietas de lo olvidado. Apostar por un pensamiento crítico y dialógico que desarrolle nuestra conciencia será lo que nos libere de los mitos en torno al ego que tanto limitan nuestra existencia.

Si dejamos que la lógica de la competitividad domine los discursos y las prácticas de promoción social y desarrollo local, entonces, instrumentalizará los mejores talentos e ilusiones de las personas y romperá con el ecosistema solidario de la humanidad porque la alteridad, los demás y la naturaleza que nos rodea son parte de nosotros mismos. No existe la fragmentación entre el yo mismo, los demás y el medio ambiente sino una profunda interpenetración que los vincula.

Si la persona abandona su esencia de generosidad y alteridad, entra en proceso de deshumanización y se degrada en su forma de pensar, sentir, vivir y relacionarse con los demás, que pasan a ser objetos instrumentales de su egoísmo. Así se va construyendo un modo de vida marcado por el sinsentido de la competitividad a ultranza, utilitarismo que provoca el malestar y la necesidad de evasión y auto engaño. Desde este paradigma las personas actúan movidas por el miedo y la necesidad de supervivencia, pretenden que el mundo se adapte a sus deseos y necesidades egoístas con lo cual la espiral de resentimiento, odio y desprecio a lo diferente se va imponiendo en entornos cada vez más violentos y hostiles a la convivencia humana.

Territorio socialmente responsable y desarrollo comunitario

La comunidad y lo comunitario

Mis primeras experiencias profesionales se desarrollaron hace 34 años en los barrios de Cornellá y del Besós (Barcelona) tanto en el marco de escuelas de adultos y asociaciones de vecinos como en la experiencia de autogestión pedagógica y comunitaria impulsada por la escuela-cooperativa Gregal coordinada por Josep María Rueda.³ Algunas ideas y méto-

³ D. Jover, *Praxis de la esperanza-educación, empleo y economía social*, Icaria, Barcelona, 2006.

dos siguen siendo fértiles e innovadores porque los hemos ido reinventando en la praxis permanente.

Con el compromiso de la acción y animado por él, aprendí que no es lo mismo hablar de comunidad que de comunitario. La comunidad es sólo un referente territorial, es un marco donde se constatan las diversas dialécticas que caracterizan al colectivo humano que está en este territorio. La participación y la animación pueden ser un lugar de aprendizaje de la autogestión, un medio para dar a los grupos sociales concernidos la posibilidad de tomar el máximo de iniciativas que atañen a su propia capacidad de organización. Las relaciones con los otros y la calidad de las relaciones siempre fueron un elemento estructurador de los vínculos y lazos que generan capital social en el territorio. A través de la reciprocidad activa y el reconocimiento mutuo se va construyendo lo mejor de la convivencia.

Comunitario es un concepto más interesante; *comunitario* quiere decir capacidad de gestionar colectivamente intereses comunes. Y cuando decimos intereses nos referimos tanto a necesidades, como a la resolución de dificultades, como a desarrollo, etc.

La capacidad de gestión colectiva o comunitaria es lo que nos posibilita interesarnos por los problemas comunes. La capacidad es a la vez un plano de interrelaciones y un plano regulador de significados conocido como representación social. Desde esta perspectiva comunitaria los sujetos podrán capacitarse para ejercer con otras personas el acto colectivo de gestión, sus intereses, su vida, su futuro. «Para nosotros autogestión es el proceso con el que denominamos nuestra propia transformación, o dicho de otra manera, es el aprendizaje que estamos realizando colectivamente para pasar de una organización jerárquica, autoritaria, a una institución que se va creando a partir de las necesidades y respuestas que vamos dando todos los que estamos implicados en ella».⁴

Porque el gran dilema del desarrollo comunitario y del desarrollo local es si se generan procesos con las personas de adaptación y sumisión o de cambio y transformación social de sus entornos. Si son estrategias que consolidan y legitiman las desigualdades o favorecedoras de regeneración y promoción integral. Para ello la concienciación y participación popular son elementos fundamentales en los programas de desarrollo de la comunidad. Llevan implícitas dinámicas de movilización y promoción de las capacidades a través de procesos educativos y formativos de diferente tipo. Es una metodología de trabajo desde la base para desarrollar las potencialidades de individuos y grupos con el objetivo de mejorar sus condiciones de existencia.⁵

⁴ J. M. Rueda, *Comunidad, participación y bienestar social*, Diputación Barcelona, 1998, p. 49. Sobre este tema véase: J. M. Rueda, *Programar, implementar proyectos, evaluar. Instrumentos para la acción*, Certeza, Zaragoza, 1993, y D. Jover, «Entrevista con José María Rueda» en *Empleo Juvenil, Formación e Inserción social y profesional*, Edición Popular, Madrid, 2005.

⁵ E. Ander-Egg, *Metodología y práctica del desarrollo de la comunidad*, El Ateneo, México, 1986.

Una comunidad es fuerte y cohesionada cuando es capaz de suministrar a sus miembros los ideales y valores que le dan sentido tan importante para vivir como los recursos que necesita. Y los recursos van desde los básicos hasta los complejos, desde el transporte y la movilidad hasta las relaciones lúdicas, etc.

En esta dialéctica de los recursos, es preciso destacar que el primer recurso de la comunidad es el factor humano, es decir las personas que la componen. Las personas establecemos nuestras relaciones en el marco de redes sociales. La riqueza y la capacidad de estas redes harán que la ciudad y territorios sean más ricos y capaces para resolver sus problemas.

¿Qué es el desarrollo local?

El concepto más generalizado de *desarrollo local* lo define como un proceso de crecimiento económico y cambio estructural que conduce a una mejora del nivel de vida de la población local, en el que se puede identificar, al menos, dos dimensiones: una económica, en que los empresarios locales usan su capacidad para organizar los factores productivos locales con niveles de productividad suficientes para ser competitivos en los mercados; otra sociocultural, en que los valores y las instituciones locales sirven de base al proceso de los desarrollos culturales. La estrategia de desarrollo local debe considerar otra dimensión más, la política-administrativa, en que las políticas territoriales permiten crear un entorno económico favorable, protegerlo de las interferencias externas y favorecer e impulsar el desarrollo del potencial local.⁶

En Europa encontramos buenas prácticas y ejemplos demostrativos de otras formas de enfrentarse al trabajo y la emprendeduría social, de organizar la producción y seleccionar los bienes y servicios que han de ser producidos para la mejora y el desarrollo de la comunidad, articulando nuevos vínculos con los sistemas de educación y formación, respondiendo a los desafíos de aumentar la calidad de vida y el bienestar social desde la solidaridad, a fin que tengan cabida digna, tanto los jóvenes como todos los colectivos desfavorecidos y penalizados por el mercado de trabajo. Este mosaico diverso y heterogéneo configura el “*humus*” creativo de los TCSR.

¿Quiénes son los agentes y sujetos protagonistas de los TCSR?

El concepto TCSR inicialmente es la aplicación y transferencia de la responsabilidad social corporativa (RSC). Es decir, la adaptación del discurso de la responsabilidad empresarial

⁶ A. Vázquez, *Desarrollo local. Una estrategia de creación de empleo*, Pirámide, Madrid, 1988.

corporativa al territorio. Y en ese proceso emergen las contradicciones, limitaciones y oportunidades del discurso de la RSC; que exalta la virtud de la responsabilidad en medio de un entorno de irresponsabilidad máxima.

El sujeto y el objeto de la aplicación práctica del TCSR es la comunidad y en concreto lo comunitario. Una comunidad se inscribe en un espacio geográfico, en un territorio. Los miembros tienen sentido de pertenencia y se identifican con ella, y conforman un tejido interrelacional, con múltiples interacciones y relaciones, con demandas, problemas, necesidades e intereses comunes o divergentes, generándose formas organizativas para canalizarlos mejor con los recursos disponibles. La comunidad es objeto del TCSR puesto que su fin último es la mejora de la calidad de vida y el bienestar de la misma y de todos sus componentes. Como sujeto, y a la vez, *stakeholders* del TCSR, serán todas las partes o actores interesados en el desarrollo territorial, y especialmente, aquellos que puedan intervenir de forma más significativa en el mismo: empresas, organizaciones empresariales y sindicatos, organizaciones sociales de todo tipo –las ONG, asociaciones de consumidores, de vecinos, culturales–, administración y ciudadanía.

Ello no obsta para que cada actor del territorio, de manera particular, esté llamado a emprender un proceso de asunción e implementación de *sus* responsabilidades sociales específicas y de rendición de cuentas hacia *sus* grupos de interés. El TCSR se configura como un espacio-proyecto abierto. De manera permanente se invita a participar a todos los que tengan algo que decir y la voluntad de hacerlo. Es un espacio para el diálogo, la asunción de compromisos, la elaboración de una agenda de retos y el trabajo en red. Todo ello tendrá como consecuencia la redefinición, reorientación o ampliación progresiva de los roles de algunos actores.⁷

Favorecer la participación y la ciudadanía activa en los TCSR

La ciudad moderna en crisis estructural y con paro masivo también implosiona. Se ve desbordada por complejos problemas multidimensionales. Y cambia el tipo de ciudadano que la habita. Para subsistir, la megalópolis necesita aplicar la lógica perversa de la exclusión y la invisibilidad. Hay que construir ciudades integradas y cohesionadas en las que cada persona y cada grupo puedan encontrar su propio espacio y participar en convivencia. Entre lo individual y lo estructural se encuentra la dimensión relacional y la presencia de rostros que es la base de toda convivencia. En la convivencia y el reconocimiento mutuo y recíproco podemos descubrir la verdadera y renovada humanidad común.

⁷ J. M. Canyelles, *Territoris Socialment Responsables. Una oportunitat per a la millora del territori*, Responsabilidad Global-Consorcio de Empleo y Promoción Económica Vallès Occidental, Barcelona, 2008.

Así como la pobreza era el fenómeno social de referencia en la sociedad preindustrial del siglo XIX, y la explotación en la industrial del siglo XX, en la postindustrial del siglo XXI se forja la dinámica de la exclusión, que recae en especial sobre el colectivo desfavorecido, el más vulnerable inmigrante, la población a la deriva. Entendemos la integración como el ejercicio pleno y efectivo de los derechos de las personas. Se trata de construir un marco de convivencia en el que todos, migrantes y autóctonos vean reconocidos sus derechos y puedan ejercerlos con normalidad.⁸

La historia del trabajo y la convivencia en la ciudad corren paralelas y reflejan la historia del ser humano para construir comunidades económicamente prósperas y socialmente justas. También se puede concebir como una historia de esperanzas y de cooperación, no solo de hechos agresivos y conflictos violentos sino de anhelos para construir formas igualitarias de satisfacer las necesidades laborales y sociedades más democráticas, generadoras de vínculos y lazos sociales que nos unen a la Tierra y nos reconcilian con los demás y con nosotros mismos. Las ciudades, si quieren ser territorios socialmente responsables, han de funcionar como ecosistemas. Esto es, como espacios fundamentales que propician no solo la emprendeduría, el empleo y la inserción laboral, sino la convivencia como valor fundamental: los contactos, los vínculos, los intercambios, las relaciones de poder, dominio, creación y comunicación.

Así, las principales disfunciones o desajustes ocurren en el ámbito económico, ambiental y social: déficits que se saldan con paro, incivismo, exclusión, marginación y sufrimiento. Nosotros somos testigos, actores y actrices de la gran transformación del mundo que afecta a todas las esferas de la vida y no sólo al empleo asalariado o el trabajo humano. Esta mutación sistémica es mucho más larga y profunda que lo que nos dicen desde los centros creadores de opinión. Estas tensiones, paradojas y conflictos se manifiestan en la convivencia entre personas y grupos humanos en las ciudades, que junto al desempleo manifiestan tendencias de rechazo y exclusión social. Vivimos una alteración del marco conceptual e intelectual que sostiene nuestra comprensión de las realidades. La economía no es una mera yuxtaposición de mercados sino un complejo sistema de relaciones e interacciones. Y sabemos que históricamente no hay relaciones económicas de intercambio sin organizaciones públicas y privadas que intervengan entre posiciones. No hay actividad económica sin ética ni sentido de responsabilidad social sin regulaciones públicas, sin cultura del bien común y del interés general que prevalezca y exista entre las pasiones y posiciones de los operadores que intervienen.

Pero los tiempos de crisis también son tiempos para repensar los fundamentos de la convivencia que experimentan nuestras sociedades. Encontraremos caminos para la rege-

⁸ J. Soler Amigo, «La apuesta por la ciudad educadora», *La Factoría*, núm. 7, octubre-enero 1999, p. 56.

neración ecológica y social de la economía volviendo a situar la ética, las personas, la sostenibilidad y los derechos humanos en el centro de las políticas de empleo-formación favorables de la convivencia y el civismo en las ciudades.

Orientar estrategias de TCSR cohesionadas con empleo y buena convivencia

El trabajo y el empleo son factores de integración e inclusión social pero no suficientes para garantizar el civismo y el sentido colectivo. Uno de los retos de la ciudad actual es facilitar la convivencia basada en la diversidad intercultural que complemente los programas de empleo-formación y cohesión social que se trabaja. La autoridad democrática guiada por una ética cívica debe asegurar la acogida ante la exclusión, la apertura ante la marginación en el marco de sus programas de empleo e inserción. Esta es la paradoja: la ciudad integra y margina. Educa para la ciudadanía y también para la exclusión. La ciudad no hará ciudadanos y ciudadanas si una parte de sus residentes no pueden adquirir esta calidad. Para que sea socialmente relevante la comunidad exige defender simultáneamente derechos culturales y socioeconómicos. Todo en confluencia hacia un horizonte de derechos políticos plenos donde la “mutua presencia” de unas personas en las otras (interacción), configuran el tramado institucional y la funcionalidad del sistema.

Para hacer un análisis holístico y transversal de las sociedades complejas hay que combinar cultura y economía, estatus y clase social, lo que es simbólico y lo que es material, redistribución y reconocimiento.

La buena convivencia facilita la vida cotidiana que con su entramado relacional se convierten en ámbitos de transformación social profunda. No basta la dinamización del mercado de trabajo o las políticas de empleo y formación. Las políticas de desarrollo local solo crearán empleo de calidad si también fomentan la cohesión y participación social.

En los últimos años, se ha generalizado junto con el desempleo masivo la percepción social de inseguridad y el aumento de conflictos de convivencia y conductas incívicas. Al mismo tiempo, se ha configurado un mercado de trabajo cada vez menos regulado y más precario, especialmente, para los sectores más desfavorecidos de la población activa, caracterizados por su heterogeneidad, la alternancia de empleos o subempleo y sus períodos de desempleo.

En tiempos de precariedad e inseguridad laboral la reclamación de derechos parece un privilegio. ¿Podemos hacer compatible la seguridad en el empleo y la flexibilidad? Muchas veces se invoca la flexibilidad como coartada para dismantelar los logros que el derecho de la educación permanente, del trabajo y de la protección social han conquistado en el último siglo.

Los agentes de la sociedad civil que intervienen en el mercado de trabajo y la actividad económica del territorio no pueden seguir manteniendo unas actitudes pasivas ante el supuesto carácter inexorable de la globalización económica y las recetas del pensamiento único.

La relación entre trabajo, convivencia y ciudadanía es directa en los TCSR

Los TCSR necesitan un horizonte cualitativamente diferente donde la innovación y la economía estén al servicio de la humanización de la vida y la sociedad, no al revés.

Nosotros creemos que trabajadores sociales y equipos de promoción y desarrollo comunitario junto a comerciantes, sindicatos, los empresarios, y otros actores de la sociedad civil como los vecinos y vecinas tienen unos roles complementarios en el territorio para construir modelos de convivencia y economía local basados en la ética, la calidad y la equidad. Sabemos que los modelos consensuados como los pactos territoriales por el empleo, la cohesión social y la convivencia generan otras metas y enfoques. Sus métodos no son una mera yuxtaposición de medidas coyunturales ya que afectan a la calidad de vida, la pobreza y la exclusión social. Deberíamos plantearnos si se sitúan en una perspectiva adaptativa y subordinada a las fuerzas del mercado, o si, por el contrario, proponen la construcción de otras alternativas de desarrollo local sostenible solidario y a escala humana. El enfoque que prioriza sólo las partes aisladas sin tener en cuenta los contextos y los impactos reales con respecto a la dignidad, a la calidad de vida y a los derechos sociales, es una “miopía” tecnocrática que contribuye a legitimar y reproducir las nuevas/viejas desigualdades que se evidencian en el mundo del trabajo configurado en la sociedad de la información.

Es importante advertir que no existen determinismos ni fatalidades. Las decisiones humanas y las construcciones sociales son modificables con la acción de la inteligencia colectiva y la energía de la solidaridad que se reflejan en redes de cooperación.

Ante una crisis del sistema de empleo y la cohesión social reflejada en la convivencia y ciudadanía tan profunda como la actual, debe plantearse una alternativa como esperanza y como orientación de la acción diaria. No sólo actuar sobre los efectos y consecuencias sino sobre las causas que las provocan.

Hay que evitar el catastrofismo sistemático que nos impide una comprensión adecuada de la realidad e intentar poner remedio al problema. Hay que saber gestionar la realidad sin dejar de criticarla y cuestionarla.

Las propuestas más importantes que ha construido la propia humanidad han sido del orden de las utopías necesarias. Si falta el horizonte de un mundo diferente, reproduciremos el pasado.

Territorios socialmente responsables desde la perspectiva de educación transformadora

Vivimos no solo una época de cambio sino un cambio de época. El problema no es la crisis sino el sistema. Cualquier iniciativa para favorecer los TCSR debe incorporar en su visión la educación e inclusión social y profesional de los colectivos más vulnerables así como favorecer valores éticos y una nueva cultura de la solidaridad para asegurar la “sostenibilidad de los proyectos”. La actual crisis sistémica solo abrirá oportunidades de humanización y cohesión social si va acompañado de un cambio cultural y educativo que se expresa en el impulso de otros modelos de desarrollo local regenerados a partir de la economía social y solidaria. Capaz de favorecer no solo el empleo y la inserción laboral sino la convivencia y cohesión social de toda la población del territorio. Esta estrategia de trabajo transversal, integrado e integral que denominamos modelo TCSR se concreta en proyectos de actuación que den respuestas claras y evaluables a las necesidades concretas de la comunidad donde se incide.

Los agentes de la sociedad civil no pueden seguir manteniendo unas actitudes pasivas ante el supuesto carácter inexorable de la globalización económica y las recetas del pensamiento único

Ante situaciones sociales y convivenciales altamente complejas en nuestros barrios y ciudades se requiere también construir respuestas integrales que comprendan la multicausalidad de la exclusión y sus consecuencias en los espacios locales. Por ello el enfoque comunitario con el soporte y la colaboración de todos los agentes sociales, económicos y cívicos que conforman una comunidad es imprescindible. Solo de este modo se crearán sinergias que multipliquen los esfuerzos y faciliten actuaciones consensuadas y eficaces que tengan impactos positivos reales. Los TCSR son espacios de participación plurales y abiertos que propician dinámicas relacionales basadas en la confianza y el acuerdo estratégico para priorizar el abordaje de problemas que más inciden en el bienestar y la cohesión social tales como la salud, vivienda, trabajo, formación-educación, medioambiente, ocio y tiempo libre, participación y asociacionismo.

Pero sabemos que en este ámbito existen diferentes corrientes. Aparecen modelos adaptativos y modelos transformadores. Unos pretenden reproducir y legitimar las desigualdades, otros fomentan el cambio y la evolución.

Nuestra apuesta se basa en emprender procesos de desarrollo comunitario que incorporen modelos de participación y formación integrales. Estos se deberían fundamentar en

el aprendizaje dialógico y en el desarrollo del espíritu crítico y cooperativo enfocado al desarrollo humano y sostenible de carácter local. De este modo, se irán construyendo territorios socialmente responsables acompañados por métodos y sistemas propios de una educación transformadora y fórmulas de gestión basadas en la cooperación público-privada con otros indicadores para evaluar el desarrollo humano y la riqueza del territorio.⁹

Nueve principios metodológicos para los TCSR

1. Participación activa y Desarrollo de la motivación y la voluntad

No es solamente un problema de motivación en el sentido de potenciar técnicas que estimulen razones y móviles para actuar. La voluntad es más poderosa que la motivación. Responde a planteamientos profundos. Posibilita explorar las raíces y razones existenciales. Nadie participa si no quiere. La estrategia debe ayudar a que emerja la capacidad de querer actuar por «algo que valga la pena». De este modo podrá participar y decidir. La misión central es *restituir la dignidad de la persona*. Por eso debe ser tratada siempre con respeto y debe ser reconocida como sujeto de derechos, responsable de sus decisiones, experta y *protagonista de su propia vida*.

2. Historicidad

Las personas en procesos de participación deben asumir su propia biografía personal y profesional como fuente de aprendizaje y reflexión. La “historia personal” puede ser la gran maestra de su vida si es reelaborada y aprehendida. Pero las personas no somos solitarias somos seres sociales e históricos y necesitamos establecer relaciones solidarias. En este nivel es fundamental fomentar el diálogo igualitario y la comunicación entre los participantes y formadores valorando los argumentos y razones en sí mismas superando las posiciones de poder. La información no genera conocimiento. Solo si hay una aprehensión y asimilación de las realidades y de las informaciones se produce conocimiento. La educación pues no es un mero proceso de “transmisión” de datos o informaciones, requiere una apropiación en el sentido de “hacérselo propio”. Necesitamos conocer y comprender nuestras circunstancias históricas y las causas de los fenómenos sociales que nos mediatizan y para ello hay que saber mirar.

3. Comunitariedad. Aprender del entorno transformándolo

Hay que utilizar todo el potencial de los recursos socioeconómicos y comunitarios del territorio, de los cambios en el mercado laboral y la estructura ocupacional. Confrontar directamente las capacidades con los requerimientos del mundo laboral. No favorecer la adaptación sino la innovación y modificación del entorno personal, social, familiar de modo que sea interactivo. Aprender a ser humanos es aprender a leer y narrar el mundo para descifrar sus múltiples significados.

⁹ P. Viveret y equipo PROMOCIONS, *Reconsiderar la riqueza y el empleo-inserción laboral y ciudadanía*, Icaria, Barcelona, 2004.

4. *Recrear la pedagogía de la alternancia-formación productiva/trabajo*

Lo que más educa es la propia práctica y la acción adaptada a las características de cada colectivo y cada territorio. Siempre habrá un plan personalizado para orientar el desarrollo del aprendizaje. La combinación de situación de aprendizajes con elaboración del trabajo es una metodología que hay que reinventar permanentemente.

Los riesgos de burocratizar cualquier metodología supuestamente innovadora están presentes. No todo es alternativo en la pedagogía de la alternancia ni en el desarrollo comunitario.

5. *Se participa y aprende mejor cuando dialogamos y nos organizamos en grupo con acompañamiento personalizado*

El trabajo y la dinámica de grupo es un recurso permanente en cualquier proceso de participación y formación social. Hay que aplicar técnicas de animación de grupos junto a la tutorización y acompañamiento individualizado para adecuar el ritmo de aprendizajes a las características de cada quien.

6. *Garantizar no solo la igualdad de oportunidades sino la igualdad de resultados*

Sabemos que las personas en situación de riesgo parten de una gran desigualdad educativa y social. Se puede compensar esas diferencias de origen para evitar que reproduzcan más desigualdad. Dependerá de la estrategia de promoción y apoyo que impulse. Es necesario potenciar la “inteligencia emocional” y las múltiples formas de inteligencia cultural.

7. *Desarrollar las cualificaciones sociales*

La creación de vínculos sociales y relaciones que refuerzan el sentido de pertenencia e identidad personal resulta decisiva para la convivencia y el empleo. No hay cualificación técnica sin cualificación tecnológica ni competencia social y ciudadana. El trabajo en asociaciones y redes de intercambio y cooperación es un marco idóneo para fomentar esta estrategia dada la relativa “protección” y malla de seguridad que ofrece actualmente la relación laboral precaria y la falta de oportunidades para la contratación laboral con la combinación “educadora” de derechos, responsabilidades y prestaciones derivadas de ello.

8. *Dinamizar la creatividad y el sentido del humor*

Es necesario contrarrestar las tendencias fatalistas y de resignación a la adversidad que manifiestan las personas en situación de precariedad o fracaso laboral. Los procesos de participación y formación deben despertar la curiosidad y la creatividad como fuentes de aprendizaje para hacerlo todo más fácil. El humor siempre estimula e inspira para formarse y orientarse mejor. Un buen clima y un buen estilo de acogida hacen reconocer en las personas que pueden cambiar y aprender muchas cosas. Porque se sienten útiles, aportan sus argumentos, explicaciones y relatos personales. Se comunican e interactúan. Perciben que nadie decide en vez de ellas. Nadie sustituye a nadie. Cada cual asume sus responsabilidades.

9. *Encontrar sentido y producir significados*

Una estrategia de participación y formación crítica fundada en el diálogo igualitario es el mejor modo para que las personas de la comunidad pasen a ser protagonista y responsable de sus decisiones. La clave es abrir energías para que afloren los mejores sentimientos y propósitos de cada quien. Restituir el derecho a soñar que todos y todas tenemos para dar sentido a nuestra existencia. Las acciones y proyectos de educación para el desarrollo deben evitar caer en el estéril productivismo utilitarista. Su praxis debe fundamentarse en el ejercicio cotidiano de los derechos.

Conclusiones

Se ha instalado una visión conformista que tiende a justificar el drama actual culpabilizando a las víctimas. Una brecha insalvable entre los integrados y los excluidos, neutralizada por la heterogénea capa de precarizados. Esta sería la mejor coartada para mantener y reproducir la dualización de la sociedad: responsabilizar a los perdedores de su situación. Y, como paliativo, un creciente asistencialismo de las políticas sociales y de empleo que, tergiversando los conceptos de inserción, comunidad y responsabilidad social se convierten en un falso remedio para segregar y fragmentar selectivamente.

La cultura de la inevitabilidad de la exclusión social impide trabajar a favor de la justicia y de la dedicación a los más desfavorecidos. Pero no hay peor engaño que el de quien se engaña a sí mismo. Nada cambiará si no aprendemos a crear vínculos, a hacer un cambio mental. La transformación personal es condición de cualquier cambio social. Necesitamos elaborar un arte de vivir que sepa unir en fecunda interacción las motivaciones personales y colectivas. Sin ética solidaria ni esperanza, no hay desarrollo comunitario ni trabajo social posible. Y para que esta vida valga la pena y sea convivencial hay que compartir problemas y soluciones con los demás. Este aprendizaje cotidiano del valor del diálogo ayuda a arraigar en la cultura democrática el fundamento de la participación y la capacidad de autoorganización de las comunidades. Es una manera de expresar los desacuerdos y puntos de vista diferentes para que sean fecundos. Muchas veces los conflictos en diálogo pueden ser alternativos a una violencia que nace a menudo en el silencio, la frustración o el aislamiento del miedo.

Ante el miedo, la angustia, el individualismo y el egoísmo, hay que impulsar culturas cooperativas orientadas a la emulación, a compartir la alteridad, la fraternidad y la alegría. Sólo podemos hacer posible la esperanza si confiamos en las capacidades y potencialidades de la gente organizada como una manera mejor de avanzar juntos en la fraternidad.

El mejor *desarrollo local* ha de ser no solo sostenible sino solidario. Debe enfocarse para la promoción económica y el empleo pero no dicotomiza las partes sino que integra y complementa el enfoque económico-social y el ético-cultural: fusiona el concepto de desarrollo comunitario y el de territorio socialmente responsable fomentando la participación, la convivencia y la regeneración democrática de las ciudades.

APUESTA POR TUS PROPIOS MEDIOS

EN NAVIDAD, REGALA UNA SUSCRIPCIÓN A DIAGONAL O PIDE QUE TE LA REGALEN



TODAS LAS NUEVAS SUSCRIPCIONES SE LLEVAN UN LIBRO A ELEGIR Y ENTRAN EN EL SORTEO DE UNA BICI DAHON SPEED C6



DIAGONAL es un medio de comunicación sin corporaciones, bancos ni partidos políticos detrás. No aceptamos publicidad de grandes empresas y nuestra principal fuente de financiación son las suscripciones

Seguridad nacional, seguridad multidimensional, seguridad humana

El artículo aborda la evolución del concepto de seguridad en las últimas décadas. En la posguerra fría surgieron propuestas para ampliar la idea puramente militar de la seguridad hacia una visión multidimensional. Sin embargo, la respuesta al 11-S propició la vuelta a una concepción dura que ha engendrado en Europa proyectos de tintes orwellianos. En contraste, los autores proponen un cambio de paradigma que articule las estrategias de seguridad ubicando al ser humano en el centro de las políticas públicas e internacionales.

El concepto clásico de seguridad nacional tiene como objetivo prevenir o rechazar amenazas militares y, por tanto, defender militarmente la soberanía, la independencia y la territorialidad del Estado frente a posibles agresores. De esta manera, el Estado busca su propia seguridad incrementando su poder a través de su capacidad militar.

En la década de los años ochenta surgieron enfoques críticos a esta concepción de la seguridad. Las críticas se centraban en que dicha concepción solo se refería a la seguridad del Estado, olvidando a los ciudadanos, al tiempo que planteaba amenazas militares desde el exterior, sin considerar otras fuentes de inseguridad, tanto globales como internas, económicas o medioambientales. El primer enfoque crítico surgió con la extensión de la globalización, que ponía de manifiesto que el Estado ya no era el único actor internacional, pues aparecían nuevos riesgos y amenazas (crisis económicas, desastres medioambientales, el crimen organizado, etc.) que tenían dimensiones transfronterizas y cuyas soluciones no podían buscarse a escala nacional, sino en la cooperación internacional.

Un segundo enfoque crítico se centraba en cuestionar el concepto de desarrollo o subdesarrollo enfatizando las causas estructurales del mismo. Esta

Tica Font es directora del Institut Català Internacional per la Pau

Pere Ortega es investigador del Centre Delàs d'Estudis per la Pau

visión pretendía romper con la idea de que la seguridad de las personas era equivalente a la seguridad del país, es decir, si el Estado está seguro, las personas están seguras. Pero entonces, la seguridad nacional no era otra cosa que la seguridad de las élites que ostentaban el poder.

Estas críticas a la seguridad nacional han ido cuajando y han tomado relieve a raíz de los cambios producidos con la finalización de la guerra fría. La seguridad toma una perspectiva multidimensional en la que se asume que además de las amenazas militares hay otras amenazas (económicas, medioambientales, migraciones masivas, etc.), que las mismas son transfronterizas y globales, que vivimos en un mundo interdependiente y que, por tanto, las estrategias para abordar esa nueva realidad no pueden ser las estrictamente militares, sino que hay que introducir estrategias diplomáticas, civiles, policiales y de cooperación al desarrollo, entre otras. Esta nueva visión se ha ido desarrollando desde finales de los ochenta y ha culminado en la primera década del siglo XXI en las nuevas doctrinas de seguridad.

Estos debates sentaron las bases para un nuevo concepto, el de *seguridad humana*, en el cual la seguridad quedaba inextricablemente unida al bienestar de los seres humanos e implicaba que todas las personas tuvieran la capacidad de satisfacer sus necesidades básicas en un entorno medioambiental seguro.¹

El final de la guerra fría: cambios en el contexto

El final de la guerra fría supuso la derrota del bloque comunista y la victoria del bloque capitalista, lo que comportó la finalización del apoyo que cada bloque ofrecía a gobiernos, oposición o a los grupos insurgentes que defendían los intereses políticos de cada bloque. Ello supuso que los conflictos dejaran de estar enmarcados dentro del conflicto Este-Oeste y pasaran a ser conflictos internos, derivando algunos de ellos en guerras civiles. Muchos de estos conflictos se agravaron como consecuencia de la falta de apoyo económico, de armas, de formación militar, etc., que proporcionaba cada bloque por separado a cada bando. Debido a la falta de apoyo que prestaban las potencias a los bandos en conflicto, todos ellos tuvieron que buscar fuentes económicas para poder continuar financiando su lucha armada. Así, los conflictos dejaron de ser ideológicos y, especialmente en el caso de África, pasaron a ser conflictos por el control de las riquezas del territorio. La continuidad de un conflicto depende de los medios de financiación que se puedan conseguir para sostenerlo. Las formas para obtener recursos económicos son muy variadas: participar del mercado de drogas, armas, diamantes, oro, coltán, etc., practicar el saqueo, robo, extorsión,

¹ K. Pérez de Armiño y M. Areizaga, entrada en el Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo, disponible en: <http://www.dicc.hegoa.ehu.es/listar/mostrarr/204>. Acceso el 23 de julio de 2012.

toma de rehenes o apropiación de tierras o bienes después de la expulsión de la población de un territorio.

Con el fin de la guerra fría, la seguridad toma una perspectiva multidimensional y abarca nuevas amenazas como los desastres naturales, el mal gobierno o el acceso a los recursos

El final del enfrentamiento Este-Oeste supuso una bajada de la tensión mundial que comportó una reducción del gasto militar, lo que conllevó un descenso en la producción de armamentos y de las fuerzas militares (tanto de mandos como de soldados).² Es decir, a lo largo de la década de los noventa se produjeron excedentes de personal militar: unos seis millones de militares se desmovilizaron. En cuanto al arsenal armamentístico, una parte que provenía del bloque soviético pasó al mercado de segunda mano y otra parte paso al mercado ilegal de armamento. En los países occidentales se produjeron cancelaciones de pedidos de armamento y anulaciones de proyectos de desarrollo de nuevas armas.

El segundo elemento contextual a tener presente es el marco de globalización en el que estamos inmersos y que está provocando cambios importantes en el Estado-nación. Tanto en el Norte como en el Sur la globalización está comportando que los Estados cedan decisiones políticas importantes sobre la economía a instancias superiores o al mercado. La globalización está erosionando funciones importantes del Estado, tanto en los países industrializados como también en aquellos en vías de desarrollo. Así, el Estado es cada vez más débil y en muchos lugares ha perdido, total o parcialmente, los instrumentos de control y monopolio del uso de la violencia. Es lo que se ha venido a llamar *Estados fallidos*, aquellos que no pueden proporcionar seguridad a la población, proteger las riquezas naturales ni las empresas propias o multinacionales frente a hombres fuertes, clanes o guerrillas; incluso las fuerzas militares o de seguridad del Estado no son fiables para proteger al propio presidente del Gobierno.

En definitiva, el final de la guerra fría y el posterior auge de la globalización ha comportado la aparición de una demanda de seguridad que, en muchos casos, no podía ser atendida por las fuerzas militares estatales. En la década de los noventa este binomio de oferta-demanda provocó un estallido de empresas que ofrecían sus servicios militares y de seguridad a gobiernos, bancos, cuerpos diplomáticos, multinacionales, empresas mineras, petroleras, agencias de Naciones Unidas, instituciones internacionales y organizaciones no gubernamentales. A estas empresas se las denomina empresas militares y de seguridad pri-

² Según *Military Balance 2011*, se ha pasado de 26 a 20 millones de soldados en el mundo.

vadas (EMSP) y en sus estatutos afirman que su participación en el mercado da respuesta a una creciente demanda de seguridad por parte de esos actores, que son entidades respetuosas con los derechos humanos y que se limitan a dar servicios a aquellos poderes reconocidos internacionalmente.

Creación de una nueva doctrina de seguridad

En la segunda mitad de la década de los noventa el *lobby* militar industrial junto con los centros de creación de opinión *think-tank* empezaron a generar nuevos escenarios de conflictos, con sus consiguientes riesgos y amenazas. Si el comunismo y los Estados que lo defendían habían dejado de ser una amenaza para el bloque capitalista occidental, para que el ciclo armamentista se siguiera alimentando había que buscar nuevos enemigos, nuevas amenazas y nuevos riesgos. En coincidencia con estas corrientes de búsqueda de polos de conflictividad mundial en el año 2001 se produjeron los atentados del 11-S y el lanzamiento por parte del Gobierno norteamericano de la llamada guerra global contra el terrorismo.

Los acontecimientos que siguieron al 11-S impulsaron un nuevo enfoque de la seguridad: EEUU reformuló el ámbito de la seguridad bajo el síndrome del terrorismo y se acuñó el concepto de *homeland security* (2002). Se trata de una estrategia donde se combinaban aspectos policiales, militares y de seguridad en todos los ámbitos de la vida nacional, tanto del espacio público como del ámbito privado, creándose diversas agencias dedicadas a ejercer una estrecha vigilancia en aeropuertos, transportes, comunicaciones, transacciones financieras e internet entre otros ámbitos, mediante agencias estatales de seguridad, activos militares, empresas privadas de seguridad e industrias fabricantes de armas.

En paralelo a EEUU, los países de la UE y la OTAN abrieron la reflexión a la creación de un nuevo concepto estratégico y los gobiernos empezaron a definir las estrategias de defensa y seguridad en el nuevo contexto internacional.

En contraposición a EEUU, la UE presenta en 2003, con algunas diferencias, la Estrategia Europea de Seguridad (EES).³ En este documento la UE pone un mayor acento en los países que lo circundan, sin descartar inseguridades o amenazas provenientes de lugares más lejanos (Afganistán, el área del Cáucaso o de Asia central); presenta una mayor preferencia por las medidas de *soft power*,⁴ [poder blando] que los estadounidenses, aun-

³ El Consejo Europeo adoptó la Estrategia Europea de Seguridad (EES), *Una Europa segura en un mundo mejor*, Bruselas 12 de diciembre de 2003. En ella se establecen por primera vez principios y objetivos para promover los intereses de la UE en materia de seguridad, basados en los valores esenciales de la comunidad occidental.

⁴ La expresión fue acuñada por el politólogo Joseph Nye en su libro *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*, de 1990, que luego desarrolló en 2004 en *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. El término, de uso común en

que hablan de intervenciones “tempranas” para evitar el término “preventivas”, tan significativo del periodo Bush (aunque en la práctica sea lo mismo) y muestra una preferencia por el uso de instrumentos civiles y multidimensionales, frente a los militares, aunque estos también están presentes.

Con la EES, también conocido como *Informe Solana*, la UE definirá los desafíos mundiales: el gran número de guerras existentes, los desplazamientos de población como consecuencia de los conflictos, la pobreza creciente, ciertas enfermedades como el sida, el fracaso económico de muchos Estados (enfatizando que la seguridad es una condición para el desarrollo), la competencia por los recursos naturales (en particular el agua, por cuyo control prevén disturbios y movimientos migratorios) y la dependencia energética.

La EES tiene una concepción más amplia de la seguridad que la concepción tradicional. En la visión clásica se tiende a proteger valores como la independencia política o la integridad territorial del Estado y se definen como amenazas el terrorismo, el extremismo religioso violento, la proliferación de armas de destrucción masiva, los conflictos regionales, la descomposición de Estados y la delincuencia organizada. Este nuevo enfoque es multidimensional y abarca nuevas amenazas como desastres naturales, mal gobierno, acceso a recursos y protección de valores como el desarrollo económico o la salud. En cuanto a los instrumentos desde la concepción clásica, se menciona la disuasión militar, pero, en contraste, la nueva estrategia plantea una combinación de instrumentos militares, políticos y civiles que incluye, por primera vez, la cooperación al desarrollo.

Cinco años más tarde la UE revisará la EES⁵ y reafirmará las amenazas a la seguridad europea en el orden siguiente: 1) la *proliferación de armas* de destrucción masiva, tanto en manos de terroristas como en manos de ciertos Estados se definen como un peligro para la seguridad mundial, por ello los esfuerzos se centran en evitar que nuevos Estados tengan la capacidad de fabricar armas atómicas; 2) el *terrorismo*, respecto del cual se reconoce que la UE ha actuado con decisión para proteger a la sociedad. Ven necesario redoblar los esfuerzos contra la radicalización de ciertas ideologías extremistas ligadas al islamismo que fomentan la violencia; 3) la *delincuencia organizada*, de la cual se afirma que se han de profundizar las asociaciones de seguridad interior entre los países europeos mediante una política de mayor coordinación e integración de los cuerpos policiales y judiciales, poniendo especial celo en los movimientos de personas; 4) la *ciberseguridad*, pues este es un punto

relaciones internacionales, alude a la capacidad de un actor político para influir en las acciones o intereses de otros actores utilizando instrumentos de carácter político, económico o cultural, como la diplomacia, la comunicación, la difusión cultural o la ayuda exterior. Se opone al concepto de *hard power* [poder duro], referido a aquellas medidas basadas en la coerción, como el poder militar o las presiones económicas. (N. del E.)

⁵ El Consejo de Europa elaboró en 2008 un informe que no sustituye a la EES del 2003, sino que pretende reforzarlo. *Informe sobre la aplicación de la estrategia Europea de Seguridad. Ofrecer seguridad en un mundo en evolución*, Bruselas, 11 de diciembre de 2008, S407/08.

débil de las economías modernas «que dependen en gran medida de infraestructuras vitales como transportes, comunicaciones y suministro de energía»,⁶ ámbito que se debe reforzar para evitar ciberataques; 5) respecto a la *seguridad energética*, existe una gran preocupación por la dependencia, sobre todo en lo que se refiere a la energía fósil y por la inestabilidad de los países proveedores. En este sentido se hace una apuesta por la diversificación de los combustibles, de las fuentes de suministro y de las rutas de tránsito, también por el buen gobierno y el respeto al Estado de derecho en los países de origen; 6) el *cambio climático* se percibe como un multiplicador de amenazas por catástrofes naturales, degradación del medio ambiente y competencia por recursos naturales; todo ello puede exacerbar la situación de pobreza, dando lugar a crisis humanitarias, políticas y de seguridad que producirán conflictos que afectarán a las rutas comerciales de los recursos y generarán migraciones que pueden alcanzar a Europa.

En aras de defender la seguridad y promover los valores de la UE, se marcan objetivos estratégicos. Uno de ellos será el de *crear un cinturón de estabilidad* en los países que rodean la UE. «Nos conviene que los países limítrofes estén bien gobernados»,⁷ ya que ello aumentará la seguridad. Preocupan en especial los Balcanes y los “conflictos congelados” de la ribera sur del arco mediterráneo, debido a la insuficiencia de reformas políticas, las migraciones ilegales y la radicalización del islamismo; también los conflictos de Oriente Próximo, en especial el palestino-israelí y las aspiraciones nucleares de Irán. Bajo la premisa de la globalización, las amenazas lejanas pueden ser tan inquietantes como las cercanas y se afirma que la primera línea de defensa estará a menudo fuera de Europa y que ninguna de las nuevas amenazas es meramente militar ni puede atajarse únicamente con medios militares. Cada una de estas amenazas requiere una combinación de instrumentos; por ejemplo, abordar el *terrorismo* puede requerir servicios de información, policiales, judiciales, militares y otros; en los *Estados en descomposición* hacen falta instrumentos militares para restaurar el orden y disponer de medios humanitarios para hacer frente a las crisis inmediatas; por su parte, los *conflictos regionales* requieren soluciones políticas –puede que también militares y policiales– en las que aparece la cuestión de la *reconstrucción* posconflicto, que requiere de instrumentos económicos y de gestión civil para restablecer un buen gobierno.

Otro de los objetivos estratégicos de la EES es construir una Europa más eficaz y más capaz con un enfoque preventivo: una intervención temprana, rápida y, si es necesario, contundente. En cuanto a las capacidades operativas, se menciona llevar a cabo varias operaciones simultáneas, tanto militares como civiles, con fuerzas militares más flexibles y móviles y con mayor aportación de recursos civiles para gestionar el caos posterior a la intervención militar y la capacidad de ampliar la gama de misiones militares como operaciones

⁶ *Ibidem*, p. 5.

⁷ EES, *op. cit.*, 2008, p. 6.

conjuntas de desarme, apoyo a terceros países en la lucha contra el terrorismo o la reforma del sector de seguridad.

Desde el punto de vista del desarrollo, la EES problematiza la pobreza o el subdesarrollo y refuerza el papel del Norte y su intervencionismo en el Sur, enumera la pobreza, la malnutrición, las pandemias, ciertas enfermedades, el fracaso económico y el mal gobierno como elementos de inseguridad o amenazas a la seguridad del Norte, mostrándolo como una incapacidad del propio Sur para gestionarse o salir de su situación. En ningún momento se menciona que los países del Norte puedan tener responsabilidad alguna sobre los problemas que tiene el Sur; es como si solamente abordáramos la corrupción desde los corruptos, sin tener presente que para que haya corruptos, tienen que haber corruptores. Así, la visión de las estrategias de seguridad presentan un “ellos” sin revisar el “nosotros”, o podemos afirmar que “su” seguridad es importante sólo en la medida en que es un medio para “nuestra” seguridad. En definitiva, podemos valorar que la EES aborda “nuestra seguridad” frente al “otro”.

La Estrategia Europea de Seguridad problematiza la pobreza y el subdesarrollo, y refuerza el papel del Norte y su intervencionismo en el Sur; presenta un “ellos” sin revisar el “nosotros”, “nuestra seguridad” frente al “otro”

Finalmente, en la revisión de la aplicación de la EES y de la Política Europea de Seguridad Común y Defensa (PESCD)⁸ se pedirá que los Estados miembros de la UE en su conjunto deben progresar en proyectos que permitan desplazar más rápidamente las misiones militares. En concreto, se pide la creación de una flota europea de transporte aéreo y la modernización de helicópteros de transporte; que se avance en proyectos para mejorar la información, que se concreta en la petición de crear una nueva generación de satélites de observación, y que la Agencia Europea de Defensa trabaje en las necesidades militares de vigilancia espacial. Finalmente, también propone avanzar en proyectos que refuercen la dimensión marítima, creando un sistema de vigilancia marítima de control migratorio.

En ese sentido, uno de los proyectos que ha recibido el impulso más importante de todas estas nuevas plataformas ha sido FRONTEX (2003), la agencia de control de fronteras de la UE. El resultado ha sido la militarización de las misiones que este organismo lleva a cabo

⁸ Resolución del Parlamento Europeo, de 10 de marzo de 2010, sobre la aplicación de la Estrategia Europea de Seguridad y la Política Común de Seguridad y Defensa 2009/2198 (INI). Publicación: 2010/C 349 E/13.

contra la inmigración ilegal, especialmente en el área del Mediterráneo, zona considerada como la “primera línea de defensa” de las fronteras de Europa. Frontex desarrolla misiones policiales, aéreas y navales de intervención rápida, equipadas con material militar pesado, aviones y helicópteros de combate y buques de vigilancia marítima.

Junto a la EES, la UE también elaboró en 2003 –desde la PESCD, por un lado, y desde Justicia y Asuntos de Interior (JAI) por el otro– el Programa Europeo de Investigación y Seguridad (ESRP), destinado a aumentar la seguridad interna de los Estados miembros de la UE. El programa fomentaba el crecimiento de las industrias ligadas a los sectores de la seguridad, de las tecnologías de la información y comunicaciones y también de defensa militar, con la voluntad de crear un “complejo industrial de seguridad” en Europa.

Los pasos dados en esta dirección por la UE, han sido, sobre todo, incrementar mediante ayudas la investigación a las empresas que puedan implementar el ESRP en los ámbitos de la vigilancia terrestre, marítima, aérea, espacial y cibernética. Se persigue que tales investigaciones puedan ser utilizables a la vez con finalidad civil, comercial, de seguridad policial y de defensa militar. El programa ESRP deja entrever que este dividirá la seguridad europea en dos zonas: una, fuera de las fronteras de la UE, destinada a dar cobertura a la seguridad exterior para ejercer funciones de defensa con fuerzas de intervención rápida bajo mando militar; y otra, de seguridad interior, con una compleja red de controles físicos y virtuales en manos policiales que dispondrán de sofisticados sistemas de vigilancia y control de las personas.

El primer paso del ESRP fue formar un grupo de personalidades en el cual estaban presentes el alto representante de Política Exterior (Mr. PESC), entonces el español Javier Solana; varios comisarios europeos para la sociedad de la información; varios comisarios de Asuntos Exteriores y Comercio; representantes de la OTAN; representantes de la agencia de armamento de la UE; representantes de las cuatro industrias militares europeas más importantes (Thales, EADS, BAE Systems y Finmeccanica) y cuatro representantes más del ámbito de la electrónica y tecnologías militares y civiles (Ericsson, Siemens, Diehl y la española Indra).

Otra consecuencia de las medidas de seguridad adoptadas han sido de carácter legislativo, con la aprobación de una orden de detención europea, o de carácter instrumental, con la creación de bases de datos comunes que contienen toda clase de información sobre los ciudadanos europeos: medidas biométricas, huellas dactilares en pasaportes, permisos de residencia y visados; todos los datos en telecomunicaciones (correos electrónicos y teléfonos); los datos de todos los pasajeros que circulan por el espacio aéreo, tanto dentro como fuera de Europa; y también de todas las transacciones financieras. Informaciones que son almacenadas por la *Interpol System* y la *Schengen System*, las dos bases de datos criminales de Europa. Es decir, se está acumulando una enorme montaña de información priva-

da que permite un minucioso seguimiento de todos los ciudadanos europeos. También destacar la creación de agencias europeas como Europol o Eurojust.

El objetivo de todo este entramado de agencias y recursos destinados a incrementar la seguridad europea, como bien revelan todos los informes y los documentos elaborados por la Comisión Europea, es la defensa del “propio territorio” de Europa y la lucha frente a las “amenazas contra el estilo de vida occidental”. Se trata de unas ideas ultraconservadoras que nos abocan a una peligrosa “sociedad de la vigilancia” de estilo orwelliano, con unos sistemas de vigilancia supraestatales que lo ven todo y lo controlan todo, y que se están construyendo sin ningún control ni regulación democrática. Se trata de sistemas que vulneran el principio de privacidad, uno de los fundamentos de la democracia, pero con un grave peligro añadido: esta vigilancia se está llevando a cabo desde empresas privadas.

Por su parte, en EEUU la nueva Administración de Barack Obama suavizó el impulso unilateralista inicial de la etapa de George Bush jr., eliminando las “guerras preventivas” que llevaron a EEUU a invadir Afganistán e Irak, pero sigue manteniendo una “guerra quirúrgica” a través de la estrategia formulada en el documento oficial «Quadriennial Defence Review» (QDR), de marzo de 2010, donde se establecía la guía de los planes militares de EEUU en los próximos cuatro años y definía a EEUU como «un país en guerra, en Irak y en Afganistán». El documento aludía también a una guerra no convencional que no se circunscribía a un territorio o Estado concreto, sino que se libraba en una lucha política y militar multifacética contra el terrorismo de Al Qaeda y sus partidarios en cualquier lugar del mundo. Se trata de una guerra secreta de baja intensidad llevada a cabo con una nueva generación de armas muy sofisticadas (*drones*), aviones no tripulados que han ejecutado ataques en Pakistán, Yemen y Somalia, o a través de operaciones como el asesinato de Osama Bin Laden. Estos ataques vulneran la soberanía de los Estados donde se perpetran y se realizan al margen de la legalidad internacional.

La seguridad humana como alternativa

El riesgo de relacionar los problemas de desarrollo con la seguridad está en que contribuye a una creciente supeditación de la cooperación al desarrollo y de la acción humanitaria a criterios geopolíticos y de seguridad nacional del donante, convirtiendo la cooperación y la acción humanitaria en un instrumento al servicio de la acción estratégica de la UE o de EEUU. Continuando con este razonamiento, la seguridad multidimensional que presenta la EES en Europa y la QDR en EEUU puede ser utilizada para llevar a cabo intervenciones militares en países periféricos como “intervenciones humanitarias”. Se trata de intervenciones militares que se justifican por razones humanitarias para frenar violaciones de derechos humanos o garantizar la ayuda humanitaria.

Podemos afirmar que se está produciendo un proceso de abandono del concepto clásico de seguridad en términos estrictamente militares para transitar hacia la creación de un nuevo concepto de seguridad humana, aunque este proceso está aún en fase de maduración y adopta varios enfoques: un enfoque más amplio que aborda la seguridad en términos de seguridad alimentaria, sanitaria, educativa, medioambiental, etc; y un enfoque más restringido de seguridad como protección frente a la violencia física en contextos de conflicto.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) acuñó en 1994 el nuevo concepto de seguridad humana, desplazando el viejo enfoque de una seguridad centrada en proteger a los Estados a otro que pone a las personas como sujeto central de la seguridad. Este nuevo enfoque, trasciende la amenaza por la violencia personal y pone en primer plano las amenazas a la subsistencia de las personas en unas condiciones de dignidad. El concepto amplía el ámbito del término de seguridad a la seguridad económica, alimentaria, de salud, medioambiental, personal, política y comunitaria. El paradigma de la seguridad humana muestra que todos los seres humanos están profundamente interconectados en un escenario global en donde las principales amenazas surgen de la falta de desarrollo humano en educación, salud, desigualdades económicas y falta de respeto a los derechos humanos. Este nuevo concepto responde a dos nuevas ideas: primera, que la seguridad debe centrarse en las personas; y segunda, que la seguridad de las personas se ve amenazada no solamente por la violencia física, sino por otras amenazas como la subsistencia o las condiciones de llevar una vida con dignidad. Además, el concepto tiene dos dimensiones, una cuantitativa, la satisfacción de las necesidades materiales básicas que aseguren la continuidad de la vida, y otra cualitativa, vinculada a la dignidad, lo que exige avanzar en la satisfacción de los derechos humanos.

La seguridad humana está asociada a otro concepto, el de desarrollo, el cual evoluciona desde una concepción clásica de desarrollo entendido como un mero crecimiento macroeconómico hacia el desarrollo entendido como un proceso de ensanchamiento de las capacidades y libertades de las personas.

Como hemos explicado, este enfoque sobre seguridad humana se formula a partir de dos reflexiones: *quién* es el sujeto de la seguridad, produciéndose un cambio en el mismo, desde el Estado al individuo; y el otro cuestionamiento se refiere a *qué* seguridad y cuáles son las amenazas a la misma. Su aporte consiste en ir más allá de la violencia física y contemplar otros factores, como los socioeconómicos o medioambientales, como esenciales para la supervivencia y la dignidad humana.

Esta evolución teórica del concepto de seguridad hacia la seguridad humana requiere mayor profundización. Se trata de un nuevo concepto al que dotar de contenidos más precisos que permitan la elaboración de indicadores para su medición; también, hay que estu-

diar la aplicabilidad de este concepto y su utilidad como herramienta de análisis y como criterio de elaboración de propuestas políticas que puedan ser utilizadas en el diseño de una nueva agenda política.

Bajo unas ideas ultraconservadoras, nos abocan a una peligrosa “sociedad de la vigilancia” de estilo orwelliano, y esto se está construyendo sin ningún control ni regulación democrática

Conclusión

Los atentados perpetrados en EEUU el 11 de septiembre, en Europa el 11 de marzo de 2004 (Madrid) y el 7 de julio de 2005 Londres y muchos otros en otros lugares pusieron en la agenda política el tipo de políticas de seguridad que deberían aplicar EEUU y Europa. La respuesta de la UE y EEUU fue practicar medidas de tipo paliativo, a base de extremar las medidas de vigilancia policial y militar, lo cual ha supuesto una inevitable pérdida de libertades y derechos para los ciudadanos europeos. Pero si se quiere buscar soluciones para las causas que motivaron los atentados terroristas en EEUU y Europa harán falta políticas preventivas de otro signo. Estas políticas han de ir dirigidas a establecer medidas de confianza entre EEUU, Europa y los países de Oriente Próximo y Medio, por ejemplo: terminar con las intervenciones militares y sustituirlas por acciones diplomáticas que desactiven los conflictos, en especial el palestino-israelí; terminar con el apoyo a regímenes corruptos y, en cambio, fomentar la democracia, el respeto de los derechos humanos y practicar la cooperación y el desarrollo con el mundo árabe y musulmán.

En definitiva, la lucha global contra el terrorismo hace resurgir con fuerza en el discurso político una interpretación dura de la seguridad en clave estrictamente militar. En ese sentido, es necesario un cambio de paradigma que articule las estrategias de seguridad ubicando al ser humano en el centro de las políticas públicas e internacionales. El objetivo debe ser resolver las necesidades de millones de seres humanos afectados por las inseguridades provocadas por la globalización en los ámbitos político, económico, social, cultural y medioambiental. Hay que abordar una auténtica política de seguridad humana para que las personas y los pueblos puedan vivir libres de necesidad y libres de temor, que promueva la gobernabilidad democrática, el crecimiento con equidad y la superación de la extrema pobreza.

Apostar por este nuevo concepto requiere de análisis multidisciplinares capaces de aglutinar las múltiples y complejas causas que determinan las condiciones de inseguridad de las

personas. La seguridad humana deja de ser competencia en exclusiva de los expertos en relaciones internacionales o de estrategas en geopolítica; requiere de visiones procedentes del campo económico, político, medioambiental, antropológico y de género, entre otros. Igualmente, precisa de la creación de políticas públicas con nuevos enfoques: del mismo modo que la seguridad nacional desarrolló una estrategia militar y construyó todo un entramado militar-industrial, el enfoque de la seguridad humana requiere de políticas nacionales e internacionales que garanticen a todas las personas la capacidad de formar parte de su propio desarrollo.

Mientras el grueso de los recursos se destine a aumentar nuestras capacidades militares o policiales, intentando blindar nuestro primer mundo de amenazas exteriores, nos seguiremos alejando de la paz y la justicia, que es, en definitiva, a lo que una política de seguridad humana debería aspirar.

Entrevista a Jorge Riechmann. «El socialismo puede llegar sólo en bicicleta»

Salvador López Arnal

175

Entrevista

Entrevista a Jorge Riechmann

«El socialismo puede llegar sólo en bicicleta»

Jorge Riechmann ha destacado en multitud de facetas, y entre ellas diversas, que van desde su reconocida faceta poética –poco convencional abordando un amplio espectro de registros–, hasta un amplio recorrido en distintas temáticas como la filosofía, la política o la ecología... que le sitúan como referente internacional reconocido en cada una de ellas. Una persona comprometida con el análisis y la crítica a la panacea del progreso –capitalista– que logra resaltar en su obra, y que va más allá de la prosa. La formación y la capacidad que Jorge alberga dan cuenta de la rigurosidad –no siempre común– que resalta en un enfoque álgidamente integrador como el que ahora nos ocupa.

Pregunta: Después de felicitarte por tu nuevo libro *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, publicado hace algunas semanas en la editorial madrileña Los Libros de la Catarata, déjame empezar por sus alrededores próximos. El título remite a José Antonio Viera-Gallo. ¿Quién era este ciudadano chileno? ¿Qué quiso expresar Viera-Gallo con esa afirmación?

Respuesta: Viera Gallo es un jurista y político chileno nacido en 1943. Fue subsecretario de Justicia durante la presidencia de Salvador Allende; tras el golpe de Estado de 1973 logró exiliarse a Italia. Con el final de la dictadura de Pinochet regresó a su país, donde ha formado parte de la dirección del Partido Socialista, ha sido ministro de la Secretaría General de la Presidencia en el Gobierno de Michelle Bachelet, y donde actualmente –creo– es miembro del Tribunal Constitucional chileno.

Cuando leí hace ya muchos años aquella frase de Viera-Gallo, me pareció lúcidamente sintética. De hecho la usé ya como título de una ponencia expuesta en las I Jornadas sobre Ecología y Política Ambiental de Izquierda Unida (en Madrid, del 12 al 14 de octubre de 1990); ahora, casi un cuarto de siglo después, la he recobrado para titular el libro.

Salvador López Arnal es miembro del CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

Otro chileno, uno de los economistas importantes de los últimos decenios, Manfred Max-Neef, suele hablar de «economía descalza» (la que respondería a las necesidades, los valores y las aspiraciones de los más pobres, esos a quienes la economía convencional ignora pues apenas disponen de poder de compra); podríamos dejar cerca de esa expresión el sintagma «socialismo en bicicleta». Eso nos remitiría a contextos de crítica de la idea de la neutralidad de la técnica, a la necesidad de desarrollar «tecnologías apropiadas» (que para una sociedad socialista no podrían ser sino parcialmente las mismas que las tecnologías generadas bajo el capitalismo), a la noción de una sociedad industrial austera, igualitaria y descarbonizada...

P: El libro se cierra con un escrito de Michael Löwy. «Por una ética ecosocialista» es su título. ¿Qué es el ecosocialismo para el autor de *La teoría de la revolución en el joven Marx*?

R: Löwy es uno de los marxistas europeos que desde hace años trabaja con tesón para desarrollar perspectivas ecosocialistas; a él se deben iniciativas como el *Manifiesto ecosocialista* internacional de 2001 (redactado junto con Joel Novel) que luego sirvió como base para la fundación en octubre de 2007 –en París– de la Red Ecosocialista Internacional (International Ecosocialist Network).¹ Una de las citas de Löwy que recojo en *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* dice:

«Contra el fetichismo de la mercancía y la autonomización de la economía por parte del neoliberalismo, la apuesta de la que depende el porvenir es la aplicación de una “economía moral” en el sentido que daba el historiador británico Edward P. Thompson a ese término, es decir, una política económica basada sobre criterios no monetarios y extraeconómicos: en otros términos, la “reintrincación” de la economía en lo ecológico, lo social y lo político.»²

P: El prólogo se abre con un texto –en mi opinión, enorme, magnífico– de Francisco Fernández Buey, uno de sus últimos trabajos («Sobre ecosocialismo en la crisis de civilización: ecología política de la pobreza y decrecimiento»). ¿Qué ha representado para ti el autor de *La gran perturbación*?

R: Ay, Salva, qué pérdida enorme la que hemos sufrido el pasado 25 de agosto... Tú sabes mejor que nadie que Paco Fernández Buey era una persona verdaderamente insus-

¹ Véase www.ecosocialistnetwork.org

² Michael Löwy ha expuesto sus ideas en un libro recientemente traducido en Argentina: *Ecosocialismo*, Ediciones Herramienta y Editorial El Colectivo, Buenos Aires, 2011.

tituible: como profesor, como intelectual, como militante, como crítico cultural, como amigo,... Cuánto echaremos de menos su paciente trabajo en contra de esos sectarismos que hacen tanto daño a la izquierda en nuestro país de países. ¿Recuerdas cuántas veces volvía, desde hace decenios, a la idea de juntar aquello que se separó después de la Primera Internacional? ¿Por qué no podrían dialogar y trabajar juntos socialistas y libertarios, anarquistas y comunistas? Qué falta nos hará ese atento discernimiento suyo aplicado a los movimientos sociales y –antes de su constitución como tales movimientos– a lo “prepolítico”, a esas corrientes e inquietudes culturales donde se van definiendo las vías por donde transitará –o no– la sociedad...

Es difícil que la inteligencia crítica, en el grado en que caracterizaba a Paco, vaya acompañada de la bondad en el grado que también le caracterizaba a él. A quienes le conocíamos nos llamaba la atención lo lejos que siempre se situó del oportunismo y la inautenticidad: hacen falta raíces morales hondas para mantener una posición así. Y él lo hacía sin el menor exhibicionismo, mostrando más que diciendo, haciendo más que hablando.

Paco era, por otra parte y de forma admirable, un ser humano muy equilibrado. Lo cual resulta mucho más infrecuente de lo que podría parecer: uno tiene motivos para sospechar que, antropológicamente, somos seres descompensados; a lo que culturalmente se añaden toda clase de desequilibrios. Pero qué bien retratan a Paco, en eso, algunos de los títulos de sus libros: *Discursos para insumisos discretos*; su propuesta de un *Racionalismo bien temperado*... Cuando pienso en él, me acuerdo muchas veces de aquel gran poema de Brecht sobre el comunismo como término medio.

P: ¿Nos haces un resumen de la presentación de Paco Fernández Buey? ¿Qué destacarías de su escrito?

R: Es una reflexión en cuatro tiempos que primero aborda la naturaleza de la crisis que estamos viviendo –no una mera crisis económico-financiera, sino una multidimensional crisis de civilización– y luego analiza rápida pero matizadamente tres de las respuestas principales que, desde el pensamiento crítico y la praxis alternativa, se han formulado en los últimos decenios: el ecologismo –y particularmente el ecologismo social de los pobres–, el movimiento altermundista y la propuesta del decrecimiento. Paco va examinando algunas de las fortalezas y carencias de estos movimientos, que constituyen interlocutores obvios del ecosocialismo –y en algunos casos quizá variantes del mismo–, a la hora de pensar en una transformación ecosocial radical. Podemos catar algo de su pensamiento en líneas como las que siguen:

«Lo que está en crisis es *nuestra* civilización, o sea, la forma de producir, consumir y vivir que el capitalismo industrialista ha configurado durante varios siglos; lo temporal y transitorio es preci-

samente la crisis financiera y económica y de ella se va a salir, efectivamente, con reformas más o menos profundas del sistema; pero, dado el carácter expansivo de este tipo de civilización, las reformas en el sistema financiero y económico propugnadas desde arriba y con una orientación neoliberal no paliarán sino que acentuarán la otra crisis, la ecológica o medioambiental. Puesto que esta civilización capitalista e industrialista es expansiva y no tiene sentido del límite, la crisis ecológica o medioambiental se agudizará y además, al combinarse con el proceso de homogeneización cultural, que es otra consecuencia del carácter expansivo de la civilización capitalista, provocará en el mundo un malestar cultural aún mayor que el que ya existe ahora. [...] Pocas cosas puede haber tan representativas de una crisis de civilización como el sentimiento de pérdida de los valores que han sido propios. Eso es lo que hay. Y eso no se arregla buscando en los clásicos de cada cual los valores perdidos. En los clásicos del socialismo, empezando por Marx, por ejemplo, sólo podemos encontrar algunos atisbos: metodológicos e historiográficos, desde luego; atisbos ecológicos o medioambientalistas, aunque pocos; y también, aunque menos, atisbos para una crítica radical de la civilización en crisis.»

P: Entro ya propiamente en tu libro, en *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*. ¿Por qué crees que el socialismo sólo podrá llegar con ese medio de transporte?

R: La bicicleta es el artefacto ecosocialista por excelencia, tanto material como simbólicamente. Por una parte, pertenece de forma inequívoca a la sociedad industrial: es una máquina de alta tecnología que potencia en alto grado las capacidades del ser humano (sobre todo su movilidad, pero no únicamente: también su capacidad de disfrute, sin ir más lejos) con un impacto ambiental reducido, asumible incluso con las enormes poblaciones humanas que hoy habitamos el planeta Tierra. Por otra parte, apunta más allá del capitalismo fosilista hacia una sociedad basada en fuentes energéticas renovables (que, en la combinación del transporte colectivo con la bicicleta, podrían ofrecer a todo el mundo una movilidad suficiente y sostenible). El automóvil privado no es generalizable, la bicicleta sí que lo es. El socialismo no puede llegar en transporte motorizado individual: ha de hacerlo en bicicleta. En el libro recuerdo estas palabras de Jim McGum (citado por Keith Farnish en el capítulo 16 de *A Matter of Scale*):

«La ciclista lo crea todo a partir de casi nada, convirtiéndose en el ser más eficiente energéticamente de entre todos los animales y máquinas que se mueven; y, como tal, tiene una capacidad ímproba para desafiar todo el sistema de valores de esta sociedad. Los ciclistas no consumen bastante. La bicicleta puede ser demasiado barata, demasiado saludable, demasiado independiente y demasiado equitativa como para que le vaya bien. En una era del exceso, es minimalista; y ostenta el potencial subversivo de hacer feliz a la gente en una economía impulsada por la frustración de los consumidores.»

P: Y si hubiera que explicar sucintamente a la gente de qué va el ecosocialismo...

R: El socialismo, como sistema social y como modo de producción, históricamente se definió por la aspiración a que en él el trabajo deje de ser una mercancía, y la economía se ponga al servicio de la satisfacción igualitaria de las necesidades humanas. El ecosocialismo añade a las condiciones anteriores la de sustentabilidad: modo de producción y organización social cambian para llegar a ser ecológicamente sostenibles. No mercantilizar los factores de producción –naturaleza, trabajo y capital–, o desmercantilizarlos, es la orientación que un gran antropólogo económico como Karl Polanyi sugirió en *La gran transformación*: también a Polanyi tenemos que recuperarlo y releerlo hoy con gafas ecosocialistas. Desmercantilizar y democratizar: el ecosocialismo trata de avanzar hacia una sociedad donde las grandes decisiones sobre producción y consumo sean tomadas democráticamente por el conjunto de los ciudadanos y ciudadanas, de acuerdo con criterios sociales y ecológicos que se sitúen más allá de la competición mercantil y la búsqueda de beneficios privados.

P: ¿De qué autores beben más los argumentos y reflexiones de tu nuevo libro?

R: Recuerdo en la introducción que, amén de bisabuelos más lejanos como el gran William Morris, podríamos llamar padres pioneros del ecosocialismo (de lo que desde los años setenta/ochenta del siglo XX hemos llamado ecosocialismo) a Manuel Sacristán en España, Raymond Williams en Gran Bretaña, René Dumont y André Gorz en Francia, Barry Commoner y Murray Bookchin en EEUU, Wolfgang Harich y Rudolph Bahro en Alemania oriental, Erhard Eppler en Alemania occidental... Entre estos pensadores se dio por lo demás un amplio abanico de posiciones políticas: hay un largo trecho entre el ecosocialismo autoritario centralista de un Wolfgang Harich y el ecosocialismo libertario municipalista de un Murray Bookchin.

P: Una noción aparece repetidamente en tu ensayo: comunismo solar. ¿Qué es el comunismo solar?

R: Me parece una noción tan sugerente como la de socialismo en bicicleta. La base energética de una sociedad sostenible, viable en el tiempo, han de ser las energías renovables, básicamente la energía del Sol más o menos transformada. Si hay futuro para la especie humana en la Tierra, ha de hallarse en lo que cabe llamar una «edad solar».³ Un

³ Véase H. Henderson, *La política de la edad solar. Alternativas a la economía*, FCE versión en español, México [1981], 1985. Obra que vale la pena releer hoy.

socialismo/comunismo del siglo XXI, por eso, tendrá que ser un ecosocialismo o «comunismo solar». Löwy y otros ecosocialistas como David Schwartzman emplean esta expresión desde hace años.

P: Apoyándote en un apunte de Benjamin, comentas que no se trata de dominar la naturaleza, sino la relación entre naturaleza y humanidad. ¿Se trata de abonar una autocontención civilizatoria? ¿Cómo?

R: Es verdad que, aunque muchos idearios de izquierda han sido productivistas (como abrumadoramente lo ha sido la cultura política y económica de los últimos dos siglos), algunas líneas minoritarias del pensamiento socialista formularon tempranas críticas del productivismo y la noción burguesa de progreso. Aquí destaca Walter Benjamin, desde luego. El paso al que te refieres es el siguiente:

«Dominar la naturaleza, enseñan los imperialistas, es el sentido de toda técnica. Pero ¿quién confiaría en un maestro que, recurriendo al palmetazo, viera el sentido de la educación en el dominio de los niños por los adultos? ¿No es la educación, ante todo, la organización indispensable de la relación entre las generaciones y, por tanto, si se quiere hablar de dominio, el dominio de la relación entre las generaciones y no de los niños? Lo mismo ocurre con la técnica: no es el dominio de la naturaleza, sino dominio de la relación entre naturaleza y humanidad.»

Es un fragmento de *Dirección única*, un libro de apuntes, fragmentos y agudezas que Benjamin publicó en 1928. Fíjate: dominar *no la naturaleza sino la relación entre naturaleza y humanidad*. Dominar nuestro dominio: creo que esta idea sigue siendo inmensamente fecunda en el siglo XXI. Se trata, de alguna manera, de llevar la *enkrátēia* que encomiaban Sócrates y Aristóteles del ámbito personal al socioecológico, transformando el autodomínio del varón prudente en autocontención civilizatoria.

Por lo demás, esta idea podemos rastrearla también en un famoso pasaje del libro tercero de *El Capital* de Marx: ahí el pensador de Tréveris no define el socialismo como dominación humana sobre la naturaleza, sino más bien como *control sobre el metabolismo entre sociedad y naturaleza*, regulación consciente de los intercambios materiales entre seres humanos y naturaleza. En la esfera de la producción material, dice Marx en el mencionado libro: «la única libertad posible es la regulación racional, por parte del ser humano socializado, de los productores asociados, de su metabolismo [*Stoffwechsel*] con la naturaleza; que lo controlen juntos en lugar de ser dominados por él como por un poder ciego.» Éste es un pasaje que suelen citar ecosocialistas como Michael Löwy y Daniel Tanuro.

P: Decirlo suena más fácil que hacerlo...

R: Somos malos en autocontención (los griegos llamaban a esta virtud *enkráteia*). Pero es la autocontención lo que nos hace humanos, lo que puede hacernos humanos (en el sentido normativo del término). A escala individual y microsocia l ello debería resultar casi evidente. Poder aprovecharse de una ventaja, al precio de dañar a otro, y no hacerlo: eso es lo que nos humaniza.

El escritor colombiano Santiago Gamboa, que fue representante de su país ante la UNESCO, recuerda haber escuchado al delegado de Palestina decir: «Es más fácil hacer la guerra que la paz, porque al hacer la guerra uno ejerce la violencia contra el enemigo, mientras que al construir la paz uno debe ejercerla contra sí mismo.» Dominio de sí en vez de violencia contra el otro: eso nos humaniza.

Pues, en definitiva, ¿de qué va la filosofía práctica –la ética, el pensamiento político, la religión en su dimensión no teísta (que cabe llamar espiritualidad)–? Una respuesta breve diría: trata de *la autoconstrucción de lo humano*. Y prefiero con mucho esta noción a la “auto-creación” de Nietzsche, porque estamos hablando de artesanías y no de artes demiúrgicas.

Se trata de construir lo humano (¡pues no nos viene dado!) en vez de dar rienda suelta a las ciegas pulsiones de la psique y los arrolladores mecanismos del mercado. Construir lo humano: las emociones humanas, las prácticas humanas, las virtudes humanas, las instituciones humanas. Nuestra tarea es construirnos –incluso si creemos, como los budistas por ejemplo, que la almendra de esta tarea es deconstruir el ego–.

P: ¿Crees posible una reconversión del capitalismo, profunda si quieres y por ahora poco imaginable, que le haga amigo de la naturaleza a corto, medio y largo plazo?

R: Creo que no tenemos buenas razones para creer en un “capitalismo verde” a medio/largo plazo, aunque en el corto plazo sin duda serían posibles reformas ecologizadoras que permitirían básicamente “comprar tiempo” con estrategias de ecoeficiencia (“hacer más con menos” en lo que a nuestro uso de energía y materiales se refiere). Tal es la perspectiva de los sectores capitalistas “ecoilustrados” –por desgracia, no demasiado poderosos en la dinámica global– que trabajan con la perspectiva estratégica de “desacoplar” el crecimiento económico de la sobreexplotación del planeta y sus recursos naturales. Esta perspectiva es miope cuando no engañosa, como he tratado de mostrar en algunos pasos de *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* y en otros lugares.⁴ La razón de fondo es el carácter

⁴ Por ejemplo en J. Riechmann, «Eficiencia y suficiencia», capítulo 4 de *Biomimesis*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006. Uno de los cinco volúmenes que integran mi “pentalogía de la autocontención”.

expansivo inherente al capitalismo, ese avance espasmódico que combina fases de crecimiento insostenible y períodos de “destrucción creativa” insoportable. Hoy ya estamos más allá de los límites, y por eso suelo decir que “el tema de nuestro tiempo” (o al menos, uno de los dos o tres “temas de nuestro tiempo” prioritarios) es el violento choque de las sociedades industriales contra los límites biofísicos del planeta. Y hoy “sociedades industriales” quiere decir: el tipo concreto de capitalismo financiarizado, globalizado y basado en combustibles fósiles que padecemos.

En la introducción del libro pongo el ejemplo siguiente: técnicamente es posible fabricar bombillas que duren cien años, lavadoras eléctricas fácilmente reparables que funcionen más de medio siglo. Y esa posibilidad técnica se convierte en una necesidad, si es que queremos conservar los beneficios de eso que llamamos civilización (sobre cuya irreversibilidad no deberíamos hacernos ilusiones: el horizonte de colapso resulta hoy por hoy más verosímil que el de progreso) y generalizarlos al conjunto de la humanidad, en el difícilísimo trance histórico donde nos hallamos.

Pero lo que es técnicamente posible, y necesario desde la perspectiva del bienestar y la emancipación humana, resulta inviable bajo el capitalismo. Socioeconómicamente imposible. Para que gire sin fin la rueda de la producción y el consumo, las mercancías han de incorporar su obsolescencia programada. Este sistema sólo puede funcionar con bombillas que se funden a los seis meses de uso, con lavadoras que duran cinco años. Y por eso –en una biosfera finita, con recursos naturales finitos y con una población humana demasiado elevada– el capitalismo es incompatible con el bienestar y la emancipación humana.

P: ¿No existe el riesgo de que no lleguemos al siglo XXII o que lleguemos en un estado muy deteriorado?

R: Ese riesgo es, por desgracia, muy real. Uno barrunta que vamos hacia desastres mundiales que pueden ser peores que las dos guerras mundiales (o quizá tres, contando la guerra fría), los genocidios o los totalitarismos del siglo XX: catástrofes que en sí ya fueron peores que todo lo anterior y supusieron la cima de la violencia humana a través de los tiempos. Pero avanzamos, eso sí, con una sonrisa idiota en los labios, un *smartphone* en las manos y una canción de Lady Gaga en los auriculares.

Posmodernismo como filosofía, neoliberalismo como teoría económica (ampliamente divorciada de la práctica, eso sí: habría que llamarla más bien –con José Manuel Naredo– “neocaciquismo”), nihilismo y *marketing* como cultura, vuelos baratos como herramienta de control social: así hemos vivido. ¿Queremos seguir viviendo así?

Aquella terrible frase de Lenin –¿era de Lenin, verdad?– según la cual los revolucionarios eran cadáveres de permiso. Hoy, las perspectivas de colapso civilizatorio arrojan una sombra análoga sobre los colectivos humanos. Somos sociedades extintas de permiso. Pero en la sombría noche que habitamos, a la lucidez crítica la llaman misantropía y gusto por el apocalipsis. Ay, cuánto me gustaría equivocarme... «Confiamos/ en que no será verdad/ nada de lo que pensamos», suspiraba Antonio Machado.

P: Y ante semejantes riesgos de degradación y colapso, ¿qué medidas urgentes serían imprescindibles?

R: En cierto momento de *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, hacia el final del capítulo 8, me atrevo a esbozar lo que podrían ser líneas maestras de un “programa de transición”:

1. *Reforma ecológica de la Contabilidad Nacional*, para disponer de indicadores adecuados que permitan evaluar la economía en su comportamiento biofísico (más allá de la esfera del valor monetario).
2. *Reforma fiscal ecológica*, para “internalizar” una parte de los costes externos que hoy provoca nuestro insostenible modelo de producción y consumo. La figura central sería un fuerte *ecoimpuesto sobre los combustibles fósiles*. Se haría en el marco de
3. un “*nuevo contrato fiscal*” que globalmente aumentaría la tributación de las rentas altas y del capital, y pondría más recursos en el sector público (y desde luego eliminaría los paraísos fiscales).
4. *Reducción de la escala física de la economía* hasta los límites de sustentabilidad. Economía “de estado estacionario” en ese sentido (no necesariamente en cuanto a la “creación de valor”).
5. *Reducción del tiempo de trabajo*, buscando las condiciones para que esta medida se traduzca en nuevo empleo (ello dista de ser automático). *Trabajar menos* (solidaridad social) y *consumir menos bienes destructores de recursos escasos* (solidaridad internacional e intergeneracional) *para trabajar todos y todas, y consumir de otra forma*.
6. *Tercer sector de utilidad social, semipúblico*, para atender a las demandas insatisfechas (por ejemplo, las que se refieren a la “crisis del cuidado”).
7. “*Segunda nómina*” que el Estado abonaría a los asalariados que no trabajasen a jornada completa o lo hicieran por debajo de un salario mínimo decente.
8. *Intensa reducción de las disparidades salariales*.
9. *Socialización de una parte (al menos) del sistema de crédito*. Banca pública fuerte.
10. *Provisión de bienes y servicios públicos de calidad por parte de un sector de la economía socializado*: energía, transporte, comunicaciones, vivienda, sanidad, educación...
11. *Infraestructuras para la sustentabilidad*: energías renovables, transporte colectivo, ciudades y pueblos sostenibles...

12. *Políticas activas de empleo; formación continuada a lo largo de toda la vida laboral; sistemas renovados de recalificación profesional.*

Entre los mecanismos más interesantes para *la planificación indirecta no burocrática de la inversión* en economías con sectores de mercado importantes se hallan los *descuentos y recargos en los tipos de interés*. La banca pública presta dinero a las empresas con ciertos descuentos o recargos en el tipo de interés, *decididos para cada sector de bienes de consumo en función de criterios sociales y ecológicos*.

P: Hablas de “desfinanciarizar” la economía. ¿Por qué? ¿Cómo se puede conseguir una cosa así?

R: En las jornadas «Viviendo en Deudocracia» (Madrid, 7 y 8 de octubre de 2011), el investigador del Observatorio de la Deuda en la Globalización (ODG) Daniel Gómez declaraba: «Estamos viviendo un golpe de Estado financiero», no nos hallamos ya (o cada vez estamos menos) en una democracia. Aunque este “golpe de Estado financiero” se ha acelerado de forma alucinante a partir de 2009, lo cierto es que llevaba mucho tiempo en marcha: se trata de una de las características más relevantes del período neoliberal/neoconservador que comenzó hacia 1980.

La raíz de la crisis financiera y económica que comenzó en 2007 se halla en un sector financiero y bancario que ha adquirido un tamaño descomunal, y que ha acumulado pérdidas en sus operaciones especulativas (primero en EEUU con las “hipotecas locas” y luego en Europa, con sus burbujas inmobiliarias y otros riesgos). «Los mercados no tienen ni memoria ni sentimientos, sólo funcionan en términos de cuenta de resultados», reflexionaba en 2011 el responsable de un banco suizo con sede en Madrid. La banca privada no sabe de sustentabilidad, de largo plazo, de justicia ni de interés social. Pero sin un sistema de crédito al servicio del interés general, que permita reorientar la inversión hacia la transformación socioecológica que precisamos, no hay posibilidad de alejarnos del abismo. Necesitamos la socialización de la banca –no sólo por eficiencia económica, no sólo por justicia social, no sólo para salir de la crisis económica: también por interés de supervivencia–.

P: ¿Cómo es posible, cómo se consigue que un sistema económico, una civilización incluso, como el capitalismo, al que tú con razón atribuyes un carácter distópico, tenga tantos partidarios en el mundo?

R: Ay, querido Salva, ésa es una pregunta que requiere un programa de investigación multi e interdisciplinar, más que una respuesta breve en una entrevista. Ese programa debe-

ría interrogarse sobre los numerosos obstáculos que traban el funcionamiento de la frágil racionalidad humana, comenzando por una revisión de las teorías clásicas de la ideología y llegando hasta los últimos hallazgos de los psicólogos cognitivos y los neurocientíficos. Tendría que adentrarse en cuestiones generales, como la sociología de las *public relations* en las sociedades capitalistas avanzadas, y también analizar con gran detalle asuntos concretos, como la psicología y la economía del negacionismo climático... Tendría que revisar indagaciones de psicología profunda para tratar de entender cómo engranan las seducciones del sistema de la mercancía con la fracturada libido humana. Y no olvidar rasgos de la condición humana tan problemáticos como esa desdichada tendencia a gritar “viva quien vence” en demasiadas ocasiones.

Alguna vez he pensado sobre la condición humana en los siguientes términos: tener que hacernos cargo de asuntos que nos sobrepasan, en situaciones para las que no estamos preparados. Nos gustaría tanto tumbarnos a descansar... Pero no podemos ni debemos hacerlo. La pereza que nos hace seguir la corriente (descuidando así la tarea de autoconstruirnos, y construir una comunidad humana); y la indiferencia que nos cierra al sufrimiento del otro. Esas son las dos grandes faltas del *anthropos*, diría yo.

P: Lo que necesita el mundo, afirmas, no es expansión ni crecimiento sino intensidad. ¿Nos explicas esta afirmación?

R: Ahí me he valido, en más de una ocasión, de reflexiones de un gran poeta español y andaluz, Juan Ramón Jiménez –quizá el más grande de nuestros poetas en el siglo XX–, de quien por cierto también podríamos hacer hoy una interesante relectura con gafas eco-socialistas (¡sería un espléndido tema de tesis doctoral!). Decía el poeta de Moguer:

«La intensidad expresa mejor la fuerza de lo poético; lo intenso no es hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda, lo es en sí mismo y no se pierde más que en sí mismo y nunca se acaba; es, pues, lo más ilimitado de un límite hacia dentro de uno mismo.»⁵

Lo más ilimitado de un límite hacia adentro, nos sugiere Juan Ramón: no está mal como proyecto vital, como orientación espiritual, ni como objetivo civilizatorio. Nos invita a pensar de otra manera sobre cantidad y calidad, sobre los fines de la vida humana, sobre lo que puede ser una vida buena para la clase de animal complejo y desequilibrado que somos los seres humanos...

Digámoslo de otra manera. De alguna forma, estamos ante una elección análoga a la siguiente: o un gordo e insípido fresón de invernadero (que se produce esquilmando la tie-

⁵ J. R. Jiménez, «La profundidad poética», en *Política poética*, Alianza, Madrid, 1982, p. 425.

rra, envenenando las aguas y explotando a los jornaleros inmigrantes), o una secreta fresa silvestre que nos colma de algo inconfundible e incomparable, como aquella del poema del danés Jens August Schade:

«La misteriosa sensación secreta/ de sentir una fresa en la boca/ nunca se podrá comprar con dinero./ No se conoce la razón/ pero una fresa puede hacer que el alma/ se ponga al rojo vivo, hasta el fondo.// Esta fresa, me la dieron esta mañana,/ me hace tan feliz/ que oí al espacio celeste decir// *la cosa más deliciosa que haya saboreado.*»⁶

P: ¿Por qué crees, como afirmas en tu libro, que tomado en serio el desarrollo sostenible es decrecentista?

R: Antes me referí al espejismo de que quepa alcanzar la sustentabilidad “desacoplando” el crecimiento económico de los impactos ambientales —espejismo al que tienden a reducirse las políticas de desarrollo sostenible que trata de poner en marcha en la Unión Europea, por ejemplo, o sectores “ecoilustrados” del capital. Pero de poco (o nada) servirán las reformas para “ecologizar” la producción, y muy particularmente las mejoras en eficiencia, si no se frena el crecimiento material en nuestras sociedades sobredesarrolladas. Como la historia de los decenios pasados prueba elocuentemente, de nada sirve mejorar la eficiencia energética o el ahorro de materiales un 1 o un 2% anual, si el objetivo económico sigue siendo crecer un 3 ó 4% anual: el impacto devastador sobre la biosfera seguirá aumentando. Nuestro objetivo tiene que ser detener selectivamente el crecimiento material en nuestras sociedades sobredesarrolladas (lo cual está muy lejos de equivaler a detener el desarrollo humano, no implica necesariamente que no crezcan magnitudes contables como el PIB o el PNB, y no implica tampoco que no tenga que darse crecimiento material en el Sur).

Hay que repetir una y otra vez que no es posible el crecimiento económico indefinido dentro de una biosfera finita, y que globalmente hemos sobrepasado ya los límites del crecimiento. Globalmente, lo que necesitamos es *desarrollo sin crecimiento* (cuantitativo), y en última instancia ésta es la única definición breve de desarrollo sostenible que no traiciona el contenido radical del concepto. Lo peliagudo de la situación se hará evidente si se piensa que desarrollo se define habitualmente en términos de crecimiento económico, y por tanto, “desarrollo” tal y como se define habitualmente y “desarrollo sostenible” no son conceptos emparentados, sino antagónicos. Por cierto que, sobre estos asuntos, Florent Marcellesi acaba de publicar un libro valioso: *Cooperación al posdesarrollo. Bases teóricas para la transformación ecológica de la cooperación al desarrollo* (Bakeaz, Bilbao 2012).

⁶ J. A. Schade, «Una fresa», en Uriz, F. J. (ed.), *Poesía nórdica*, Ediciones de la Torre, Madrid [1958], 1995, p. 469.

P: Usas a veces la noción de sociedad decente, ¿qué es una sociedad decente para ti?

R: Diría que la raíz del concepto hay que buscarla en la noción de *common decency* que usaba aquel socialista heterodoxo que fue George Orwell: decencia humana común. En *Homenaje a Cataluña* George Orwell escribió: «Si me hubieses preguntado por qué razón me involucré en las milicias, te habría respondido: para combatir el fascismo. Y si me hubieses preguntado por qué ideal me batía, habría respondido: la decencia común.» Tras la *common decency* de Orwell, Isaiah Berlin habló en más de una ocasión de la necesidad de garantizar una *sociedad decente*, aunque no podamos acercarnos a ideales de justicia absoluta.

Luego, ya en los años setenta, un politólogo israelí llamado Avishai Margalit fue teorizando *La sociedad decente* (así se titula un libro suyo de 1996, traducido al español por Paidós). Para Margalit, una sociedad decente es aquella cuyas instituciones no humillan a las personas. Es una definición sencilla, pero le da mucho juego, y llega bastante lejos...

El punto de partida de Margalit –lo cuenta al comienzo del libro– fue una observación de Sydney Morgenbesser que le impresionó mucho: el problema más acuciante no es la sociedad justa, sino la sociedad decente. Sin llegar a esa muy ambiciosa meta de una sociedad justa, hay mínimos básicos sin cubrir los cuales una sociedad debería avergonzarse de sí misma. El primer artículo de la Constitución española de 1978 habla de España como «Estado social y democrático de derecho»: bueno, si fuéramos eso –que desde luego no lo somos, y nos estamos además alejando todavía más con las actuales contrarreformas y recortes del Partido Popular– no seríamos todavía una sociedad justa, pero probablemente sí una sociedad decente.

También hay que recordar que en años recientes la Organización Internacional del Trabajo (OIT) lanzó la consigna de *trabajo decente*. Esa decencia mínima, de la que hoy estamos tan alejados, nos situaría a años luz del inaceptable mundo capitalista, patriarcal y productivista que padecemos hoy.

P: Señalas que Manuel Sacristán, entre otros, nos enseñó un marxismo limpio de tentaciones escatológicas. ¿De qué tentaciones tenemos que liberarnos en tu opinión?

R: «Agrupémonos todos/en la lucha final...» Muchos hombres y mujeres cantaron, emocionadas, la Internacional al final del emocionante acto de homenaje y despedida a Paco Fernández Buey, en el tanatorio barcelonés de Les Corts, el 27 de agosto de 2012.

Pues aquí yo introduciría un matiz, compañeros: no habrá lucha final. Tendremos –sisifícamente– que seguir luchando siempre, incluso en los “tiempos buenos” en que vayamos logrando victorias parciales. Me temo que la política y la condición humana para lo que dan es para eso. Eso sí: seguiremos necesitando agruparnos, poner en común y compartir.

P: ¿Cuándo una economía es homeoestática?

R: Propongo la expresión “economía homeoestática” como traducción de una importante expresión en lengua inglesa, *steady-state economics*, que suele traducirse por “economía de estado estacionario” (con connotaciones de estancamiento que en realidad no hacen justicia al concepto).

Una economía ecosocialista rechazará los objetivos de expansión constante, de crecimiento perpetuo, que han caracterizado al capitalismo histórico. Será, por consiguiente, una *steady-state economy*: un «socialismo de estado estacionario» o «socialismo homeoestático». La manera más breve de describirlo sería: todo se orienta a buscar *lo suficiente* en vez de perseguir *siempre más*.

En los mercados capitalistas se produce, vende e invierte con el objetivo de maximizar los beneficios, y la rueda de la acumulación de capital no cesa de girar. En una economía ecosocialista se perseguiría, por el contrario, el equilibrio: habría que pensar en algo así como una economía de subsistencia modernizada, con producción industrial pero sin crecimiento constante de la misma.

P: Defiendes una concepción ecosistémica de la ciudad. ¿Qué concepción es esa?

R: Ya Lewis Mumford, el gran filósofo, urbanista e historiador de la tecnología, proponía hace decenios *una concepción ecosistémica de la ciudad*. Según él, la “evolución destructiva” de las ciudades ocurre cuando se sobrepasan los límites ecológicos, aumenta la velocidad de los movimientos, se destruye la complejidad urbana y se degrada la socialidad humana. La ceguera productivista ignora las relaciones *entre los sistemas humanos y la realidad biofísica* donde se hallan inmersos; e ignora que nuestras actividades urbano-industriales son el origen de la mayoría de los problemas ecológicos. Desde perspectivas teóricas como la economía ecológica y la teoría de sistemas, a la hora de interrogarnos sobre la sustentabilidad de nuestras ciudades lo primero que hemos de examinar son los intercambios de energía y materiales que mantienen con su entorno (próximo y lejano), es decir, hemos de analizar su “metabolismo” ecológico-social.

P: Sostienes que el siglo XXII será ecosocialista o no será, que ecosocialismo o barbarie...

R: Me daba risa el título con que en mi departamento universitario se planteaba un debate filosófico, en abril de 2012: «¿Es el socialismo un cadáver insepulto?» Hubiera debido formularse más bien: «El siglo XXII será socialista (ecosocialista) o no será». O bien logramos salir del capitalismo, o este se autodestruirá y destruirá el mundo –no en un lapso de siglos sino de lustros–.

El tiempo se nos acaba. El espacio se estrecha. Las opciones se simplifican. Ahora nos toca decidir: o un mundo de iguales, o un mundo de presas y cazadores. O Marx o Nietzsche, podríamos decir, expresándonos en los términos de aquel siglo XIX que aún no conocía la expresión “efecto de invernadero”. Ecosocialismo o barbarie.

Para expresarlo de forma muy sucinta: aceptamos como punto de partida el «Dios ha muerto» de Nietzsche (léase: no hay verdades ni valores garantizados metafísicamente, desprendámonos de la superstición del Absoluto). Y añadimos además: la Pachamama no cuidará de nosotros (antes bien al contrario: deberíamos ser nosotros quienes tratásemos de cuidar de la vulnerable Pachamama). Pero desde esas premisas, dos grandes opciones se abren ante nosotras y nosotros. Podemos concluir que, dado que no hay un Padre Todopoderoso que imponga normas, el fuerte debe dominar al débil. Mas podemos concluir también que, dado que somos huérfanos, deberíamos cuidar unos de otros. Ésta última opción es la del ecosocialismo y el ecofeminismo.

P: Defiendes al final de tu ensayo un ecosocialismo feminista. ¿Nos resumes brevemente los nudos básicos de tu propuesta?

R: Sin ánimo de echar sobre los hombros de las mujeres la pesada carga de la responsabilidad sobre la salvación del mundo, a lo que ellas se resistirían con sobrada razón, constato que, según psiquiatras y neurólogos, los dos hemisferios cerebrales femeninos cuentan con mayor plasticidad neuronal y están más integrados gracias a un cuerpo calloso (que los une) más voluminoso. Sin embargo, el cerebro masculino tiene menos conectados ambos hemisferios, y el derecho (que controla las emociones) está subordinado al izquierdo (que controla el lenguaje y el pensamiento abstracto). Esto explicaría, por ejemplo, que las mujeres verbalicen sus sentimientos más y mejor que los varones.

Y también –en mi opinión– podemos tomarlo como una interesante confirmación neurológica de que ellas son la mitad mejor de la humanidad... De ahí la importancia de las propuestas feministas y ecofeministas, y la necesidad de integrarlas en la perspectiva ecosocialista integrada que precisamos.⁷

⁷ Por cierto que una espléndida introducción a estas propuestas se hallará en un libro que aprovecho para recomendar: A. H. Puleo, *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Cátedra, Madrid, 2011.

En esa parte final de *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta* que evocas me valgo, por ejemplo, de una ecofeminista como Mary Mellor, quien nos indica –entre otros asuntos importantes– que:

«[...] la atención de Marx se centró en las dinámicas del capital. Luego, el problema del marxismo que se ha desarrollado sobre estas teorías es que ha interpretado la economía capitalista como si fuera *la* economía, cuando en realidad no es más que un sistema de generación de beneficios, y sólo deviene un sistema de aprovisionamiento por defecto. Las economistas feministas dirían, en este sentido, que *la* economía es, en gran medida, malgasto de tiempo y de recursos, y que la mayor parte del trabajo real de provisión del sustento se realiza en el marco del hogar y de las comunidades.»

P: Y también al final del libro hay unas páginas –ese breve capítulo 11 titulado «Tareas para después de la muerte de Dios»– donde te asomas a dimensiones que algunos llamarían “espirituales”...

R: Diría que esa dimensión “espiritual”, o de religiosidad atea, es una dimensión humana importantísima que las izquierdas de tradición naturalista y materialista (tradición que es también la mía, aclaro) harían mal en descuidar. El vacío de sentido que se genera en el capitalismo avanzado es un fenómeno de enorme trascendencia, que hemos de integrar en nuestros análisis. Nuestra cultura es nihilista: desde sus centrales nucleares hasta sus programas de telebasura, la corriente principal de nuestra cultura es profundamente nihilista. ¿Podremos apoyarnos en sus subculturas no nihilistas hasta ser capaces de transformar la corriente principal?

Hay una reacción posible ante el desamparo (la pérdida de Dios y las certidumbres metafísicas) que Dostoievski anticipaba: «Al quedar solos como deseaban [...], al quedar huérfanos, lo primero que harían los hombres es abrazarse estrechamente unos a otros [...], y todo el gran excedente del antiguo amor a Aquel que es la inmortalidad se encaminaría a la naturaleza, al mundo y al hombre... ¡Cuánta prisa se darían los hombres en amar para apagar la tristeza de sus corazones!»

Resulta obvio que no ha sido esta reacción la predominante en la profunda crisis de sentido que se genera con la Modernidad: ha prevalecido, más bien, una huida hacia delante que por varios mecanismos rehúsa enfrentarse al desamparo y la finitud humanas. Pero que no se trate de la respuesta predominante no quiere decir que no sea la más deseable, y la que debemos seguir intentando fortalecer.

Si dios no existe, deberíamos cuidarnos más unos a otros, y cuidar la Tierra.

**Cómo empezó todo. Un breve repaso a los orígenes
de los conflictos en Afganistán anteriores a 1979**

Thomas Ruttig

193

Panorama



THOMAS RUTTIG

Cómo empezó todo

Un breve repaso a los orígenes de los conflictos en Afganistán anteriores a 1979

Traducción de Fabián Chueca

Los conflictos de Afganistán en las últimas tres décadas han sido interpretados ampliamente en clave de guerra fría y fruto de interferencias externas. Junto a estos elementos, el artículo examina aquellos factores internos –a medida obviados– que contribuyeron a crear el caldo de cultivo para la conflictividad posterior.

La invasión soviética durante las navidades de 1979 puso a Afganistán de nuevo en la escena política para la mayoría de la opinión pública occidental después de 60 años. En 1919, el entonces rey reformador de Afganistán, Amanullah, emprendió una breve guerra contra las tropas británicas en lo que hoy es Pakistán (y entonces era la India británica) para recuperar la independencia plena de su país. Ahora, en 1979, la gerontocracia del Politburó de Moscú convertía este país de Asia central en el escenario del conflicto más enconado del último tramo de la guerra fría. Por primera vez desde Vietnam, una de las superpotencias se involucraba con sus propias tropas en un conflicto en el llamado Tercer Mundo, donde el Este y el Oeste competían por imponer su dominio. Y aunque al cabo de diez años el tiro de la invasión le salió por la culata a la Unión Soviética (URSS), sus repercusiones siguen siendo perceptibles en nuestros días.

Thomas Ruttig es codirector y analista principal de la Afghanistan Analysts Network

Si bien el conflicto de Afganistán, cuya internacionalización ronda ya los 33 años, se ha explicado sobre todo desde esta perspectiva de guerra fría, se ha pasado por alto una de sus dimensiones: la cuestión de los factores internos que contribuyeron a la inestabilidad del Estado afgano anterior a 1979, que condujeron a una sucesión de cambios de poder violentos a partir de 1973 que a su vez desencadenaron la intervención soviética seis años después.

Pero las guerras civiles y entre facciones del Afganistán moderno no comenzaron el 27 de diciembre de 1979. Les había precedido una cadena de acontecimientos internos que han pasado más inadvertidos: el golpe de Estado del *sardar* (príncipe) Mohammed Daud el 17 de julio de 1973, que puso fin a la monarquía afgana instaurada en 1747 y, después de 40 años de paz interna, sentó el precedente del cambio de régimen violento; el comienzo de la resistencia islamista armada contra la coalición de Daud con facciones izquierdistas apoyadas por Pakistán; la toma del poder, en otro golpe de Estado militar, por el Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), de tendencia izquierdista, el 27 de abril de 1978; y la decisión del Gobierno de EEUU de apoyar clandestinamente a la resistencia armada de los muyahidines (que tenían sus raíces en grupos anteriores) contra el régimen del PDPA en julio de 1979, casi seis meses antes de la invasión soviética.¹

Es indudable que fueron factores internacionales los que desencadenaron los acontecimientos de Afganistán. La toma del poder por el PDPA había sido bien acogida por los dirigentes soviéticos, y se contaba con Afganistán –habida cuenta de la «orientación socialista» de sus nuevos dirigentes– como parte del creciente «sistema mundial socialista».² Cuando el régimen del PDPA se vio presionado por un levantamiento en todo el país, en el momento en que se detectó el apoyo paquistaní y se temió un aumento de la influencia occidental, los dirigentes soviéticos decidieron finalmente intervenir.³

Pero los hechos de 1978-1979 no surgieron totalmente de la nada. Además del contexto internacional, había importantes factores de cambio internos que habían desestabilizado el régimen monárquico afgano anterior a 1973 y continuaron acechando a la efímera república de Daud (1973-1978), que resultó ser únicamente una fase de transición: factores socioeconómicos, demográficos y medioambientales, además de las dinámicas políticas puestas en marcha por una clase culta en rápido crecimiento, la no aceptación del pluralismo político por la monarquía (aunque había convertido el país en una monarquía constitucional en 1964) y las tensiones y los conflictos étnicos. Estos factores habían cambiado de manera lenta pero profunda la estructura social y política de Afganistán durante decenios. Este ensayo preten-

¹ El presidente Jimmy Carter firmó la primera directiva de ayuda secreta a los oponentes del nuevo régimen de Kabul el 3 de julio de 1979. Véase la entrevista con Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional estadounidense durante los acontecimientos de 1979, *Le Nouvel Observateur*, 15-21 de enero de 1998. Una traducción al inglés («How Jimmy Carter and I Started the Mujahideen») puede consultarse en <http://www.counterpunch.org/1998/01/15/how-jimmy-carter-and-i-started-the-mujahideen/>

² Según el marxismo-leninismo, el sistema mundial socialista estaba formado por tres elementos: los países donde el socialismo había triunfado ya, el «movimiento comunista y obrero» de los países capitalistas y los movimientos de liberación nacional del mundo en desarrollo. Los países de «orientación socialista», como Angola, Laos o el Afganistán posterior a 1978, se consideraban su vanguardia progresista.

³ Los mejores análisis del proceso de toma de decisiones soviético previo a la intervención de 1979 son probablemente los siguientes: Diego Cordovez y Selig S. Harrison, *Out of Afghanistan: The Inside Story of the Soviet Withdrawal*, Oxford University Press, 1995; A. Saikal, *Modern Afghanistan: A history of struggle and survival*, Tauris, Londres, 2004; R. Braithwaite, *Afgansy: The Russians in Afghanistan 1979-89*, Profile Books, Londres, 2011.

de refrescar la memoria sobre las líneas principales de estos acontecimientos y sostiene que la invasión soviética –y las reacciones que provocó– condujo a la internacionalización de los conflictos existentes, los agravó y los elevó a nuevos niveles de violencia.

Factores socioeconómicos y demográficos

Hasta entrado el siglo XX, Afganistán siguió siendo en gran medida un país agrario, pobre aunque autosuficiente, aislado del mundo por monarcas centralizadores cuyo objetivo primordial era mantener la colonización británica fuera de sus fronteras, pero que finalmente, en los últimos años del siglo XIX, tuvieron que aceptar la pérdida de territorio y su soberanía por sus relaciones internacionales con Gran Bretaña. No obstante, para inmenso orgullo de los afganos, el país nunca llegó a ser del todo una colonia.

A partir de comienzos del siglo XX, Afganistán vivió una ofensiva de modernización acelerada y desde arriba. Inspirado por las reformas de Atatürk en Turquía y de Reza Shah en Irán, impresionado por el ascenso de Japón, apoyado por un pequeño grupo de intelectuales constitucionalistas y basándose en cierta experiencia de mediados del siglo XIX, el rey reformador Amanullah (r. 1919-1929) acometió la modernización del Ejército, la economía, los medios de comunicación y los usos sociales, al menos en Kabul. Estas medidas abarcaron desde la contratación de asesores militares extranjeros y el establecimiento de la base para la fabricación de armamento nacional hasta la imposición del atuendo europeo a los empleados del Gobierno y la educación de (algunas) niñas. También incluyó los primeros elementos de un sistema parlamentario.⁴ Pero sus iniciativas tropezaron con una férrea resistencia. Amanullah fue derrocado finalmente por una revuelta de tribus pashtunes, dirigidas por un clero disgustado por las medidas secularizadoras del rey (y por el reforzamiento del sistema tributario) y apoyadas y financiadas por los británicos, deseosos de desquitarse tras la declaración de independencia plena hecha por Amanullah en 1919.

Las reformas de Amanullah suelen calificarse de fracaso,⁵ pero tuvieron poderosos efectos a largo plazo. En primer lugar, esto es válido para el sector de la enseñanza. Durante el reinado de Amanullah se implantó por primera vez en todo el país un sistema educativo diri-

⁴ Para descripciones completas de las reformas de Amanullah, los constitucionalistas afganos y su inspirador Mahmud Tarzi, véase V. Gregorian, *The Emergence of Modern Afghanistan: Politics of Reforms and Modernization, 1880-1946*, Stanford University Press, 1969; L. B. Poullada, *Reform and Rebellion in Afghanistan, 1919-1929: King Amanullah's Failure to Modernize a Tribal Society*, Cornell University Press, 1973. Sobre los constitucionalistas afganos, su influencia en los sucesivos movimientos políticos y la historia de los partidos políticos de Afganistán, véase también Th. Ruttig, «Islamists, Leftists – and a Void in the Center. Afghanistan's Political Parties and where they come from (1902-2006)», *Konrad-Adenauer-Stiftung*, Kabul, 2006, <http://www.kas.de/afghanistan/en/publications/9674/>, y Th. Ruttig, «Afghanistan's Early Reformists: Mahmud Tarzi's ideas and their influence on the Wesh Zalmian movement», *Afghanistan Analysts Network*, Occasional Paper, abril de 2011, <http://www.aan-afghanistan.com/index.asp?id=1646>.

⁵ Incluso por Gregorian y Poullada.

gido por el Gobierno, con centros de enseñanza elemental, secundaria e institutos (*lycées*). Estas medidas sacaron el sector de la enseñanza de las manos de un clero islámico que de hecho había ejercido el monopolio sobre ella fuera de la corte y al margen de los esfuerzos de algunos individuos que podían permitirse dar a sus hijos una educación privada en su domicilio.

Durante el reinado del rey-reformador, el gasto del Gobierno en la enseñanza se incrementó en un 1.000%. La enseñanza elemental obligatoria quedó consagrada en la ley constitucional de 1923. El nuevo Ministerio de Educación planeaba establecer al menos una escuela primaria en cada distrito y una escuela secundaria en cada provincia; en 1928, unos 40.000 alumnos estaban matriculados en esas escuelas en todo el país (esta cifra supondría un promedio de 100 por distrito, según los límites administrativos actuales.) Sin embargo, algunos centros provinciales no contaron con su primera escuela antes de 1940. En Kabul se establecieron tres escuelas más elitistas, en las que se enseñaba alemán, francés e inglés, que se sumaron a la escuela Habibia (fundada en 1903), hasta entonces la única institución de enseñanza superior del país, en la que trabajaban sobre todo profesores indios. En total, tenían al menos 500 alumnos. En 1924 se abrió la primera escuela secundaria para niñas, y en 1928 el primer *lycée* para niñas. En el mismo año, 800 niñas asistían a la escuela (en 1954, 8.625). Se impartían clases para adultos, con fines de alfabetización pero también sobre materias cívicas y religiosas. El rey en persona impartía ocasionalmente algunas de ellas. Todos los estudios eran gratuitos.⁶

Se instauró también un sistema para la formación del profesorado, que en 1959 había producido unos 2.500 docentes. Este grupo, que había recibido una educación laica, sustituyó a la mayoría de *mulás* que hasta entonces había dominado el personal docente de las escuelas. Se envió al extranjero a estudiantes de grado universitario, sobre todo a Turquía y Europa. En el campo de la formación profesional, se abrieron una escuela de agricultura, una escuela para gobernadores y otra para empleados administrativos y contables. Una escuela turca, más escuelas de formación profesional, una escuela de medicina y una escuela de economía doméstica para mujeres, así como la educación mixta para niños y niñas de entre 6 y 11 años, cayeron víctimas del derrocamiento de Amanullah. Las primeras 28 niñas enviadas a Turquía en 1928 para cursar enseñanza superior fueron repatriadas más tarde.

Con los sucesores de Amanullah, la educación primaria pasó a ser obligatoria. No obstante, en 1967 la matriculación en la enseñanza primaria sólo había alcanzado el 17%. En 1932 se estableció una escuela de medicina, y entre 1937 y más o menos 1960 se abrieron cinco escuelas técnicas y una escuela de comercio y de artesanía, así como el Instituto

⁶ B. R. Rubin, *The Fragmentation of Afghanistan*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1995, p. 310; P. Gregorian, *The Emergence of...*, *op. cit.* [ver nota 4], pp. 240-242, 355-357.

Afgano de Tecnología. En 1946 se inauguró en Kabul la primera universidad de Afganistán, a la que siguió en 1963 la Universidad Nangarhar en Jalalabad. En 1950 había un total de 10.100 estudiantes en Afganistán, cifra que se elevó a 193.574 en 1960 y a 664.574 en 1970.⁷

El sistema educativo no atrajo solo a las clases urbanas sino también a la población del medio rural, sobre todo a las tribus pashtunes que –como representantes del grupo étnico del que provenía la monarquía– podían enviar a sus hijos a las nuevas escuelas y además estaban interesadas en hacerlo, sobre todo porque los puestos de trabajo en el Gobierno eran los codiciados. El hecho de que los estudiantes conservaran sus estrechos vínculos con sus tribus o comunidades⁸ incluso después de ingresar en la burocracia del Estado y establecerse en Kabul o en otras ciudades tuvo importantes repercusiones en las zonas rurales, en particular que la educación (siempre que no fuera mixta) *no* se considerase un elemento extraño o negativo en general. Al contrario, enviar a uno o varios hijos a la universidad ayudaba a diversificar las relaciones útiles y constituía además un mecanismo de supervivencia adicional. De este modo, las ideas modernas también penetraron lentamente en la sociedad tribal y las filas de la clase culta engrosaron de modo considerable.

Al mismo tiempo, de forma un tanto paradójica, el drástico aumento del alcance y el rendimiento del nuevo sistema educativo –que siguieron ampliándose con los sucesores de Amanullah, más conservadores– desencadenaron el cambio y agudizaron los conflictos, sobre todo en el Afganistán posterior a la segunda guerra mundial. La cruz de este éxito fue que el rendimiento no se correspondió al mismo tiempo con vías para utilizar adecuadamente a estos jóvenes mejor educados. Los titulados universitarios esperaban como algo casi natural acceder a empleos gubernamentales, pero esto sucedió cada vez menos debido a la ausencia de capacidad de absorción en un gobierno afgano todavía en gran medida tradicional.

No se dispone de cifras sobre el número de titulados por año ni sobre su empleo a partir de este periodo, sólo la observación general de que, hasta el comienzo de la crisis en

⁷ A. B. Zuri, «Das Erziehungswesen», en P. Bucherer-Dietschi/Chr. Jentsch (eds.), *Afghanistan Ländermonographie*, Schriftenreihe der Stiftung Bibliotheca Afghanica, vol. 4, Liestal, 1986, pp. 455-473; W. Jensch, *Die afghanischen Entwicklungspläne vom ersten bis zum dritten Plan*, Afghanische Studien, vol. 8, Verlag Anton Hain, Meisenheim am Glan, 1973, p. 206. Otras cifras que se dan son las siguientes: alumnos de escuelas, 308.200 (1963/1964), y estudiantes en las dos universidades, 2.043 (1962/1963), por E. Rhein y A. Gh. Ghaussy, *Die wirtschaftliche Entwicklung Afghanistans 1880-1965*, Schriften des Deutschen Orient-Instituts: Monographien, C. W. Leske Verlag, Opladen, 1966, pp. 172-173, 179.

⁸ Erika Knabe-Wohlfahrt observó durante su estancia en Afganistán, a principios de la década de 1970, que «los estudiantes de escuelas y universidades llevan a sus lugares de origen durante las vacaciones lo que han visto y aprendido en Kabul y también difunden lo que se discute y critica en sus círculos. De este modo, el gobierno distribuye de modo involuntario y regular por todo el país a portadores de nuevas ideas y opiniones que transportan ideas sobre otras formas de vida posibles a una sociedad rural todavía relativamente estática». E. Knabe-Wohlfarth, «Gegenwärtige Tendenzen sozialen Wandels», en Willy Kraus (ed.), *Afghanistan: Natur, Geschichte und Kultur, Staat, Gesellschaft und Wirtschaft*, Horst Erdmann Verlag, Tubinga y Basilea, 1972, pp. 258-259.

1973, el Estado era «prácticamente el único empleador» para los titulados universitarios y de los institutos y que los estudiantes se quejaban del aumento de la corrupción.⁹ Además, el acceso a puestos más altos en la burocracia del Estado estaba bloqueado por los miembros de las familias reales y de la aristocracia tribal, sobre todo de las tribus durrani, y la minoría chií quedaba excluida por completo.¹⁰

De forma paradójica, la mejora del sistema educativo agudizó los conflictos: el Gobierno afgano carecía de la capacidad para absorber a los titulados universitarios. La falta de empleo creó un terreno fértil –y tiempo disponible– para la actividad política

Puede darse por sentado que los sectores modernos que surgieron lentamente vinculados a la industrialización que se inició inmediatamente después de la segunda guerra mundial no pudieron ofrecer los puestos de trabajo necesarios, pese a algunos progresos como consecuencia de la política de desarrollo del gobierno que se inició con el primer plan quinquenal en 1956 y de la iniciativa privada, puesta en marcha a través de Bank-e Melli, en 1932. Al final de 1972, los sectores industrial, minero y energético sólo aportaban conjuntamente el 17% del producto interior bruto del país, e incluso menos del 5% del empleo.¹¹

Descontenta con el ritmo lento de los avances y enfrentada a problemas sociales, la nueva clase culta (que a menudo recibe el nombre de *roshanfikran*¹² en Afganistán) se convirtió en caldo de cultivo para la reaparición de una corriente política reformista a finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta que recogió las ideas del primer movimiento constitucional (*mashrutiat*) y de los Jóvenes Afganos que habían inspirado e impulsado las reformas de Amanullah al comenzar el siglo. La falta de empleo creó un terreno fértil –y tiempo disponible– para la actividad política.

⁹ Knabe-Wohlfarth, «Gegenwärtige Tendenzen...», *op. cit.* [ver nota 8], pp. 258-259.

¹⁰ Esta situación no cambió en parte hasta 1964, cuando la Constitución excluyó a los miembros de la familia real de los cargos gubernamentales. Muchos, incluido él mismo, interpretaron esta medida como una «Lex Daud», con el fin de impedir que el primer ministro de 1953 a 1963, primo del rey, recuperase su cargo. Esta interpretación se amplía además para explicar el motivo clave del golpe de Estado de Daud en 1973.

¹¹ En 1972 había sólo 152 empresas industriales con un total de 37.500 empleados (en 1945, unas 10, con 2.000-3.000 empleados; en 1955, 21), más de la mitad de las cuales tenían menos de 100 empleados; dos tercios estaban radicadas en Kabul. Esta cifra representaba aproximadamente el 1% de la población activa del país. Además, la mayoría de los trabajadores sólo tenían un empleo temporal. Procedían sobre todo del sector agrícola (y a él regresaban al cabo de algún tiempo) o –especialmente en los decenios anteriores– eran reclutas del ejército. Véase H. Büscher, *Die Industriearbeiter Afghanistans, Afghanische Studien*, vol. 1, Verlag Anton Hain, Meisenheim am Glan, 1969, pp. 114-116.; H. Büscher, «Bergbau, Industrie und Energiewirtschaft», en Kraus (ed.), *Afghanistan: Natur, Geschichte und Kultur...*, *op. cit.* [ver nota 8], pp. 328-343; H. Büscher, «Der industrielle Sektor», en Bucherer-Dietschi/Jentsch (eds.), *Afghanistan Ländermonographi*, *op. cit.* [ver nota 7], pp. 387-398; N. I. Chernyakhovskaya, «Formirovanie promyshlennovo proletariata Afganistana», en *Formirovanie rabochevo klassa stran Azii i Afriki, sbornik statej*, Akademia nauk SSSR, Moscú, 1971, p. 17.

¹² En dari, «pensadores ilustrados».

Los estudiantes de las universidades y de los institutos figuraron entre los activistas de los partidos políticos y los medios de comunicación en las dos fases democráticas después de la segunda guerra mundial, en la «primera fase democrática» de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta y en la «década de democracia» anunciada por la Constitución de 1964. A partir de 1964, los estudiantes de Afganistán asistieron a los debates parlamentarios y llevaron a cabo una serie de protestas masivas. Una manifestación estudiantil el 3 de Aqrab (25 de octubre) de 1965 degeneró en violencia cuando la policía abrió fuego y mató o hirió a varios participantes. En 1968, mientras sus colegas estudiantes se rebelaban en París o Praga, la Universidad de Kabul se cerraba para todo el año.¹³ Por último, aunque no lo menos importante, la burocracia, todavía de estructura tradicional y estática, dominada por la aristocracia tribal pashtún, estaba cerrada para la significativa minoría chií, lo que agravó las tensiones étnicas.¹⁴ Los miembros jóvenes de las minorías étnicas tenían una fuerza desproporcionada en los grupos políticos que acababan de surgir.

Rechazo de EEUU

Después de la segunda guerra mundial, en la que había permanecido neutral, Afganistán rechazó la presión de EEUU para unirse al Pacto de Bagdad contra el comunismo (más tarde, CENTO), suscrito en 1955. En el mismo año, participó en el proceso de Bandung que nació en 1955 y culminó en la creación del Movimiento de Países No Alineados. Este movimiento estuvo dominado al principio por líderes que no eran pro-occidentales, como Sukarno en Indonesia, Nasser en Egipto y Tito en Yugoslavia. En consecuencia, EEUU rechazó las peticiones de apoyo militar del gobierno afgano y Kabul inició la cooperación militar con la URSS.¹⁵

¹³ El 3 de Aqrab se convirtió en una «causa célebre», y se instaló una conmemorativa en la esquina suroccidental de la glorieta de Deh Mazang durante el mandato del presidente Babrak Karmal (1979-1986), que había sido uno de los líderes del Sindicato de Estudiantes en la década de 1950, estuvo encarcelado durante un breve periodo y fue uno de los escasos miembros izquierdistas del Parlamento en la década de 1960. La placa ha sido visible hasta fechas recientes y ahora está tapada por una gigantesca valla publicitaria. Véase Zuri, «Das Erziehungswesen», *op. cit.* [ver nota 7], p. 462, y también A. Kramer, «Kabuler Frühling: Der Aufbruch der afghanischen Studenten- und Schülerbewegung ab 1965», en *INKOTA-Brief*, n° 105 (septiembre de 1998), Berlín, pp. 40-21.

¹⁴ Los hazaras, que constituyen el mayor grupo étnico entre los chiíes afganos, sólo fueron aceptados para puestos de oficial en las fuerzas armadas y para puestos más altos en la administración del Estado con el régimen del PDPA. Véase también N. Ibrahimí, «The Failure of a Clerical Proto-State, Hazarajat 1979-1984», *Crisis States Research Center, Working Paper n° 6*, London School of Economics, 2006, y N. Ibrahimí, «Ideology without Leadership: The rise and decline of Maoism in Afghanistan», *Afghanistan Analysts Network, Thematic Report* (de próxima aparición).

¹⁵ La cooperación afgano-soviética había comenzado ya durante la tercera guerra anglo-afgana (o de la independencia afgana) de 1919, cuando los dos países recién nacidos se reconocieron diplomáticamente y la URSS envió ayuda militar, como lo hizo durante los levantamientos tribales contra el rey Amanullah. Sin embargo, las relaciones no estuvieron exentas de tensiones, debido al rechazo por el rey afgano de la anexión soviética de Bujara y Jiva (y su apoyo a la insurgencia «basmachi» antisoviética) y como consecuencia de conflictos fronterizos derivados de la anexión por la Rusia zarista de territorios turcomanos hasta entonces dominados por Kabul.

No obstante, Afganistán continuó con su tradicional línea de neutralidad e intentó mantenerse en una posición equidistante de los dos grandes bloques. Utilizó la competencia global entre el Este y el Oeste para conseguir ayuda para el desarrollo. Esta actitud se hizo evidente en toda su magnitud en el intento con éxito de Afganistán de atraer a grandes donantes a una competencia pacífica entre programas de desarrollo provinciales aplicados nacionalmente: la URSS en Nangarhar, EEUU en Helmand y Alemania en Paktia.

Como consecuencia de la cooperación militar afgano-soviética, un número cada vez mayor de oficiales afganos recibió adiestramiento en la URSS. Algunos de ellos adoptaron las ideas comunistas, o al menos las nacionalistas antioccidentales, y comenzaron a reclutar seguidores en las fuerzas armadas afganas. En la década de los setenta se constituyó en el ejército afgano una organización clandestina de oficiales izquierdistas, liderada por Mir Akbar Khaibar.¹⁶ Este grupo intervino en la preparación de la «revolución de Saur (abril)» del 28 de abril de 1978, un golpe de Estado militar que al principio instituyó un Consejo de Mando Militar que, menos de una semana después, entregó poder al PDPA y a un Gobierno civil.

Como efecto colateral, las relaciones con la URSS condujeron a una crisis entre la monarquía afgana y el clero islámico, que tradicionalmente había conferido legitimidad religiosa a la monarquía en Kabul. En 1970, esto dio lugar a protestas masivas que fueron aplastadas y respondidas con detenciones¹⁷ y finalmente a la formación de una oposición islamista clandestina, con el nombre de Jamiat-e Islami.¹⁸ Este grupo fue fundado por titulados afganos de la universidad Al-Azhar de El Cairo –en la que Afganistán, como todos los demás países con poblaciones musulmanas, disponía de un cupo de estudiantes¹⁹–, donde habían entrado en contacto con los Hermanos Musulmanes y se convirtieron en predecesores de los *tanzim* muyahidines de la década de 1980.²⁰

¹⁶ Nacido en 1925, Khaibar era instructor de la Academia de Policía de Kabul cuando fue detenido por motivos políticos por primera vez en 1950. En 1964 intervino en la fundación de la Asociación Revolucionaria del Ejército, con 60 miembros oficiales, que más tarde se unió a la facción Parcham del PDPA. Véase J. Ludwig, *Einige Probleme der Strategie und Politik der Demokratischen Volkspartei Afghanistans (DVPA) in der nationaldemokratischen Revolution in Afghanistan (1978 bis 1985)*, tesis doctoral, Akademie für Gesellschaftswissenschaften beim ZK der SED, Berlín, 1986, pp. 32, 43, usando «información interna procedente del PDPA». El golpe de Estado fue desencadenado, prematuramente, por el homicidio de Khaibar el 17 de abril 1978 a manos de autores desconocidos.

¹⁷ Los ulemas (eruditos religiosos) llegaron a suprimir el nombre del rey de sus sermones de los viernes. Véase M. H. Kakar, *Afghanistan: The Soviet Invasion and the Afghan Response, 1979-1982*, University of California Press, 1995, p. 55.

¹⁸ Jamiat se dividió en diferentes organizaciones tras la toma del poder por el PDPA en 1978 y el comienzo de la yihad contra los soviéticos en 1979. Una de ellas ha seguido usando el nombre de Jamiat-e Islami.

¹⁹ Había también cupos para afganos en otro centro de enseñanza religiosa, pero de una tendencia más islamista, en Deoband, India.

²⁰ «*Tanzim*» es un término tomado del árabe que se emplea en dari y en pashtún para designar a los «partidos» muyahidines, que son de hecho redes político-militares.

Tensiones con Pakistán

Pakistán había heredado las zonas de Afganistán que fueron separadas por Gran Bretaña en virtud del Acuerdo Durand de 1893 y que trazaban una línea divisoria, la llamada Línea Durand, que atravesaba zonas compactas de asentamiento pashtún. Afganistán nunca renunció a su reivindicación sobre estas zonas, ni con el rey ni con Daud y el PDPA, ni siquiera con los talibanes apoyados por Pakistán. Sabemos que Daud en particular fue un ferviente partidario de la causa de Pashtunistán.²¹

Después de la segunda guerra mundial, EEUU rechazó las peticiones de apoyo militar del Gobierno afgano y Kabul inició la cooperación militar con la URSS. Sin embargo, Afganistán mantuvo una posición equidistante de los dos bloques

El llamado conflicto de Pashtunistán condicionó las relaciones bilaterales entre Afganistán y Pakistán desde el instante mismo del nacimiento de Pakistán, tras la partición de la India británica en 1947. Cuando a los pashtunes del lado oriental de la Línea Durand se les ofreció la posibilidad de elegir entre la adhesión a la India o a Pakistán, su fuerte pero pacifista movimiento nacionalista, *Khudai Khedmatgaran* (Servidores de Dios), también conocido como Camisas Rojas,²² boicoteó el referéndum porque no ofrecía su solución preferida, la independencia de Pashtunistán. Una mayoría de la minoría que participó en la consulta optó por Pakistán. El gobierno de Kabul reaccionó votando no —fue el único país— cuando Pakistán solicitó su ingreso en la ONU en septiembre de 1947, afrenta que no se ha olvidado hasta nuestros días. En 1949, una *loya jirga* en Kabul declaró su apoyo a la auto-determinación de Pashtunistán y declaró nulo y sin efecto el Acuerdo Durand de 1893.

Hasta los últimos años del régimen del PDPA, Afganistán organizó algunos actos simbólicos concebidos para subrayar públicamente que nunca ha renunciado a su reivindicación sobre las zonas pashtunes de Pakistán, como el Día de Pashtunistán, de periodicidad anual. En el centro de Kabul había una plaza de Pashtunistán, sobre la cual ondeaba la bandera roja, blanca y roja de Pashtunistán. El Ministerio de Asuntos Tribales y Fronterizos de Afganistán tenía el cometido de atender a los pashtunes de Pakistán, a quienes se permitía tener pasaporte afgano y estudiar gratis en las universidades afganas. Kabul también apoyó

²¹ Hubo también rumores según los cuales el líder del PDPA y presidente Najibullah fue asesinado en 1996 por agentes de los servicios de inteligencia paquistaníes tras haberse negado a firmar un tratado con efectos retroactivos por el que se habría reconocido la Línea Durand como frontera oficial entre los dos países.

²² Su líder, Khan Abdul Ghaffar Khan (1890-1988) fue un estrecho aliado de Mahatma Gandhi y también fue conocido como el «Gandhi de la frontera».

las insurgencias pashtunes –y más tarde baluchis– en Pakistán, envió fuerzas irregulares o armas en su ayuda o proporcionó exilio y bases a sus líderes. Durante el mandato de Daud como primer ministro, Afganistán llegó a cerrar la frontera con Pakistán para apoyar los derechos de los pashtunes, una medida que, sin embargo, resultó contraproducente porque Afganistán, por ser un país sin salida al mar, dependía mucho más de Pakistán que a la inversa.

Cuando Daud tomó el poder, Pakistán temió la reactivación del problema de Pashtunistán. Y cuando Daud y sus aliados del PDPA reprimieron a los grupos islamistas que habían iniciado un levantamiento armado el 22 de julio de 1975 que fracasó, Pakistán acogió a los supervivientes que huyeron y les ofreció adiestramiento. Finalmente, Pakistán pudo golpear a Afganistán con su propia arma. Tras la invasión soviética, estos grupos islamistas se convirtieron en la base del movimiento muyahidín. Y el planteamiento se repitió con los talibanes, que son ante todo pashtunes pero, por ser islamistas, no apoyan el irredentismo pashtún.

Tibia apertura política

La apertura constitucional-democrática del rey Muhammad Zahir Shah introdujo, con la nueva Constitución de 1964, un parlamentarismo casi en toda regla, pero paradójicamente, –y esto resultaría crucial– sin partidos políticos legales.

La Constitución contemplaba efectivamente el derecho de asociación, incluso en forma de partidos políticos, aunque en espera de la firma de una ley de partidos políticos que había sido aprobada ya por el Parlamento y aguardaba la firma del rey. Mientras tanto, surgió una segunda oleada de partidos,²³ en esta ocasión mucho más variados que 15 años atrás. Los había monárquicos, liberales y socialdemócratas, etnonacionalistas pashtunes y no pashtunes, además de marxistas, tanto favorables a Moscú como a Pekín, e islamistas. Pero el Rey decidió no firmar la ley, por temor a que los grupos extremistas pudieran imponer su ley en el Parlamento. Calculó mal, y esto resultó ser, como dijo Amin Saikal, un «error fatídico».²⁴ Aunque los moderados obedecieron y disolvieron sus grupos o disminuyeron su acti-

²³ Una primera oleada había aparecido cuando Shah Mahmud ocupó el cargo de primer ministro (1946-1953) y liberalizó un tanto el sistema político, incluida la votación secreta por primera vez en las elecciones parlamentarias de 1949, que de inmediato eligió a una facción reformista, el Frente Nacional (Jabha-ye Melli), con cinco miembros y 30-40 simpatizantes. Grupos de intelectuales alrededor de algunos de estos parlamentarios y otros habían puesto en marcha medios impresos independientes, pero cuando dieron el paso siguiente y proclamaron públicamente el establecimiento de partidos políticos a finales de 1950 y principios de 1951, el gobierno los reprimió. Los grupos y su prensa fueron suprimidos rápidamente. Sin embargo, el Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Kabul siguió siendo legal durante más tiempo y continuó cooperando con los grupos políticos que no se dispersaron sino que pasaron a la clandestinidad. Véase Ruttig, *Afghanistan's Early Reformists...*, op. cit. [ver nota 4], pp. 6-7.

²⁴ A. Saikal, *Modern Afghanistan...*, op. cit. [ver nota 3], p. 155.

vidad, los izquierdistas y los islamistas pasaron a la clandestinidad y comenzaron a infiltrarse en las fuerzas armadas, pues consideraban que un golpe de Estado era el único camino posible hacia el poder en esos momentos. Estos hechos prefiguraban ya los conflictos mucho más violentos de la década de los ochenta.

A pesar de cierta apertura política, la monarquía constitucional sin partidos resultó demasiado inflexible para dar cabida a agendas políticas enfrentadas y absorberlas,²⁵ hecho que se ha repetido en cierto modo con el gobierno de Karzai después de 2001. Conflictos intramonárquicos latentes impulsaron a Sardar Muhammad Daud a una alianza con una facción –la más “aristocrática”– del PDPA, la Parcham.²⁶ Esta alianza logró finalmente derrocar la monarquía en 1973, ganando por la mano a los islamistas, aunque para pelearse entre sí y, por el momento, hasta 1978, erigirse en vencedor Daud, que marginó y persiguió a los parchamíes. Estos hechos, entre otros problemas, pusieron a prueba las relaciones con la URSS, y un acercamiento al Irán del sha causó preocupación en Moscú ante la posibilidad de un giro de Daud hacia Occidente.

En este contexto, puede estar justificado datar el comienzo de la crisis del Estado de Afganistán en 1973, no en 1978 (la «revolución de Saur») ni en 1979 (la invasión soviética). Daud y Parcham sentaron el primer precedente de la posibilidad de cambio de régimen por la fuerza desde hacía 40 años. La situación no tardó en quedar fuera de control.

Factores medioambientales

La legitimidad del Gobierno monárquico afgano se vio erosionada también por la crisis alimentaria desencadenada por una grave sequía en 1970-1971²⁷ y por su incapacidad para darle respuesta. La sequía había ocasionado la pérdida de cosechas en todo el país, pero sobre todo en las tierras altas de Hazarajat, en el centro del país, una zona cuya población vivía al borde de la hambruna incluso en los años buenos. Solo unas pocas fuentes contemporáneas mencionan de pasada esta crisis, y los datos son aún escasos; a partir de 1978, la recopilación de datos se interrumpió cada vez más debido al conflicto. Los datos presentados en una conferencia sobre hidrogeología celebrada en Kabul en 2005 indican que la precipitación en la cuenca de Kabul permaneció por debajo de la media de 1956 a 1983 (312 mm anuales) en nueve de los doce años que van de 1966 a 1977,²⁸ lo que indi-

²⁵ Para un estudio detallado sobre estos hechos, véase mi ensayo «Islamist, Leftists...», *op. cit.* [ver nota 4].

²⁶ Según un nuevo estudio, el gobierno soviético animó al PDPA a mantener su alianza con Daud después de 1973. Véase R. Braithwaite, *Afgantsy...*, *op. cit.* [ver nota 3], p. 31. Por esta alianza, la facción Jalq se burló de sus «camaradas» de Parcham, a la que tildó de «partido comunista real».

²⁷ C. Rathjens, «Das Klima», en Bucherer-Dietschi/Jentsch (eds.), *Afghanistan Ländermonographie*, *op. cit.* [ver nota 7], p. 50.

²⁸ G. Houben, N. Niard, T. Tünnermeier y Th. Himmelsbach, «Hydrogeology of the Kabul Basin (Afghanistan), part I: aquifers and hydrology», *Hydrogeology Journal* (2009), 17, Reston, Va., p. 672; Departamento de Interior de Estados Unidos,

ca una tendencia a la baja. Entre 1970 y 1972, ornitólogos alemanes advirtieron un descenso de los niveles hídricos en los lagos alimentados por agua procedente de la fusión del hielo de Ghazni, con sus colonias de flamencos, tras comparar sus observaciones con informes de campo anteriores de la década de 1960.²⁹

Al mismo tiempo, abundan los informes ocasionales de testigos de aquellos años de sequía; casi todos los afganos que tienen edad suficiente recuerdan aquellos hechos. Estos informes, de modo casi unánime, dicen que «la gente se veía obligada a comer hierba». Testigos presenciales dicen también que había llegado al país ayuda humanitaria desde el extranjero, pero que funcionarios corruptos o ineficientes dejaban que el trigo recibido se pudriera en el aeropuerto de Kabul. Aunque el Gobierno del Rey había sido relativamente popular antes de estos acontecimientos, este fracaso menoscabó su legitimidad. Cuando Sardar Daud derrocó al Rey durante uno de sus viajes al extranjero (estaba recibiendo tratamiento médico en Italia), nadie movió un dedo en su defensa, convirtiendo este episodio en un ejemplo temprano –y en un aviso– de cómo la mala gobernanza socava a los gobiernos.³⁰

El impacto de esta crisis alimentaria puede medirse indirectamente por acontecimientos semejantes más recientes. Los afganos también experimentaron algunos años de sequía consecutivos durante la última fase del régimen talibán, que también mostró la incapacidad de los talibanes para responder a ella. En Afganistán se recuerda bien al líder talibán, mulá Muhammad Omar, haciendo llamamiento a la ciudadanía del país para que rezara para que nevara por fin en el invierno de 2000/2001, pero sólo después de que los funcionarios que manejaban el único ordenador del Ministerio de Exteriores de Kabul hubieran visto en Internet que la previsión meteorológica prometía precipitaciones en los días siguientes. Al margen de las oraciones, los dirigentes talibanes descargaron la responsabilidad de una respuesta práctica en las agencias de la ONU y las ONG.

Conclusión

La historia de Afganistán desde los primeros años del siglo XX ha sido también la historia de los intentos de reforma y modernización. Implantadas desde arriba, fracasaron en el

Inventory of Ground-Water Resources in the Kabul Basin, Afganistán, U.S. Geological Survey, Scientific Investigations Report 2005-5090, Washington DC, p. 4.

²⁹ C. Rathjens, «Das Klima», *op. cit.* [ver nota 27], p. 49; G. Nogge, «Beobachtungen an den Flamingobrutplätzen Afghanistans», *Journal für Ornithologie*, nº 115 (1974), pp. 142-151. En aquella época, el fenómeno del cambio climático no había ingresado en el discurso general y, hasta donde he podido comprobar, no se presta una atención específica a esta cuestión en la literatura contemporánea sobre Afganistán.

³⁰ El autor tuvo noticia de esos informes en el transcurso de numerosos encuentros con afganos durante su estancia permanente en el país en 2000-2006. Además del hecho de que Daud también procedía de la familia del rey (y se sabía por su mandato como primer ministro en 1953-1963 que era alguien que «logra que se hagan las cosas»), y no muchos afganos veían diferencia entre una monarquía y una república.

marco de referencia de sus sucesivos defensores, pero contribuyeron a cambiar la sociedad a largo plazo. Es significativo también que los lentos progresos logrados entre 1929 y 1973 apenas encontraron resistencia violenta. Esto sucedió sólo cuando la modernización en el contexto de la intervención exterior, como entre 1978 y 1989 (por los soviéticos) y después de 2001 (por la alianza liderada por los Estados Unidos), fue percibida por partes significativas de la población afgana como una amenaza para la «cultura autóctona».

Hasta 1973 Afganistán no fue un Estado fallido. A pesar de algunas deficiencias, «existía el último sistema político que ha funcionado, que combinaba cierto grado de modernidad y de estabilidad social»³¹ (y, por consiguiente, de legitimidad), aun cuando, hasta entonces, «ningún gobierno afgano logró crear estructuras que pudieran trasladar de hecho su autoridad hasta el nivel local».³² Esta situación y la persistencia de las aspiraciones reformistas durante más de un siglo permiten albergar esperanzas de que Afganistán pueda mejorar finalmente. Pero para ello, es necesario que estas tradiciones reformistas puedan ser asumidas por una generación más joven, sin miedo a ser tratados injustamente por los todopoderosos partidos-milicias que llegaron a dominar el Afganistán posterior a los talibanes.

³¹ Ch. Noelle-Karimi, «The Loya Jirga – An Effective Political Tool? A Historical Overview». En Chr. Noelle-Karimi, C. Schetter y R. Schlagintweit (eds.), *Afghanistan – A Country Without a State?*, IKO-Verlag für Interkulturelle Kommunikation, Frankfurt (Main), 2002, p. 37.

³² C. D. Maaß, «Afghanistan: Staatsaufbau ohne Staat», *Stiftung Wissenschaft und Politik*, Berlín, febrero de 2007, p. 10.

PAUTAS PARA LOS AUTORES

Pautas generales

- Los textos publicados en la revista deberán ser originales, sin que hayan sido publicados con anterioridad en otra fuente.
- Agradecemos que a la entrega del texto el autor incluya su nombre y dos apellidos completos y el cargo que ocupa o título universitario con el que desea aparecer en la firma del texto.
- Los artículos de la revista tienen una **extensión** en torno a las 4.000 palabras.
- El **tono** del texto debe ser divulgativo, no excesivamente especializado, sin que ello suponga restarle rigor y profundidad de análisis.
- Al principio del texto se incluirá un breve párrafo, resumen del texto, de unas 9 líneas de extensión.
- Los párrafos irán separados por una línea de blanco.
- Los **epígrafes** se marcarán en negrita, y los subepígrafes en cursiva (ambos sin numerar). Las subdivisiones del texto deberían limitarse a estas dos exclusivamente.
- Los artículos **no** precisan de ir acompañados de **bibliografía** puesto que las referencias bibliográficas irán a pie de página en forma de nota.

Pautas específicas

- Las **siglas** y acrónimos deben ser mencionados en su versión completa solo la primera vez que aparecen en el texto. Ejemplo: Organización de Naciones Unidas (ONU). No deben llevar puntos entre las iniciales.
- Se usan las comillas **latinas** «»:
 - Para encerrar una cita textual.
 - Para encerrar los títulos de artículos de revista, capítulos de una obra u otros textos.
- Se usan las comillas **inglesas** "":
 - Para dar a una palabra un sentido diferente del que tiene normalmente.
 - Para referirse a una palabra atribuida a otra persona o cuya connotación no se comparte (*se considera "muy buen escritor"*).
 - Con sentido irónico o peyorativo (*su laboriosidad es "envidiable": se levanta a mediodía*). Se usan comillas **simples** (o semicomillas) "": para entrecomillar una o más palabras dentro de una frase que ya está entre comillas latinas e inglesas («..... ".....".....»).
- Se empleará **cursivas**: para indicar énfasis y para palabras extranjeras. No se utilizarán en ningún caso las negritas y subrayados.
- **Citas**
 - Si tienen una extensión superior a los dos renglones, irán en párrafo aparte, en cuerpo menor, y con una línea de blanco por arriba y por abajo. Entrecomilladas y correctamente identificadas en nota a pie de página.
 - Si tienen una extensión de dos renglones irán dentro del texto, entre **comillas** «» y correctamente identificadas en nota a pie de página.
- **Notas**
 - Las notas irán a pie de página y numeradas correlativamente. La llamada dentro del texto irá siempre después del signo de puntuación:
Ej.: [...] la transformación del capitalismo.¹
 - **Libros**
M. Kranzberg y W. H. Davenport, *Tecnología y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, pp. 196.
 - **Capítulos de libros**
J. Riechmann, «Para una teoría de la racionalidad ecológica» en S. Álvarez Cantalpiedra y Ó. Carpintero (eds.), *Economía ecológica: reflexiones y perspectivas*, CBA, Madrid, 2009.
 - **Artículos en prensa o revistas**
M. Vázquez Montalbán, «De cómo Mariano Rajoy se convirtió en un ovni», *El País*, 3 de octubre de 2003, p. 14.
 - **Páginas web**
T. J. Pritzker, «An early fragment from Central Nepal», Ingress Communications [disponible en: <http://www.ingress.com/>. Acceso el 8 de junio de 1998].
 - **Para una referencia utilizada con anterioridad, usar la fórmula:**
M. Vázquez Montalbán, *op. cit.*, 2003.
 - Si la referencia es citada en la nota inmediatamente anterior, usar *Ibidem*.
- Todos los textos serán editados una vez recibidos para adecuarlos a los criterios y formato de la revista. En caso de que tengamos dudas nos pondremos en contacto con el autor para aclararlas.

The limits to growth revisited, Ugo Bardi 209
Jorge Riechmann

La convivencialidad, Ivan Illich 211
Luis Rico García-Amado

El socialismo puede llegar sólo en bicicleta,
Jorge Riechmann 213
José Luis Fernández Casadevante

Libros

THE LIMITS TO GROWTH REVISITED

Ugo Bardi

Springer, Nueva York/Dordrecht/
Heidelberg/Londres, 2011

119 págs.

¿Hay algún asunto más importante que el destino del mundo? Bueno, el destino del alma humana sería probablemente más importante para los creyentes cristianos –o musulmanes– tradicionales, pero incluso ellos concederían que el destino del mundo merece un mínimo de reflexión. De ahí la relevancia de este libro del profesor italiano Ugo Bardi –quien enseña Química Física en la Universidad de Florencia, y preside la sección italiana de ASPO, la Asociación para el Estudio del Cenit del Petróleo–, publicado en inglés por una editorial académica, y distribuido a un precio que lo hará inasequible para el gran público. Esta obra está pidiendo a gritos una edición más popular en lengua española.

En marzo de 1972 se publicó el primero de los informes al Club de Roma, *Los límites del crecimiento* (Donella H. Meadows, Dennis L. Meadows, Jorgen Randers y William B. Behrens III: *The Limits to Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, Potomac, Londres, 1972. Enseguida se tradujo al español: FCE, Ciudad de México 1972). Esta obra pionera en la modelización de la economía mundial, en su interacción con la biosfera, se basaba en un complejo modelo matemático (World-3) desarrollado inicialmente por el profesor norteamericano Jay W. Forrester, experto en dinámica de sistemas del Massachusetts Institute of Technology (MIT).

La tupida red de interacciones entre las cinco variables consideradas en el modelo –inversiones (industrialización), población, contaminación, recursos naturales y alimentos– sobrepasa las posibilidades de la intuición humana, y probablemente el logro mayor del informe *Los límites del crecimiento* (TLG por sus

siglas en inglés) es haber construido por primera vez un modelo dinámico global que refleja de forma bastante adecuada la complejidad de estas interacciones. Una cosa debería haber quedado ya por entonces muy clara: el objetivo del modelo global World-3 no era proporcionar predicciones exactas, sino tratar de anticipar la forma de comportamiento del sistema económico-ecológico mundial. No se trataba de hacer vaticinios sino de construir una herramienta heurística útil. Para estudiar tal dinámica, se efectuaban siete simulaciones sucesivas que respondían a diferentes conjuntos de hipótesis. La conclusión general de TLG era que *la economía mundial tenderá a detener su crecimiento, y luego colapsar*, como resultado de la combinación de una menor disponibilidad de recursos naturales con sobrepoblación y exceso de contaminación. Y esta conclusión era “robusta” en la medida en que el desenlace variaba poco cuando cambiaban los supuestos iniciales de las simulaciones. Luego, esta obra pionera fue revisada, mejorada y actualizada en dos ocasiones: 1992 (Dennis L. Meadows y otros, *Más allá de los límites del crecimiento*, EL PAIS/ Aguilar, Madrid, 1992) y 2004 (Donella H. Meadows, Jorgen Randers y Dennis L. Meadows: *Los límites del crecimiento 30 años después*, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, Barcelona, 2006).

«El modo básico de comportamiento del sistema mundial consiste en crecimiento exponencial de la población y del capital, seguido de un colapso», decían los autores y autoras de LTG en 1972. Está claro que no eran buenas noticias. Bardi, que en el libro que hoy reseñamos emprende la tarea de reconstruir la historia de TLG y los debates a que dio lugar, llama “efecto Casandra” a la tendencia –probablemente innata– a creer lo que deseamos creer, y negar aquello que nos resulta incómodo... especialmente en lo referente a problemas por venir que pueden tornarse dramáticos si no cambiamos cursos de acción muy arraigados. Y nos recuerda que, sin embargo, Casandra tenía razón (p. 94). La cuestión que en 1972 se puso sobre la

mesa es que *no resulta posible el crecimiento ilimitado dentro de una biosfera finita*. Esta cuestión no ha dejado de acompañarnos ni ha perdido actualidad desde entonces: pero los detractores de Casandra no han dejado de gritar cada vez más fuerte.

En la Era de la Denegación que comenzó hacia 1980 (donde ganó terreno constantemente un “negacionismo” que no sólo rechaza el calentamiento climático, sino más en general todo lo referido a límites biofísicos con que pudieran topar las economías capitalistas), referirse a TLG se convirtió en algo políticamente incorrecto, sobre todo en el mundo anglosajón... salvo si se trataba de desacreditar esta importantísima obra. El adjetivo “maltusiano” bastaba para cerrar la boca a quien hubiera osado levantar la mano para preguntar. Sólo en años recientes se ha invertido esta tendencia, con trabajos como los de G.M. Turner («A comparison of *The Limits to Growth* with 30 years of reality», *Global Environmental Change* vol. 18, 2008, p. 397-411) y Charles A. Hall y John W. Day («Revisiting *The Limits of Growth* after peak oil», *Scientific American* vol. 97, 2009, p. 230 y ss.). El libro del profesor Bardi constituye un hito en esta recuperación: ojalá –insisto– no tarde en estar disponible una versión española del mismo.

Una cuidadosa revisión del intenso debate que siguió a la publicación de LTG en 1972 –y que involucró a especialistas de varias disciplinas, pero que en esencia enfrentó a economistas neoclásicos como William Nordhaus con los científicos que modelizaban usando dinámica de sistemas– lleva al profesor Bardi a la conclusión de que los críticos de aquel primer informe al Club de Roma no consiguieron entender bien a qué preguntas estaba intentando responder el estudio. Un debate incompleto, y pronto sesgado políticamente que, «en realidad nunca afrontó las cuestiones que estaban planteadas desde el principio. En la mayoría de los casos, las críticas se basaban en una lectura parcial y apre-

surada del estudio, mientras que algunas de las refutaciones mejor conocidas de LTG, particularmente las de William Nordhaus en 1973 y 1992, se apoyaban en una comprensión incompleta de lo que la dinámica de sistemas es y lo que trata de hacer» (p. 62). Por cierto, que una de las virtudes del libro de Bardi es la muy pedagógica manera en que va introduciendo los conceptos básicos del pensamiento sistémico y la *system dynamics*.

Hoy, dice el profesor de la Universidad de Florencia, «nos enfrentamos a una contradicción fundamental entre el deseo humano de tener más, probablemente conectado con la forma en que están contruidos nuestros cerebros, y el hecho de que los recursos del mundo son limitados; una consecuencia de la forma en que está construido el universo. La “condición humana”, tal y como la definió en Club de Roma en su fundación (1970), sigue siendo un problema irresuelto. Lo único que podemos decir con certeza es que no hay tecnologías mágicas que nos puedan sacar fuera del callejón sin salida. La única vía es aprender a vivir dentro de los límites» (p. 84). Ojalá que esta sensata advertencia encuentre un eco suficiente, sin que nos veamos obligados a intentar «aprender a fuerza de catástrofes» cuando ya apenas nos quede margen para evitar lo peor.

Escribía hace un tiempo el profesor Ramón Alcoberro (de la Universitat de Girona): «Uno de los peores errores de los ecologistas es su absurda “pedagogía de la catástrofe”. La historia demuestra que frente a las catástrofes lo que triunfa es el egoísmo más galopante, o en el peor de los casos la solución totalitaria de un Hitler o un Stalin». ¹ Uno cree advertir cierta confusión: es como si se atribuyera al ecologismo cierto regodeo en una estrategia de “cuanto peor mejor”, en contra de toda evidencia... Lejos de complacerse en las catástrofes, lo que el ecologismo ha hecho sin descanso –desde hace medio siglo– es tratar de prevenirlas. Lo que ha hecho es señalar hacia las rutas que nos

¹ Ramón Alcoberro, “Decrecimiento contra decadencia”, *Barcelona Metròpolis* 75, verano de 2009, p. 14.

llevan a un despeñadero y decir una y otra vez: por ahí no. Sus problemas son los que, desde hace muchos siglos, hemos categorizado como «síndrome de Casandra». Quizá Casandra pueda aprender a «comunicar mejor» (es lo que se le recomienda muchas veces al ecologismo), pero desde luego no es ninguna «pedagoga de la catástrofe». A, por cierto: al profesor Bardi lo encontrarán también en el estupendo blog «Cassandra's Legacy» [<http://cassandrale-gacy.blogspot.com.es/>].

Jorge Riechmann

Departamento de Filosofía de la UAM

LA CONVIVENCIALIDAD

Ivan Illich

Virus Editorial

Barcelona, 2012

200 págs.

Uno de los principales rasgos diferenciadores del *Homo sapiens* respecto a otros animales es la capacidad de crear herramientas con las que fabricar nuevas herramientas. De hecho el *hombre* (en el sentido de especie, no sólo referido a la parte masculina que la conforma) ha sido también denominado *Homo faber*: «el animal que hace herramientas». Esta cualidad ha conferido a la humanidad un extraordinario potencial para transformar no sólo el entorno, sino su propia organización social. Partiendo de esta idea, parece de una lógica aplastante que el filósofo Ivan Illich en su obra *La convivencialidad* (1973) propusiera transformar el uso de las herramientas como paso previo para alcanzar una sociedad más justa, libre y adaptada a los límites de la biosfera; sociedad para la que acuña un nuevo término: «convivencial». En su texto, recientemente reeditado por la editorial Virus, detalla cómo las herramientas de la socie-

dad moderna han alejado a las personas del control de sus propias vidas. En contraposición, este pensador aboga por la sociedad convivencial, aquella en la que «el hombre controla la herramienta».

La herramienta cobra con Illich un significado prácticamente institucional, pues son las instituciones las que acaparan la mayor parte de la crítica social del autor. Su amplio repaso a las consecuencias individuales, ambientales y sociales del transporte, la sanidad, la educación, la agricultura, la vivienda, la energía o la economía son, pese a haberse escrito hace más de treinta años, de rabiosa actualidad. Por desgracia, no se puede leer sin una pizca de soma que el principal impedimento para acceder a una vivienda sean las constructoras, algo que bien hemos sabido durante la burbuja inmobiliaria de la España del siglo XXI.

La herramienta convivencial para Illich está intrínsecamente unida al concepto de límite, como de hecho ocurre en el funcionamiento de los sistemas naturales. La falta de límites en el uso de las herramientas ha llevado, según el filósofo, a sobrepasar un umbral en el que estas han dejado de ser útiles para pasar a ser perniciosas, y a una dinámica que ha resultado en excesiva especialización, dependencia, polarización y exclusión de ciertas partes de la sociedad. El caso de los transportes, con el coche como punta de lanza, es paradigmático, pues su uso no sólo no ha provocado el aumento de la velocidad de desplazamiento cotidiana de las personas (6 km/h) sino que ha desestructurado, deshumanizado y contaminado las ciudades, todo ello a costa de aumentar las horas de trabajo necesarias para poder pagarlo. Pese a ello, incluso gran parte de la izquierda más radical ha sido poco crítica ante los avances de la tecnología. Sería interesante conocer la opinión de Illich respecto a herramientas tan bien reputadas como internet, espacio muy alabado por su capacidad para descentralizar información o favorecer la movilización social, pero que ha acaparado escaso debate crítico sobre la segregación que su uso o no produce en las socie-

des o la dependencia que genera en los movimientos sociales.

Muy probablemente la parte más polémica de toda la obra radica en la crítica que Illich realiza al sistema sanitario y a la escolarización obligatoria, en un momento en que la defensa de la sanidad y educación públicas son imperativos sociales ante los recortes y la privatización de todos los servicios públicos. Si bien el autor no se posiciona en contra de la educación y de la medicina, considera que estas instituciones también han traspasado el umbral tras el cual son una barrera hacia la convivencialidad. En primer lugar hay que entender que Illich escribe desde su realidad norteamericana, basándose en su experiencia en EEUU y México, donde hay una mayor segregación en el acceso a la educación y a la sanidad, que divide en dos a la ciudadanía, aquella de pleno derecho, con título educativo y seguro sanitario, frente a aquella que es oficialmente marginada por su falta de títulos y solo accede a una sanidad caritativa. Pero la crítica de Illich también es aplicable en países con educación y sanidad “universal” (o lo que va quedando de ella). El sistema sanitario, por ejemplo, nos ha inhabilitado para gestionar nuestra propia salud, negándonos incluso la posibilidad de declararnos enfermas o enfermos sin un especialista que lo atestigüe. La hiperespecialización médica, unida a la necesidad del sistema económico de disminuir al máximo los tiempos de curación, han despojado a las personas del control de sus propios cuerpos, limitándonos y haciéndonos más dependientes. Un ejemplo muy clarificador lo tenemos en el parto. Si bien los conocimientos médicos permitieron una disminución de la mortalidad infantil y maternal, la excesiva intervención médica durante el alumbramiento ha desembocado en la pérdida de conocimiento del proceso de parir, la subsiguiente dependencia de personal sanitario y, en definitiva, que las mujeres hayan dejado de ser las protagonistas de este acto.

Algo similar sucede en el ámbito educativo, donde las personas son tan válidas como los títulos educativos que poseen (aunque en

España un buen enchufe puede valer mucho más que cualquier título) y los currícula para adquirir estos títulos vienen definidos desde el poder. En este aspecto es ilustrador el Informe sobre el currículum oculto de los libros de texto realizado por Ecologistas en Acción, que desvela cómo las enseñanzas a las que se someten los escolares no hacen más que reforzar las relaciones de poder existentes, llámense patriarcado, racismo o degradación de la naturaleza. No es casualidad que los debates generados en la opinión pública en torno a la asignatura Educación para la ciudadanía hayan tenido como único punto de discusión la inclusión o no de la homofobia, sin escucharse muchas voces disonantes con el hecho de que la asignatura defendiera el papel de la Casa Real o del Ejército. Para rizar el rizo, el actual ministro de educación justificó la eliminación de la asignatura por su carácter “político”, utilizando un texto de un libro crítico con la asignatura que hablaba de la ceguera del capitalismo para afrontar los límites de la biosfera. La nueva versión de la asignatura parece que va a incorporar aspectos tan supuestamente “apolíticos” como los nacionalismos excluyentes o el origen cristiano de España. Illich, en su texto, nos recuerda la utilización de la educación obligatoria por parte del poder para adoctrinar y segregar a la población y bien harían los movimientos por la educación pública en incorporar este tipo de reflexiones, para defender la garantía no sólo del acceso a la educación para todas las personas, sino su opcionalidad, además de que sea una educación crítica, no segregadora y que se adapte a la diversidad de la sociedad.

Como el propio autor reconoce, el libro es fruto de innumerables debates colectivos mantenidos en el CIDOC, el centro de investigación que Illich dirigía en Cuernavaca, México. Es este quehacer colectivo el que permite al autor navegar con seguridad, coherencia y buen tino por ámbitos tan dispares como la pobreza, la salud, el medioambiente, las relaciones de género, el poder, la felicidad, el trabajo, la energía o la autonomía de las personas. Porque *La*

convivencialidad va más allá de repasar el papel que desempeñan diferentes instituciones, sino que se trata de un análisis pormenorizado de las contradicciones de la sociedad moderna. Pocos autores tienen la capacidad holística de Ivan Illich, que afronta sus reflexiones desde el plano social, psicológico, económico y ecológico. No en vano, Illich fue una figura fundamental en el surgir de movimientos como el ecologismo social y la ecología política que tratan de aunar todas estas disciplinas bajo el mismo paraguas. De hecho, *La convivencialidad*, junto con *Los límites al crecimiento* (1972), es de las primeras críticas vertidas sobre la sociedad de consumo, en la que «los pobres se sienten frustrados y los ricos siempre insatisfechos». Según Illich, el consumo desenfrenado desemboca en un nuevo tipo de ser humano, que denominaría más tarde el *Homo miserabilis* (Needs, 1993), el cual «súbitamente apareció de la noche a la mañana como una mutación del *Homo œconomicus*, el protagonista de la escasez».

Puede parecer ingenuo abordar la posibilidad de un cambio social completo apelando a la utilización de nuevas herramientas o a limitar las instituciones. Y dado que muchos de los problemas a los que él apela se han agravado, mucho de lo que se critica y propone en *La convivencialidad* será muy probablemente conocido por las lectoras y lectores. Sin embargo, casi cuarenta años después la obra sigue aportando claves muy interesantes para la búsqueda de nuevos paradigmas sociales. Illich entiende que limitar la producción de herramientas es limitar el poder. Por ello, *La convivencialidad* sólo se puede obtener mediante la renuncia al poder, «tanto de los demás como de uno mismo» y la recuperación de la autonomía y de la libertad. Es esa una de las mayores aportaciones del libro, ahora que estos términos han sido cooptados por parte del elenco neoliberal. A lo largo de sus páginas podemos recuperar la tradición libertaria de Piotr Kropotkin, Emma Goldman o Erich Fromm en pos de una libertad creativa, proactiva, colectiva y solidaria, que reconoce la interdependencia de los seres humanos pero

sin que se sometan entre sí ni a la tecnología. Por ello resulta tan motivadora la lectura de *La convivencialidad*, porque enfrenta al lector a sus propias contradicciones, comodidades, relaciones de poder y dependencias.

Luis Rico García-Amado
Ecologistas en Acción

EL SOCIALISMO PUEDE LLEGAR SÓLO EN BICICLETA

Jorge Riechmann

Los Libros de la Catarata
Madrid, 2012

256 págs.

El profundo y extenso trabajo teórico de Jorge Riechmann, cuya recopilación más notable es la llamada «pentalogía de la autocontención», ha abordado casi todos los campos de la reflexión socioecológica, y desarrollado uno de los argumentos más sólidos e influyentes para el ecologismo social. Esta última obra se apoya en su arquitectura conceptual y teórica previa para ofrecernos un giro discursivo más explícitamente político.

Acorde a una época de turbulencias, de agudización de las distintas expresiones de la crisis civilizatoria en la que estamos inmersos (crisis ecológica, financiarización descontrolada de la economía, deslegitimación del sistema político...) y de emergencia de un intenso ciclo de movilización social, la publicación de este libro supone una apuesta por introducir las reflexiones y propuestas del ecosocialismo en la esfera pública y en la agenda política.

Entre las décadas de 1950 y 1990, el capitalismo quiso hacer ver que era compatible con la democracia. Entre 1990-2005, el capitalismo quiso hacer ver que era compatible con la sustentabilidad. Pero ninguna de las dos compati-

lidades existe. Y en la salida de la crisis que comenzó en 2007 han caído todas las máscaras. El texto explora sin condescendencia las cada vez más profundas contradicciones entre capitalismo y gobierno democrático de las sociedades, entre las dinámicas económicas de expansión ilimitada y crecimiento constante del capitalismo frente la necesidad de suficiencia y limitación para hacer creíble la sostenibilidad.

Durrenmatt planteaba lo tristes que son los tiempos en los que hay que luchar por lo evidente. Un empeño que Jorge Riechmann comparte al tratar de hacer pedagogía política del sentido común, mostrando cómo la física y la matemática plantean la inviabilidad en el tiempo de este modelo socioeconómico. Una continuidad imposible que debería ser motivo de alegría, debido a los patrones de organización social que inspira y los umbrales de desigualdad que genera.

Ante la evidencia del cambio climático y sus impactos socioambientales previstos, la llegada del Pico del Petróleo y el final de la energía abundante y barata, la extinción masiva de especies... no hay posicionamiento más utópico que pensar que todo puede seguir igual. El texto es una llamada a combatir las trazas de autoengaño que han inspirado las versiones edulcoradas del desarrollo sostenible, del sueño de la tecnología como herramienta que resolvería nuestras contradicciones, del poder del consumidor individual para reorientar el funcionamiento de la economía. En definitiva, el libro es una invitación a no hacernos trampas mientras jugamos al solitario y asumir que estamos ante un cambio de ciclo en el que la disyuntiva planteada es el colapso socioecológico o una reformulación del criterio de justicia de Marx y Engels: de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades... básicas y teniendo en cuenta los límites biofísicos del planeta.

Riechmann se revela contra el hecho de que siga siendo socialmente más factible imaginar el colapso que la transición hacia otro modelo productivo y otros estilos de vida. El libro supone la reescritura de algunas notas para ponencias y

de textos recientes sobre debates de coyuntura y estratégicos, una forma intencionalmente fragmentaria de presentar las claves del ecosocialismo. Igual que ante la comprensión de la realidad, la coherencia del libro pasa por un ejercicio activo del lector por encontrar el sentido y la forma en la que las piezas encajan y se superponen para dibujar los contornos de una estrategia ecosocialista. Una recopilación de reflexiones que se comparten con el ánimo de estimular la voluntad y la imaginación políticas.

El ecosocialismo enfatizaría la percepción de la crisis ecológica y del deterioro progresivo de los ecosistemas naturales como un síntoma de la crisis de los modelos sociales, especialmente del sistema económico. Y dada la coyuntura, el libro dedica un par de capítulos a desentrañar el funcionamiento del sistema financiero como una estafa piramidal prolongada en el tiempo. Una improvisada huida hacia adelante en la que el capitalismo financiero se ha desacoplado de una economía productiva, que previamente se había autonomizado de la satisfacción de necesidades.

Otros de los temas sensibles para una agenda ecosocialista que se abordan en el libro son la cuestión urbana y los aportes del ecofeminismo. Sobre la cuestión urbana, destaca el papel ambivalente y estratégico de la ciudad para cualquier salida de la crisis socioambiental. Se trataría de aprovechar su capacidad de innovación, enfatizar la convivencia entre la diferencia y fortalecer su complejidad social, a la vez que se reorienta su funcionamiento: cierre de ciclos biofísicos, urbanismo denso y compacto, limitar la expansión, relocalizar la producción, el ocio, el abastecimiento de energía y potenciar la agricultura urbana. Con respecto a la perspectiva ecofeminista, se hace urgente la necesidad de volver a poner el cuidado de la vida y la reproducción social en el centro del debate político, para valorizar y compartir las tareas que se derivan de resolver las necesidades sociales básicas.

Las claves del discurso harían referencia a la necesidad de *subordinar la economía a la*

sociedad y la biosfera. Un ejercicio que requiere de una democratización del sistema político, de las instituciones sociales en las que se desarrolla la vida cotidiana, así como de la economía de forma que permita la redistribución de la riqueza y de las cargas ambientales. Decrecer en el consumo de recursos naturales y materiales, vivir cualitativamente mejor *asumiendo las restricciones ecológicas* mediante la redefinición de la forma en la que satisfacemos nuestras necesidades. Imitar el funcionamiento de la naturaleza en nuestros modelos socioeconómicos (cierre de ciclos, funcionar con la energía solar, promover la diversidad, descentralización, funcionamiento en red...). Desmercantilizar distintas dimensiones de la vida común en proceso de privatización, desfinanciarización de la economía e impulso de una banca pública.

Nuestro modo de vida no es negociable afirmaba G. W. Bush, como se recoge en varios pasajes del libro. Un planteamiento que sintetiza el problema en términos políticos y económicos, ya que la justicia social y la sostenibilidad requieren de forzar esa negociación de la mano de los movimientos sociales emancipadores. La construcción del ecosocialismo no se plantea como un proyecto revolucionario, aunque requiera de transformaciones políticas, culturales y económicas muy radicales, sino en términos de una transición de largo recorrido. Un proceso en el que conviven los tiempos lentos de la construcción de alternativas concretas, limitadas y fragmentarias pero con una gran capacidad de ejemplaridad e inspiración, con la urgencia de reivindicar la toma de medidas políticas audaces y contundentes.

La única dificultad del texto aparece cuando se realiza una suerte de arqueología conceptual del ecosocialismo, que rescata los significativos aportes de autores como Manuel Sacristán a una historia de la dimensión ecologista del marxismo. Un capítulo interesante para personas interesadas, pero que situado en la mitad del libro puede convertirse en un obstáculo que algunos lectores deben de sortear, pero tranquilidad que una vez superado ya todo es bajada.

Ahora que asistimos a una segunda juventud para el libro político y el pensamiento crítico, lo que hace recomendable este libro es su precisión a la hora de reincidir en la necesidad de incorporar la variable ecologista en el marco de los discursos transformadores y asumir las consecuencias que se derivan de ello.

José Luis Fernández Casadevante
Garúa S.Coop.Mad

PAPELES

DE RELACIONES ECOSOCIALES Y CAMBIO GLOBAL

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

PARA SUSCRIBIRSE

- ✓ A TRAVÉS DE LA LIBRERÍA ELECTRÓNICA www.libreria.fuhem.es
- ✓ ENVÍE ESTE CUPÓN AL FAX O LA DIRECCIÓN INDICADA A PIE DE PÁGINA
- ✓ ESCRIBA A NUESTRA DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO publicaciones@fuhem.es
- ✓ LLAME AL TELÉFONO **91 431 03 46**

Nombre:
Dirección:
Población: C.P. Provincia:
País: Teléfono:
Correo electrónico:

PRECIO DE UN EJEMPLAR

- España** (envío gratuito) **9 €**
- Europa** **19 €**
- Resto del mundo** **20 €**

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN (4 números)

- España** (envío gratuito) **28 €**
- Europa** **48 €**
- Resto del mundo** **52 €**

FORMA DE PAGO

- Domiciliación bancaria (preferible esta modalidad para suscriptores)

Titular de la cuenta:

ENTIDAD	OFICINA	CONTROL	NÚMERO CUENTA
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

- Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado
- Contra reembolso
- Transferencia bancaria a:

Banco Popular. C/ O' Donnell, 22. 28009 Madrid.

Nº Cuenta: 0216 0251 51 0600005047

fuhem
ecosocial 

